

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO UNIVERSIDAD DE CANTABRIA

DOCTORADO EN ANTROPOLOGÍA (UNAM)
DOCTORADO INTERUNIVERSITARIO EN EQUIDAD E INNOVACIÓN
EN EDUCACIÓN (UC)



TESIS DOCTORAL

**Jóvenes de aquí para allá: una etnografía de la construcción social
de sujetos neoliberales en espacios rurales del centro de México**

PHD THESIS

**Young people from here to there: an ethnography of the social construction of
neoliberal subjects in rural spaces of Central México**

Realizada por Héctor Daniel Hernández Flores

Dirigida por Hernán Salas Quintanal e Iñigo González de la Fuente

**Unidad de Posgrado de la UNAM / Escuela de Doctorado de la Universidad de
Cantabria**

Ciudad de México / Santander 2020



Universidade da Coruña | Universidad de Cantabria | Universidad de Oviedo | Universidad de Santiago | Universidad de Vigo



Universidade de Vigo



A Carmelita,

**Por la vida, tu vida y tu ejemplo.
Gracias por enseñarme cómo
sin nada se puede sobrevivir a
todo.**

A Nancy,

**Hermana, gracias por estar y
apoyarme cuando todo parece
complicarse.**

AGRADECIMIENTOS

Al Dr. Hernán Salas Quintanal y al Dr. Iñigo González de la Fuente, esta tesis es producto del trabajo de ambos, de su dirección y de su constante apoyo.

Hernán, nunca terminaré de agradecerte por darme una oportunidad para cambiar mi vida. Este trayecto no sería posible si no me hubieras brindado un espacio para estudiar y seguir aprendiendo.

Iñigo, en verdad gracias por escucharme y por el intercambio constante de ideas. Por creer en mi investigación y por el tiempo dedicado más allá de lo académico.

A mi comité tutorial,

A la Dra. Olivia Leal Sorcia, gracias por ser la primera tutora en mi trayectoria académica, por el rigor y las opiniones siempre constructivas.

Al Dr. Hubert Carton de Grammont, agradezco el honor de ser leído por usted, así como la fortuna y la experiencia en algún momento de ser su alumno.

Al Dr. Enrique Martínez Curiel, gracias por compartirme tu conocimiento, la confianza y la dedicación en la lectura de este trabajo.

A la Universidad Nacional Autónoma de México, por el privilegio que recibí para poder estudiar dentro de esta institución y el apoyo total en la realización de esta tesis.

A la Universidad de Cantabria, por abrirme sus puertas y otorgarme una experiencia única en la vida para el intercambio de conocimiento.

Esta tesis fue posible gracias a una beca otorgada por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT); y el apoyo del programa de Becas de Movilidad para Becarios/as para Programas De Doble Titulación (CONACYT).

De igual forma agradezco a la Universidad de Cantabria que, por medio de la Vicerrectora Teresa Susinos Rada, me otorgó un apoyo de parte del programa de ayudas destinadas a investigadores latinoamericanos en formación en los programas de doctorado de la UC para estancias o pasantías en la universidad de Cantabria (Convocatoria 2017/2018).

Al Posgrado de Antropología de la UNAM y a la Escuela de Doctorado de la UC, a las profesoras y profesores que han participado en mi proceso formativo; y a las compañeras y compañeros con los que compartí en ambas instituciones.

Al Seminario Permanente de Antropología, Poder y Ruralidades del Instituto de Investigaciones Antropológicas por las discusiones y comentarios que han aportado a lo largo de mi trabajo.

A las y los estudiantes: Andrea Martínez, Brenda Luna, Denisse Santillán, José Jiménez de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México; Daniela Ocegüera, Erika Bautista, Fernando Hernández, Natalia Guadarrama, Oscar Núñez, Rodrigo Fregoso de la Universidad Nacional Autónoma de México. Quienes en una temporada me acompañaron a trabajo de campo y me apoyaron a realizar entrevistas y encuestas.

No puedo mencionar a todas las personas y los diferentes espacios que constituyeron este trayecto. Esta investigación no sería posible sin todas las familias y autoridades de las diferentes localidades que me permitieron y apoyaron a realizar este ejercicio.

Pero de manera importante y esencial, agradezco inmensamente a las y los jóvenes que a lo largo de esta investigación me brindaron un poco de su tiempo, que me dejaron acercarme y convivir con ellos en diferentes espacios y lugares, que me otorgaron su confianza para conocerles un poco, y por un momento, me permitieron ser parte de su experiencia cotidiana. Esta tesis en realidad, está dedicada totalmente a cada uno de las y los jóvenes que descubrí en el camino y no tiene otro fin que el plasmar un poco de sus voces y una parte significativa de sus vidas.

ÍNDICE

Introducción.....	6
Puntos de partida	9
I. La construcción de un espacio etnográfico	9
II. Sobre la región del centro de México	18
III. Dos municipios del centro de México.....	24
Otumba de Gómez Farías.....	24
Nativitas, Tlaxcala	26
IV. Movilidad en el centro de México.....	28
Capítulo 1. Ruralidad y movilidad en un contexto neoliberal	33
1.1. Apuntes sobre la ruralidad contemporánea.....	33
1.1.1. La construcción de una ruralidad y sus sujetos de estudio	36
1.1.2. Ruralidades contemporáneas.....	44
1.1.3. La ruralidad en México	52
1.2. Apuntes sobre movilidad	57
1.2.1. Una antropología de la movilidad.....	61
1.3. Trayectorias de movilidad.....	77
1.3.1. Educación	77
1.3.2. Trabajo	81
1.3.3. Consumo.....	89
Capítulo 2. La juventud en espacios rurales contemporáneos	100
2.1. Apuntes sobre el concepto de juventud	100
2.2. Juventudes rurales	105
2.3. Características de los jóvenes rurales en México	114
2.4. La construcción social de un sujeto multifacético y neoliberal	121
Capítulo 3. Trayectorias por educación	129
3.1. “ir de aquí a allá, para estudiar todos los días”	129
3.2. “la gente no sabe lo que tiene y ya no se les enseña sobre eso”	133
3.3. “por acá la educación sí, es una buena inversión”	137
3.4. “estudiar para vivir mejor”	141
Capítulo 4. Trayectorias por trabajo.....	145
4.1. “nuestro empleo ya no se hace aquí”	145
4.2. “de allá para acá cansa, pero vas vendiendo y se te hace todo más fácil”	152

4.3. “poco o mucho eso me sirve, soy pobre como todos, pero muy feliz”	155
4.4. “quisiera un poco más, irme a otra parte, aún estoy joven y lo puedo hacer”	158
4.5. “Yo no me veo como pobre, pobres son los que no tienen en que trabajar”	161
Capítulo 5. Trayectorias por consumo	165
5.1. “eso no significa que te niegues a cosas que te gusten”	165
5.2. “por eso trabajas, para poder tener eso que tienen todos los demás”	169
5.3. “soy pobre pero amable, dinero no tengo, pero mala vida no me doy”	173
5.4. “si se vive al día, por lo menos hay que disfrutarlo o ¿no?”	177
5.5. “tienes que tener dinero pues los mejores bailes se hace lejos de aquí”	180
Conclusiones: Una etnografía de sujetos de allá para acá	184
Referencias	192

En cierto modo, estamos volviendo a las condiciones de trabajo del siglo XIX, que es a lo que apunta el proyecto neoliberal: reducir el poder de los trabajadores y ponerlos en una posición en la que no sean capaces de resistir los procesos de explotación masiva. Luego está el desarrollo de tecnologías que hacen del trabajo cada vez más redundante [...] Esta ha sido una característica de los últimos 30, 40 años. Mucho trabajo se ha vuelto redundante por primera vez en la industria manufacturera y ahora también en el sector de servicios. Cada vez más, como consumidor, soy yo el que hago el trabajo. Soy explotado en el consumo. Terminamos en una masa de personas sin medios de producción y que va haciendo pequeños trabajos aquí y allá.

David Harvey, 2016

Introducción

Las perspectivas convencionales de privilegiar las trayectorias agrarias en el estudio de la reproducción y vida cotidiana de los sujetos en espacios rurales han cambiado de manera importante, producto de las transformaciones socio-económicas impulsadas por el proceso social e histórico del capitalismo en su última etapa neoliberal. La reorganización de la educación, del trabajo y el consumo han permitido una mayor articulación y movilidad entre espacios urbanos y rurales, así como paralelamente el surgimiento de novedosas formas de explotación y auto-explotación han propiciado que los sujetos rurales ya no sean exclusivamente productores campesinos, sino cada vez más trabajadores informales o empleados asalariados. Estos en una mayoría de casos se construyen y constituyen socialmente como sujetos precarizados en consecuencia del abandono histórico del Estado de los espacios rurales y de la necesidad actual de buscar diversas fuentes de ingreso para sobrevivir. Esto se entiende por la transición productiva de los sujetos rurales tradicionales de sus actividades agropecuarias hacía otros mercados laborales, principalmente informales, dentro de los sectores de servicio y comercio a nivel tanto local como regional, lo que ha modificado sustancialmente sus dinámicas sociales y culturales.

Es así que una importante parte de los hogares rurales, en México y en diversas regiones del mundo, participan cada vez más de actividades diferentes a las agropecuarias como estrategia para reducir los riesgos de la propia producción y hacer frente a los altos niveles de precarización de alguna manera. En este

escenario los sujetos más jóvenes de los espacios rurales son quienes más han acusado la urgencia por encontrar otras formas de ganarse la vida, que ya no directamente se vinculan a las tradicionales formas de educación, trabajo y consumo de los espacios rurales. Se debe mencionar que justo las perspectivas convencionales de investigación en espacios rurales han ignorado e invisibilizado diferentes procesos etarios. La juventud se observaba en estos espacios condicionada bajo las necesidades de reproducción de las familias y las dinámicas culturales propias de las sociedades rurales o campesinas. Por tanto, se dudaba de que hubiera elementos para caracterizar y conceptualizar trayectorias a partir de la edad.

Sin embargo, ante la incorporación del proceso de globalización neoliberal, las condiciones objetivas que permitían la reproducción de las instituciones y que a su vez establecían cierta homogeneidad en el papel de los sujetos dentro de distintas comunidades rurales, así como la ausencia clara de trayectorias etarias se han transformado. Y si bien, diversos estudios sobre juventudes han revelado la heterogeneidad de las trayectorias de vida actuales se coincide de manera general en escenarios de una alta desigualdad estructural que es experimentada principalmente por este tipo de población.

La presente tesis doctoral en ese sentido se centra en dar cuenta de las actuales dinámicas de movilidad cotidiana de jóvenes, hombres y mujeres, en espacios rurales de la región central de México. Estos jóvenes experimentan contextos rurales diferentes a sus generaciones previas, que les lleva a socializar diversas estrategias vinculadas a una mayor movilidad para integrarse a trayectorias de educación, trabajo y consumo. El acercamiento a las juventudes rurales actuales permite observar por un lado cómo se ha incorporado el proyecto neoliberal a través de trayectorias cotidianas de vida, interiorizando disposiciones que incorporan relaciones de auto-explotación de la propia población, que reflejan las condiciones estructuradas para la reproducción del sistema neoliberal: precariedad salarial, pluriactividad, flexibilidad, movilidad espacial, rotación laboral, etcétera. Y, por otro lado, permite observar cómo los y las jóvenes experimentan y asumen prácticas de

movilidad dentro de diversos espacios sociales, en una socialización constante con familias y comunidades, que contrastan notablemente con lo observado anteriormente. Pero que muestran diversas formas de mantenerse y al mismo tiempo, reinterpretar la ruralidad contemporánea.

La movilidad es muy importante, pues ha permitido un mayor intercambio en el espacio rural de diversos capitales socioculturales cada vez más globales, ampliando la red de adscripciones y relaciones que expresan diferentes identidades ya no tradicionales. Todas estas dinámicas están interconectadas y a través de ellas emerge un nuevo sujeto social multifacético. Desde la perspectiva antropológica el estudio es importante, ya que permite dar cuenta de procesos que manifiestan tanto la estructura de las sociedades actuales, cómo también la construcción de subjetividades, producidas a partir de la interiorización de la ruralidad bajo el presente neoliberal. En ese sentido la investigación tiene como propósito mostrar cómo se construye socialmente un sujeto que vive y se inscribe dentro de un esquema económico neoliberal dentro del espacio rural actual. Para ello pongo énfasis en la movilidad como el aspecto que posibilita su propia interiorización y reproducción.

Los relatos, análisis y reflexiones son producto de una investigación de largo aliento que ha tenido como interés principal el tema de las juventudes rurales, dicho acercamiento inicio en el año 2013 para la titulación de licenciatura, continuo en posteriores estudios de posgrado y concluye en esta investigación para el doctorado. El siguiente ejercicio comienza con la exposición de los puntos de partida metodológicos, la propia justificación de la elección de esta forma de trabajo y la construcción de un espacio etnográfico en el centro de México. Aquí se presenta además un panorama monográfico sobre los dos municipios que me sirvieron de partida y la vinculación estadística de la movilidad de este espacio etnográfico construido.

Posteriormente se presentan los cinco capítulos que conforman esta tesis doctoral y el apartado de las conclusiones de la investigación. Los dos primeros capítulos abordan los instrumentos teóricos y conceptuales. El primer capítulo

describe las características actuales de la ruralidad en el contexto neoliberal, de igual forma se propone una (re)conceptualización de la movilidad y su vínculo con las categorías de trabajo, educación y consumo. El segundo capítulo discute sobre el propio concepto de juventud rural, así como la construcción de un sujeto neoliberal bajo las dinámicas de movilidad actuales. Los siguientes tres capítulos representan un ejercicio de elaboración etnográfica, que es transversal a la discusión y a la reflexión sobre las propias dinámicas de educación, trabajo, y consumo de las y los jóvenes de diversas localidades del centro de México, en cada caso se realiza además un análisis transversal a las trayectorias seleccionadas. En el aparato final se presenta la conclusión sobre la investigación invitando a la importancia de la reflexión antropológica sobre este tipo de ejercicio.

Puntos de partida.

I. La construcción de un espacio etnográfico

El estudio y acercamiento a las dinámicas cotidianas de las personas es una herramienta esencial de la práctica antropológica. Sin embargo, dentro de la tradición de la propia disciplina, este tipo de construcción metodológica muchas veces parece limitarse simplemente a la observación y exposición de acciones humanas como si éstas fueran ventanas al pasado. Las descripciones de las dinámicas culturales de las sociedades aparecen casi de esta forma como una negación del presente. Con ello se han construido espacios etnográficos aislados aparentemente de procesos globales, y de las consecuencias que se experimentan alrededor del mundo por un ejercicio desigual del poder socioeconómico. Hoy, en un período de fuertes cambios estructurales, en donde se han conformado sociedades cada vez más homogéneas y globales, las interpretaciones de realidades cotidianas no pueden ser presentadas como si se tratase de una colección de imágenes de esos “otros” sujetos, alejados de las propias cotidianidades y experiencias de quienes construyen el mismo conocimiento antropológico.

Ante escenarios que han desdibujado y complejizado las propias condiciones de existencia de todas las poblaciones, que dificultan la construcción teórica de la otredad, las cotidianidades que experimentan una gran parte de la población humana no pueden invisibilizadas, ni omitidas. Estas cotidianidades necesariamente para la práctica antropológica, representan y muestran cómo vivimos y experimentamos la realidad una gran parte de las sociedades contemporáneas. Por tanto, como es mencionado por Susana Narotzky y Gavin Smith (2010: 19), los estudios antropológicos deberían partir de construir una etnográfica que recupere y exponga también ciertas lógicas y prácticas cotidianas, ya que estas a su vez son relevantes con respecto a los movimientos y lógicas político-económicas a gran escala y que se ha reconocido de forma clara, históricamente, en la articulación de procesos socioculturales actuales.

Si bien el desarrollo del conocimiento ha acompañado desde un inicio la experiencia humana es a partir del siglo XVIII que la ciencia se consolida como un instrumento de utopías racionales europeas que bajo los márgenes de la revolución francesa y la revolución industrial funciono para organizar tanto sujetos y sociedades como también su devenir histórico. Posteriormente a la sacudida global, en el siglo XIX se cimentaron las bases finales para nombrar las ciencias sociales, a aquel conjunto de experiencias, paradigmas y desarrollos epistémicos producto de la propia transformación socioeconómica de las sociedades “modernas”. En este caso se tiene claro el surgimiento puntual de disciplinas como sociología y antropología, las cuales, bajo el amparo del método científico, se convirtieron en el aparato racional con el cual la realidad empírica se estudiaría, al mismo tiempo que prestaría legalidad a las reformas necesarias inducidas por occidente a todo el mundo (Wallerstein, 1996).

No fue de manera homogénea ni única, que las ciencias sociales se conformaron en aquellos instrumentos capaces de dar cuenta de la realidad empírica de las sociedades y sus sujetos. El impulso por destacar las particularidades epistémicas y metodológicas de cada disciplina construyo la generación de conocimiento en todas las universidades del mundo. Sin embargo,

los límites en la validez de los análisis segmentados no lograron dar cuenta de realidades más complejas dentro de la misma modernidad. Como es mencionado por González Casanova (2006: 32); incluso con todas las precauciones aconsejadas en el desarrollo de las ciencias sociales, el estudio más riguroso y sofisticado de cualquier hipótesis de generalización supone asimismo la existencia histórica y gnoseológica de valores singulares y significativos que guardan siempre la expresión técnica y matemática de los mismos. La falta de un proceso histórico en el estudio de las realidades empíricas, provino de renunciar al estudio de estos valores y, paradójicamente, consistió en afirmar que el sistema social es natural y que los valores que niegan al sistema no son naturales.

El panorama que experimenta el sistema mundial actual, sin embargo, es de cambio y transformación constante, así la economía y política capitalista ya no se parecen a aquellas conceptualizaciones fundacionales que observaron las ciencias sociales. Y aunque el capitalismo industrial o el estado moderno, que obsesionaron a Marx, Simmel, Durkheim y Weber, no han podido ser sustituidos del todo (Narotzky y Smith, 2010: 18), existe el hecho precedente que tanto valores y significados dentro las realidades complejas inmersas dentro del propio sistema han cambiado y pueden ser estudiadas.

Bajo ese espíritu el siguiente trabajo se inscribe a partir de la práctica socioantropológica para acercarse a la comprensión de la cotidianidad dentro de una realidad histórica y compleja. Para ello me baso en un estudio de jóvenes rurales realizado en diversos espacios del centro de México, en donde se observan casos paradigmáticos de procesos y dinámicas enfocadas en la movilidad, en la cual se configuran las desigualdades que se experimentan en el presente. Específicamente, construyo una serie de etnografías y análisis de casos sobre movildades cotidianas de trabajo, consumo y educación de varios jóvenes que residen y/o laboran en localidades del centro de México, vinculadas en un primer momento a dos municipios: Natívitás, al sur de Tlaxcala y Otumba, al noroeste del Estado de México.

Las reflexiones, relatos e historias multisituadas, que por tratarse de sujetos jóvenes he construido de esa forma para esta tesis doctoral, inicialmente tenían como escenario de estudio dos municipios, Otumba y Nativitas. Estos municipios forman parte de un proceso de investigación de largo aliento, que inicio en 2013 con el trabajo de tesis para la Licenciatura en Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, titulado *“Transformación de las identidades de los jóvenes en Otumba, Una perspectiva desde la Nueva Ruralidad”*; y posteriormente en la investigación para la Maestría en Antropología dentro del posgrado de Antropología, con la tesis *“Los jóvenes novo rurales en Nativitas, Tlaxcala. Perspectivas y respuestas ante otras formas de vivir el espacio rural”*. Si bien en un principio la investigación se construyó de manera clásica a partir de identificar localidades rurales, los viajes, recorridos y experiencias encontradas, me llevaron, en el propio proceso de investigación, a expandir el horizonte de estudio, cubriendo en la investigación localidades fuera de estos municipios e incluso en otros estados colindantes. Esto debido al importante grado de movilidad que presentan las poblaciones actuales, especialmente el generado por las y los jóvenes entrevistados. En ese sentido, el trabajo de campo producto de este proceso me ha permitido ejercer y construir una etnografía multisituada con sujetos multisituados.

Con este propósito he realizado diversas estancias de campo con una duración mínima de 2 semanas y máxima de 6 meses desde el 2013 hasta el 2017. Se realizaron recorridos por diversas localidades, dentro de un espacio del centro de México, en 19 municipios dentro de 4 estados (Estado de México, Tlaxcala, Puebla e Hidalgo). Durante este proceso he podido acompañar en sus traslados y convivir con sujetos de 15 a 29 años y, de esta forma, realizar más de 50 entrevistas. En los recorridos busqué diferentes espacios de experiencias cotidianas relacionadas con la socialización de los jóvenes, además de aplicar cuestionarios con la finalidad de identificar temáticas de educación, trabajo, consumo, socialización y desigualdad y que son experimentadas por la población de este espacio rural. Siguiendo el espíritu y la práctica de la disciplina antropológica, la investigación fue primordialmente cualitativa, para lo cual acompañé y compartí con diversos jóvenes en sus trayectos, eventos y experiencias cotidianas.

Mi investigación inició en describir y presentar la reproducción de una identidad “agraria” de la juventud que habita en espacios rurales del centro de México. Pero la misma experiencia del trabajo de campo y las entrevistas realizadas me fue alejando poco a poco de la perspectiva idealizada inicial que había revisado en la literatura antropológica y sociológica clásica enfocada en los propios estudios rurales. En principio lo anterior me enfrentó a una de las debilidades del propio tema sobre las juventudes rurales, debido a la escasez de estudios sobre las trayectorias etarias o de género de las propias investigaciones revisadas hasta ese momento, en ese sentido este trabajo representa un aporte a esa falta de estudios. Por lo que la misma investigación me ha llevado a buscar respuestas en propuestas teóricas más recientes, y al mismo tiempo, a replantear las diversas perspectivas anteriores a partir de lo encontrado empíricamente. Esto con el cuidado de no caer, por una parte, en los anclajes antropológicos basados en la simple subjetividad tanto del sujeto-estudio como de aquel sujeto-observante, y, por otra parte, considerando que las trayectorias cotidianas mostradas pueden ser comparadas y reflexionadas a partir de la propia experiencia que sociológicamente me posiciona dentro de una estructura global del sistema capitalista del que formo parte.

Debo enfatizar que no estoy estudiando jóvenes en lugares específicos, sino sus cotidianidades y movilidades en distintos espacios dentro de un esquema neoliberal que atraviesa y construye la socialización vinculada a la educación, el trabajo y el consumo. Por tanto, no se estudian lugares sino sujetos multisituados, por lo que no utilizó un lugar de estudio y a partir de ahí describir realidades que no estén conectadas con el actual proceso socio-histórico. No es mi intención basarme en la justificación, casi exótica, de sujetos que viven en espacios separados de la realidad socioeconómica del mundo y con dinámicas propias que les permitan tener vidas armónicas producto de la reproducción de las sociedades rurales aparentemente “tradicionales”. Pues justamente lo observado en el desplazamiento y las condiciones objetivas experimentadas, muestran que de alguna forma esta cotidianidad se conecta y/o es consecuencia de decisiones económicas y políticas que se han desarrollado de forma histórica desde generaciones anteriores. Mi interés desde el principio es presentar a sujetos multisituados que se encuentran en

transición a la adultez y sus experiencias cotidianas dentro de diferentes lugares bajo la dinámica del sistema neoliberal actual.

Cuando George Marcus (1995: 101) mencionaba las posibilidades de una etnografía multisituada, consideraba que era aquella que se podría construir alrededor de cadenas, caminos, hilos, conjunciones o yuxtaposiciones de lugares en los cuales el investigador establece su presencia, bajo la lógica explícita y situada de asociaciones o de conexiones entre los sitios que definiría el argumento de la producción de la etnografía. Al respecto, no se debe olvidar que el interés de Marcus recae en el plano epistemológico, por lo que lo multisituado no trata únicamente de analizar las acciones individuales de los sujetos con respecto a formas sociales y culturales de los lugares, sino que, más bien, se centra en la construcción y el desarrollo de estos sujetos a través de esta diferencia de lugares. Esto sobrepasa la situación propia del sujeto en un sistema de relación que previamente se suele delimitar y definir de acuerdo con el simple concepto de espacio o territorio.

Lo propuesto por la etnografía multisituada no está exento de críticas por el carácter experimental, que no resulta del todo novedoso, así como por la limitación temática y la falta de claridad teórico-metodológica. No obstante, como Marcus lo ha considerado, a través de lo multisituado también existe la posibilidad de regresar a una etnografía más convencional, sin caer en el canon extremo de la experiencia del trabajo de campo limitada a un único espacio, a la especialización de las dinámicas sociales que genera el territorio y/o a la validez del propio ejercicio bajo el argumento del aislamiento por distancia y la estancia-observación inmóvil de larga duración. Como también señala Ulf Hannerz (2003), el carácter multisituado o multilocal suele resultar engañoso, pues en ocasiones se trata de hacer una suma o una comparación entre diversas unidades locales, cuando en verdad lo que se construye con una metodología multisituada es un espacio translocal, el cual se conforma por las relaciones que existen dentro y fuera de los lugares que forman parte de la investigación en los cuales se mueven los sujetos estudiados.

De tal manera que, dentro de la propuesta que he ido construyendo, es importante mostrar la cotidianidad a partir de establecer una etnografía móvil con

base en las actividades observadas durante los trayectos y en el registro de los relatos de propia voz de los jóvenes entrevistados durante estos traslados. Este ejercicio permite constatar la movilidad que es generada por una mayoría de la sociedad contemporánea, mostrando las prácticas y los sentidos cotidianos de los sujetos. Y de tal forma permite mostrar esas realidades concretas, que nos hablan de formas de estructurar objetivamente su existencia en el mundo.

La importancia de la vida cotidiana es fundamental para la práctica antropológica, basta recordar que para Durkheim la historia puede y debe jugar, en el orden de las realidades sociales cotidianas, un rol análogo al del microscopio en el orden de las realidades físicas (Lukes, 1984: 399). Si bien es debatido el poder de la etnografía para representar el dato subjetivo, las estructuras que sujetan y estructuran la realidad social se debe considerar que no existen individuos o sujetos sin sociedad, y viceversa. Cualquier humano es un ser dual y dialógico, natural y cultural, social e histórico, y además un ser individual, autónomo y “aparentemente” libre. Es un ser complejo porque sus valores y representaciones sociales están compuestos por una pluralidad de fuerzas y energías contrarias, en ocasiones enfrentadas; ya que puede ser racional, pero también y al mismo tiempo irracional, uno y diverso, como la realidad misma (Gutiérrez, 2018: 11). Esto es importante entonces para la práctica etnográfica, pues a través de ésta se puede tener en cuenta todas estas dimensiones de lo humano, todo lo que es, y qué es, todo eso que construye a la misma sociedad.

Esta cualidad ya ha sido considerada anteriormente por George Simmel (1988: 27), quien mencionaba que la historia entera de la sociedad podría reconstruirse a partir de la lucha, el compromiso, las conciliaciones lentamente conseguidas y rápidamente desbaratadas que surgen entre la tendencia a fundirnos con nuestro grupo social y a destacar fuera de este nuestra individualidad. Si bien Simmel hereda la idea romántica de que el hombre se crea a sí mismo en la interacción con el resto y con el mundo, el hombre no es, sino que se hace en el mundo, junto a los otros, a la vez que hace mundo y sociedad, por tanto, no tiene naturaleza, tiene historia. Es por ello que, para el propio Marx, el hombre es ser

histórico y ser social en la medida en que su historia es el relato vivo de su desarrollo, es decir que se hace haciéndose a sí mismo. De acuerdo con Gutiérrez (2018), en ese sentido Simmel asume una concepción cultural, social y en resumen no esencialista de la naturaleza humana, pues considera que para sobrevivir y evolucionar el hombre tiene que trabajar en el mundo relacionándose con los otros. De su acción productiva sobre y en el mundo obtiene una serie de productos que sirven para satisfacer sus necesidades más básicas y vitales (Gutiérrez, 2018: 12-13).

Bajo esta idea, siguiendo a Narotsky y Smith (2010), se debe problematizar la cuestión de la propia construcción del espacio etnográfico en el contexto del capitalismo actual. Para ello se debe construir una interfaz entre las experiencias cotidianas de las personas y las fuerzas que les estructuran históricamente dentro de una realidad actual y que se puede anclar bajo las propias dinámicas de movilidad. No hay ninguna razón para que la historia, tanto en conformación espacial como política, no pueda ser entendida en términos de sus implicaciones de cambios en la experiencia social cotidiana. Como alguna vez lo realizó Raymond Williams (1961) al buscar “estructuras de sentimiento” en la Inglaterra del siglo XIX, o como ha establecido David Harvey (1990) en términos de la lógica estructural de la producción y regulación capitalista. Así se pueden buscar y encontrar esos lugares intermedios, entre espacios y experiencias cotidianas de los sujetos, para descubrir la constitución dialéctica de una por medio de la otra: una historia en la que la gente (re)produce artefactos concretos y abstractos para la vida, abstracciones concretas que ofrecen un panorama que condiciona la propia reproducción y transformación de generaciones posteriores (Narotsky y Smith, 2010: 18-19).

En términos metodológicos esto requiere tres tipos de atención en la construcción de un espacio etnográfico:

Primero que el investigador encuentre los elementos de la realidad que le ayuden a caracterizar los rasgos reproductivos de la economía política actual. Esto puede ser entendido como lo “político” en términos de poder, “estructural” en

términos de Eric Wolf y la “economía” de acuerdo a David Harvey. Lo que para Marx eran abstracciones concretas que condicionaban las posibilidades de reproducción social. Es decir, poner atención en las formas de organización y acceso al trabajo social y que finalmente posibilita a los sujetos insertarse dentro de la sociedad.

Un segundo enfoque requiere necesariamente de realizar trabajo de campo, para encontrar “prácticas sociales instituidas”; esto alude al concepto de *habitus* de Bourdieu, dado en el modo que dichas prácticas pasan a formar parte del marco maleable que organizan las tomas de decisiones, que sólo se pueden observar en el momento que se realizan o se experimentan.

Y finalmente, una tercera atención al mundo social, en cómo la gente interpreta su propio mundo social en el momento práctico de la experiencia cotidiana. La finalidad es generar etnografías en donde se reflejen las praxis y movilidad que articulan a las personas. En el actual periodo histórico, las abstracciones concretas son cambiantes y se combinan con la agencia implicada en las prácticas de las personas para modificar las condiciones a las que se enfrentan. Estos lenguajes, gestos y aspiraciones son moldeados a su vez por estructuras en movimiento constante del sentido de lugares y tiempos concretos. Todos estos elementos, que son parte de una realidad compleja, moldean a cada uno de nosotros como un tipo particular de persona: un sujeto/agente social en movimiento e historicizado (Narotsky y Smith, 2010: 20-21).

Esto busca el estudio de las relaciones sociales que han producido cotidianamente un valor que parte de lo económico y que se estructura en campos sociales específicos (Narotsky y Smith, 2010: 18). Esto es importante, pues también Simmel, con su lectura de la modernidad, consideró la posibilidad de realizar una “antropología del devenir”. Pues observaba que, en la modernidad, tras el triunfo de la economía monetaria el hombre ya no es ni se hace; ahora vale y tiene un precio. Por tanto, un nuevo orden instaurado por el dinero y las relaciones sociales que este produce es una transformación antropológica radical.

II. Sobre la región del centro de México

Pienso que en antropología el espacio etnográfico es una abstracción y una invención analítica que se construye. Un espacio etnográfico representa un intento por cuantificar y cualificar la realidad social dentro de un espacio geográfico o territorio físico, el cual enmarca y ubica determinados fenómenos socioculturales dentro de sus límites. Tradicionalmente, a esto se le ha conocido también como región, concepto el cual se sigue utilizando para delimitar y diferenciar un espacio en relación a otro, con la finalidad de mostrar de forma didáctica las características de una zona específica o de regiones mundiales (Ramírez, 2015: 121).

Particularmente en esta investigación se construyó la idea de un espacio etnográfico a partir de considerar una región geográfica dentro del centro de México, la cual comparte una forma de desarrollo que, de una u otra forma, a lo largo de su historia ha tenido similitudes sobre modos de producción, tipo de población y de manera general, en el tipo de trayectorias sociales, culturales y económicas que ahí se generan. De igual forma, entiendo esta construcción en términos relacionales, esto significa reconocer las dependencias o las condiciones de intercambio entre diferentes estructuras que permiten observar determinadas trayectorias de movilidad.

En el centro de México, como en otras partes del mundo, la reestructuración de los espacios económicos provocada por políticas y reformas institucionales, han acompañado la integración territorial en las últimas décadas generando una singularidad regional que debe ser examinada. Particularmente, desde el punto de vista de la dinámica y de la inestabilidad del poblamiento, así como de manera importante, de las nuevas formas de movilidad y de la situación actual de las localidades (Quesnel, 2010: 39).

Es relevante mencionar que existe una amplia tradición de estudios sobre el término de región dentro de la literatura antropológica. Sin embargo, una definición de carácter cultural que considera simplemente la región como un área, o subárea cultural en el sentido de que presenta uniformidades, o consiste de parte similares, considero no es del todo adecuada. En esta perspectiva destaco desde el sentido

metodológico, el análisis cultural en el estudio de un espacio etnográfico, el cual difiere del sentido tradicional de región, pues como menciona Julian Steward (2019), en el mundo moderno las grandes áreas, regiones o pequeñas unidades, no son ya sólo simples divisiones territoriales con un contenido cultural análogo, sino que son unidades funcionales estructuradas, interrelacionadas entre sí, y con unidades de orden superior, así como con grandes conjuntos sociales, áreas, naciones, etc.

Para la práctica antropológica si bien es indiscutible que en todo estudio regional se debe analizar el contenido cultural, si la atención se enfoca exclusivamente al estudio de ese factor se confunden entonces relaciones de mayor importancia. En este argumento, colocar la función y relación con la totalidad de la estructura, en lugar de colocarlo sobre la uniformidad cultural, permite encontrar en la región, o cualquier otra subdivisión de área, elementos diversos que se constituyen y complementan, además de que están recíprocamente relacionados. La importancia de este enfoque en sociedades contemporáneas permite resaltar claramente patrones de carácter más amplio (Steward, 2019).

Cabe destacar que en México el concepto de región ha sido retomado de forma particular. La disciplina antropológica en sus inicios tuvo una importante agenda e identificación tanto con la construcción del nuevo Estado Nacional, como en la generación de políticas de desarrollo del periodo posrevolucionario. El concepto de región en los años posteriores a éste conflicto socio-histórico, antes o simultáneamente a procesos de desarrollo global se convirtió de esa forma en un referente teórico transcendental. Uno de los primeros promotores de los estudios sobre región en el país fue Manuel Gamio, autor del programa de la dirección de estudios arqueológicos y etnográficos (1918) y del programa de antropología para el estudio mejoramiento de las poblaciones regionales de la República (1919) (Fábregas Puig, 1997: 130).

Para Gamio la región es un territorio homogéneo, cultural y socialmente hablando, con una historia posible de ser diferenciada de otros territorios cercanos. La región tiene una identidad propia que la hace diferente de otras regiones y por tanto del resto del país. La población, en esta perspectiva, reúne rasgos específicos

que son definatorios de la región, lo que Gamio denomina “población regional típica”, la cual genera a su vez relaciones entre sí, y con otras poblaciones y regiones, que son la unidad de análisis. En ese sentido para Gamio no se trata de un estudio del territorio sino de la gente, las regiones son producto de las historias sociales comprensibles científicamente a través de la comparación y la síntesis teórica (Fábregas Puig, 1997: 131).

Otras perspectivas, como la de Francisco de Oliveira (1981) para el caso específico de Latino América, consideran a la región como el espacio donde se imbrican dialécticamente una forma especial de reproducción del capital, y por consecuencia una forma especial de la lucha de clases, donde lo económico y lo político se fusionan y asumen una forma especial de integrarse a la realidad social y en las bases de su reproducción. Desde este punto de vista, existen "regiones" en un espacio nacional determinado, con procesos diferenciados, pero dentro de un sistema económico de base capitalista, lo cual ha generado cierta tendencia a la homogeneización completa de la reproducción del capital, así como de sus formas bajo los auspicios del proceso de concentración y centralización del mismo.

Esta posición considera a la región como un soporte material que es apropiado diferencialmente por el proceso de reproducción del capital, y en donde la tendencia homogeneizadora de su movimiento crea, mediante un proceso de desarrollo desigual y combinado, relaciones sociales diferenciales que se materializan territorialmente a partir de las distintas regiones que conforman, las diferencias regionales son el resultado de la forma de apropiación del capital en ámbitos territoriales específicos (Ramírez, 2003: 13). En ese sentido planteo la construcción de un espacio etnográfico más allá de características homogéneas, nodales o polarizadas, las cuales se deben resituar a partir de la desestructuración de los referentes tradicionales estudiados en antropología. Es a partir de la observación de características espaciales y transicionales más amplias, así como de las conceptualizaciones más dinámicas de las poblaciones de los espacios sometidos a las necesidades del capital, que se pueden explicar y comprender transformaciones y/o reproducciones de ciertas prácticas socioculturales.

Es posible reconocer entonces la existencia de espacios económico-político-sociales donde, por ejemplo, el capital comercial rige las leyes de reproducción, sin penetrar propiamente en la producción. En esta última perspectiva se centra mi interés en conceptualizar un espacio etnográfico más que en desarrollar el concepto tradicional de región. Como apuntan también Ramírez (2015), es innegable que nos encontramos ante un proceso de globalización y en una época tecnológicamente acelerada, donde existe un proceso de universalización global de la producción, del capital, del mercado, de la tecnología, del trabajo, de la alimentación, de la cultura y de los modelos de vida social; a la vez de que existe un crecimiento profundo en las desigualdades entre países y clases sociales, debido a factores como la centralización del poder político, de la economía y de la información (Ramírez, 2015: 125).

Mi interés por tanto es construir un espacio etnográfico para analizar y describir las dinámicas de trabajo, consumo y educación de jóvenes que ahora viven, estudian, trabajan, consumen y socializan en una relación de experiencia concreta en espacios rurales y urbanos del centro de México. Espacio que además de la ubicación geográfica también concentra la mayor parte de la actividad política, cultural y económica. Tal corte analítico puede ser considerado a partir de la relación y la movilidad de la población en siete estados: Ciudad de México, Estado de México, Hidalgo, Tlaxcala, Puebla, Morelos y Querétaro, los cuales, integran una extensión de 97,964 km², que representa el 5% de la superficie total del país.

Dentro de este espacio se encuentra una población de más de 37 millones de habitantes, que representa el 33.1% del total de población del país, y de los cuales más de 10 millones se ubican entre los 15 y 29 años (INEGI, 2018). En este espacio se localizan dos de las entidades con mayor población a nivel nacional, la Ciudad de México que tiene casi 9 millones de habitantes y el Estado de México, con más de 16 millones. Esta característica genera una alta densidad de población de la región de 1088 habitantes por kilómetro cuadrado, aunque cabe apuntar, que la densidad tiende a ser desigual a lo largo de la misma. Esta distribución desigual

de la población se debe en gran medida al desarrollo industrial y económico diferenciado en cada una de las entidades y localidades.

Si bien históricamente el centro de México cuenta con una larga historia, en la cual se conjuntan el grueso de las construcciones sobre la identidad y la cultura nacional, es importante distinguir algunos de los rasgos de los procesos que se han dado desde el México Prehispánico: apuntando en un principio que la idea de “México” como nación no existió antes del siglo XIV, pero si la idea de Mesoamérica se había formado como un centro hegemónico el cual fue heredado a través del contacto indoeuropeo; el predominio de la ciudad de México y su entorno inmediato que dio por resultado una disposición similar en lo político, económico y cultural. En este espacio fue y es posible identificar la creación de una zona central o control nuclear, en donde espacios fragmentados y dispersos del país en cierta medida fueron sujetos a la esfera del altiplano; por su parte ya en la conquista española, y luego en la Nueva España, se introdujeron complejos escenarios de cambios y continuidades motivadas por el deseo de expansión, influencia y dominio territorial.

Para el interés de este trabajo realizaré un corte analítico a partir de la época moderna. La razón de esto radica en que, si bien siempre han existido cambios y continuidades regionales debido a procesos históricos, en el último siglo se ha generado cierta particularidad, estructurada a través de una ruralidad diferente. Esta ha sido mediada a través de cambios importantes en las relaciones de empleo y división del trabajo, así como procesos de urbanización e industrialización. En ese sentido, el punto de partida se da en la institucionalización del proyecto de nación posterior al conflicto revolucionario, y que tiene su máxima expresión a través de la Reforma Agraria. Ello dio inicio al Reparto Agrario, dotando de una especificidad rural al grueso de la población del país, panorama que durante más de 70 años se mantuvo para la región del centro. Cabe destacar que, paradójicamente, mientras la Ciudad de México es el espacio menos rural dentro de la propia región, entidades como Hidalgo, Tlaxcala y Puebla a nivel nacional se ubican entre las más rurales del país (Zamudio *et al.*, 2009: 107). Sobra decir que las distinciones entre rural y urbano de ninguna forma han desaparecido del todo.

Se debe apuntar además que, desde la década de los ochenta, la formación regional del centro ha experimentado una transición en su patrón de crecimiento económico y demográfico. De igual forma, la estructura de ocupación espacial de la región ha evolucionado hasta conformar una red o subsistemas de localidades rurales, con una alta interdependencia entre ciudades y una actividad económica muy diversa, la cual paradójicamente ha generado una especialización de un gran número de espacios. Y si bien la concentración de la población en centros urbanos es una característica del patrón de asentamientos humanos del país, también lo es la población asentada en pequeñas localidades en todo el territorio o, lo que es lo mismo, la dispersión de la población. La importancia creciente de las ciudades medias y chicas es parte de un proceso de crecimiento de localidades urbanas, lo que resulta de importancia para observar las desigualdades, no sólo porque estas son investigadas por instancias gubernamentales para determinar los diferentes grados de pobreza, marginación y rezago demográfico, sino que también porque dichos elementos pueden estar asociados con las características de los estados y regiones a las cuales pertenecen las localidades rurales actuales (Garay, 2008: 79).

Entiendo las dificultades, así como toda la amplitud necesaria para describir y conceptualizar todo este espacio, así como dar cuenta de todas las características propias de cada localidad, municipio y estado, pues a su vez estos espacios geográficos conforman otras subregiones con dinámicas socioculturales con particularidades históricas propias. Por lo tanto, para la investigación me he propuesto estudiar a la población joven, tomando como punto de partida los dos municipios del centro de México: Otumba, Estado de México y Natívitas, Tlaxcala. A partir de la cercanía de historias y casos encontrados, busco mostrar una pequeña parte de la movilidad experimentada de manera cotidiana.

Estos municipios, sin embargo, como expondré más adelante, pueden ser representativos, comparten características similares que históricamente se les han constituido como espacios rurales, al igual de diversos municipios y localidades dentro del espacio mayor propuesto. Dentro de la heterogeneidad descrita, los municipios de partida de la investigación se encuentran a su vez posicionados

dentro de dos valles con características propias, pero que históricamente han desarrollado una ruralidad que es muy característica del centro de México.

III. Dos municipios del centro de México

Otumba de Gómez Farías

El Municipio de Otumba de Gómez Farías es uno de los 125 municipios pertenecientes al Estado de México. Se localiza al Noreste del Estado, colindando al Norte con el Municipio de Axapusco; al Sur con el Municipio de Tepetlaoxtoc y el Estado de Tlaxcala; al Este con el Estado de Hidalgo; al Sureste con el Estado de Tlaxcala; al Suroeste con el Municipio de San Juan Teotihuacán; al Oeste con los Municipios de San Martín de las Pirámides y San Juan Teotihuacán. De las 20 regiones en las que actualmente se ha dividido el Estado de México, Otumba pertenece a la región IX políticamente reconocida bajo el mismo nombre y que cuenta con 10 municipios. Esta región es considerada como la de mayor crecimiento poblacional en el contexto de la zona metropolitana, lo cual en los últimos años ha provocado un importante cambio de suelo y la expansión de zonas urbanas. Hasta 2015 dicha región contaba con 471,628 habitantes, de los cuales 74,378 son jóvenes de 15 a 24 años y que representan el 18.10% de la población total (Gobierno del Estado de México, 2018).

Además, Otumba se encuentra dentro de un anillo de comunicación que gira alrededor de la zona industrial de Hidalgo, conformada por Pachuca, Tizayuca, Tulancingo y Ciudad Sahagún que por la autopista Pirámides-Tulancingo, comunica con la Ciudad de México. En ese sentido se encuentra sólo a una distancia de 60 kilómetros de la Ciudad de México desde el suroeste por el entronque San Cristóbal-Tepexpan y al noroeste a 55 kilómetros de Pachuca, además de otras poblaciones importantes como son Tlaxcala a 100 kilómetros hacia el sureste por el entronque Sahagun-Aucal y siguiendo por el mismo entronque a 116 kilómetros de Puebla. Otumba cuenta con una extensión territorial de 143.42 kilómetros cuadrados, su cabecera municipal es la localidad del mismo nombre y cuenta con 56 localidades

o asentamientos organizados entre pueblos, colonias, barrios, fraccionamientos, haciendas, ranchos y rancherías.

El municipio cuenta con algunas características similares a otros municipios dentro del denominado Valle de Teotihuacan, por lo que se observan amplias zonas de cultivos de nopal, tuna, maíz y maguey principalmente. La superficie del municipio de Otumba se caracteriza por contar con pocas zonas accidentadas, en general el territorio está constituido en su mayoría por zonas planas y con algunas depresiones en la parte centro y norte del municipio, donde se desarrolla la mayor actividad agrícola por contar con pequeñas áreas de riego y una topografía sin accidentes. Sin embargo, uno de los problemas que ha caracterizado al municipio de Otumba, ha sido el referente a la falta de agua para el riego de sus cultivos. En el municipio no existen ríos de cauce constante y sólo algunas corrientes perennes e intermitentes en algunas barrancas que llegan a contener cierto caudal durante la época de lluvia. La escasez de agua en el municipio fue lo que dio origen a la construcción de los arcos de Tembleque cuya función era la de proveer el agua a Otumba desde el cerro del Tejaquete en Hidalgo. En la actualidad este acueducto en desuso es uno de los principales atractivos turísticos del municipio.

Tampoco hay manantiales y la mayor parte del agua potable de que disponen los pueblos se obtiene de pozos profundos de más de 200 metros, lo que ha provocado una sobreexplotación del acuífero. El problema se acentúa con el crecimiento demográfico, la insuficiente recarga de estos mantos acuíferos por la escasez de lluvia, y por la existencia de pozos clandestinos de uso agrícola. En tanto, más de la mitad de la Población Económicamente Activa del Municipio corresponde al sector terciario, 19.76% dentro del comercio y 36.25% en el sector de servicios (Gobierno del Estado de México, 2018). Las escasas perspectivas dentro del sector primario y secundario han llevado a la mayoría de la población, principalmente a los jóvenes, a integrarse a otras alternativas de empleo, sobre todo en el sector informal.

Nativitas, Tlaxcala

El municipio de Nativitas en la actualidad tiene una extensión territorial de 61.990 kilómetros cuadrados y es uno de los 60 municipios en que se encuentra dividido el estado de Tlaxcala. Se sitúa en el suroeste del estado, dentro del conocido valle de Puebla-Tlaxcala, colinda al norte con los municipios de Tepetitla de Lardizábal, Ixtacuixtla de Mariano Matamoros y Santa Ana Nopalucan, al noreste con el municipio de Tepeyanco, al este con los municipios de Tetlatlahuca y Santa Apolonia Teacalco, este último perteneció a Nativitas hasta 1995, año en donde se separó y se volvió municipio. Al sureste se encuentra el municipio de Zacatelco, y es al suroeste que limita, además, con el estado de Puebla, donde se encuentran los municipios de San Martín Texmelucan y Huejotzingo.

Nativitas cuenta con 34 localidades de acuerdo al Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI, 2010), de las cuales 13 corresponden a los principales pueblos o comunidades (Santa María Nativitas, Jesús Tepactepec, Santo Tomás Concordia, San Rafael Tenanyecac, San José Atoyatenco, San Miguel Xochitecatitla, San Miguel del Milagro, San Bernabé Capula, Santiago Michac, Guadalupe Victoria, San Vicente Xiloxochitla, San Miguel Analco y San Francisco Tenexyecac). El resto son barrios o colonias, pequeños ranchos y exhaciendas que se han ido poblando.

Nueve de los principales pueblos se articulan de oriente a poniente a un costado de la carretera Texmelucan-Zacatelco-Tlaxcala que atraviesa la entidad. Ésta fue construida en 1970, alrededor de la cual se han construido casas, comercios, centros educativos y algunos de los edificios de las presidencias municipales y auxiliares. Esto da una apariencia más “urbana”, sin embargo, “tierra adentro” se extienden los campos de cultivo, interrumpidos solamente por las comunidades restantes, con una concentración variable, colonias y múltiples iglesias y capillas (Velasco, 2017: 180).

En el último Censo registrado (INEGI, 2015), se cuenta con una población de 23 621 habitantes, de los cuales el 26.5% se encuentran en edades de los 12 a 24 años. Santa María Nativitas es la cabecera municipal, aunque la población del lugar

ocupaba el octavo lugar 1,421 habitantes, otras comunidades como Santiago Michac (3,533), Santo Tomás la Concordia (2,798), San Rafael Tenanyecac (2,699), San Vicente Xiloxochitla (2,418) y San Miguel Xochitecatitla (2,124), cuentan con un mayor número de habitantes.

Entre 1990 y hasta el 2000, el municipio había sido considerado como semiurbano, debido a que más del 50% de su población habitaba localidades entre 2500 y 15000 habitantes. Sin embargo, para el 2010 su estatus cambió a rural, ya que se encontró que más del 50% de la población vivía ahora en localidades menores de 2,500 habitantes. Cualitativamente esta información no refleja la realidad espacial del municipio, ya que muchas de las localidades se encuentran sin urbanizar y las dinámicas de la población no son del todo agrícolas.

Es importante mencionar que, en la mayoría de los pueblos o localidades, las elecciones de sus autoridades se rigen por usos y costumbres, por lo que se mantienen las figuras de presidente de comunidad, delegados, alguaciles y comandantes que reciben remuneración; y para el caso de cargos religiosos: fiscales, porteros, campaneros y vocales; los cuales no tienen remuneración. Las autoridades civiles y religiosas se eligen dentro de asambleas comunitarias, lo que ha reproducido una forma de cohesión social, reflejada principalmente en los cargos y cooperaciones a lo largo del año.

De acuerdo al último censo agropecuario (INEGI, 2017), del total de la extensión territorial del municipio, 77% se destina a la agricultura, 14% a zona urbana, 8% a pastizal y 1% de bosque. En la actualidad el cultivo de maíz es central para los ejidos, pero es notable la importancia de la alfalfa verde y forrajera. Si se consideran los cultivos destinados a forrajes, alfalfa y maíz de grano, estos representan casi 70% de superficie cultivada, lo que se asocia a la producción de alimentos para ganado. La mayoría de las familias ejidatarias de Natívitas tienen una orientación productiva hacia la ganadería, principalmente de leche. Por ello una buena parte de la actividad agrícola está enfocada a la producción de forraje y, en menor medida, de maíz, frijol y jitomate, destinados al autoconsumo y al mercado regional (Salas y Luna, 2014: 109). En ese sentido se entiende que una parte

mayoritaria de la población mantiene vínculos importantes con las actividades agropecuarias, producto de la amplia tradición agrícola, la cual ha permitido la conformación de un estilo de vida rural, centrado en prácticas agrícolas ancestrales y una organización comunitaria, política y religiosa que de diversas formas se mantiene presente (Salas y Rivermar, 2011: 140). Sin embargo, también en este momento la población del municipio sigue transitando a múltiples formas de empleo y estrategias de sobrevivencia, las cuales cada vez más los enfrenta al abandono de actividades agropecuarias, empleos precarios e inestables tanto en industrias como en comercios informales.

IV. Movilidad en el centro de México

Una de las principales problemáticas al intentar integrar datos sobre movilidad laboral en México es la falta de estadísticas oficiales que registren las trayectorias del lugar de vivienda al lugar de trabajo a nivel local y regional. Los datos cuantitativos que se han elaborado recientemente se han centrado en aspectos sobre la infraestructura y transporte en zonas metropolitanas de México, como es la *Encuesta Nacional de Movilidad y Transporte 2014* (Suarez y Delgado, 2015). Con respecto al trabajo, únicamente a partir del *Censo de Población del Instituto Nacional de Estadística e Informática 2010* (INEGI, 2010) se ha registrado información a nivel municipal. Sin embargo, en los datos del censo, no se especifica si se trata de un tipo de movilidad cotidiana (*commuting*) o bi-residencial, es decir desde el lugar de vivienda al trabajo, si no únicamente se registra el origen de nacimiento o procedencia del trabajador.

En este tema cabe destacar el trabajo de Blanca Ramírez *Debates y estudios de la movilidad laboral en la región centro del país: alcances y dimensiones desde México* (2015), que se concentra en el aspecto del desplazamiento en función del trabajo en la región centro de México, tratando de separar procesos de movilidad del sentido tradicional de la migración. Si bien estos trabajos mencionados dan cuenta fragmentada de la movilidad laboral, para la finalidad de este estudio y para

dar un panorama general se retomarán y analizarán los datos registrados de manera cuantitativa.

El estudio realizado por Ramírez (2015) parte de reconocer tres categorías dentro del Censo de Población, las cuales corresponden a población que trabaja fuera de la región centro del país, población que trabaja fuera del país y población que no especifica lugar de trabajo. Muestra que entre los años 2000 y 2010 hubo un crecimiento de 3.6% en la población que reside en la región centro del país, pero que trabaja en otras entidades del país, siendo 0.5% del total de población ocupada de la región centro. Mientras que la población que trabaja fuera del país creció 1.6%, correspondiente a 0.1%, y dentro de la población que no especifica su lugar de trabajo creció 2%, que corresponde a 7.4% de la población ocupada de la región (Ramírez, 2015: 65).

Si bien desde el año 2000, todas las zonas metropolitanas y no metropolitanas han presentado cierto grado de expulsión de trabajadores, la Zona Metropolitana del Valle de México (ZMVM) con más de un millón de trabajadores era dentro de la región centro la principal área de expulsión, seguido de la Zona Metropolitana de Puebla con 90,000 trabajadores. Para el 2010 si bien la ZMVM sigue siendo la que más expulsa trabajadores, se ha reducido la cantidad a 827,323 trabajadores, aunque es quien cuenta con el mayor porcentaje de población que no especifica donde trabaja; en el 2000 se trataba del 12.7%, en el 2010 de 9.4% (Ramírez, 2015: 68).

Algo que arrojó este estudio fue que si bien, existe una variable o decreciente expulsión de trabajadores, esta expulsión se da hacia las principales metrópolis, que en la actualidad siguen concentrando los principales mercados de trabajo. De esta forma, entidades como Tlaxcala mantienen una creciente expulsión de su población rural hacia distintas zonas metropolitanas, principalmente la ZM de Puebla-Tlaxcala. Por su parte el Estado de México y la Ciudad de México se caracterizan por tener una tendencia distinta, debido a que en su conjunto ambas entidades conforman la ZMVM que es el núcleo de atracción y expulsión de población ocupada de la Región del Centro (Ramírez, 2015: 72).

Esto lleva a considerar la consolidación de espacios metropolitanos del centro de México como los principales lugares de atracción del mercado laboral y también generadores de movilidad. Al respecto, la investigación realizada hace una década por Adriana Larralde (2008), señala con base a los Censos Económicos 2004, que para las localidades rurales de la región sólo 6.7% del total de establecimientos económicos se localizan dentro de localidades rurales; y en éstos se empleaba únicamente 2.3% de la población ocupada total regional. La mayoría de las unidades económicas que se instalaban en las localidades rurales pertenecían a establecimientos comerciales 62% y ocupaban 54% de la población (Larralde, 2008: 84). Su estudio muestra que en las localidades rurales únicamente 12% de la población ocupada que vivía en las localidades rurales, se encontraban en ese momento trabajando en establecimientos económicos de las mismas localidades. Mientras que 88% restante de la población ocupada se tendría que emplear en los establecimientos económicos ubicados en los asentamientos urbanos. Con base en ello el nivel de movilidad de la población rural del centro de México hace 10 años se encontraría entre el 60% y 88%, pues muestra el desplazamiento de las localidades rurales de residencia hacia el lugar donde se localiza su empleo.

Cabe apuntar que a mediados de la década de 1950 la población de la región del centro residía predominantemente en localidades tipificadas como rurales. En la actualidad sólo 12% de la población regional vive en localidades de menos de 2,500 habitantes, 28% en localidades mixtas de 2,500 a 15 mil y la gran mayoría 60% en ciudades, es decir, concentraciones de más de 15 mil habitantes (INEGI, 2010). Sin embargo, se debe considerar que al interior de la región existen diferencias importantes en el sentido espacial, ya que en un extremo se encuentran la CDMX y la zona conurbada del Estado de México, que son entidades altamente urbanizadas. Mientras que en el otro extremo se encuentran entidades con una alta espacialidad rural, como Hidalgo, Tlaxcala, Puebla y Querétaro.

Si bien la tendencia de la distribución de la población según tamaño de localidad indica que cada vez más población vive en concentraciones urbanas y por

tanto la proporción de población que reside en localidades pequeñas ha descendido, el número de localidades rurales no ha tendido a decrecer. Para 2010 el número de asentamientos rurales ascendía a 20,528, lo cual representa 95% del total de las localidades en la región, aunque sólo concentran un porcentaje relativamente reducido de la población, en total 16%, lo cual indicaría que la distribución de la población en esta zona se encuentra sumamente disperso en un gran número de pequeñas localidades (INEGI, 2010). Esto indica, además, que, ante la falta de trabajo y opciones productivas a nivel de las localidades, el desplazamiento para generar ingresos se ha vuelto parte esencial de su sobrevivencia

En otra investigación realizada por Adrián Aguilar (2003), se consideró que, en la misma región del centro de México se estaba conformando un proceso que denominó de “desconcentración concentrada”, es decir, que la población de la ZMVM se estaba redistribuyendo en ciudades intermedias dentro de una región amplia e inmediata, pero a una distancia no demasiado lejana de la ciudad central. Esto vinculado a un crecimiento extenso estaba generando nuevos nodos y corredores económicos, los cuales producen otras centralidades en la periferia, situación que llevaba a la formación de un patrón urbano policéntrico. Para demostrar esto, Aguilar registro que en 1995 la densidad en la Región era de 306 habitantes por Km², posteriormente entre 1950 y 1995 la densidad aumentó más de cuatro veces. De tal forma las densidades se multiplicaron en las zonas metropolitanas que circundan la ZMVM. Pero de forma importante éstas densidades se diversificaron sobre todo siguiendo las principales carreteras (Aguilar, 2003: 41-43).

Por su parte, Chávez y Guadarrama (2004), en un estudio sobre migración interna en la Región Centro de México demostraron que existe una fuerte vinculación entre la CDMX y el Estado de México. Entre 1990 y el 2000, del total de personas que abandonó la ciudad, 80% se ubicó en el Estado de México, al mismo tiempo que 55% de los emigrantes que abandonaron el Estado de México en 1990 se fueron al Distrito Federal (hoy CDMX). Para el año 2000, los autores muestran que el porcentaje era 64%. No obstante, la dirección que fue observada mostraba

que los habitantes de la ciudad de México no se limitaban a esta relación, pues todas las entidades de la región centro estaban recibiendo un número significativo de ellos, lo cual ascendían a 139,000 inmigrantes, que representan más de la mitad del total de inmigrantes que recibían. Esta nueva dinámica, afirman los autores, se vincula con la instalación de nuevas plantas productivas o la reubicación de algunas ya existentes en las entidades que rodean a la ZMVM, donde se ofrecen facilidades de instalación que disminuyen costos, con la ventaja de acceder al mayor mercado nacional e internacional.

Además, los mismos autores destacaron el intercambio que existe entre Hidalgo, Puebla y Querétaro con el Estado de México en primer término y, con la CDMX en segundo. En Morelos, los intercambios se dan primero con CDMX y en segundo con el Estado de México. Y Tlaxcala registra una mayor movilidad de población hacia Puebla, y en menor medida hacia CDMX y el Estado de México (Chávez y Guadarrama, 2004: 174-175). Este comportamiento de la migración interurbana dentro de la región, es uno de los factores que da lugar a otro comportamiento de movilidad cualitativamente distinto a la migración, pues se tratan de fenómenos que podemos se pueden calificar como movilidad pendular, movilidad diaria o transito espacial cotidiano.

Capítulo 1. Ruralidad y movilidad en un contexto neoliberal

El siguiente capítulo está conformado por tres apartados conceptuales sobre el concepto de ruralidad, movilidad y las trayectorias de movilidad que serán analizadas y posteriormente presentadas a través de la etnografía.

El primer apartado: Apuntes sobre la ruralidad contemporánea, está conformado por la discusión, principalmente desde disciplinas como la antropología y la sociología, sobre el concepto de ruralidad y la construcción de los sujetos que habitan estos espacios. Posteriormente se realiza una revisión sobre la propia (re)conceptualización de la ruralidad contemporánea a partir de diferentes estudios impulsados por las transformaciones socioeconómicas del proceso neoliberal. Para después realizar una revisión histórica de los principales procesos históricos experimentados en México, desde el siglo XX, y que han dotado de una ruralidad particular al centro del país.

El segundo apartado: Apuntes sobre movilidad, plantea una reflexión antropológica sobre el concepto de movilidad y propone su importancia para el análisis de los fenómenos sociales contemporáneo. Aquí se proponen las bases de una antropología de la movilidad para el estudio de las trayectorias de los jóvenes rurales.

El tercer apartado; Trayectorias de movilidad, resumen los principales conceptos sobre educación, trabajo y consumo, y como estos se vinculan a las experiencias cotidianas que permiten una socialización e interiorización del propio proceso neoliberal.

1.1. Apuntes sobre la ruralidad contemporánea

En su comprensión más clásica, la disciplina antropológica ha utilizado como metodología primordial realizar largos viajes y permanecer durante extensas temporadas de trabajo de campo. Con la finalidad de conocer la diversidad humana, para reflexionar sobre la misma sociedad a través de la observación específica de dinámicas sociales, y para la propia construcción de un “otro” y de sus “otros

mundos”. De tal forma, la selección de espacios de investigación se centró en encontrar territorios y realidades alejadas del desarrollo de la sociedad occidental, así como de todo proceso generado por la modernidad.

La disciplina se especializó en observar en otros lugares y espacios todo un conjunto de relaciones, expresiones, prácticas, tradiciones, intercambios, creencias, significaciones, etimologías y/o construcciones sociales, que a su vez se utilizaron para interpretar y generar conceptos sobre la otredad. A partir de la construcción diferenciada de un “otro” y sus “otros mundos”, se conceptualizó entonces al conjunto de relaciones, experiencias y materializaciones humanas dadas en determinado tiempo y espacio como cultura. Si bien la cultura podría tener características propias, resultado de un desarrollo diferenciado históricamente y otras condiciones sociales y geográficas, al mismo tiempo, también generaba la idea de que era algo producido y experimentado por todos los seres humanos.

La construcción de otredad llevó a considerar diferentes definiciones de culturas, las cuales eran percibidas a través de prácticas, manifestaciones y acciones de vida cotidiana de esos otros y que generalmente se explicaban o necesariamente se analizaban a partir de un lugar o territorio específico. Por tanto, las trayectorias de vida de las personas observadas parecían hasta entonces estar ancladas a espacios delimitados por fronteras políticas, físicas o simbólicas, las cuales se asumieron como determinantes para el devenir de las acciones y prácticas cotidianas que daban cuenta precisamente de una cultura.

Tradicionalmente a los espacios rurales se les han considerado como lugares físicos y específicos que tienen la característica de mostrar ecológicamente una fase anterior a la de sociedades modernas. En su estudio se han mostrado procesos contrarios o divergentes al desarrollo e infraestructura de ciudades, y a la dinámica de relaciones de las poblaciones que generaban una cultura urbana-industrial específica. Es así que la disciplina antropológica en su búsqueda de la otredad, proponía que en tales espacios se generaban trayectorias o formas objetivas de vida diferentes. Basadas en la característica del sentido de una “cultura rural” o de

una “ruralidad”, la cual era asumida por los sujetos y el conjunto de relaciones dadas de manera determinante por el territorio.

Los sujetos que viven entonces esa ruralidad se observaron bajo la percepción de una reproducción social en contextos y espacios residuales, con relaciones socioeconómicas vinculadas al trabajo y producción agrícola dentro de un territorio. Determinados por un conjunto de condicionantes de socialización y prácticas comunitarias, interpretadas a través de una escasa o nula movilidad. De forma importante se consideró una larga duración de lógicas de producción y consumo, subyacentes en la sobrevivencia de una unidad doméstica o familiar. Dado al grado de distanciamiento y marginalidad que se le dio a lo rural, con respecto al “desarrollo urbano”, los sujetos que habitan estos espacios, generalmente se les interpreto como “resistentes” al conjunto de relaciones generadas desde un sistema político y económico global. Es decir, al margen del conjunto de relaciones y prácticas sociales históricas de occidente, por tanto, a “salvo” de la cultural y el modo de vida capitalistas.

Sin embargo, las transformaciones de esos “otros mundos” rurales, en los últimos años, hace cada vez hace más compleja la explicación e interpretación bajo argumentos que proponen la reproducción social a través de una lógica de prácticas socioeconómicas simples y con énfasis en una producción agrícola, en un territorio como limitante de la socialización y construcción de una cultura propia. Los presupuestos de una ruralidad “tradicional”, como se ha demostrado, han cambiado y existen hoy nuevas u otro tipo de ruralidades, las cuales en su mayoría dan cuenta de espacios productivos desagrarizados, en donde los lugares y territorios son espacios que no están totalmente definidos o delimitados socialmente. Ahora estos espacios se conforman por una población que lleva a cabo diversas actividades socioeconómicas, con un mayor énfasis en la pluriactividad y principalmente a través de la capacidad de los individuos de generar trayectorias más amplias de movilidad. Esta última es vital también para la apropiación, consumo y reproducción de una cultura cada vez más global.

1.1.1. La construcción de una ruralidad y sus sujetos de estudio

Hasta hace tiempo la ruralidad se podía entender como una relación simple entre sujetos con el espacio rural, es decir, un conjunto de relaciones, dinámicas, prácticas y fenómenos que dan lugar a la reproducción socioeconómica, vinculada a espacios dedicados o con presencia de actividades agropecuarias. De forma estricta, la ruralidad se ha observado a través de espacios diferenciados al desarrollo urbano, con lo que se produce un sentido de vida particular, vinculado a características de producción simple y de socialización dada en relaciones inmediatas y cercanas. Las características de dicho espacio rural, históricamente se han conceptualizado a partir de la relación campo-ciudad, siendo desde la tradición de la economía liberal y el modo de producción capitalista, lo que ha determinado su naturaleza, pues se ha construido partiendo principalmente de describir un desarrollo económico desigual.

A raíz de lo anterior se han construido toda una serie de diferencias dicotómicas, que se han utilizado para comparar y analizar de antemano lo rural y lo urbano. Esto ha dado el paso al establecimiento de criterios comunes y diferencias con espacios urbanos, como es mostrado por Gómez Echenique (2002: 30-39), y que se pueden enlistar, describir y complementar de la siguiente forma:

a) Diferencias ocupacionales. El espacio rural se encontraría compuesto por una totalidad de individuos dedicados a la ocupación agropecuaria. A través de esto las poblaciones rurales se diferenciarían de las urbanas en el tipo de actividades, empleo y especialización socioproductiva que se desarrolla en cada uno de los espacios. De igual forma la finalidad de dichas actividades tendería a ser diferente, partiendo de lógicas de reproducción social y acumulación de capital aparentemente contrarias.

b) Diferencias ecológicas. El espacio rural al encontrarse en un medio “natural”, genera que las trayectorias de vida de los habitantes, estén vinculadas a las condiciones climáticas y a los ciclos agrícolas. Por el contrario, la población urbana, supondría un ambiente controlado y artificial producto de la infraestructura de las

ciudades, así como por el tipo de actividades establecidas en un calendario cívico-industrial.

c) Diferencias en el tamaño y densidad de la población. Uno de los criterios más utilizados es el del tamaño y la densidad poblacional de los espacios rurales. Las actividades agrícolas, por sus características, supondrían la dificultad de importantes concentraciones de trabajadores y productores en un determinado lugar, a diferencia de la densidad ocupacional dada en espacios urbanos, así como de las extensiones territoriales necesarias para el desplazamiento e interacción. Por tanto, como regla general, las comunidades rurales tendrían una densidad de población más baja que las comunidades urbanas. Lo que, hasta la fecha, ha llevado a considerar criterios y límites entre 2500 a 5000 habitantes como máximo, para caracterizar a un espacio habitado como rural.

d) Diferencias de movilidad. Se ha considerado que la centralidad agrícola implicaba que ésta se desarrollara en relación directa con el domicilio, como podría ser el ejemplo clásico de la milpa mesoamericana. De igual forma se han encontrado que la mayoría de prácticas sociales son reducidas a la proximidad de las mismas comunidades, es por ello que la población rural presentarían por tanto una movilidad limitada. A diferencia de la población urbana, la cual se suele movilizar de un lugar a otro, debido a la alta rotación por empleo, a los cambios generados por domicilio, así como por los “mayores” desplazamientos dentro de las ciudades y acceso a mercados culturales, de servicio y de consumo.

e) Diferencias en homogeneidad y heterogeneidad cultural. Partiendo de la interpretación a diferencias sociales de clase, se ha considerado que, en los espacios rurales, se genera cierta homogeneidad debido a la baja densidad y movilidad de la población rural. Contrariamente a lo que pasaría en poblaciones urbanas, en las cuales, debido a la mayor aglomeración y complejidad de las ciudades, manifestarían una mayor diferenciación y por tanto heterogeneidad.

f) Dirección de las migraciones. La dirección predominante de las migraciones históricamente se ha presentado del campo hacia las ciudades y de las ocupaciones agrícolas hacia las ocupaciones urbanas. Por lo tanto, la migración poblacional se

ha considerado que es unidireccional, como durante años fue el éxodo desde el campo a las ciudades.

Algunas de estas características resumidas han influido a diferentes disciplinas sociales como antropología, sociología, demografía y geografía, las cuales han llegado a un consenso general. Éste considera la ruralidad como parte de: un conjunto territorial cuyas decisiones escapan a la misma población y en el que existe un modo particular de utilización del espacio y de la vida social, producto de una densidad relativamente menor de habitantes y la falta de infraestructura urbana, lo que determina una preeminencia de paisajes naturales; por la reproducción socioeconómica a través del uso de suelo con predominio agropecuario; por un modo de vida de sus habitantes marcado por su pertenencia a comunidades de tamaño reducido, lo que genera una estrecha vinculación personal, con fuertes lazos sociales, así como por su relación particular con el espacio, el cual favorece un entendimiento directo y experiencial del medio ecológico o natural; y por una identidad y una representación específica, relacionada a la construcción de una cultura campesina (Kayser en Cortés Samper, 2009: 35).

Cabe destacar que muchos de estos planteamientos dicotómicos, desde un principio han estado acompañados de una conveniente construcción conceptual desde las mismas ciencias sociales. No hay que olvidar que, a partir del siglo XVIII, al amparo de las políticas de gestión del sistema socioeconómico dominante, las disciplinas sociales se constituyeron a partir de “explicar” y “describir” todo lo que no era occidente. Así como de dar cuenta de territorios, regiones y poblaciones que comenzaron a ser periféricos al capitalismo industrial. Esto se ve reflejado en corrientes evolucionistas y funcionalistas, las cuales, durante la consolidación de las ciencias sociales a lo largo del siglo XIX, se centraron en describir espacios y sociedades al margen del proceso histórico del capitalismo desde una perspectiva unilineal. Así los espacios rurales o no industrializados, fueron considerados remanentes de sociedades “primitivas” o “salvajes”.

Michael Kearney (1996), menciona por ejemplo que, durante la etapa fundacional de la disciplina antropológica, se establecieron explicaciones de un “yo”

civilizado que tenía antecedentes en un “otro” primitivo. Esta etapa que estuvo acompañada del desarrollo de dos guerras mundiales, llevó a un conjunto de antropólogos y etnólogos a viajar a otras regiones del mundo para encontrar ejemplos paradigmáticos de otras sociedades. Éstas se encontraban fuera de los conflictos bélicos o en muchos de los casos eran parte de los intereses del propio avance de expansión del capital colonial. Por tanto, estas regiones fueron estudiadas para informar al mundo “civilizado” de su existencia, lo que trajo en consecuencia una serie de imágenes del “otro”, que dejó de lado el contexto de colonialismo, ignorando la relación entre ese “yo” y ese “otro”. La historia de las sociedades estudiadas fue limitada a aspectos culturales y territoriales, sin una contextualización del propio mundo occidental.

Las primeras investigaciones entonces se caracterizaron en entender a las poblaciones dentro de espacios rurales como cazadores, bandas y tribus recolectoras, con una organización social y política diferenciada de la esfera económica o de valor de intercambio. Estos criterios fueron establecidos a partir de prejuicios preantropológicos y etnocéntricos, derivados de valorar bajo la lógica de la economía capitalista, las relaciones materiales y de intercambio que eran observadas. Así, a diferencia de las poblaciones modernas, se consideró que, en espacios rurales, la mayor parte de lo producido se destinaba al consumo por parte de la misma población. Por tanto, se interpretó que no existían incentivos para el abastecimiento a través del interés creado por la ganancia, por lo que el control de los medios de producción estaba a cargo de la familia o de las comunidades, que supuestamente llevaría a que no existirían relaciones, en el estricto sentido económico, ni mucho menos en un sentido de explotación (Sahlins, 1977).

Al ser conceptualizadas de esta forma, de una forma subordinada a las demás estructuras capitalistas, a las sociedades rurales se les marginó de un desarrollo global e histórico, pues se centró el análisis en la estructura y la función de la reproducción social, con un énfasis mayor en describir las particularidades de esas culturas, como si éstas se trataran de un conjunto coherente y equilibrado de relaciones que subsistían en base a solidaridad, la cual se pretendía ser la base

anterior también de algunas sociedades modernas. Y si bien existieron estudios que mostraron las mismas contradicciones sociales de estos modelos, la mayoría de perspectivas omitieron muchas veces las relaciones estructurales “exteriores”, que eran producto de la misma expansión y desarrollo del sistema económico dominante del momento.

Todo esto convergió, en el mejor de los casos, en la descripción y comprensión de la estructura “interior” de sociedades entonces observadas como no modernas. Así la relación quedó establecida únicamente a partir de los cruces o consecuencia de la internacionalización del mercado o de procesos de aculturación, es decir aquellas relaciones “necesarias” e “inevitables” entre la estructura mundo que se había construido, por el dominio, y el resultado de conflictos bélicos de algunas naciones y aquellas de “otros mundos” al margen aparentemente de todo desarrollo.

Se construyó una idea de ruralidad definida por el tipo de reproducción social dada en un espacio concreto, sin vínculo aparente con mayores relaciones históricas de producción, y que era sostenida principalmente por características culturales propias de los sujetos que habitaban estos espacios. Es aquí donde las primeras perspectivas antropológicas, tienen su principal aportación al estudio de las sociedades rurales en la elaboración de la teoría del campesinado. Esta se centró en entender a un grupo de la sociedad cuya subsistencia y permanencia dependía de actividades y comportamientos que eran opuestos al resto de las sociedades modernas o desarrolladas.

La organización económica y producción de las familias campesinas se entendía por un equilibrio entre el trabajo y la satisfacción de necesidades básicas de subsistencia. La familia campesina, que garantizaba y regulaba la producción, se describió como una unidad económica donde se desplegaban estrategias basadas en los principios de sobrevivencia o maximización del esfuerzo. Además de constituirse como unidades económicas morales con base en principios de reciprocidad, consenso y altruismo. Estas sociedades campesinas estaban vinculadas al trabajo casi exclusivo de la tierra, y si bien algunos contaban con

medios de producción al ser dueños de ésta, a diferencia de la lógica del capitalismo, requerirán del intercambio de sus excedentes para existir, pero no para acumular (Chayanov, 1974; Wolf, 1975).

Si bien estos aportes sobre el comportamiento económico y la organización familiar han resultado valiosos para el debate y el conocimiento de las poblaciones rurales, también en muchas ocasiones cayeron en presentar generalidades con respecto a la importancia atribuida a variables psicológicas en la determinación de la estructura socioeconómica de su subsistencia. Por tanto, en las descripciones genéricas de la personalidad del sujeto rural o campesino, consideraron los procesos culturales como sistemas esencialmente estáticos, opuestos a la introducción de cambios. Se asumió que los sistemas “tradicionales” y los sistemas “modernos” se excluían mutuamente, y que entre ellos existe por tanto un conflicto permanente. Así en vez de considerar limitaciones políticas y económicas, se optó por rastrear las causas en el análisis de variables culturales, psicosociales y psicológicas (Heynig, 1982: 8).

Se propuso que los campesinos eran aquellos que constituían sociedades parciales con culturas parciales. Las sociedades campesinas estarían formadas por sujetos determinados por una cultura rural, pero que se relacionaban ahora en conjunto con otras comunidades y ciudades a través del comercio. Y si bien se consideraban como segmentos de una clase perteneciente a una sociedad mayor, sin embargo, los sujetos y comunidades locales mantenían desde la “antigüedad” gran parte de su identidad, integración, apego a la tierra y su cultura (Kroeber, 1984).

Este tipo de definiciones fueron citadas con extrema frecuencia y se constituyeron en los principales aspectos retomados dentro de análisis antropológicos sobre el campesinado. La observación y descripción de estas normas de valores, concibió a un sujeto aparentemente aislado de la sociedad, sometido a la dinámica interna de la comunidad o pueblo. Un sujeto ajeno, por tanto, a las fuerzas políticas y sociales externas. También mucha de la persistencia de estas perspectivas, provenía del afán de algunos científicos occidentales de

rechazar la teoría marxista, relegando a un plano secundario el aspecto económico y el concepto de clases sociales (Heynig, 1982: 6).

Si bien esta construcción teórica permitió de alguna forma dar identidad al sujeto rural, esto respondía también a una reordenación del pensamiento dualista, en el que, bajo los procesos de descolonización y democratización de las sociedades “no desarrolladas”, estas no podían ya ser fácilmente conceptualizadas, ni era políticamente correcto seguir denominándolas como sociedades primitivas. Bajo el trasfondo político de la conformación de países socialistas y bajo el riesgo que estos representaban para occidente, fue factible y políticamente correcto construir binomios opuestos, ahora entre los llamados países “desarrollados” y países “subdesarrollados”. Así, se establecieron criterios que definían la transición entre comunidades “tradicionales” ahora denominadas campesinas, hacía la cultura “moderna” y las sociedades del “primer mundo” (Kearney, 1996).

Conceptualmente, se construyó sujetos que pertenecían y se integraban en sociedades campesinas, pero que se les consideraba con muy poco control político sobre los espacios que habitaban y sobre su vida en general. Es decir, el poder de decisión residía fuera de las comunidades porque estos sujetos no sólo eran pobres, sino que además carecían de poder y la falta de un control político eficiente que los lleva a buscar otros recursos, los cuales estaban limitados o en su defecto vinculados a la familia para mejorar sus escasas oportunidades de supervivencia (Redfield, 1956).

Así las características históricas de poblaciones marginadas o con procesos desiguales, fueron omitidas o invisibilizadas bajo la idea de cultura y tradición, a pesar de que a su vez estos espacios estuvieran enmarcados en la misma dimensión temporal del desarrollo de otro tipo de espacios industrializados y/o urbanos. Esto convenientemente, sin que signifique que ambos espacios históricamente sean del todo iguales, ha llevado a olvidar la estructura de poder que ha hecho a cada uno diferente: Un modo de producción de una sociedad determinada, que ha distinguido una estructura socioeconómica sobre otra, imponiendo a determinados grupos humanos sus características específicas y el

tipo de relaciones que tienen con otros grupos de la misma índole. Sin embargo, estos grupos y clasificaciones no son más que las clases sociales y estas relaciones son las producidas desde convenientes construcciones conceptuales de las mismas clases (Stavenhagen, 1990).

En no menos de alguna ocasión la perspectiva antropológica ha asumido por tanto enfoques dicotómicos, en donde la ruralidad y los sujetos que la experimentan se han descrito, observado e interpretado bajo sistemas y estructuras tradicionales, que representarían una negación o resistencia al desarrollo del sistema mundo, y/o que, en dado caso, se les ha condenado a desaparecer con el progresivo avance de los procesos de modernización. Sin embargo, el problema al tratar de definir la ruralidad y a los sujetos en el espacio rural es el clasificar de manera concreta a individuos por el simple hecho de estar dentro o fuera de alguna categoría, y de realizar así mismo esta categorización sobre la base de un único criterio (Heynig, 1982: 42).

En ese sentido, la construcción de un sujeto y la definición de lo rural puede ser mejor comprendida como la expresión de una conveniente concepción de atraso o subdesarrollo, el cual requirió por tanto de un proceso de esencialización de los mismos sujetos rurales. Por un lado, se requería la noción de particularidad de lo rural dentro de la reproducción cultural de una marginación, precarización, explotación de un territorio dentro de una relación de subordinación; y por otro, como se verá en este trabajo, la concepción de un sujeto en términos de la esfera cultural y espacial, además de esencializarlo, lo invisibilizó ante procesos de mayor alcance, como ha sido la asimilación e interiorización del mismo proceso global del neoliberalismo.

Es en la actual fase de globalización del capital en donde se han deconstruido la mayoría de estas nociones tradicionales de tiempo y espacio, así como aquellas explicaciones culturales a partir de la perspectiva de una simple y larga reproducción cotidiana de la forma de vida de “otras” poblaciones diferentes y/o de la resistencia de estas poblaciones ante procesos socioeconómicos más amplios. Principalmente por las actuales formas de trabajo y el proceso social de consumo global, lo que

genera a su vez, una intensa movilidad cotidiana de los sujetos en diferentes direcciones. Es por ello que, anteriormente, lo que servía de anclaje para las explicaciones dicotómicas, ya no se sostiene bajo la integración de espacios cotidianos dentro de las relaciones rural-urbano, campo-ciudad, tradición-modernidad, etcétera, ya que a los que se ha conceptualizado como sujetos rurales o campesinos, participan ahora de múltiples espacios y de sentidos de vida cambiantes (Kearney, 1996).

Este proceso, como será expuesto más adelante, ha ocurrido sin que haya cambiado la estructura de dominación y diferenciación de clases, y ha llevado a trasladar categorías que se creían inamovibles dentro del estudio de poblaciones rurales, como el campesinado o lo rural, dando paso a una reinterpretación. En la actualidad, los sujetos dentro del espacio rural, ya no existen como parte de una sola problemática de un grupo específico (Heynig, 1982: 42). Lo que sí existe es una sociedad rural con sujetos socialmente diferenciados que, dada la continua expansión del capitalismo, han perdido la unidad original de su clase, convirtiéndose en sujetos multifacéticos y neoliberales.

1.1.2. Ruralidades contemporáneas

Existen amplios estudios y una gran bibliografía que ha descrito y explicado las transformaciones de espacios rurales alrededor del mundo y específicamente en México en los últimos 40 años, en donde la reproducción de las familias, sustentada en base a la especialización socioproductiva de actividades agrarias, se ha debilitado o simplemente ha desaparecido (Arias, 1992, 2009; Appendini, 2008; Cartón de Grammont 2004, 2009; Kay 2007; Kearney, 1996; Lara, 1998; Llambí, 2004; Salas, 2006, 2011 entre otros). En ese sentido se puede decir que la ruralidad como oposición con lo urbano, o como parte de una cultura diferenciada, en base al conjunto de actividades dadas en determinados espacios o territorios, ya no corresponde a las ruralidades contemporáneas. Las actividades que permiten la reproducción cotidiana de las familias rurales, tiene que ver cada vez más con

ocupaciones no agrarias, con una alta movilidad y pluriactividad de la población en general.

Tan sólo en México, una importante parte de los hogares rurales participan activamente en ocupaciones diferentes a las agropecuarias. Esto se ha constituido en una estrategia para aumentar sus ingresos, reducir los riesgos a la producción agropecuaria y hacer frente a los altos niveles de precarización. En la década de los setentas se podía considerar que la población del campo mexicano aún era primordialmente rural, ya que 76.9% de su Población Económicamente Activa (PEA) se empleaba en el sector primario, sólo 9.1% en el secundario y otro 8.9% en el terciario (Carton de Grammont, 2009). La situación, en los últimos años, es muy diferente: más de dos terceras partes de la PEA de las localidades rurales participa dentro del sector secundario con el 25.31%, y cada vez más, como empleados asalariados en diversos servicios, el comercio, tanto formal como informal, dentro del sector terciario con 49.69%. De la misma manera, a nivel nacional, la población que se ocupa de actividades agropecuarias se ha reducido a tan sólo 25.31% en todo el país (ENOE, 2018).

De manera general se observan procesos de destrucción o pauperización de los sistemas agrarios tradicionales orientados a la producción de alimentos básicos en pequeña o baja escala. Así es mostrado por Patricia Arias (2009), que observa que la producción campesina no sólo perdió la capacidad de asegurar el abasto de alimentos que requiere el mercado interno nacional, sino incluso las necesidades de autoconsumo de la mayor parte de las familias rurales y campesinas (Arias, 2009: 19). Además, las actividades agrarias que prevalecen, o por lo menos aquellas cuantificables a gran escala, tienen que ver con la incorporación tecnológica y de gestión de capital, que intensifica la utilización de la fuerza de trabajo y transforma las relaciones sociales de producción en el espacio rural, en actividades ampliamente desarrolladas por las agroindustrias y agronegocios en algunas regiones, en detrimento de la agricultura familiar.

Esto se expresa en nuevos perfiles de la misma producción agropecuaria, en donde coexisten empresas de alta complejidad tecnológica, que forman parte de

transnacionales provenientes de otros sectores productivos, empresas del agroturismo, trabajadores rurales agrarios y no agrarios, que han sido segmentados por procesos de asalarización, generando el surgimiento de nuevos sujetos sociales (Romero, 2012: 164). Dicho de otra manera, la producción agrícola es importante a determinada escala, la cual se sigue realizando en amplias regiones y requiere de una importante mano de obra. Sin embargo, no se trata de la agricultura tradicional, sobre la cual se han realizado etnografías destinadas a mostrar las actividades cotidianas de la mayoría de las personas dentro de espacios rurales. Ahora la producción agrícola más visible es para un mercado de exportación y/o comercial, y quienes se emplean en dichas actividades productivas ya no son campesinos, sino jornaleros o asalariados agrícolas.

Si bien la ruralidad la podíamos entender como una relación simple de sujetos con el espacio rural, ahora no puede pensarse por separado en función únicamente de actividades agropecuarias, sino cada vez más se debe dar cuenta de todas las otras dinámicas desarrolladas por la población en dichos espacios, como es el empleo en servicios, fábricas o en la misma agroindustria que ha aumentado la movilidad dada entre espacios rurales y áreas metropolitanas, siguiendo una ruta ya tradicional de transmisión de mano de obra desde la agricultura hacia la industria y los servicios. Esto es inminente por los cambios de la intensidad y la dirección de la migración interna actual, por la expansión del comercio como fuente principal de ingresos, de manera importante a través de la informalidad, del aumento de actividades relacionadas con el turismo, y de la apropiación y reproducción de una cultura global a través de diversas formas de consumo.

Estas “nuevas” dinámicas son observables debido a la pauperización del mercado agrícola y el aumento de pluriactividad de la población rural para sobrellevar la pobreza y precariedad. Debo aclarar que la pluriactividad no es algo realmente nuevo, históricamente se ha mencionado que este concepto ya era observado a través de las diferentes combinaciones de trabajo e ingresos de los agricultores familiares. Generalmente tenían una doble actividad con ciertas

características a tener en cuenta, como es el hecho mismo de que la actividad rural se realizaba a tiempo parcial y durante el tiempo el restante se podían realizar otras actividades fuera del predio y de las localidades.

De igual forma, se ha mostrado la posibilidad de subcontratación en otros empleos durante ciertos momentos de la temporada de cultivos, por lo cual diversos autores coinciden plenamente en el hecho de que la combinación de actividades productivas e ingresos, reconocida como pluriactividad, ha sido siempre recurrente en el medio rural (Schneider, 2009; Van Der Ploeg, 1992; Wolf, 1975; Chayanov, 1974, entre otros). En la actualidad la característica diferencial radica en que la pluriactividad ha dejado de ser un recurso ocasional y temporal, para convertirse en una estrategia utilizada por las familias rurales para ingresar al mercado de trabajo (Martínez, 2010: 219).

Se debe considerar que el concepto de pluriactividad, en los últimos años, ha retomado mayor importancia a partir del desarrollo teórico sobre la perspectiva de una “Nueva Ruralidad”. Ésta se comenzó a utilizar para reconocer precisamente la gran diversidad de actividades que se estaban desarrollando en el espacio rural a partir de la década de los setenta. Es partir de esa diversificación de actividades que gradualmente se comenzó a cuestionar la perspectiva dicotómica sobre la ruralidad-urbe tradicional, que seguía destacando la relación directa entre lo agrícola y lo rural, como una categoría residual en los albores de la industrialización, principalmente de Europa y de Estados Unidos a mediados del siglo XX (Rosas-Baños, 2013).

La nueva ruralidad, en ese sentido, se propuso como el estudio de otro tipo de relación y sus efectos sobre el espacio rural, y justo con la implementación de políticas globales se gestaron una serie de fenómenos, como aumento de desagrarización, precarización y migración, así como cambio en estrategias productivas, enfocadas ahora en la diversificación y flexibilización del empleo. Muchos de los autores, dentro de la perspectiva de nueva ruralidad han coincidido precisamente en que la crisis del mundo rural comenzó como consecuencia de los programas de reestructuración económica y cambio de modelo de producción

neoliberal. Aunque se debe señalar que, de igual forma, se ha mencionado la evidente heterogeneidad territorial entre las viejas y nuevas ruralidades latinoamericanas (Llambí, 2004 citado en Hernández y Meza, 2006: 23).

Es a partir del proceso neoliberal que surgieron drásticamente una serie de fenómenos que impulsaron un nuevo paradigma, que comenzaron a hacer obsoletas ciertas categorías de lo rural en ciencias sociales, especialmente las que habían perdido su valor explicativo en el actual período de reestructuración global (Carton de Grammont, 2004). La crisis del mundo rural ha traspasado todas las escalas reconocidas, desde el ámbito productivo y comercial de las naciones, hasta las formas cotidianas de articulación social de pequeñas comunidades, lo que en consecuencia ha llevado a la transformación de las trayectorias de vida que tradicionalmente eran observadas y estudiadas.

Algo que ha sido mostrado con claridad a partir del estudio de las ruralidades contemporáneas, son precisamente los efectos que han ocasionado las nuevas formas de acumulación y flexibilización del trabajo en diversas regiones alrededor del mundo. Estos son procesos que han sido generados a nivel global, a partir de la gestión política de la economía, y que autores como David Harvey (2004) ha denominado como una acumulación por desposesión. Este fenómeno consiste en la utilización de formas de acumulación originaria para acceder a sectores que antes estaban cerrados al mercado. En ese sentido, la acumulación por desposesión define propiamente las políticas y programas neoliberales implementados por diversos países desde 1970, los cuales han sido guiados básicamente por privatizaciones, financiamiento, gestión y/o manipulación de crisis alrededor del mundo, así como redistribuciones sobre la propiedad de territorios y la renta. La acumulación por desposesión ha tenido como objetivo reproducir el sistema actual, generando para ello sujetos y poblaciones más empobrecidas debido a las crisis de sobreacumulación del capital.

Aquí la flexibilidad es consecuencia de esta forma de acumulación, y que, para Harvey (1990), es la relación de procesos laborales, de mercados de mano de obra, productos y pautas de consumo, que se caracterizan por la emergencia de

sectores totalmente nuevos de producción, nuevas formas de financiamiento, nuevos mercados de consumo, pero sobre todo niveles sumamente intensos de innovación comercial, tecnológica y organizativa (Harvey, 1990: 170). De tal forma que el paso de un modo de acumulación a otro se acompaña de un sistema de reglamentación política y social diferente. Las políticas de ajuste estructural de los gobiernos neoliberales en todo el mundo, a partir de los años setenta del siglo xx, constituyen parte esta nueva forma de reglamentación. Si en el régimen de acumulación conocido como fordista, el Estado benefactor y sus instituciones fueron el centro de la regulación social y política del capitalismo de la segunda posguerra, la desregulación estatal y la vuelta a una política de “libre mercado” impulsada por los gobiernos y organismos internacionales de financiamiento, representan el marco político institucional del nuevo régimen de acumulación flexible en la etapa caracterizada como globalización.

No es casualidad que en México las políticas de ajuste estructural han reformulado las maneras en que las ruralidades contemporáneas se insertan a la nueva economía política global. De tal forma que las políticas neoliberales se han traducido en el retiro de los subsidios por parte del Estado a los pequeños productores, la cancelación de precios de garantía, la drástica reducción de créditos, la privatización de la asistencia técnica y el financiamiento, así como una apertura comercial que apoya el desarrollo de cultivos de exportación en detrimento de cultivos básicos. Los efectos de una agudización de la crisis a partir de los reajustes neoliberales y la instauración de un nuevo marco de regulación estatal para la economía rural, se han expresado a nivel local en la falta de apoyo técnico y financiero por parte del Estado a los productores. Pero, sobre todo, en los altos costos de la producción agrícola en contraste con los bajos precios de sus productos y los elevados precios de los bienes y alimentos de consumo básico en el mercado. Todo esto, sin duda, ha minado las bases de la subsistencia rural tradicional.

Aquí rescato, a nivel de lo cotidiano, lo expuesto por el mismo Harvey (2004), en el que el neoliberalismo en su implementación ha generado un amplio rango de procesos, entre los cuales se incluyen la mercantilización y privatización de la tierra

y la expulsión forzosa de las poblaciones rurales. Esto ha convertido diversas formas de derechos de propiedad social en derechos de propiedad privada; transformación de fuerza de trabajo en mercancía y supresión de formas de producción alternativas; subsunción cultural al consumo y al mercado global; procesos coloniales, neocoloniales e imperiales de apropiación de activos, incluyendo los recursos naturales; monetarización de la deuda, de los intercambios y la recaudación de impuestos, particularmente de la tierra; tráfico de personas y nuevas formas de esclavismo; deuda pública y sistema de crédito; una sobredimensión del sistema financiero; y un Estado que a través del monopolio de la violencia y sus definiciones de legalidad, juega un rol crucial al respaldar y promover esto (Harvey, 2004: 116).

Si desde hace más de tres décadas se comenzó a hablar de la configuración de ejércitos industriales de reserva, conformados precisamente a partir de la migración de miles de sujetos rurales pobres que llegaban a las ciudades, en muchos casos los procesos de acumulación neoliberal, de los últimos años, han representado una agudización de condiciones adversas para todas las poblaciones, pero sobre todo para las rurales. Lo anterior, en México y América Latina, ha llevado a proponer conceptos para denominar las ruralidades contemporáneas, entre las cuales se ha hablado de: “nueva rusticidad”, “rurbanización”, “periurbanización”, “interface rural-urbana” o “nuevas ruralidades” (Arias, 1992; Lara, 1998; Grammont, 2004; Salas et al., 2011). Todos estos conceptos han coincidido en dar cuenta de los fenómenos que estaban sucediendo en espacios rurales cercanos a ciudades o grandes áreas metropolitanas, los cuales experimentaban un notable dinamismo laboral debido a la llegada de empresas maquiladoras y ensambladoras de todo tipo.

En ese sentido, retomando lo conceptualizado por Hernán Salas (2006), y para el interés principal de este trabajo, se debe considerar a las ruralidades contemporáneas o las nuevas ruralidades, como aquellas que articulan bidireccionalmente lo rural con lo urbano. Esto significa un mayor consumo de espacios rurales por parte de la industria, la construcción, las maquiladoras, el

turismo, la actividad recreacional y deportiva, ambiental, alimentaria, etc., lo anterior con base en una transformación de las actividades primarias y un incremento de las actividades vinculadas al comercio y servicios, modificando radicalmente el paisaje y la participación de los sujetos en otros ámbitos de construcción de su experiencia y por tanto de su identidad.

Así, las ruralidades contemporáneas colocan en evidencia la compleja realidad que se ha ido configurando en los cambios de las estrategias de reproducción social de los sujetos y sus familias, en la forma en la que éstos conjugan patrones culturales y formas de organización socioeconómica. Hoy más que nunca, la vida rural se liga al medio urbano a través de la diversidad del mercado laboral, la implementación de un mercado de consumo y servicios, así como el alcance cada vez más amplio de la tecnología, que va reduciendo las formas anteriores del mismo trabajo y producción, con esto, la conceptualización dicotómica tradicional rural-urbana, parece haberse extinguido.

Tal como es precisado por Salas, Rivermar y Velasco (2011: 23-24), el concepto de nueva ruralidad trata de superar la dicotomía clásica que hacía diferencia en base de las actividades y funciones de los espacios rurales y urbanos. Debido a la expansión del trabajo asalariado y flexible, la pluriactividad, la descampesinización, la intensificación de la migración y/o movilidad poblacional, así como la configuración de otros procesos espacio-territoriales. Estos fenómenos son evidencias de la capacidad de los sujetos rurales y urbanos, de actualizar sistemas tradicionales de organización social, económica y cultural, frente a procesos globales y nacionales que sistemáticamente los excluyen.

Por último, debo mencionar que la importancia de reconocer desde la perspectiva antropológica las ruralidades contemporáneas, no va únicamente en el sentido de abrir la discusión sobre las transformaciones de las relaciones entre el Estado y la sociedad en términos de gestión política de proyectos económicos y estructurales. La importancia se encuentra en precisamente describir y tratar de explicar las consecuencias de dicho proceso en las trayectorias cotidianas de los sujetos que conforman las ruralidades en el presente. Esto le confiere al tema una

dimensión que va más allá de los debates entre académicos y especialistas para definir la ruralidad, para situarse en el terreno de las construcciones del futuro de los propios sujetos sociales (Hernández y Meza, 2006).

Es necesario, por tanto, darse a la tarea de investigar sobre cómo los sujetos, los espacios y los grupos que se ubican en ámbitos urbanos y rurales, los cuales constantemente se recrean, readaptan y reconstruyen de acuerdo con sus propios intereses y posibilidades. Estos procesos de cambio han conformado diferentes perspectivas sobre la ruralidad contemporánea las cuales deben ser reflexionadas y analizadas dentro de la encrucijada histórica constituida por la globalización neoliberal, como nuevo patrón de acumulación del capital, y por los propios proyectos de organización de la vida de los sujetos sociales que experimentan, negocian y se reinterpretan (Hernández y Meza, 2006: 32).

1.1.3. La ruralidad en México

Para México, la reforma agraria emergida del periodo revolucionario, no sólo sirvió para contener el malestar social y legitimar al gobierno, sino para desarrollar una estructura socioeconómica bajo el sistema ejidal que generó unidades familiares especializadas en la agricultura y liberó la mano de obra y la tierra en el medio rural. Estos aspectos resultaron fundamentales, en primer lugar, en la conformación de dinámicas sociales y económicas basadas en la producción agrícola, las cuales aún se mantienen de forma importante en diversos espacios, y posteriormente, permitieron una siguiente etapa de industrialización, la cual también ha acompañado a las definiciones de vida las poblaciones actuales.

Se debe recordar que una de las intenciones del reparto agrario fue crear minifundios, es decir pequeñas y medianas propiedades, esto no sólo eliminaba al régimen de haciendas, sino más importante intentaba evitar un latifundio extensivo. Así a partir de la Constitución de 1917 se constituyeron dos sectores agrarios: por un lado, quedaron las propiedades privadas y, por el otro, las propiedades ejidales o comunitarias del sector social. Sin embargo, estos últimos quedaron limitados y

en desventaja al lado de las propiedades privadas, que siguieron contando con mayores superficies, con mejores tierras y con privilegios legales importantes.

Desde la revolución mexicana hubo, por un lado, los que dieron máxima prioridad a la creación de una agricultura campesina viable basada en las tradiciones de tenencia comunal anteriores a la revolución, y aquellos que, temerosos de un socialismo agrario, proponían una empresa privada de gran escala en el campo. Como muestra el trabajo clásico de Hewitt de Alcántara, esto ha sido un conflicto entre los intereses del campesinado y los de una clase media en marcha, y que al mismo tiempo fue un conflicto por la dotación preferencial de recursos a la población rural o a la urbana, a la agricultura o a la industria (Hewitt de Alcántara, 1982: 17).

Es así que durante el gobierno de Plutarco Elías Calles (1924-1928) se tenía claro que el sistema ejidal era tan sólo un paso para llegar a la propiedad privada ya que no se creía en el ejido como forma productiva, al contrario, se buscó fomentar la industria agrícola. De esa manera, los proyectos de desarrollo del estado posrevolucionario se encaminaron fundamentalmente hacía una economía agrícola moderna y a la promoción de la propiedad de tipo empresarial consagrada a los cultivos de exportación o más generalmente comerciales (Rajchenberg, 2000: 161).

Debido a las consecuencias de la crisis mundial de 1929 y bajo el temor de nuevas protestas sociales durante el gobierno de Lázaro Cárdenas (1934-1940) se fortaleció el proceso de reparto agrario, con lo cual adquirió nuevas dimensiones tras considerarlo base del modelo de desarrollo agrícola y nacional. Algunas de las explicaciones pueden encontrarse en la necesaria reactivación de la producción agrícola después de la lucha revolucionaria y de los efectos de la depresión de la crisis de 1929. Al igual que en la presión que se seguía generando por la demora del reparto agrario por parte de los campesinos (Romero, 2002).

De tal forma, la política oficial de la segunda mitad de la década de los treinta se enfocó primordialmente al desarrollo socioeconómico del agro mexicano, mediante la redistribución de tierra e ingresos, estos últimos canalizados por el gobierno hacia los trabajadores agrícolas y pequeños propietarios a través de

diversos programas de obras públicas y acceso a crédito agrícola (Hewitt de Alcántara, 1982: 21). Sin embargo, este tipo de desarrollo llegó a su fin abruptamente después de 1940, cuando las crecientes clases medias y altas urbanas tomaron la dirección del partido oficial de gobierno. Es así que para Manuel Ávila Camacho (1941-1946), la seguridad del futuro del país estaría basada en la iniciativa privada, aumentado la protección de las propiedades agrícolas privadas, no sólo para defender las que existían, sino para fomentar en éstas vastas regiones no cultivadas. Por tanto, la agricultura desempeñó un papel nuevo, no como base de desarrollo rural, sino como los cimientos del proceso industrial en el país (Hewitt de Alcántara, 1980: 22).

El cambio de política que fue acompañado de una fuerte presión internacional para promover la industrialización en México. Fue al estallar la segunda guerra mundial y transformarse las normas de comercio internacional de la preguerra, que los empresarios se encontraron con una oportunidad sin precedentes para expandir el mercado nacional y extranjero. El impulso industrial en México se correlacionó de manera sólida con el proceso capitalista. En muchas regiones del país, el capital industrial-urbano se sobrepuso a una realidad eminentemente agropecuaria y transformó las relaciones socioculturales, lo que a su vez generó procesos de homogeneidad territorial, que resultó también en una diferenciación entre los agentes sociales que lograron integrarse y los que se mantuvieron rezagados, con esquemas tradicionales de producción (Ramírez, 1995: 18).

Así, tal proceso, claramente observado durante la presidencia de Ávila Camacho y gobiernos posteriores, llevó al aumento de una producción manufacturera del 4.6% anual entre 1930 y 1940 al 8% anual entre 1940 y 1950 y al 7.3% una década después. Este incremento fue estimulado por políticas proteccionistas, por subsidios y una cantidad importante de inversiones extranjeras. Los beneficios del desarrollo económico industrial se ubicaron, después de 1940, sólo en algunas ciudades claves, siendo uno de los efectos inmediatos del abandono del programa cardenista y la aceleración industrial del país, el rápido aumento de la migración del campo a las ciudades. Así, para 1940 del 35% de la

población que vivía en zonas urbanas se pasó a 43% en 1950 y a 51% para 1960 (Hewitt de Alcántara, 1982: 23-24).

El gobierno y los partidarios de la industrialización no estuvieron dispuestos a hacer inversiones que no estuvieran enfocadas hacia la propiedad privada, ni en proporcionar los créditos y la infraestructura necesaria hacia los pequeños productores. En ese sentido, la consecuencia fue que la mayor parte de la población rural participó del desarrollo industrial del país, pero de forma negativa, pues únicamente consiguió integrarse como mano de obra barata o malviviendo de la agricultura de subsistencia sin poder exigir nada del erario (Hewitt de Alcántara, 1982: 26).

La modernización de la agricultura y el cambio productivo a mitad del siglo XX, es parte de un proceso que tenía como finalidad permitir la inserción del capitalismo en el agro y/o la subordinación de la producción agropecuaria a las demandas del mercado, pero más importante aún, tenía el sentido de facilitar cambios estructurales para impulsar la industrialización del país. Posteriormente, durante la reestructuración del sistema económico mundial de los años ochenta, fue remplazada la lógica de protección de los mercados y de sectores productivos locales, hacia la apertura comercial de mercados internacionales.

Algo que, a partir del gobierno de Miguel de la Madrid, bajo la nueva política neoliberal, generó otro proceso denominado como una segunda "modernización" del agro en México. Esto en realidad trajo consigo el fin de los esquemas impuestos por la intervención del Estado Benefactor en el modelo anterior, con lo que se terminaron de eliminar los subsidios y el gasto del Estado hacia el sector primario, agrícola o pecuario. De igual forma se suprimieron los aranceles proteccionistas para el mercado internacional, mismos que habían favorecido el desarrollo del modelo industrializador-urbano, para imponer en su lugar uno predominantemente privatizador. Por tanto, se adoptaron en definitiva todas las características de la regulación posfordista contemporánea (Ramírez, 1995: 203).

De esta manera, y en concordancia con esta política, se implantó en el país un nuevo modelo "modernizador", interesado en transformar las estructuras de

producción económica para hacerlas eficientes y competitivas. Bajo este modelo el eje fundamental es la apertura del mercado, racionalizando el aparato productivo interno, con el propósito de aumentar la productividad en general y redefiniendo las formas de articulación de la producción nacional con la del mercado internacional. Las regiones rurales en consecuencia se tuvieron que adaptar a una transformación interna con el fin de poder insertarse en este nuevo patrón de producción enfocado hacia el exterior (Ramírez, 1995: 204).

Estos procesos generaron una economía dual, en la cual las poblaciones de los espacios rurales han tenido que modificar sus funciones sociales, económicas y políticas, en beneficio de la centralidad del mercado como ente regulador de competencia y competitividad comercial. Así en la nueva lógica sólo parte del sistema agropecuario logró y tuvo la oportunidad de vincularse con los mercados internacionales bajo condiciones de especialización de producción de ciertos bienes exportables, así como de reducir los costos de la mano de obra; como es el caso de algunos cultivos de hortalizas, frutales, flores y algunos casos cultivos suntuarios orientados al mercado internacional y a ciertos estratos de la población (Salas y Rivermar, 2011: 148-149).

A partir de los años noventa del siglo xx, la ruralidad se concibió como un remanente de ejidatarios, comuneros y minifundistas, los cuales ni con mucho, ocupaban ya todo el espacio rural mexicano. Estos, en todo caso, procedían tanto de antiguas haciendas parceladas como de ranchos menores, y si bien aún podían existir un millón de familias con algún tipo de propiedad, únicamente un tercio de ellas cultivaba lo esencial en propiedades de 50 a 3000 hectáreas (Bataillon, 1995: 39). Bajo esas condiciones se debe comprender que la ruralidad en México se ha construido, desde un principio, conforme a las necesidades de integrarse al sistema capitalista.

Ahora, como se ha expresado a partir del 2000, la disponibilidad y bajo valor de la fuerza de trabajo, ha permitido que los espacios rurales se conviertan en espacios privilegiados para la instalación de maquiladoras y del desarrollo de agroindustrias. Esto ha generado una reestructuración de las relaciones con otras

esferas de la sociedad, en donde la ruralidad dejó de ser vista exclusivamente como aquella que caracterizaba a los espacios y territorios bajo el predominio de las actividades primarias. A partir de este momento, las poblaciones, así como la ruralidad contemporánea, se definen por la múltiple funcionalidad de actividades en términos productivos, culturales y medioambientales (Salas y Rivermar, 2011: 149).

1.2. Apuntes sobre movilidad

Las estadísticas en México señalan que 75% de la población ocupada de localidades rurales, se encuentra realizando actividades no agrícolas, es decir, ya no trabaja en el campo, lo cual muestra innegablemente la transformación en el grado de pluriactividad socioeconómica (INEGI, 2018). Esto debe llamar la atención sustancialmente, pues además del alejamiento o reducción de las actividades primarias, se ha generado una importancia esencial en la movilidad, la cual se manifiesta principalmente en la forma en que se encuentra dentro de trayectorias de empleo, acceso a educación y prácticas de consumo. Esta movilidad puede darse entre localidades rurales, ciudades y áreas metropolitanas. La ruralidad contemporánea conlleva por tanto trayectorias de vida que se conforman en una movilidad cotidiana de personas de un aquí para allá, dada la importante tasa de ocupación, dentro de los sectores secundarios y terciarios, así como en el grado de informalidad que se extiende en todo el país a lo largo de diferentes espacios. Por tanto, se debe considerar a la movilidad como un factor determinante de reproducción social de los sujetos rurales actuales.

En cincuenta años se ha pasado de una población rural en México que representaba 57% de la población total del país, a una que representa únicamente 22%, debido a la migración y expansión de las principales áreas metropolitanas del país, pero también por el grado de movilidad entre regiones del país, a causa de la desaparición de mercados de producción local y la descentralización del empleo (INEGI, 2015). En el Reporte Nacional de Movilidad Urbana en México 2014-2015, se destaca que un poco más de 57% de la movilidad de la población mayor de 15 años realiza viajes por trabajo (46.3%) o por educación (11.3%). Otros datos de la

misma encuesta mencionan que, debido al trabajo asalariado, el nivel de movilidad de las localidades rurales es bastante importante, y que se encuentra entre 60% y 88%.

Los porcentajes, más allá de su representación, indican que la población rural en México se desplaza fuera de sus localidades hacia espacios más urbanizados. Aunque la mayoría de información estadística no determina del todo el tipo de desplazamientos, por lo que muchos de los criterios sobre los que se observan las ocupaciones, no son claros sobre si las personas viven en el mismo lugar donde se realizan las actividades, si permanecen por temporadas o si viajan cotidianamente.

Si consideramos lo que he expuesto anteriormente, en donde el trabajo en la agricultura como actividad socioproductiva, era también parte fundamental para caracterizar la ruralidad, dado que éste se caracterizaba tradicionalmente en que se realizaba en el mismo lugar donde se encontraba la vivienda o bien alrededor de ésta. Esto en México representó el principio de la organización del Estado hacia unidades ejidales, generado por la reforma agraria, en las cuales, se subdividían también los núcleos residenciales del polígono para la producción. Las ciudades del país se caracterizaron por otras especializaciones productivas, principalmente hacia el empleo fabril y la gestión de servicios. Lo anterior generaba una separación clara y un distanciamiento geográfico de espacios diferenciados por actividades, pero de forma importante determinaban los desplazamientos de la población rural.

Sin embargo, estos patrones tradicionales de movilidad han cambiado, pues con la paulatina desagrarización del campo se han modificado las dinámicas espacio-temporales de las actividades socioproductivas para un número mayor y creciente de sujetos rurales. En este sentido, las trayectorias cotidianas de trabajo, educación y consumo, no se traducen únicamente en el aumento de pluriactividad, sino de igual forma en cambios socioculturales, así como en subjetividades más diversificadas. Los sujetos, tanto de ciudades como de espacios rurales, reproducen así cada vez más su vida cotidiana, dividiéndola espacial y temporalmente en trayectorias de movilidad.

El desarrollo de vías de comunicación y ampliación de sistemas de transporte que permite un mayor tránsito espacial, han incrementado las áreas metropolitanas sobre la mayoría de espacios rurales, algo que se observa de manera importante en la región del centro de México. Ante una mayor apertura y flexibilización de espacios, se aprecian procesos como el incremento de la movilidad de las personas, la deslocalización de las actividades económicas y los movimientos pendulares diarios o *commuting* entre el domicilio y el lugar de trabajo, que ya no sólo se asocian a los espacios periurbanos (Gómez, 2008: 66).

Los espacios rurales contemporáneos vinculados a áreas metropolitanas, se presentan entonces como lugares dinámicos, en donde las interacciones e integración de las poblaciones no sólo ocurren a través de múltiples localidades rurales sino también desde y hacia centros urbanos. Así, la perspectiva cotidiana de los sujetos que se dicen adherir a un único espacio rural, tiende a ser más compleja y menos clara de explicar, pues la misma movilidad de la población produce un espacio cada vez más flexible en donde se crean vínculos a través de dinámicas y prácticas generadas a lo largo del mismo tránsito por localidades, ciudades o regiones.

Esta perspectiva de la población permite configurar una subjetividad sobre mayores posibilidades y alternativas de generar trayectorias, hacia prácticamente cualquier lugar. La movilidad produce mayores oportunidades para aquellos que puedan desplazarse y regresar. Si tomamos en cuenta la precarización de las actividades laborales tradicionales en la agricultura, la búsqueda de un empleo asalariado requiere necesariamente que la población tenga mayor capacidad de movilidad. Los datos muestran cada vez más la reducción localizada del trabajo agrícola, y el aumento de la asalarización, flexibilización, tercerización, e informalidad laboral, pero que se encuentra fuera de localidades rurales.

De igual forma, el aumento y conexión gradual de redes de transporte en la mayoría de regiones, ha permitido desvincular el lugar de trabajo y, en mayor medida, realizar desplazamientos pendulares diarios entre el domicilio y el lugar donde cumplen su jornada laboral, ya sea un espacio urbano o rural. Ello indica que

la migración definitiva del campo a la ciudad que se proponía en etapas anteriores, ha evolucionado a formas más flexibles y diversificadas de movilidad.

Es por eso que la movilidad se ha convertido en uno de los procesos sociales más importantes para la reestructuración de espacios rurales. Así, las trayectorias en búsqueda de empleo, educación y de consumo son esenciales en la definición de lugares de interacción y reproducción social. Si bien diversas teorías, de manera implícita o explícita, consideran a la movilidad como un elemento crucial en los procesos de transformación de las sociedades, en el mundo contemporáneo el incremento vertiginoso de las posibilidades de movilidad de personas, mercancías y mensajes ha puesto el énfasis en este tema, con base en el potencial explicativo del fenómeno para analizar las nuevas configuraciones sociales y territoriales, en un contexto mundial global cada vez más interconectado.

En ese sentido, para comprender las trayectorias de vida en espacios rurales contemporáneos, se deben ampliar en un principio estas perspectivas tradicionales sobre la movilidad, así como entender la vinculación actual con los tres ejes fundamentales que propongo en este trabajo para comprender la reproducción social: el trabajo, la educación y el consumo. En estas trayectorias se construyen prácticas y subjetividades, totalmente interiorizadas y experimentadas aparentemente adecuadas para el modelo cultural y socioeconómico presente.

La movilidad, por tanto, es más que nunca un rasgo propio de la ruralidad contemporánea y esto se ve enmarcado, de forma evidente, en las prácticas cotidianas de los más jóvenes. Es por ello que el siguiente apartado permite apuntar elementos para el análisis de lo mostrado a través de la etnografía y de los casos que se presentarán a lo largo de esta investigación, la cual tiene como punto principal describir precisamente las trayectorias actuales de vida de la juventud rural.

1.2.1. Una antropología de la movilidad

Para la antropología el tema sobre movilidad ha estado, de una u otra forma, implícito dentro de los trabajos que han construido a la disciplina. En muchas etnografías se ha incluido dinámicas que hablan esencialmente de cómo la humanidad tiende a relacionarse constantemente y reproducirse socialmente en el movimiento. Al estudiar los objetos que conformaban el Kula, Malinowski (1922) observaba el intercambio y cómo el prestigio se establecía en la práctica ritual, pero además analizó como se desplazaban las dieciocho tribus del Massim para comerciar y establecer alianzas, todo organizado a través de las direcciones en las que cada objeto circulaba. De manera similar, Marcel Mauss (1924) observaba en las etnias de la costa del Pacífico del noroeste de Norteamérica, las cuales se movilizaban para realizar el Potlach, produciendo intercambios y un sistema social de obligaciones. Este movimiento permeaba incluso en la propia percepción y los cuerpos de las personas, y fue uno de los intereses de Franz Boas (1921), para lo cual investigó y describió las rutas migratorias y las estrategias cotidianas de los esquimales en el Ártico. Sin el hecho de la movilidad, la corriente a través del difusionismo transcultural no podría ser entendida, ni dada la explicación sobre la expansión entre culturas de objetos, significados, prácticas, creencias, lenguaje, tecnología, etc.

La movilidad constituye un aspecto inherente al ser humano, pues diferentes estrategias de reproducción y sobrevivencia a lo largo de la historia han llevado a nómadas prehistóricos, tribus, etnias, viajeros, colonizadores y migrantes internacionales, a desarrollar diferentes desplazamientos. Si bien las formas, significados y direcciones han cambiado, procesos como el desarrollo económico, el avance tecnológico, la transformación del trabajo y del consumo, siguen determinando las dinámicas de movilidad y a los sujetos inmersos en ella. La movilidad obedece a causas diferentes, desarrolladas en momentos de la evolución humana y del desarrollo histórico de las sociedades, con lo cual se pueden identificar formas específicas de ésta (Ramírez, 2015: 25).

Sin embargo, como menciona Noel Salazar (2018), en algún momento la antropología comenzó a ignorar la movilidad o considerar fronteras normativas dentro del concepto de cultura. Así, la disciplina en su forma clásica se constituyó a partir de entender a las culturas como esencialmente “inmóviles” o como poseedoras de una “movilidad cíclica y repetitiva”. De ahí los estudios de lugar y de territorio, en donde como he mencionado anteriormente, fueron espacios “privilegiados” en donde se desarrollaba el estudio de los “otros” y la cultura. La movilidad se limitaba así, a menudo, como una característica definitoria de “otros” grupos como cazadores-recolectores o viajeros-gitanos. El concepto fue utilizado al final como aquello que describe el movimiento físico o abstracto, no como algo que implica un cambio social o cultural en sí mismo (Salazar, 2018: 156).

Aquí es importante seguir el trabajo de Tim Cresswell (2006), el cual refiere que la comprensión más simple de la movilidad tiende a ser descrita como un movimiento de un punto A, hacia un punto B, es decir, un desplazamiento físico entre ubicaciones. Para las teorías clásicas de migración la elección de moverse o no, resultaron ser los llamados factores de expulsión y atracción, entre un punto A y un punto B. Así, por factores de expulsión (A), diversos estudios han registrado causas como inestabilidad social, violencia e inseguridad, desastres naturales, crisis política, desigualdad por falta de acceso a la tierra y mejores empleos; y aquellos factores de atracción (B), como aquellas posibilidades de mejores empleos y salarios, la búsqueda de mejor calidad de vida, de leyes que favorecen la atención y los derechos humanos, además de todo aquel complejo sistema de redes familiares y conexiones de origen que facilitarían la llegada y posterior permanencia. Cresswell (2006), al igual que Salazar (2018), observan que pocas veces en el cuerpo teórico en ciencias sociales, consideran el contenido de la línea entre A y B. La interpretación a partir de imaginarios binarios ocasiona hablar de movilidad, como un simple movimiento entre posiciones.

No se puede pasar por alto que en el estudio de los desplazamientos humanos se suele privilegiar y vincular la escala demográfica. Es por ello que cualquier desplazamiento o movilidad observado desde el fenómeno de migración,

se le suele dotar de dos variantes específicas; la migración que es la salida de población de su lugar de origen (punto A), con su contraparte, inmigración, que es la llegada de dicha población a un lugar (punto B). Los estudios de migración han caracterizado tradicionalmente porciones o partes de un proceso general, que asume la salida o entrada definitiva de pobladores a un lugar específico, generalmente ubicado en la escala de nación, los cuales cambiaban de residencia definitivamente a otra (Ramírez, 2015: 27).

En un ejercicio de reflexión sobre esta forma de movilidad, se puede identificar que en otro tipo de estudios se ha permeado una lógica simple del movimiento, por lo que se han constituido referentes conceptuales a partir de dos perspectivas esenciales: el primero, analizando a poblaciones como un conjunto casi homogéneo de números, que cambiaban de volumen de acuerdo a ciertos periodos de tiempo entre espacios determinados. El segundo, por medio de priorizar lugares y/o espacios a partir de una división funcional del territorio, el cual además de facto se asume como inalterable y estático. Por tanto, las movilidades se consideran a partir de determinadas características y limitaciones claras, es decir aquellos sujetos que expresan una dirección clara, a partir de determinar su espacialidad dentro de lugares o territorios fijos e inmóviles; lugares, ciudades o regiones, siempre ubicadas dentro de fronteras políticas.

Como mencionan Glick Schiller y Salazar (2013), a lo largo de la historia, tanto la migración como los movimientos estacionales de personas han sido un aspecto claramente significativo de la experiencia humana hacia la concepción del espacio y el tiempo, por tanto, es comprensible que, por esas causas, disciplinas como la geografía y la demografía se centraron en el movimiento de poblaciones a través de la historia. Sin embargo, a medida que estos campos de investigación se diferenciaron y se consolidaron, no sólo dejaron de considerar al propio movimiento como un proceso más complejo, sino que también fomentaron el crecimiento de límites y fronteras entre espacios. Esto dio paso a una legitimación del nacionalismo metodológico, el cual representó un análisis de procesos sociales y culturales, como

si estos únicamente estuvieran contenidos dentro de fronteras individuales de los propios Estados-Nación (Glick-Schiller y Salazar, 2013: 3).

Diferentes ciencias sociales legitimaron metodológicamente al territorio como el contenedor estático de procesos culturales y de las relaciones humanas. La inmovilidad ganó de esa forma espacios ideológicos dentro del pensamiento moderno, pues se le concedió al “sedentarismo” o al “estatismo”, valores morales de pertenencia, arraigo, tradición y orden. Muchas de estas ideas impregnaron a la teoría social, partiendo de una crítica al mismo proceso de modernización de las sociedades de occidente. La pertenencia a lugares, regiones o naciones fueron consideradas auténticas experiencias que permitían profundos anclajes identitarios y morales. Así, a lo largo del siglo XX, para toda una corriente de científicos y pensadores sociales, la inmovilidad dentro de la construcción conceptual de fronteras, territorios o regiones, se convirtió en la base fundamental de la investigación social.

Por ejemplo, Emile Durkheim abordó la población como un hecho social territorializado, ya que proponía que la identificación sobre la nación era producto de la creciente valoración de la propiedad y la consiguiente valoración del lazo geográfico. Estos procesos eran simultáneos a la pérdida de fuerza del lazo moral basado en religión y tradición. Sin embargo, así como la modernidad constituía, Estados territorializados, la misma movilidad les destruía producto de la globalización. Para Durkheim el lazo geográfico no tenía el mismo papel vital que en los inicios de la modernidad: en tanto que la población se tornaba cada vez más móvil, pues dichos lazos se volvían ajenos y artificiales, ya que eran lazos que se anudaban y desanudaban cada vez más rápido (Fraga, 2017: 253-254).

Esta idea se observa en el trabajo desarrollado por Ferdinand Tönnies (1887), quien modelo toda una serie de distinciones entre Comunidad (*Gemeinschaft*) y Sociedad (*Gesellschaft*). Para Tönnies, la Comunidad representa la vida real y orgánica, que se constituye a partir de un grupo de personas viviendo en un acuerdo en común, que están unidas desde el principio por un mismo origen, sentimiento, ideas e intereses propios. Estas características son producto de la

relativa homogeneidad de cuantos le integran. Para Tönnies existen tres diferentes formas de comunidad: la familia, las relaciones de vecindad o amistad, el pueblo, la pequeña ciudad, la región, etc. Dentro de estas formas, se presentan un origen común, que se establece a partir de la filiación y/o consanguineidad, así como la herencia cultural, histórica o étnica. Al ser un organismo viviente, la comunidad es natural y es el motor de las relaciones sociales.

De forma opuesta, la sociedad representa una vida ideal y mecánica, la cual reúne a individuos que no tienen ninguna unión entre ellos, ni un origen territorial común, ni filiación real o forma de herencia específica. La sociedad, por tanto, es una construcción ideal o abstracta, regida por un contrato social, no contiene una particularidad propia, sino una simple suma de factores que no tienen otra cosa en común, más que intereses individuales. Estas distinciones trasladaron la diferenciación espacial al contexto de lo social, por lo que además se entendió a la movilidad a partir de una diferenciación entre clases.

Si bien los conceptos de “comunidad” y “sociedad” coinciden en el punto de que expresan relaciones recíprocas que tienden a la unidad, o a la forma, que también mencionaba Durkheim de solidaridad, sin embargo, una relación de este tipo no podría mantenerse si se presentaba movilidad geográfica y/o social. En consecuencia, la solidaridad también desaparecería para Tönnies, pues las relaciones se establecían necesariamente a través de una “vida real y orgánica” o una “forma ideal y mecánica”, ambas contenidas entre fronteras físicas y simbólicas. Estas diferencias aparecen subordinadas al clásico sistema de oposiciones metafísicas que se han repetido a lo largo de la historia por diferentes pensadores y filósofos, que han llevado a toda una construcción de categorías, interpretaciones y explicaciones sobre dos contraposiciones: lo “real” y lo “ideal”, lo “orgánico” y lo “mecánico”, la “esencia” y el “concepto”, etc. (Álvaro, 2010: 14).

Si bien la movilidad, que en un principio se conceptualizó a partir de un desplazamiento físico y geográfico, dentro de esta lógica de oposiciones comenzó a entenderse en forma de desplazamiento dentro de una escala social. Entonces, de igual forma, sujetos que en una estructura jerárquica dentro las clases sociales

manifestaban un movimiento vertical de ascenso (punto A) y/o descenso (punto B), o movimiento horizontal, entendido en el cambio de una actividad (punto A) a otra actividad (punto B), dentro de la misma clase, se empezó a considerar este fenómeno como tipos de “movilidad social”.

Este acercamiento sobre la movilidad física, y social, tuvo un importante impacto para estudios posteriores dentro de la sociología. Así, otro ejemplo fundamental son los trabajos realizados de Robert Park y Ernest Burgess (1925), dentro del grupo de investigaciones de la Escuela de Chicago, que observaron cómo era esencial entender la morfología de la ciudad y las relaciones humanas, a partir de considerar un tipo de expansión geográfica. Aquí la movilidad aparecía como aquello que podía generar problemas de control y era la causa potencial de patologías sociales.

Influidos por los trabajos previos de Tönnies, para Park, la movilidad no sólo era un desplazamiento físico en el territorio, sino era también un proceso de movilidad social entre distintos grupos sociales dentro de una jerarquía espacial generada por la ciudad. En ese sentido la movilidad podría medir el cambio y la desorganización social, ya que un cambio social, en esta perspectiva, lleva un cambio de posición en el espacio. Por lo tanto, todo cambio social, incluso el que se puede interpretar como ascenso o progreso, implicaba una cierta desorganización social. A su vez, Burgess intentó mostrar que las diversas formas de desorganización social parecen estar de algún modo ligadas a modificaciones en la vida urbana, las cuales también podían ser medidas en términos de movilidad.

En sus estudios, aquellos sujetos que se desplazaban tendían a descomponerse completamente cuando se alejaban sin control. Esto fue observado a través de las zonas de deterioro en la ciudad, las cuales tenían la particularidad precisamente de estar alejadas de la parte central. En tales espacios se presentaban fenómenos de desmoralización, de promiscuidad y de vicio. La movilidad, en esta interpretación, juega un papel esencial en el mismo desorden de la sociedad. En estos trabajos se pueden rescatar aspectos interesantes de la movilidad, debido a que reconecta directamente a ésta, a procesos de socialización,

desarrollo, progreso y libertad, al igual que, con la desviación, desigualdad y la miseria. Pero esta movilidad todavía se interpretaba enmarcada dentro de una geografía moral sobre el sedentarismo y/o la estática (Cresswell: 2006: 37).

El problema, como menciona también Cresswell (2006: 42), es que una metafísica de lugar, realizada por geógrafos, sociólogos o antropólogos, que se limita a describir trayectorias de movilidad internas, podría considerarse como un ejercicio inofensivo. Pero una perspectiva del mundo que asocia significados morales e ideológicos negativos a la movilidad, se extiende mucho más allá, para penetrar en el pensamiento y la práctica en múltiples dominios de la vida social y cultural. Es por ello que los inmigrantes, vistos a través de esta perspectiva, siempre serán considerados una amenaza. De igual forma, siempre habrá reacciones políticas dirigidas a otros tipos de sujetos o poblaciones con movilidades constantes, como es el caso de nómadas, desempleados, gitanos o migrantes. Lo que se interpreta y analiza moralmente como una amenaza a la “sociedad” y/o causa de fragmentación cultural, como fue lo propuesto por Park y Burgess (1925), es un reflejo también de un mundo que se busca construir, bajo la base de a quienes convenga ejercer un control sobre la misma movilidad.

Sobre esto se debe destacar que a lo largo del siglo XX se generó un intenso desplazamiento de población interna y externa en todos los países de occidente y/u occidentalizados, debido a procesos de industrialización, aumento de transporte y nuevas estructuras de conexión y comunicación impulsadas por el capitalismo. Así, se comenzó a configurar la movilización definitiva del campo a la ciudad, lo cual tenía como propósito la concentración organizadas alrededor de las fábricas. Para ello se debieron constituir unidades centrales de producción para el desarrollo industrial, las cuales debían ser fácilmente localizadas para ello al interior de las ciudades y con cercanía a centros de vivienda, permitiendo por tanto la reproducción de la fuerza de trabajo necesaria (Ramírez, 2009).

En los países más desarrollados esto se materializó a partir de una red de trenes que permitieron el acceso a los suburbios de las grandes metrópolis, así como las carreteras denominadas autopistas que favorecieron las expansiones

urbanas hacia las periferias a partir de la expansión del consumo de estructuras de movilidad como el automóvil. Debido a que la formación de grandes metrópolis fue generando cada vez más la necesidad de la utilización de transporte como un medio para favorecer la accesibilidad a la ciudad ya que, cada vez más, la distancia entre centros de trabajo y lugares de vivienda eran mayores (Ramírez, 2009).

A pesar de la transformación de las ciudades y el gradual proceso de abandono de la población del campo por la industrialización, se continuó con la aceptación de algunos espacios como la representación ideológica de lo estático. Así lo rural fue imaginado como el espacio de descanso, arraigo, relaciones cercanas, comunidad (A), contrariamente a lo urbano como un lugar de movimiento, alienación e individualización, sociedad (B). En todo caso, las perspectivas teóricas sobre el análisis de la movilidad campo-ciudad se fueron concentraron en las estructuras de transporte o tecnología que hacían esto posible.

Incluso más tarde, para el conjunto de estudios culturales de segunda mitad del siglo XX, el tema de movilidad fue reducido a un planteamiento ideológico, lo que por sí mismo resulta contradictorio. En la búsqueda de expresar un sentido amplio de reflexiones sobre las relaciones de poder de diferentes grupos ante el Estado, así como la discusión sobre hegemonía cultural y comunicación de masas, la diversidad humana fue sometida a un patrón de pensamiento con una lógica conservadora del movimiento, justificada para ello en la misma idea de estática y ahora, en la construcción de una tradición.

No es de sorprender entonces que escritores como T. S. Eliot (1948) construyeran toda una idea sobre la cultura y el hogar, definido este último como región, en donde el movimiento de personas sólo puede verse como un problema y una amenaza para el carácter distintivo de la cultura (Cresswell: 2006: 33). Para T. S. Eliot, la idea de región permite desarrollar una cultura contemporánea, partiendo para esto de conservar “viejas raíces”. De esta forma la cultura es una cosa bastante sedentaria, vinculada a las continuidades del lugar y la propia comunidad.

Autores como Raymond Williams (2003), glorificaban la capacidad de los seres humanos, como seres sociales para perpetuar y reproducir en sus vidas

cotidianas la posibilidad de valores comunes. Sin embargo, el mantenimiento de dichos valores dependía decisivamente de cierta clase de relación interpersonal, la cual únicamente se produce en determinados lugares (Harvey, 2006: 47-48). En diversos trabajos, Williams (*The Long Revolution*, 1961; *The Country and the City*, 1973) se propuso analizar la formación estructural de divisiones e identidades económico-culturales, sin perder de vista la experiencia cotidiana, en la cual esas identidades estaban incorporadas. Pero para ello, recurrió a esencializar el movimiento, al disponer en su obra de una constante contradicción entre tradición y modernidad, entre público y privado, entre región y ciudad. Preocupado más por describir un momento histórico o la llamada “estructura de sentimiento”, que lo que en verdad producía significaciones cambiantes de la vida urbana y rural.

Se puede comprender, de alguna forma, el posicionamiento metafórico tanto de Eliot como de lo que se encuentra implícito en la obra de Williams, entendiendo también las alegorías hacia un conjunto de prácticas y lugares producidos, que sufrieron una radical transformación ante el desarrollo del capitalismo. Sin embargo, como muchos autores en el siglo XX, parten de definir un proceso conjunto binario y moral, la comunidad-campo-rural vs sociedad-ciudad-urbano. Estas palabras vinculan relaciones concretas en sí, pero las movilidades por sí mismo, no aparecen como algo importante. Al final, también los estudios culturales terminaron considerando a la movilidad como un concepto que no resultaba clave en el análisis social.

Únicamente a partir de la etapa de globalización neoliberal, en donde el estudio de la movilidad o movilidades se retomó en algunos espacios, considerando su relación a fenómenos generales, más que una teoría particular (Salazar, 2018: 163). Es por ello que resulta importante rescatar el trabajo realizado en las últimas dos décadas por Sheller and Urry (2006), quienes, a partir del análisis del impacto de la globalización, comenzaron a proponer una separación entre la concepción clásica de la movilidad y proponen el estudio sobre un nuevo paradigma. Pues para Sheller y Urry, las movilidades, a partir del proceso neoliberal, cuestionan y

problematizan precisamente el principal conjunto de perspectivas teóricas existentes acerca del “sedentarismo” y lo “estático”.

Lo anterior resulta importante para la antropología, pues la idea de sedentarismo se encuentra con demasiada frecuencia en muchos trabajos, en donde la cultura es producto exclusivo de las relaciones con el lugar. Las prácticas y dinámicas de las personas que “residen” o “permanecen”, se observan a menudo entonces como lo que permite la estabilidad de dicha cultura. Bajo esta forma, el sedentarismo es visto como algo “normal”, pues no sólo habla de estabilidad, sino también de la producción de significados, así como de su larga pertenencia. Al contrario, lo que se observa en movimiento se considera “anormal”, pues esto siempre supone que lleva al alejamiento o la distancia de relaciones sociales a cambios, y, sobre todo, a la ausencia de espacios comunes o permanentes, que pone en riesgo la “tradición” y por ende la cultura.

Esto, para Sheller y Urry, deriva de las mismas posiciones metafísicas referidas anteriormente, y que se ejemplifica en términos de cultura a través del planteamiento de autores como Heidegger, quien consideraba que el pertenecer o “estar” (*wohnen*), significa residir o quedarse, morar en paz, vivir contento o en casa en un lugar. En sus palabras, es la forma en que los humanos deben habitar la tierra. Así el sedentarismo ubica por tanto lugares, regiones o naciones, como auténticos y limitados. Estos se consideran la base fundamental de la identidad y las experiencias humanas, por tanto, se les ha utilizado como las unidades básicas de la investigación social de dichas culturas (Sheller y Urry, 2006: 208-209).

Sin embargo, antropológicamente las movilidades han mostrado el hecho tangible de que todos los lugares están vinculados al menos a redes delgadas de conexiones, que se extienden más allá de cada uno de esos lugares y que de acuerdo a ciertas condiciones históricas, pueden cambiar de significados o simplemente no significar absolutamente nada. Por ejemplo, cuando se ha observado que hay espacios o lugares que pueden ser “móviles”, o incluso parecer “islas”, como lo que expone Fernand Braudel, al describir las complejas rutas

comerciales y de viaje que constituyeron el mundo mediterráneo durante muchos siglos (Braudel, citado en Sheller y Urry, 2006: 209).

Basta recordar que Braudel (1986) mencionaba que el capitalismo sólo cambia de centro tras las crisis económicas y tiende a reajustarse después de cada una de éstas. Entonces, si se observan los cambios en Europa con respecto a la centralidad socioeconómica, hacia 1380, ésta se encontraba en Venecia. Hacia 1500 se produjo un salto brusco de Venecia a Amberes, después, hacia 1550-1560, una vuelta al Mediterráneo, pero esta vez a favor de Génova; finalmente, hacia 1590-1610, una transferencia a Ámsterdam, ciudad donde el centro económico de la zona europea se estabilizó durante casi dos siglos. Pero esto no fue permanente, como tampoco fueron los significados de las ciudades y sus actividades. Entre 1780 y 1815 se desplaza el centro económico hacia Londres, y hacia 1918 atravesó el Atlántico para situarse en Nueva York.

De igual forma, a raíz del surgimiento del capitalismo, hubo un cambio paradigmático entre límites y fronteras establecidas hasta ese momento. Algo que es mostrado por Eric Wolf (2005), quien describe las diferentes conexiones históricas entre Europa y el resto del mundo, que nunca fueron estáticas, así la movilidad fue un proceso que se vio incrementado a raíz de la apertura exponencial de “fronteras” del comercio internacional. Causas como el “descubrimiento de América”, así como un nuevo consumo de mercancías en los albores del capitalismo del siglo XVIII y XIX, no sólo actualizó las fronteras, sino que, en algunos casos, dependiendo del proceso de colonización, la idea de un arraigo fue borrada o reafirmada, conforme a los espacios que fueron poco a poco explotados o apropiados.

Es por ello que también las movildades, dentro de la globalización neoliberal, muestran la ausencia de lo "estático". En todo el mundo aparecen expresiones sobre procesos de desterritorialización y el fin de los Estados como contenedores tradicionales de las fronteras políticas y económicas para las sociedades. Precisamente, para hablar al respecto, también Sheller y Urry han retomado el trabajo sobre una “modernidad líquida” de Zygmunt Bauman (2003), pues dentro de

la propuesta sobre otro paradigma de la movilidad se considera a su vez, otra idea diferente de las estructuras estáticas del mundo.

Es decir, la modernidad líquida de Bauman (2003) observa entidades sociales, que comprenden sujetos, máquinas, información e imágenes en constante movimiento. Aquí se debe entender la idea sobre el cambio de una realidad considerada pesada y sólida, dada o estructurada en condiciones objetivas de existencia, que anteriormente eran perceptibles en las estructuras sociales y económicas producidas por Estados modernos. El cambio ahora es comprendido y explicado hacia una realidad aparentemente ligera y líquida, en el que el papel de los Estados se ha “debilitado” y las condiciones de existencia están ahora medidas o restringidas a través de la velocidad de información, del intercambio de dinero, del consumo acelerado de objetos e imágenes. Un momento en que para todo es necesario una alta capacidad de movimiento, tanto de sujetos como de las estructuras que los integran socialmente.

Lo anterior lleva a replantear la relación entre las interacciones materiales de sujetos y objetos, dada la constitución de identidades sociales a través de una integración global de formas de gobiernos transnacionales. Desde la antropología, autores como Arjun Appadurai (2013), James Clifford (1986), Marc Augé (1993) y Daniel Miller (1987) entre otros, han propuesto esta idea, que es vital para la misma transformación de la disciplina, pues paradójicamente siempre han sido relaciones que han estado presentes y observables en las etnografías.

Para Cresswell (2006: 43), la disciplina debe comprender estas relaciones más allá de explicar e interpretar raíces culturales. Así, la misma metáfora del viaje e interpretación de este, cambia el enfoque de la antropología de un estudio de culturas arraigadas y desarraigadas, hacia el estudio de las trayectorias de las identidades que se producen y se realizan a través de la movilidad o de las relaciones que se generan en estas trayectorias o en el mismo “viaje”. A medida que aumenta este viaje, ya no se puede decir que las culturas estén estáticas o localizadas. De tal manera que tradicionalmente se ha pensado en el lugar como una fantasía de una sociedad anclada desde tiempos inmemoriales en la

permanencia de un espacio o territorio intacto. Los lugares ahora han retrocedido en importancia y son reemplazados por espacios transitados o “no lugares”, marcados por el “flujo, lo temporal y lo efímero” (Auge, 1993).

Estos “no lugares” incluyen ahora estructuras inmóviles como: autopistas, aeropuertos, supermercados, espacios de trabajo, de consumo y de ocio, espacios que no tienen raíces, pues están marcados por relaciones de movilidad y los viajes que realizan los sujetos hacia, en y a través de estos. Esto invita a la antropología a reconsiderar sus conceptos y el propio método de la disciplina. Pues mientras que los lugares estáticos y/o sedentarios imaginados de manera tradicional hablan de la noción de raíces, esto exige pensamientos que reflejen fronteras y tradiciones asumidas (Cresswell, 2006: 43).

Es importante mencionar que Sheller y Urry cuestionan ante todo una agenda de investigación que aborde movilidades actuales, como una simple forma de liquidez subjetiva, y/o libertad de los sujetos hacia concepciones del espacio o sus fronteras socio territoriales. Para estos autores, una teoría de sedentarismo y estática, hacia una teoría de nómadas y no lugares, llevaría a caer nuevamente en contraposiciones, y consideran que, si bien se requiere un estudio de lo social más allá de describir a las sociedades, no se debe insistir en una nueva "gran narrativa" de movilidad, fluidez o liquidez (Sheller y Urry, 2006: 210).

Como también menciona Salazar (2018: 154), el mismo discurso del capitalismo valora positivamente a la movilidad a partir de considerar la capacidad de moverse, la facilidad o libertad de movimiento y la tendencia a cambiar fácil o rápidamente. Estos supuestos parten precisamente de ideologías neoliberales, las cuales se han difundido ampliamente a través de discursos públicos e imágenes sobre la globalización. Se puede llegar a interpretar que existe para todo el mundo las mismas posibilidades de una creciente movilidad, algo que resultaría por sí mismo evidente y que sería un proceso que genera por tanto un cambio. Siendo esto último percibido a partir de concebir la “mejora” de uno mismo y/o para sus familias. Sin embargo, el estudio de la globalización muestra que el aumento de las transacciones transfronterizas y de las capacidades para una enorme dispersión

geográfica y movilidad, van de la mano con las pronunciadas concentraciones territoriales de recursos necesarios para la gestión y el servicio de estas mismas (Saskia, 1998).

Es decir, un nuevo paradigma sobre movilidad requiere en realidad no sólo explicar la aceleración de la “liquidez” de los sujetos y de los espacios transitados, sino también de las formas como dentro de ese proceso son integrados a ciertas pautas establecidas por el sistema global y aquellas estructuras estáticas de las que dependen para existir. Los patrones concomitantes de concentración material crean zonas de conectividad, centralidad y empoderamiento en algunos casos, y de desconexión, exclusión social e invisibilidad en otros (Graham y Marvin, 2001), pues la movilidad siempre se materializa y se produce a través del movimiento de las personas y por el reordenamiento de la materialidad de los espacios transitados. Esto enfatiza que todas las movilidades conllevan estructuras objetivas e inmóviles, vinculadas a prácticas a menudo altamente interiorizadas y subjetivadas socialmente, como en este caso lo son las relaciones generadas en las trayectorias de trabajo, educación y en las experiencias de consumo.

Así, para Sheller (2017) las relaciones sociales implican conexiones diversas, a veces a distancia, a veces cara a cara. La movilidad depende de múltiples tipos de objetos materiales, así como de cuerpos abultados, frágiles, envejecidos, genéricos, racializados y más o menos discapacitados, habitados ya que las personas se desplazan de forma intermitente. Estar "en movimiento" es contingente, desigual y disputado y depende de las materialidades, espacialidades y temporalidades diferenciales que están involucradas en el movimiento, las reuniones y el acceso, y que a menudo se dan por sentadas y no se notan (Sheller, 2017: 628).

Un estudio antropológico sobre las movilidades, no puede limitarse a describir un punto A y un punto B, pues en la línea que los separa, se articulan también hechos, prácticas y significados. Así, prefiero entender la movilidad como un movimiento producido socialmente con elementos observables y analizables a todo ejercicio científico de la misma disciplina. Basándome en el trabajo de

Cresswell (2006), esto me lleva a conceptualizar a una antropología de la movilidad a partir de tres elementos esenciales, a los que hace referencia su trabajo:

1. La movilidad, tanto física como social, se trata de un hecho potencialmente observable y una realidad empírica. La movilidad es algo que se puede medir, describir y analizar, además de teorizar y proyectar. Aquí la movilidad se acerca en su forma simple a un movimiento puro y es su forma más abstracta.
2. La movilidad (re)produce ideas e imaginarios, que son transmitidos en amplias gamas de representación del movimiento. Estas representaciones de la movilidad capturan y dan sentido a la existencia a través de la producción de significados que con frecuencia son ideológicos. El hecho constatable de ir de A hacia B, se convierte entonces en sinónimo de discusión sobre libertad o restricción de esta.
3. La movilidad se practica, se experimenta, se encarna por los mismos sujetos. Tanto aquellos que se trasladan, como aquellos que no tienen las posibilidades de hacerlo, ya sea que se tengan impedimentos físicos, materiales o ideológicos. Es finalmente la movilidad y la inmovilidad una forma de estar y relacionarse en el mundo.

La movilidad no es únicamente una forma de desplazamiento de sujetos o vehículos entre espacios o lugares, ya que estos elementos proponen una mayor comprensión de la (re)producción de significados compartidos socialmente a través de diversas prácticas (Sheller y Urry, 2006: 208). En ese sentido, no se puede negar el elemento físico o geográfico del desplazamiento, ni las condicionantes de las estructuras estáticas que hacen a la misma movilidad posible, pues en el proceso se reúnen dimensiones económicas, sociales y culturales.

Como menciona Ramírez (2015: 31), la movilidad es ante todo un atributo de las personas y no de los lugares. Sin embargo, se ha llegado a confundir el soporte que favorece la movilidad y el transporte, que es el medio que permite alcanzarla. Y si bien la infraestructura y transporte deben ser tomados en cuenta en el estudio de la movilidad, ambos elementos deben ser abordados de forma independiente,

aunque se relacionen con la movilidad de la población. Esto debido a que son siempre los sujetos que usan el territorio para transitar y desplazarse cotidianamente. Con esto modifican al mismo espacio o territorio, produciendo transformaciones materiales, sociales e imaginarios que permiten afirmar que estos espacios transitados, se producen y reproducen constantemente (Lefebvre, 2013).

Diversos estudios han considerado que a partir del proceso neoliberal en los territorios se ha generado una nueva dinámica territorial, en donde si bien la dualidad campo-ciudad no ha desaparecido, si se han producido cambios importantes en la forma en que se expresa y se observan las dinámicas cotidianas de la población. El desarrollo de nuevas infraestructuras y tecnologías de transporte e información, han acompañado transformaciones en el mercado laboral, lo cual ha generado un mayor movimiento de personas entre ciudad y campo, ya no en una única dirección sino en ambas. Esto se observa en el aspecto de movilidad y diversificación del propio sistema económico dentro de diversos espacios rurales, en donde ya no sólo penetran capitales extranjeros, sino que también fluyen capitales nacionales, en especial relacionado con la agroindustria y la manufactura (Kay, 2007: 39).

En el proceso neoliberal, la movilidad ligada a dinámicas de trabajo, consumo y educación, produce trayectorias y estrategias que dependiendo de las características y formas en que éstas se realicen, puede transformar y generar espacios diferenciados por las formas que el mismo proceso adopta (Ramírez, 2015: 32). Así, en el desplazamiento por la búsqueda cotidiana de existir, se producen diversas conexiones y percepciones de la misma realidad. Por tanto, la movilidad puede ser un indicador del acceso diferenciado y de las formas desiguales de reproducción social actual. Un nuevo paradigma de movilidades implica analizar diversas redes de intersecciones, relaciones, flujos y circulación, y no únicamente lugares fijos. Esto sugiere que es crucial incorporar, en la teoría social, la producción dinámica y continua del espacio a través de prácticas sociales cotidianas (Sheller, 2017: 628).

Como se ha expuesto en un principio, hoy más que nunca las poblaciones en espacios rurales manifiestan dinámicas que llevan a considerar a la movilidad como una forma importante para sobrevivir, pero también para pertenecer a una sociedad más amplia en el actual momento histórico. Por tanto, dentro de esta integración, la importancia de las movilidades por trabajo, consumo y educación, son transversales a la reproducción social. Un estudio antropológico sobre movilidades puede mostrar las innumerables formas en que las personas forman parte, de maneras muy desiguales, de múltiples trayectorias, aun cuando una definición de larga data en la antropología, hablaba de que las diferencias de clase se basaban en el acceso diferencial a los diversos recursos. Una perspectiva que hable de la movilidad cotidiana puede aportar una comprensión más amplia de las trayectorias y estrategias que utilizan los sujetos para pertenecer, integrarse y/o para ser producidos, dentro del mismo proceso socio-histórico actual del neoliberalismo.

1.3. Trayectorias de movilidad

1.3.1. Educación

Existe un consenso de que la educación, generada a partir de la formalización, institucionalización y universalización de procesos formativos, es clave para el desarrollo de las sociedades y las naciones. A través de este proceso los sujetos podrían acceder a un mayor nivel de desarrollo y bienestar socioeconómico, sin dejar de recalcar que, a su vez, representa un factor determinante del proceso de socialización en las sociedades.

Con características particulares e históricas de cada sociedad, las trayectorias educativas tienen como objetivo tanto una formación académica, centrada en contenidos curriculares determinados por los intereses de la nación, como los contenidos informales propios de un aprendizaje del conocimiento social a nivel de las prácticas cotidianas de determinados lugares y espacios. Es por ello que autores como Durkheim han mencionado con anterioridad que la escuela tiene

como uno de sus principales objetivos facilitar la integración socioeconómica, la participación social, la integración cultural y normativa.

En este sentido, se puede precisar que la educación, a través de diferentes centros escolares e instituciones de formación, tiene como objetivo contribuir en la adquisición de las habilidades necesarias para responsabilizarse y adaptarse a los objetivos de las sociedades, a comportarse de una manera pro-social y cooperativa con grupos de “pares”, al desarrollo de habilidades para el desempeño eventual dentro de mercados de trabajo y a la adquisición de ciertos valores socialmente esperados para el ejercicio de la ciudadanía (Wentzel y Looney, 2007).

El logro de estos objetivos, ha sido considerado para proponer la movilidad social, entendida bajo la idea de que una persona educada podrá superar su situación de origen y llevar condiciones de vida mejores que las de generaciones anteriores. Así, investigaciones respecto a trayectorias educativas se han desarrollado principalmente en dimensiones que determinan el “éxito” o “fracaso” educativo y, por lo general, lo han hecho desde tres dimensiones analíticas: estructurales, entendidas por las características del sistema educativo; la clase u origen social de los alumnos; la edad y el género de los mismos. Lo que caracteriza a estas dimensiones de análisis se puede resumir en dos puntos: primero, existe una relación sincrónica con su objeto de estudio, es decir, los estudios se realizan en tanto que los procesos y los sujetos, que se identifican como relevantes en la problemática, comparten una temporalidad con el proceso educativo; y segundo, los que buscan identificar las causas que modifican en alguna u otra dirección el comportamiento educativo (Garrido, 2012).

En esta investigación interesan los estudios que muestren a través de la reconstrucción de una cotidianidad el discurso de las prácticas y experiencias, las cuales pueden mostrar una visión reflexiva de los significados y la trascendencia que la trayectoria educativa tiene para los sujetos actuales. Si bien la educación representa un momento importante en la vida de los sujetos, esta es imposible hoy aislarla en términos estructurales. Así, se puede observar que la educación ha sido desplazada por una ética del trabajo que, si bien siempre fue una dimensión

vinculada al mismo proceso educativo, ha perdido en la realidad actual sus fundamentos principales. Estudiar las trayectorias educativas a partir de una dimensión subjetiva, permite entender la reproducción de significados y sentidos que los actores construyen en una narrativa basada en las experiencias de vida.

Al mismo tiempo, se debe comprender que, debido a la cualificación del trabajador y del empleo, consecuencia de una trayectoria educativa, a pesar de vivir en una época de fuerte profesionalización, ya no resulta tan claro que la educación, por si misma, sea el elemento importante para generar una movilidad social. Bajo el proceso neoliberal que ha impuesto y determinado formas más complejas de ingreso al mercado laboral, la educación únicamente se ha convertido en un bien al alcance de ciertos consumidores que puedan continuar una trayectoria “exitosa”. Debido a que las posibilidades de acceder a una buena enseñanza que permita de alguna forma el mejoramiento de las condiciones de vida, es hoy el resultado de una selección que se ejerce a todo lo largo del recorrido educativo, con un rigor desigual según el origen social de los sujetos. En realidad, para las clases más desfavorecidas, se trata de una simple y pura eliminación (Bourdieu y Passeron, 2006: 14).

Esto que es expuesto por Bourdieu y Passeron (2006), da cuenta de que la educación formal reproduce las desigualdades de origen, al consagrar un “arbitrario cultural” dominante, desde el cual se juzgan las producciones simbólicas de los agentes. Es decir, el producto de una lucha material y simbólica, en la cual las posiciones sociales dominantes consiguen legitimar sus prácticas como universalmente valiosas. De esta forma, las producciones simbólicas de los dominados resultan devaluadas, así todos estos aspectos contribuyen al acotamiento de la experiencia escolar promoviendo un distanciamiento temprano y paulatino de los más jóvenes respecto de la escuela.

Otros autores como Bernstein (1990) consideran precisamente que los mecanismos de la estructuración de la desigualdad educativa, se generan desde la producción simbólica a través de la posición social, así como la estructuración de los discursos pedagógicos. Estos últimos, para este autor, emergen de las

relaciones de fuerza entre distintas posiciones sociales, y del predominio de gramáticas de poder y control, vinculadas con la división social del trabajo.

Es por ello que, como apuntó Saraví (2009), la escuela también es vista como el mecanismo por excelencia de reproducción de las desigualdades de clase y de legitimación de las desigualdades heredadas, las cuales se vuelven desigualdades justas. Y como lo planteo Dubet (2012), la cuestión central no ha sido saber qué hace hoy la educación, sino por qué no logra producir la igualdad de oportunidades que promete. Aquí basta recordar que la educación debería ir acompañada de la posibilidad de acceso a un mercado de trabajo que permitan la igualdad. Sin embargo, se observa que incluso bajo estas condiciones, el origen familiar y de clase social del cual se ingresa a una trayectoria educativa, no permite igualar las propias oportunidades. Es decir, algo en dicha relación no está funcionando, al menos en los términos en los que los principales teóricos de la educación planteaban.

En ese sentido, para los jóvenes de sectores populares, luego de la secundaria, la escuela comienza a entrar en competencia con otras esferas de integración; principalmente la familia, el trabajo, en algunos contextos la migración. Es por esto que la escuela se debilita progresivamente ante el fortalecimiento de estas otras vías alternas de transición a la adultez e integración juvenil. No se trata sólo de la emergencia de nuevas opciones, sino de alternativas que resultan más conocidas, previsibles, e incluso valoradas socialmente en sus contextos inmediatos. Cada uno de estos competidores tiene especificidades propias que los hacen opciones atractivas frente a la permanencia en la escuela: disponer de dinero, una identidad socialmente valorada, mayor autonomía, reconocimiento, nuevos desafíos, y espacios de sociabilidad menos rígidos (Saraví, 2009: 307).

Las investigaciones sobre eficacia escolar muestran que las escuelas tienen un reducido poder para incidir en los resultados educativos, en comparación con los factores socioculturales; no obstante, existe también un margen de acción para las escuelas, las que se convierten en un paso necesario para acceder al mercado laboral, por lo menos para estructurar ciertas dinámicas que dan validez a una

trayectoria de vida. Así, la formación de *habitus* o códigos se explica por las experiencias asociadas con la posición en la estructura. Las experiencias educativas que desembocan en la reproducción se tratan, básicamente, a nivel individual: un alumno es portador de ciertas disposiciones o reglas, con las que se enfrenta a un orden simbólico determinado (Bosco, 2011).

De tal forma que, para los jóvenes en posición de desigualdad, la educación representa una actividad más entre otras, y muchas veces menor en la vida cotidiana, así como en el proceso mismo de transición hacia la adultez: este proceso se socializa cotidianamente en una experiencia con el trabajo, con ayuda laboral a los padres y con tareas domésticas al interior de la familia. Las trayectorias educativas suelen ser, por tanto, fracturadas, intermitentes y poco lineales. Desplazamientos y cambios residenciales, problemas económicos o de desempleo, conflictos y reacomodos familiares, dificultades escolares y escasa motivación, o el interés por trabajar, son algunos de los factores que suelen desencadenar interrupciones recurrentes que hacen de la trayectoria educativa un camino sinuoso, entrecortado y con frecuentes retrocesos, más que un recorrido lineal y progresivo. De esta manera, las trayectorias educativas van construyéndose con una intensa movilidad, con cambios recurrentes de escuelas y saltos de una modalidad a otra, así como con cursos perdidos y nuevos intentos de reinicio. Interrupciones reiteradas y reacomodos permanentes para compatibilizar los estudios con otras ocupaciones, preocupaciones e imprevistos (Saravi, 2009: 313-314).

1.3.2. Trabajo

Partiendo de entender a la movilidad como un proceso esencial para las dinámicas cotidianas actuales, debemos revisar la relación con el trabajo como un punto crucial en la reproducción social. El papel que este tradicionalmente ha representado en la sociedad moderna ha sido trastocado por los fenómenos que han marcado las últimas décadas del siglo XX, particularmente, producto de una alta revolución científico-tecnológica, globalización de la producción, flexibilización del modelo de acumulación y el paso de estados proteccionistas-benefactores a políticas

económicas de corte neoliberal. Ambos fenómenos han generado cambios en las relaciones sociales y en los sentidos de vida de las poblaciones, de manera que la característica actual del trabajo se observa en trayectorias más diversificadas dentro de espacios cada vez más interconectados.

El concepto de trabajo ha ocupado un lugar central en investigaciones antropológicas sobre las diferentes formas de articulación de sociedades “tradicionales” y “modernas”. Desde la conceptualización de sociedades tradicionales y/o precapitalistas, se reconoce al trabajo como elemento central en el intercambio y establecimiento de relaciones sociales y como generador de patrimonio de una comunidad. Para las sociedades modernas, el trabajo condicionó las formas de producción y reproducción de la fuerza de trabajo y a la sociedad en general, pues el sistema capitalista implicó no sólo una forma de producir, consumir e intercambiar, sino también una forma de ser, de pensar y de vivir. El trabajo en todo tipo de sociedades se ha convertido en la llave que permite la reproducción pues establece la comunicación humana, así como da pertenencia de grupo o clase, y ha permitido adquirir un status social. Desde un principio, el trabajo ha definido las condiciones objetivas de existencia de la mayor parte de la población humana.

Al respecto Martínez de Ita (2006) señala que es interesante que al menos en una cosa, aunque por razones distintas, marxistas, liberales y católicos han estado siempre de acuerdo y esto es en la exaltación casi idolátrica del trabajo y el menosprecio y casi olvido total del valor del ocio. Marx habla del trabajo como única fuente de valor; el capitalista liberal habla del trabajo como instrumento para aumentar la producción, la competitividad y los beneficios; y los papas hablan en sus encíclicas del valor divino y humano, de la dignificación del trabajo.

Ya Engels (1955) señalaba que primero el trabajo, y con él, la palabra articulada, fueron los dos estímulos principales bajo cuya influencia el cerebro del mono se fue transformando gradualmente en cerebro humano. Y aunque dentro del marxismo ha habido autores que han cuestionado esta posición por estar influenciada por una perspectiva economicista, la cual se sustentó en una explicación de estímulo y respuesta que fue retomada de la fisiología positivista, en

general se puede decir que en el marxismo se reconoce al trabajo como una actividad a la vez consciente y social nacida de la posibilidad de comunicación y ayuda espontánea entre los miembros de la especie humana, pues constituye el instrumento mediante el cual el hombre actúa sobre su medio natural a fin de satisfacer sus necesidades (Mandel, 1969: 22).

Es de destacar que en el sistema capitalista la satisfacción de las necesidades pasa por el mercado, pues en la medida en que los productores directos han sido despojados de los medios de producción, estos tienen que acudir al mercado a vender su fuerza de trabajo y a comprar aquellas mercancías necesarias para su subsistencia. La producción capitalista se basa en las relaciones que se establecen entre el capital y el trabajo. Estas relaciones son, como lo diría Marx, de explotación y dominación ya que la fuerza de trabajo al ser consumida en el proceso productivo crea un valor superior al que se le paga.

El trabajador, por tanto, no sólo es explotado, también es dominado, ya que queda subordinado a las decisiones del capital. De esta forma para que los trabajadores fueran parte de la racionalidad capitalista, el capitalismo tuvo que desarrollar una ética del trabajo cuyo propósito era promover la obediencia y la disciplina. Como lo ha señalado Bauman (2003b), bajo la ética del trabajo se promovía una ética de la disciplina, pues ya no importaban el orgullo o el honor, el sentido o la finalidad. El obrero debía trabajar con todas sus fuerzas, día tras día y hora tras hora, aunque no viera el motivo de ese esfuerzo o fuera incapaz de vislumbrar su sentido último.

Fuera del proceso productivo, la ética del trabajo sirvió para difundir las ideas que se tenía que trabajar para conseguir lo necesario para vivir, de que el trabajo ennoblecía y daba reconocimiento social, así como de que era el elemento que daba sentido a la vida. Así pues, aunque los trabajadores potenciales no estaban generando valor, ya que no estaban incorporados al proceso productivo, de todas formas, jugaban un papel importante en la explotación y dominación de los trabajadores ya que siempre había alguien que quería trabajar una jornada más

larga o recibir un salario más bajo o aceptar condiciones precarias de trabajo, todo esto con tal de tener un trabajo.

En el capitalismo industrial, la suerte del trabajador se relacionó con la máquina, la cual incrementa la productividad del trabajo y disminuye la cantidad de trabajo socialmente invertido por unidad de producto. En este sentido, cabe señalar, que la máquina se enfrenta al trabajador como un instrumento de explotación y dominación. Con su incorporación, y con la organización de la producción bajo el paradigma taylorista–fordista, el capital tuvo otras posibilidades de explotar y dominar a los trabajadores. El taylorismo–fordismo significó, en primer lugar, el control del tiempo de los trabajadores por parte de los capitalistas, a partir del establecimiento de ritmos de trabajo que llevaron a la especialización, lo que facilitó la incorporación de trabajadores no calificados (Martínez De Ita, 2006: 5).

Autores como Sennett (2000) han expresado con respecto a la visión clásica de la mecanización del trabajo, que la rutina pretendía dignificar las mismas actividades laborales además de que llevaba a los trabajadores a dominar el ritmo de la producción. Se consideraba que los trabajadores, al repetir una operación, podían desarrollarse socialmente, producto de la dinámica de acelerar o aminorar la producción y tener más tiempo libre, es decir, podían ellos mismos a través de la tecnificación expresar un desarrollo personal mejor. Esto fue cuestionado por la realidad, dando cabida a posiciones como la de Adam Smith, quien señalaba que la rutina llevaba a los hombres a la autodestrucción ya que les hacía perder el control sobre sus propios esfuerzos, lo que significaba la muerte mental de las personas. La especialización si bien es cierto llevaba al progreso material de la sociedad, también es cierto que no conducía al progreso moral de la sociedad ya que los sentimientos de solidaridad eran aplacados precisamente por la rutina (Sennett, 2000: 38).

La rutina, de una u otra forma, dio un sentido a la vida de los trabajadores, así la vida cotidiana fue organizada y estructurada de acuerdo al trabajo, así durante buena parte del siglo XX, durante las etapas del taylorismo y del fordismo, se obtuvieron resultados importantes en la productividad del trabajo, y si bien no estuvo

exento de conflictos, luchas y demandas por parte de los mismos trabajadores, de alguna forma se obtuvo cierta estabilidad social y perspectivas que apuntaban al desarrollo positivo de ciertos países industriales. Sin embargo, para finales de los años 60 y sobre todo en la década de los 70, estas formas de organización del trabajo mostraron signos de agotamiento, de tal forma que la rutina laboral dio paso a procesos más flexibles de producción, y con esto, a la conformación de un nuevo paradigma en el que el trabajo adquirió un nuevo significado (De La Garza, 2010).

Se ha mencionado, desde el análisis del marxismo, que el capitalismo, desde sus orígenes requiere de una base técnica de producción propia, paralela a determinadas relaciones de producción, la primera fue proporcionada por la revolución industrial y las relaciones que se fueron estableciendo y construyendo políticamente a lo largo del tiempo. Para que se diera este proceso, fue necesario establecer una ética del trabajo que promoviera la disciplina y la subordinación de los trabajadores al capital. Algo que fue observado claramente durante el fordismo, en donde se constituyó una propuesta socio-político-económica, que no sólo consistía en métodos de producción, sino también en una ideología que se extendió en el mundo y en instituciones que se encargaron de regular la vida económica y social.

Como lo menciona Harvey (1990), es en el fordismo en donde se da una concepción y reconocimiento explícito de que la producción en masa significaba un consumo masivo, un nuevo sistema de reproducción de la fuerza de trabajo, una nueva política de control y dirección del trabajo, una nueva estética y una nueva psicología; en una palabra: un nuevo tipo de sociedad racionalizada, modernista, populista y democrática (Harvey, 1990: 120). Es así como a los Estados-Nación les correspondió gestionar y asumir determinados roles, con la finalidad de construir fundamentos económicos, políticos y sociales para las poblaciones, así como para que la fuerza de trabajo se pudiese reproducir. Para ello se desarrollaron políticas fiscales y monetarias, creación de infraestructuras adecuadas, e incluso se establecieron relaciones internacionales que aseguraran la movilidad del propio capital entre las naciones.

A los empresarios se les impulso a incrementar la productividad, así como buscar nuevos territorios y nuevos mercados para la inversión que contribuyesen a ampliar la acumulación de capital. Mientras que, a través de diferentes instituciones como los sindicatos, los gobiernos gestionaban una parte del control de los trabajadores y apoyaron planes de los mismos empresarios para incrementar la productividad a cambio de beneficios salariales para sus agremiados. Aunque no todos los trabajadores estaban incorporados a la producción fordista, ni gozaban de los beneficios de este modelo, la producción en masa de bienes estandarizados por parte de obreros sin calificación, significó además de una ética del trabajo, una estética y una “mercantilización de la cultura” que si abarcó a amplios sectores de la sociedad (Harvey, 1990: 157).

Esto puede ser interpretado bajo dos significaciones, estructuradas y recíprocamente condicionadas, la primera como una pauta socio-técnica de organización de la producción y del trabajo, y la segunda como un proceso dentro de la expansión ideológica de un sistema socioeconómico global. No obstante, para finales de los años 60 del siglo XX, se observaron indicios de que el viejo paradigma taylorista-fordista, así como el modelo keynesiano, enfrentaban graves problemas que desencadenaron en una crisis. La solución fue una “modernización laboral”, abandonando los paradigmas anteriores, con la finalidad de cambiar las condiciones de acumulación de capital, ahora a través de flexibilidad socioeconómica.

Esto fue parte del inicio del proceso neoliberal, que surgió como respuesta al estancamiento de la producción y de acumulación global. Las consecuencias fueron un cambio profundo de la relación entre las fuerzas del capital y del trabajo, pues con ello se reemplazó el viejo paradigma del sistema fordista de producción monótona, repetitiva y agotadora, a partir de una herramienta cuya función es eliminar las rigideces del sistema fordista, permitiéndole al empresariado recuperar el control de la fábrica y, por tanto, aumentar su tasa de ganancias.

Lo anterior ha dado paso a un nuevo paradigma, el capitalismo “flexible” o neoliberal. Este se ha caracterizado por la eliminación de la rigidez empresarial y la desregularización financiera, en gran medida gracias a la incorporación de

innovaciones tecnológicas. Particularmente, las tecnologías de la información han dado una movilidad a los productores que no tenían anteriormente, de tal forma que en la sociedad actual el capital se vuelve extraterritorial, que le permite estar en los lugares en los que tiene mayores ventajas. Por su parte, en la producción, mientras que en el paradigma taylorista–fordista el nivel tecnológico se distinguió por tener una base electromecánica y por la línea de montaje, en el paradigma flexible se sustenta en las innovaciones provenientes de las revoluciones científico-tecnológicas (Sennett, 2000).

A nivel macroeconómico, las principales transformaciones se han dado en la estructura ocupacional, el empleo, la composición de los trabajadores, la calificación de los trabajadores, el significado del trabajo, los mercados de trabajo, los pactos sociales, la presencia, participación e influencia de los actores sociales, la regulación del trabajo e incluso los discursos ideológicos. A nivel microeconómico, la división del trabajo, las tareas y los procesos de trabajo se han flexibilizado. Lo anterior ha repercutido en un aumento del poder del capital frente al trabajo, el declive de los sindicatos, un incremento de la individualización del trabajo y una diversificación de las relaciones de trabajo. Al respecto, Martin Carnoy (2001) considera que esto no significa la desaparición del trabajo, sino una tendencia a la flexibilización de las relaciones entre empresa y trabajador en el proceso de trabajo.

En esta sociedad, como lo señala Daniel Cohen (2001: 19), se trabaja más a cambio de menos, de tal forma que en muchas regiones del mundo se ha dado un retroceso en las condiciones de vida y de trabajo y se ha incrementado la pobreza. Y como también lo ha expresado recientemente el propio Harvey (2016), en cierto modo, se está regresando a las condiciones de trabajo del siglo XIX, que es a lo que apunta el proyecto neoliberal, es decir: reducir el poder de los trabajadores y ponerlos en una posición en la que no sean capaces de resistir los procesos de explotación masiva. Esta ha sido una característica de los últimos 30 o 40 años, pues la sobredemanda del trabajo se ha vuelto redundante, por primera vez en la industria y ahora también en el sector de servicios. Cada vez más, como consumidor, es el individuo y no la empresa quien realiza la mayor parte del proceso

del trabajo. Existe por tanto una explotación o subsunción en el consumo, en donde una masa de personas sin medios de producción, va haciendo pequeños trabajos aquí y allá.

Es en el control de la fuerza de trabajo que el proyecto neoliberal ha conseguido una estrategia de desregularización o flexibilización, que casi ha terminado con la fórmula del empleo y la estabilidad laboral, que fueron presupuestos desde la época fordista. En consecuencia, los contratos laborales se acortan para no crear derechos, ya que el capitalismo se sirve sólo de fuerza de trabajo sana y joven (Rodríguez-Nicholls, 2010: 50). En esto, el sector servicios adquiere mayor importancia, debido a que las grandes producciones en serie son desplazadas por las de pequeña escala y a destajo, “revitalizando” la producción domiciliaria o especializada. Lo anterior repercute directamente en la aceleración de los ciclos de reproducción del capital, la circulación y el consumo de mercancías, particularmente en esto último que se caracteriza por la instantaneidad (Bauman, 2003b: 43).

Algunos de estos procesos han sido descritos por el Harvey (2004), en lo que ha llamado la acumulación por desposesión, que consiste en la utilización de formas de acumulación originaria, para acceder a sectores que antes estaban cerrados al mercado. Para Harvey, la acumulación por desposesión define el proyecto neoliberal que como tal comenzó desde 1970, el cual involucra las privatizaciones, el financiamiento, la gestión y/o manipulación de las crisis, así como la redistribución estatal de la renta. Tiene como objetivo reproducir el sistema actual, repercutiendo en los sectores empobrecidos por la crisis de sobreacumulación del capital, transformando la fuerza de trabajo en mercancía y la supresión de formas de producción y consumo alternativas, reflejado en la mercantilización y privatización de la tierra, así como la expulsión forzosa de las poblaciones, principalmente marginadas o rurales de sus territorios (Harvey, 2004:116).

Esto coincide con lo observado desde hace más de tres décadas, con la configuración de ejércitos industriales de reserva, conformados precisamente a partir de la migración de miles de campesinos pobres que llegaban a las ciudades.

En muchos casos, las transformaciones políticas y económicas de los últimos años han representado una agudización de condiciones adversas para las poblaciones rurales y urbanas. En este esquema se entiende que lo rural fue observado como el espacio ocupado por poblaciones, social y productivamente concentradas en la actividad agropecuaria, y el espacio urbano como un territorio relacionado y vinculado únicamente con actividades industriales y de servicios. Con el proceso neoliberal, estas perspectivas poco a poco han desaparecido, pues el espacio rural está cada vez más enfocado a la diversidad de actividades y relaciones que éstas conllevan, lo que ha sido acompañado de un crecimiento de espacios urbanos y/o industriales, así como un mayor intercambio entre ciudades y regiones.

El paradigma del capitalismo flexible o neoliberal, ha llevado a las poblaciones a una inserción económica que implican forzosamente una gran movilidad, flexibilidad y desregulación laboral como condición para su incorporación productiva en mercados de trabajo. Es justamente esta fuerza de trabajo móvil necesaria para la subsistencia de miles de trabajadores, ya que les permite enlazar su reproducción social a las corrientes de flujo y acumulación de capital que se caracterizan por atravesar particulares coordenadas espaciales de desarrollo y concentración de capital. Actualmente, las trayectorias de movilidad y trabajo se articulan en un movimiento de conjunto, caracterizado por hipermovilidad, fluidez laboral y su multiterritorialidad (Tarrus, 2007).

1.3.3. Consumo

Si el trabajo es parte esencial para la reproducción social, el consumo es una dinámica que articula, además de la satisfacción de las necesidades humanas por las que se trabaja, la representación material de la existencia misma, ya que no se trata únicamente de una actividad utilitaria, pues el consumo implica prácticas simbólicas e ideológicas (Baudrillard, 1974; Bourdieu, 2010). Al igual que el trabajo, tiene la característica de realizarse en un contexto socio-espacial determinado, de manera que el consumir se integra con actividades de socialización y reproducción de la vida cotidiana.

Duhau y Giglia (2007) han mencionado que en la actualidad el consumo no es una práctica sólo material, sino que se relaciona con el ocio y el esparcimiento vinculado a la vida cotidiana de los individuos. Asimismo, señalan que los lugares de compra mezclan de manera cada vez más sistemática productos y servicios que atañen a diferentes sectores, formales e informales, industriales y artesanales (Duhau y Giglia, 2007: 79). En ese sentido, el consumo está relacionado cada vez más con la movilidad de las personas y las practicas que realizan para acceder o participar de dicho proceso.

Por principio, debemos considerar que al consumo como una manifestación cultural, producida y reproducida por todas las sociedades. Desde la disciplina antropológica, el consumo se ha entendido como experiencia cultural, pero no se ha atendido las implicaciones en la construcción de desigualdades sociales. Las tendencias han sido básicamente hacia una mirada valorativa de considerar al consumo dentro de una necesidad inherente al ser humano, como el proceso que continua a la producción y circulación de mercancías, y dentro de esta última tendencia, la manipulación de parte del sistema económico hacia los sujetos que participan del proceso de consumir.

Dentro de estas tendencias el consumo es observado como un producto cultural doblemente determinado, en el que se pueden definir dos dimensiones: la lógica social del proceso económico de las sociedades, y otra como la experiencia que constituye consumir como factor de socialización y representación cultural. Ambas dimensiones deben ser entendidas como un proceso que modifica las formas de existencia de las sociedades y que permite entender cómo los sujetos experimentan las condiciones objetivas de vida. En ambos procesos, cuando el consumo es generador de relaciones económicas y sociales, como en el que despliega la representación social, se construyen distinciones sociales diferenciadas dentro de grupos sociales, enmarcadas por manifestaciones materiales y simbólicas.

Como lo ha señalado Bauman (2003b), todos los seres humanos, en realidad todos los seres vivos, consumen. El acto de consumir ha estado presente en las

diferentes etapas de la historia de las sociedades; no obstante, en la sociedad actual el consumo parece estar en todos nuestros actos y en nuestra forma de vivir, a tal grado que, si en la sociedad industrial la gente se preguntaba por el trabajo para vivir o vivir para trabajar, en la sociedad actual la pregunta es si el consumo es para vivir o se vive para consumir. Antes, la sociedad buscaba que sus miembros fueran trabajadores, hoy exige que sean consumidores.

Dentro de este análisis podemos caracterizar al consumo por sus cualidades, las que son experimentadas por todas las sociedades. En un principio, el consumo puede ser de “uso”, como medio para satisfacer, a través de este uso, las necesidades y deseos, pues todo objeto o materia es usado, comido, puesto o representado, utilizado para trabajo, juego o socialización, etc. El consumo dentro de esta mediación de necesidades y deseos, también genera “apropiación”, pues el hecho de pagar por ellas, convierte a los objetos y a la materia, en algo de exclusiva propiedad impidiendo que otros las usen sin nuestro consentimiento. Bajo esta lógica el consumo significa también “destruir”, pues a medida que consumimos, las cosas dejan de existir, literal o espiritualmente (Bauman, 2003b: 43).

Si hiciéramos una revisión a los comienzos de la historia de la humanidad, en las comunidades primitivas nómadas, el acto comunitario y colectivo estaba vinculado al uso y la apropiación de la naturaleza. Si entendemos a la colectividad primitiva como aquella que genera trabajo para la satisfacción de deseos y necesidades, podemos considerar al consumo como producto de esta relación. En ese sentido, como es mostrado por Susana Narotzky (2004), diversas perspectivas de análisis neoclásico sobre el consumo se han basado en una idea particular de la naturaleza humana; en donde el deseo tiene una expresión cuantitativa, que pueden alcanzar equivalencias y que el intercambio puede satisfacer el deseo al producir la cantidad requerida.

El contexto de estos intercambios que buscan satisfacer requerimientos es el de equivalencias cuantitativas generalizadas, es decir, se ubican dentro del sistema de mercado. Los peligros que entraña transformar una ley natural y universal, en hipótesis históricamente fundamentadas e ideológicamente cargadas

de la acción humana, resultan evidentes. No obstante, resulta interesante señalar que, para los economistas, el consumo explica el proceso económico, pero depende totalmente de la intervención de las leyes reguladoras del mercado, que actúan sobre una tendencia fundamental de la naturaleza humana. Así, el consumo es un supuesto de la naturaleza y del mercado, que también es natural, y no se trataba como un proceso social (Narotzky, 2004: 147).

Para considerar los efectos sociales del consumo, es importante retomar el carácter cambiante de la cultura y la naturaleza del consumo. La cultura es cambiante, de forma que todas las personas se desarrollan a través de un grupo particular de reglas culturales transmitidas de generación en generación. El consumo resulta ser por tanto uno de esos elementos constantes en los que la cultura prepara a sus miembros; es un factor “aprendido” dentro de la cultura, pero que en las sociedades capitalistas resulta especialmente evidente dada las relaciones de mercado. En este punto se debe considerarse que el mercado no es el que directamente produce el consumo, sino que la cultura es quien produce y reproduce ciertos deseos y necesidades que lo expanden (Malverde, 2004: 111).

Aquí es interesante la propuesta de Daniel Miller (2005), que considera el consumo como parte de un proceso de objetivación, esto entendido como una construcción creativa humana específica, dada a través de un doble proceso: “exteriorización” y “reapropiación” de lo material. El consumo refleja las subjetividades humanas, las cuales son externadas a través de la materialidad, y cuando estas se vuelven un objeto, son repropriadadas y asumidas. Para Miller, en el contexto del capitalismo global actual el consumo representa el único terreno que queda en el que las personas pueden forjar una relación significativa con el mundo, por tanto, aparece como un proceso mutuamente constitutivo de creación cultural y de identidad, y cada vez con mayor frecuencia se convierte en el único ámbito de acción política (Miller, 2005: 31-34).

A diferencia de épocas anteriores en las que la ética del trabajo daba forma a la sociedad y sentido a la vida cotidiana de los individuos, en el presente parecería que es el consumo lo que integra o desintegra a los individuos a la sociedad. Al

respecto, Bauman señala que la importancia del consumo en nuestras sociedades es tal, que la ética del trabajo ha sido desplazada por la estética del consumo. Mientras que en la sociedad industrial el trabajo era el elemento que integraba a las sociedades, pues tanto las condiciones en que se daba dicha integración, así como las relaciones sociales que se establecían entre individuos, eran las bases para el engranaje en el que el sistema industrial funcionaba; en la sociedad actual, el consumo ha tomado ese papel, como el elemento (des)integrador de la sociedad (Bauman, 2003b: 44).

Desde una perspectiva marxista, se ha afirmado que la función económica del consumo está encaminada a la difusión social de los productos, empresas e instituciones económicas en el marco de la competencia que favorece estructuralmente, la orientación y ampliación de la demanda, según las exigencias de reproducción del sistema productivo. Esto garantizaba no solamente la circulación de los productos, bienes o servicios en el mercado, sino también la producción misma de bienes y servicios, con lo cual se promovía la acumulación de capital. La diferencia de los valores sociales que muestra la maquinaria del consumo, en cada producto, tiene por objetivo una jerarquización y organización planificada de los tipos de consumo público, organizando el mercado en favor de la competencia y reproducción de los capitales. De tal forma que se puede afirmar que las relaciones entre los sujetos están estrechamente relacionadas con condiciones materiales de existencia, las cuales resultan perceptibles ante la mirada de los demás en la medida en que se haya satisfecho un patrón de consumo evidente, pues sólo así será compatible o incompatible con los niveles de vida que se buscan alcanzar (Malverde, 2004: 109).

En sociedades actuales este mecanismo presenta diferencias. Los individuos son incluidos o excluidos a partir de su capacidad de consumo; no sólo esto, también son ubicados socialmente en la medida en que tengan la capacidad de elegir entre la gran variedad de oportunidades, de sensaciones placenteras y experiencias que el mundo les ofrece (Bauman, 2003b: 64). En un mundo de oportunidades, de posibilidades, la pobreza y la marginación social son vistas, no

como el resultado de la falta de trabajo, ni como un problema social, sino como el resultado de la incapacidad de los individuos por consumir y por tanto el problema social se transfiere a los individuos. Es a la par de estos aspectos que el consumo, como uso de recursos, se convierte en el único ámbito de la cotidianidad en el que las personas supuestamente toman decisiones “en libertad” (Bauman, 2003b: 91).

Es por esto que se debe considerar la idea de que el consumo está relacionado actualmente con el proceso de crear distinción, no sólo en función de la distribución diferencial de recursos materiales sino también de recursos simbólicos. Lo anterior fue expresado Arjun Appadurai (1991 y 2015), al mencionar que el consumo tiene una fuerte relación con la construcción de identidades, y dependiendo de los contextos culturales, las mercancías adquieren distintos significados y valores de acuerdo a la circulación de éstas. Es importante además entender el análisis de Appadurai sobre las mercancías, pues menciona que, en un proceso de consumo, se amplía la definición de Marx con su inclusión de la producción del valor de uso para otros. Aquí converge con el énfasis que pone Simmel (1988) sobre el intercambio como fuente de valor económico. En este sentido, disminuye la excesiva preocupación por el "producto", la "producción", y la intención original o dominante del "productor", para centrarse más en la dinámica del intercambio y las relaciones que surgen de este (Appadurai, 2015: 29).

Appadurai considera que, desde la mirada antropológica, los obsequios y el espíritu de reciprocidad, sociabilidad y espontaneidad que son tradicionalmente observado en el intercambio, se oponen de manera rotunda al espíritu de lucro, egoísta y calculador que anima la circulación de mercancías. Estos obsequios generan relaciones entre las cosas y las personas que participan del proceso de consumo -o flujo de las cosas-, lo cual se concibe como la representación de una transferencia de mercancías “libre”, en gran medida, por restricciones morales o culturales, pero al final estas transferencias son mediadas por el dinero y no por la sociabilidad (Appadurai, 2015: 32).

Para clarificar estos contrastes, Appadurai rescata la argumentación de Bourdieu, que pone el acento en la dinámica temporal de obsequiar, lo cual hace un

análisis más profundo del espíritu en común que subyace tanto al obsequio como a la circulación de mercancías. Esto genera ciertos paralelos estratégicos entre los intercambios de producto, de obsequios y prácticas más visiblemente económicas. En ese sentido, Bourdieu propone que la práctica nunca deja de ajustarse al cálculo económico, incluso cuando presenta una apariencia de desinterés alejándose de la lógica del cálculo interesado (en su sentido más estricto) y poniendo en juego elementos que no son materiales ni fácilmente cuantificables.

Esta distinción es importante. Representa un esfuerzo por restaurar la dimensión cultural a aquellas sociedades que, con demasiada frecuencia, son caracterizadas simplemente como economías en gran escala, y a la vez restaurar la dimensión del cálculo racional a aquellas sociedades que con la misma frecuencia son descritas simplemente como solidarias y con intercambios en pequeña escala, como históricamente fueron estudiadas las sociedades rurales. Appadurai genera una crítica a la misma disciplina antropológica, la cual, al partir de un análisis transcultural de las mercancías, y de otros aspectos de la vida social, suele dicotomizar en exceso. Estas oposiciones parodian ambos polos, y reducen las diversidades humanas de manera artificial: "nosotros y ellos"; "materialista y religioso"; "cosificación de las personas" versus "personificación de las cosas", "intercambio de mercado" versus "reciprocidad", etc. (Appadurai, 2015: 34).

El consumo puede ser comprendido como eminentemente social y relacional. No obstante, los consumos modernos son producto tanto de la velocidad en la que se transforma el mercado, como de los consumos primitivos lo eran de la estabilidad de las leyes suntuarias. Para Appadurai, la demanda de mercancías está regulada de manera crítica por una variedad de mecanismos de formación del gusto. Desde este punto de vista, la diferencia crítica entre las modernas sociedades capitalistas y las basadas en formas más simples de tecnología y trabajo, no radica en que la sociedad moderna tenga una economía plenamente mercantilizada, mientras que en otras predomine la subsistencia y que el intercambio de mercancías solo haya hecho incursiones limitadas, sino más bien que las demandas de consumo en nuestras sociedades actuales están reguladas por criterios muy variables de lo

"apropiado". En ambos casos sin embargo la demanda de consumo es un impulso regulado y generado socialmente, no el resultado artificial de caprichos o necesidades individuales (Appadurai, 2015: 60).

Un enfoque que puede correlacionar la demanda y formación del gusto, expuesto por Appadurai, es el utilizado anteriormente por Jean Baudrillard (1974), que intenta desarrollar una crítica de la economía política del signo. Su argumento principal indica que, en el estudio del consumo, el concepto de necesidad ha sido considerado el principio funcional universal del objeto o mercancía, tanto por los economistas políticos como por los marxistas. En su opinión, esta separación de las necesidades primarias, tanto naturales, como sociales, es ideológica y esencialista. Para Baudrillard, en la base del sistema capitalista contemporáneo el valor de uso y el valor de cambio convergen en el valor/signo, ya que los bienes no sólo son inmediatamente producidos para el intercambio como mercancías, sino también para la significación codificada como signos. Así, la producción social de los valores de signo, el control y la manipulación del proceso de significación, y la monopolización del código del signo, resultan fundamentales en el proceso de dominación. Esto, por tanto, desde una posición crítica, indicaría que se sustituye la lógica de clase definida por la propiedad de los medios de producción (Baudrillard, 1974: 77).

Precisamente, desde la perspectiva de Bourdieu (1988), tomando el concepto de *habitus* para observar el consumo, se entiende como un proceso de creación de distinción cultural, el cual atraviesa condiciones objetivas de existencia, que produce y a su vez genera diferencias entre grupos y clases sociales. Si se toma al *habitus* como una estructura de reproducción, producido por condiciones objetivas, este a su vez genera prácticas que causan distinciones de clase y reproducen posiciones de clase a través de aspectos materiales de la cultura, cuando estos aspectos son tomados como capital, económico y social. Estas distinciones constituyen el sistema por el cual las identidades personales y colectivas se negocian en la práctica, donde la identidad contribuye a reproducir, a

través de un sistema de representación, los mecanismos objetivos de la distribución o dominación de clases.

Sin embargo, como se ha mostrado en el trabajo de Gonzalo Saraví (2015), la relación del consumo con la clase social no es unidireccional, sino más bien se trata de una relación recíproca. El consumo no solo refleja las desigualdades de clase, sino que las establece y construye. Entonces, en cuanto a las especificidades y contrastes entre los estilos de vida de los sectores más privilegiados y los menos favorecidos, el consumo supone posibilidades y oportunidades para los primeros, y restricciones y limitantes para los segundos. Esto es observado por Saraví en el consumo juvenil que se organiza a partir del eje formalidad-informalidad, eje en donde los jóvenes privilegiados pueden acceder al consumo de productos originales o de marcas reconocidas globalmente a través de espacios privilegiados como los centros comerciales, y por el otro lado, el consumo de los jóvenes menos favorecidos está conformado por acceso a comercios informales o ilegales, en los cuales los productos no son originales o de marca, pero representa para ellos la principal vía de acceso al consumo de bienes materiales y simbólicos.

Por su parte Narotzky (2004) expresa que todas estas perspectivas, incluyendo la de Bourdieu, parecen olvidar que las mercancías no pueden ser abstraídas de las relaciones sociales que las producen. Las cosas poseen significado y pueden expresar relaciones sociales y luchas por el poder porque se ven cristalizadas en objetos, ante lo cual debería tenerse en cuenta el significado cultural de las cosas en un proceso social dialéctico, pero no como un ámbito separado y definitivo de relaciones de poder (Narotzky, 2004: 161).

Es por esto que siguiendo a la misma Narotzky, el consumo puede ser entendido mejor como un proceso social dentro de otro proceso, pues no puede ser separado de la producción y la distribución. También se debe entender que la serie de relaciones complejas que surgen de este proceso no son las mismas para todos. Los factores globales, locales, de clase, género y edad, entre otros, afectarán el modo en que las personas se apropian de los recursos, los distribuyen y, finalmente, los utilizan. Aquí las posiciones de poder y riqueza, parcialmente construidas en la

producción y en la articulación de diferentes formas de producción en un sistema capitalista global, condicionan la capacidad de las personas para organizar el consumo y otorgar significados al sistema del que participan.

Al mismo tiempo, todo lo que se consume, ya sea por uso, apropiación o destrucción, confiere una cantidad de poder determinada sobre otras personas. Lo anterior es causa de conflictos, negociaciones y diferenciaciones en cada etapa del proceso, pues el acceso, la distribución, el procesamiento y la utilización de recursos constituyen ámbitos sociales en los que el poder y la riqueza, el control y la posesión están constantemente en juego. Se trata de ámbitos donde se producen significados que afectan todo el proceso económico y más allá, pues son elementos que participan en la construcción de la identidad y los cuerpos de las personas. La lucha y la solidaridad constituyen aquí elementos constantes en un proceso tanto privado como público, individual y colectivo, homogeneizador y diferenciador (Narotzky, 2004: 165).

El surgimiento de una sociedad de consumo de masas, creada por el capitalismo industrial, puso entre sus principales objetivos para producir nuevas necesidades sociales a niños y jóvenes. No es gratuito, en ese sentido, que a partir de su visibilización como grupo social y segmento importante dentro de la población se haya generado un amplio discurso político y formativo de una floreciente industria, que reivindicaba la existencia de los niños y de los jóvenes como sujetos de derecho, y especialmente como sujetos de consumo (Reguillo, 2000: 21). El objetivo de crear nuevas necesidades sociales es crear nuevos objetos que inicialmente eran de lujo y que, debido a sus significados, acabaron siendo necesidades básicas.

En la actualidad son precisamente los jóvenes quienes están expuestos más que nunca además a un proceso social de mercantilización, en donde la introducción de nuevas tecnologías, objetos y novedosas formas de comunicación han generado dinámicas, relaciones y percepciones de vida diferentes. En ese sentido, es importante replantear las diversas formas que se articulan en torno al concepto de juventud, pues hoy más que nunca el tema de consumo dentro de la

antropología y las ciencias sociales, parece mostrarnos más sobre las relaciones sociales, que las interpretaciones generadas al observar a las sociedades únicamente a través de sus formas de producción.

Paralelamente a los procesos de transformación de las poblaciones rurales, como de las urbanas, los jóvenes han puesto en práctica, han ejercido formas de consumo, las cuales ya no están ligadas únicamente a necesidades básicas de subsistencia, sino cada vez más definidas por los procesos sociales de mercantilización y por los requerimientos de adscripciones creadas por industrias alimentarias y culturales dominantes a nivel global, sin descartar aquellas que devienen de los medios sociales de comunicación e información. El consumo aborda tanto las necesidades materiales como simbólicas, pues en necesidad de significados es justamente donde podemos entender relaciones desiguales de poder.

Capítulo 2. La juventud en espacios rurales contemporáneos

El siguiente capítulo presenta cuatro apartados conceptuales sobre la categoría de juventud y su construcción actual en espacios rurales. El primer apartado: Apuntes sobre el concepto de juventud, presenta la revisión sobre diversas perspectivas utilizadas para la representación antropológica de lo que es ser joven, a partir de la modernidad. En el segundo: Juventudes rurales, se presenta la discusión teórica acerca de los límites, dificultades y olvidos de las propias disciplinas sociales para para representar la construcción de los sujetos rurales contemporáneos. El tercer apartado: Características de los jóvenes rurales en México, presenta un panorama general, de forma cuantitativa, sobre las condiciones socioeconómicas en que se encuentra la juventud rural. Y finalmente el cuarto apartado: ¿La construcción de un sujeto rural multifacético y neoliberal? Presenta una reflexión sobre la condición actual de los jóvenes rurales, los cuales se caracterizan por una construcción y socialización de la desigualdad como signo de sus vidas. Por tanto, se discute finalmente si es esta la forma que el neoliberalismo se ha interiorizado y reproducido, generando la construcción de sujetos neoliberales.

2.1. Apuntes sobre el concepto de juventud

Los jóvenes, como grupo social o sector de la población de una sociedad, más que un término construido de forma neutra o de acuerdo a la naturaleza cronológica, es una categoría social, lo que da cuenta de la manera en que diversas sociedades perciben y valoran el mundo, produciendo una diversidad de sujetos sociales. La categoría de juventud, partiendo de la idea generalizada de Carles Feixa (1998) en Hispanoamérica, es una construcción sociocultural relativa en el tiempo y en el espacio, que se presenta como una fase de la vida comprendida entre la infancia y la vida adulta. La noción de juventud es vista como la toma de conciencia social de la existencia de ciertas características particulares que diferencian a los jóvenes en relación con los niños y con los adultos.

La existencia de la juventud se ve, por tanto, relacionada con el reconocimiento social de una edad específica en el ciclo de la vida de los individuos y con la proposición de instituciones y prácticas regularizadoras de los comportamientos juveniles, así como de imágenes culturales (valores, atributos y rituales específicos) que imponen ciertas expectativas determinantes de los comportamientos del joven. Estas imágenes dependen de la estructura social en su conjunto, es decir, de las formas de su existencia, las instituciones políticas, las cosmovisiones e ideologías que predominan en cada tipo de sociedad.

Conforme lo anterior, el ámbito social en el que se desarrolla la juventud configura imágenes que emergen de los colectivos de lo que implicaría ser joven, es decir, éstas se construyen a partir de las propias instancias de la sociedad, con respecto a la representación que se tenga de lo juvenil. Es aquí donde cobran importancia las industrias culturales, los medios masivos de comunicación y los ámbitos educativos, religiosos y familiares, además de los diferentes procesos de socialización en la construcción de la identidad. “Los jóvenes, como actores sociales, se van haciendo de estas imágenes de manera que imagen y categorías se cubren y construyen mutuamente” (Nateras, 2002: 10).

Cabe reflexionar, para el caso de la juventud, de qué manera se relaciona la acción individual con las estructuras sociales. Las corrientes estructuralistas se han inclinado a pensar que los individuos actúan en respuestas a causas externas, “por lo que la cultura, la estructura social o el modo de producción, se convierten en realidades concretas, que aparecen en estas versiones, imponiéndose a los individuos” (Bourdieu, 2007: 73). En este caso, considero que la realidad social existe dentro y fuera de los individuos; los sujetos no sólo confrontan sus circunstancias externas, ellos son parte integral de esas circunstancias. Bourdieu menciona que el cuerpo socializado (individuo) no se sostiene en oposición a la sociedad, sino que es una de sus formas de existencia.

La manera como se crea la unidad o identidad juvenil es a través de una trayectoria de vida, pues los sujetos crecen, aprenden y adquieren todo un conjunto de habilidades culturales, incluyendo una identidad social, la cual de una manera

inconsciente le da sentido a su existencia. Es por ello que muchas perspectivas también conciben a la juventud como un periodo de “transición” en el curso de vida, pues en esta etapa las personas pasan de la niñez a la condición adulta, y es en la misma que se producen importantes cambios biológicos, psicológicos, sociales y culturales. Sin embargo, “las etapas sucesivas del curso de vida y su periodización no son universales, sino que muestran gran heterogeneidad inter e intra societales” (Saraví, 2009: 36).

Definir la juventud en términos socioculturales implica, en primer lugar, no conformarse con las delimitaciones biológicas como la edad, pues se ha visto que, en diferentes momentos dentro de distintas sociedades, la juventud no es más que una palabra. La edad es un dato socialmente biológico, una muestra de ello es el hecho de hablar de jóvenes como de una unidad social, de un grupo constituido que posee intereses comunes y de referir estos intereses a una edad definida biológicamente.

Si bien para definir juventud se parte de un parámetro etario (15 a 29 años), muchas veces los roles y transiciones asociados a la juventud pueden diferir en forma y tiempo entre subgrupos de individuos pertenecientes a una misma sociedad. El género, la etnicidad y la clase social son, entre otras, algunas de las categorías que pueden generar matices y diferencias en cómo se experimenta dicho tránsito a la adultez. Es por esto que Gonzalo Saraví (2009) considera que la juventud, como experiencia de curso de vida, hace referencia a la heterogeneidad y diversidad en que se percibe la transición a la adultez, sin embargo, esta se experimenta diferencialmente, y está sujeta a los procesos de desigualdad social que imperan en la sociedad. Por ello, la juventud es simultáneamente un producto histórico y una construcción social, pues como grupo o sector dentro de una sociedad, su construcción no es neutral, por el contrario, es una categoría que da cuenta de la manera en que diversas sociedades perciben y valoran el mundo.

Esta construcción, como también anteriormente ha sido propuesto por Bourdieu (1990), obliga a tomar en cuenta los contrastes entre diferentes tipos de juventudes, las diferentes etapas de la historia que han proyectado los fundamentos

sociales por grupos de edad, pero también que en algunas sociedades estos tipos de planteamientos no han existido. Ya que la juventud, más allá de articular social y culturalmente en función de la edad biológica, es producto de la asimilación de las normas de reproducción y división social del trabajo imperantes en dado momento histórico. Por tanto, categorías como juventud, género y clase, están siempre inmersas en relaciones de poder, determinada por el lugar que se ocupa dentro de la estructura jerárquica de la sociedad.

La condición juvenil resulta ser entonces un estatus sometido a la subordinación, con la finalidad de establecer límites y reproducir un orden social, en el cual cada quien debe mantenerse, así como interiorizar su lugar dentro de una estructura desigual. Se debe considerar entonces la posición de los individuos en la estructura social pues, aunque suele pasarse por alto en los estudios de juventud, los jóvenes son también sujetos socialmente posicionados (Saraví, 2009: 39). La forma en que se experimenta la juventud dependerá principalmente de la estructura de oportunidades y necesidades a la que se enfrenten los sujetos, como así también del capital social y recursos materiales de que se disponga.

Por tanto, se debe analizar los contrastes entre diferentes juventudes, por ejemplo, se podrían comparar las condiciones de vida, el mercado de trabajo, el tiempo disponible, el lugar de nacimiento, el tipo de familia en el que ocurre la crianza, etcétera, de los jóvenes que ya trabajan y de los adolescentes de la misma edad (biológica) que son estudiantes. Basta recordar que en diferentes etapas de la historia se han proyectado los fundamentos sociales por grupos de edad de muy distintas formas y por diferentes sociedades, pero también en algunas de ellas estos tipos de planteamiento no han existido (Bourdieu, 1990: 120).

Se debe apuntar que el concepto de juventud se ha estudiado y se le reconoce, generalmente, concebido como una construcción social, idea que cobra fuerza a partir del periodo de posguerra, momento en que se estableció un orden mundial que trajo consigo una nueva geografía política en la que las sociedades del Primer Mundo accedieron a inéditos estándares de vida. Esto generó, por tanto, un discurso político y formativo de una floreciente industria que reivindicaba la

existencia de los niños y de los jóvenes como sujetos de derecho, y especialmente a estos últimos como sujetos de consumo. Como bien describe Rossana Reguillo (2000) las sociedades que alcanzaron insospechadas esperanzas de vida generaron repercusiones directas en la vida socialmente productiva. El envejecimiento tardío operado por avances científicos y tecnológicos reorganizó los procesos de inserción de población de menos edad, se estableció un equilibrio en la balanza de la población económicamente activa, posponiendo la incorporación de nuevos relevos generacionales (Reguillo, 2000: 21).

El mismo Feixa (1998), manifiesta que la civilización industrial fue responsable del reconocimiento de la adolescencia y la juventud como periodo específico de la vida que se extiende desde la dependencia infantil a la autonomía adulta. Este autor refiere que tras la segunda guerra mundial se impuso en occidente el modelo conformista de la juventud, el ideal de la adolescencia como periodo libre de responsabilidades, políticamente pasivo y dócil, que generaciones de educadores habían intentado imponer, esto se relacionaba, sin embargo, con la transformación de una sociedad rural o agraria en industrial y postindustrial. Cuando este paso se hace rápidamente se produce una crisis cultural y sociológica, como de obturación de los canales de integración del individuo en las normas de la sociedad. Estas etiquetas no hacían más que reflejar una serie de cambios que se aplicarían en los países occidentales a lo largo de los años 60 y que habían de modificar profundamente las condiciones sociales y las imágenes culturales de los jóvenes (Feixa, 1998: 35-36).

Finalmente, se debe observar que la construcción cultural de la categoría de juventud, al igual que otras calificaciones sociales (mujeres, indígenas, entre otros), se encuentra siempre en una fase aguda de recomposición, lo que de ninguna manera significa que se piense, como lo señala Feixa, que es algo que ha permanecido inmutable. Lo que resulta indudable es que los cambios económicos globales han acelerado los procesos y han provocado crisis en los sistemas en la forma de pensar y nombrar al mundo. “El concepto de juventud no es más que una palabra, una categoría construida, pero las categorías son productivas, hacen

cosas, son simultáneamente productos del acuerdo social y productoras del mundo” (Reguillo, 2000: 24).

2.2. Juventudes rurales

Históricamente, la juventud ha sido invisibilizada en las sociedades rurales y en las ciencias sociales. Una de las principales razones tiene que ver en cómo se han construido argumentos, discursos e imaginarios acerca de formas de vida ligadas a la actividad agrícola, y las dinámicas que giraban en torno a ésta, y que en muchos casos se interpretó de manera idílica y romántica, enmarcado por la construcción de una cultura definida. El deterioro de políticas públicas en el país, así como la imposición de modelos económicos neoliberales en diversas regiones, ha profundizado las condiciones de desigualdad imperantes en los espacios rurales, pues ha debilitado los soportes que alguna vez conformaron certezas en la definición de los proyectos de vida de las personas, y en las condiciones sociales objetivas que hacían posible otras dinámicas, muchas de ellas observadas bajo la percepción antropológica de la reproducción de una tradición.

Cabe mencionar que, por mucho tiempo, se ha considerado que los jóvenes en espacios rurales son una minoría (Quintana, 2011) y que, debido a sus responsabilidades, tanto familiares como laborales, no generaban un tránsito de la infancia a la adultez y por este motivo se ha llegado a expresar que la juventud en el contexto rural no existiría (Tavares Dos Santos, 1984). Lo anterior apela a una perspectiva en donde las trayectorias etarias eran observadas bajo las condicionantes del trabajo agrícola, y las dinámicas propias de las sociedades rurales o campesinas, es decir, se consideraba a sujetos rurales que conformaban cuerpos socio-productivos, en los que los niños ayudaban de forma limitada, los jóvenes-adultos realizaban actividades de manera plena, ya sea dentro de la producción agrícola y/o del trabajo asalariado temporal, así como en la participación y reproducción comunitaria, y los adultos mayores, los que casi no realizaban ninguna función productiva, se les mantenía como pilares de una autoridad social.

Esto marcaba una cualidad importante, debido a una inserción laboral temprana, de tal manera que en las poblaciones rurales las personas solían asumir roles adultos rápidamente, producto de costumbres matrimoniales más tempranas, lo que, sumado a la ausencia de períodos educativos amplios, a una falta de espacios de desarrollo o interacciones propiamente juveniles, no permitiría establecer el tiempo de moratoria social necesario para la construcción de la juventud (Erikson y Sarro, 2000). Por tanto, el período correspondiente a la juventud, en el espacio rural, teóricamente no existiría o se vería disminuido considerablemente, pues no se alcanzaría a formar sujetos con identidades juveniles, convirtiéndose simplemente en campesinos u obreros de menos edad (González, 2003).

Es preciso observar que la consideración de juventud como una categoría de edad, la cual depende directamente de la idea de moratoria social, es parte de un proceso histórico establecido a partir de los albores del siglo XIX y que tuvo su máxima expresión a finales del siglo XX. En esa etapa se establecieron los criterios necesarios para que, en las sociedades industrializadas, a los jóvenes se les abrieran las posibilidades de extender un tiempo legítimo para que se dedicaran al estudio y la capacitación para ingresar en el aparato productivo de las ciudades en desarrollo, postergando procesos sociales como el matrimonio. Esto expresaba que la juventud únicamente estaba determinada hacia el interior de ciertas clases sociales, las cuales podían ofrecer este beneficio a sus miembros recién llegados a la madurez biológica. Por tanto, la condición histórico-cultural de juventud no se ofrecía de igual forma para todos los integrantes que estadísticamente pudieran pertenecer a ella (Margulis, 2008).

Bajo esta perspectiva, los integrantes de los sectores marginados de los privilegios de las sociedades más urbanas y desarrolladas, como en el caso de las sociedades rurales, verían acotadas sus posibilidades de acceder a la moratoria social, pues no existirían condiciones para alcanzar lograr ser joven en la forma descrita. Se debe apuntar que otras categorizaciones sobre juventud se han limitado a considerar a ésta como un mero signo, una construcción cultural apartada de otras

condiciones, con un sentido socialmente establecido, el cual se encuentra relativamente desvinculado de las condiciones materiales e históricas que condicionan a su significante. Dentro de esta simbolización de la juventud se ha incluido las condiciones de clase, debido a que son éstas las que han posibilitado observar características corporales, a través de la estética y prácticas de una “cultura juvenil”, la cual ha sido tomada y recreada para especificar un paradigma dentro de las sociedades “modernas”. La juventud se establece como mero producto u objeto de una estética, un signo que puede ser adquirido en los mercados por cualquier persona, y por adultos para extender en el tiempo su capacidad de portación del mismo: “la juventud como signo se transformó también en mercancía, la cual se compra y se vende, y así mismo, interviene en el mercado del deseo como vehículo de distinción y de legitimidad” (Margulis, 2008: 17).

No obstante, como se ha expuesto anteriormente se debe considerar que los jóvenes, como grupo social o sector de la población de una sociedad, más que una categoría y/o signo impuesto de forma homogénea, es una construcción sociocultural relativa en el tiempo y en el espacio, la cual se presenta como una fase de la vida comprendida entre la infancia y la vida adulta. La existencia de la juventud se ve relacionada con el reconocimiento social de una edad específica en el ciclo de vida de los individuos y con la proposición de instituciones y prácticas regularizadoras de los comportamientos, así como también de las imágenes culturales que imponen ciertas expectativas determinantes de lo juvenil (Feixa, 1998). Entonces, no se puede pasar por alto que “estas imágenes dependen de la estructura social en su conjunto, es decir, de las formas de su existencia, de instituciones políticas, sociales y económicas, que predominan en cada tipo de sociedad” (Urteaga, 2004: 33).

Dentro de los cambios generados a través de la historia por las diferentes sociedades, que han instituido formas y contenidos para marcar el paso de la infancia a la vida adulta, Orlando Bevilacqua (2009) señala que, para entender la idea de juventud rural, no se puede referir solamente a la cuestión biológica sino a un constructo sociocultural, que comenzó a constituirse en las últimas décadas del

siglo XIX y se consolidó apenas en el siglo XX en las sociedades industrializadas. En países de América Latina, con la progresiva modernización de la agricultura, la idea de juventud rural se insertó en los discursos y prácticas de las instituciones desarrollistas. Así la educación y medios de comunicación se volvieron, en el espacio rural, instituciones fundamentales en la definición del “nuevo” papel social y la identidad que la juventud debía asumir, en favor de la industrialización. “Lo que no quiere decir que antes de la industrialización no hubiera jóvenes rurales, sino que la juventud en las sociedades agrícolas o campesinas, no integraba una fase distinta y descriptiva del ciclo de la vida de los individuos” (Bevilacqua, 2009: 622).

Durante gran parte del siglo XX en América Latina los estudios de la juventud y las problemáticas a las que hacen frente, no fueron consideradas objeto de análisis por parte de las ciencias sociales. Sólo a partir de 1985 con motivo de la celebración del Año Internacional de la Juventud organizado por la ONU, el tema adquirió relevancia dentro de las agendas gubernamentales y por tanto de la academia; de ahí que se hayan formado los primeros esbozos teóricos en el estudio de la juventud en México. Las investigaciones y los trabajos acerca de las problemáticas de los jóvenes en México, en una inmensa mayoría, se han enfocado en espacios urbanos, donde se observan primordialmente, por un lado, investigaciones con carácter descriptivo sobre las diferentes identidades y/o grupos culturales juveniles (chavos banda, cholos, punks, rockeros, emos, darks, fresas, graffiteros, etcétera); y por otro, los que se centran en el análisis demográfico de la juventud (género, trabajo, participación política, educación, migración, salud, drogadicción, violencia y religión).

Bajo este panorama, si bien el tema de la juventud en México ha sido abordado de manera amplia (Feixa, 1998; Nateras, 2002; Reguillo, 2000; Urteaga, 2004; Valenzuela, 2006;), son acotados los estudios sobre la construcción social y las identidades de las poblaciones juveniles rurales en el país (Bonfil, 2001; Pacheco Ladrón de Guevara, 2002, 2013; Quiroz, 2013). Para el caso de América Latina cabe destacar las contribuciones realizadas en el sur del continente por Yanko González (2003, 2006) en Chile, Carneiro y Guaraná de Castro (2007); y

Orlando Bevilacqua (2009) en Brasil. Para estos últimos investigadores la juventud rural requiere comprender las especificidades de las relaciones dependientes que mantienen en sus vidas con el trabajo en los espacios agrícolas, así como de las redes de relaciones económicas, políticas y culturales en que los jóvenes y sus familias están inmersos. Es debido a estas especificidades de vida y del trabajo agrícola, que los procesos históricos de socialización de los jóvenes rurales presentan ciertas diferenciaciones con respecto a la juventud urbana.

Uno de los aspectos más importantes en la falta de estudios de la juventud rural de manera general en América Latina, parece estar en el grado de exclusión y de invisibilidad que presentan las poblaciones rurales. Al respecto algunos trabajos como el de Roberto Brito (1998), elaboraron una tipología de relaciones generacionales, tomando en cuenta la “mentalidad” social y las condiciones de vida relacionadas con el grado de desarrollo de la sociedad. Esta tipología parece determinar el tipo de relaciones entre las generaciones, donde se ha considerado que entre más cerrado, reaccionario y tradicional sea un sistema social, más contradictorio resultaría la participación juvenil.

Estas perspectivas apelan a determinantes económicos y sociales, en los que se menciona que la juventud rural tiende a asumir roles adultos rápidamente debido a costumbres matrimoniales más tempranas, ausencia de períodos educativos amplios y una inserción laboral temprana. De tal forma se considera que el período social correspondiente a la juventud no existiría, o se vería disminuido considerablemente, no alcanzando a formar un cuerpo social con identidad, convirtiéndose los sujetos en campesinos de menos edad, u obreros de menos edad (González, 2003: 163).

Es así que la juventud rural se ha observado bajo la condicionante de las actividades agropecuarias, y se considera una escasa o nula participación en la toma de decisiones familiares y comunitarias al igual que de los recursos naturales y/o materiales. Considero que en muchos casos estas valoraciones y tipologías han sido reflejadas, al momento de estudiar a la juventud rural, bajo la concepción de una mentalidad tradicional sumado a la carencia de espacios de desarrollo o

interacción propiamente juveniles. Así, los estudios sobre juventud han priorizado, de forma importante, únicamente a los espacios urbanos. Esto ha llevado a la ausencia de conceptos claros y de conocimientos empíricos de las realidades que viven los jóvenes precisamente en el mundo rural, pues éstos, a contraparte de los estudios realizados en espacios urbanos, se han manejado en base a estereotipos, impulsados por la clásica percepción idealizada del espacio rural.

Sin embargo, las transformaciones a nivel global producto del proceso capitalista en las últimas décadas, han repercutido enormemente en todas las sociedades, intensificando y diversificando la producción, vinculando más estrechamente el agro con la industria y el comercio exterior con el local. Esto ha introducido importantes modificaciones en las relaciones de producción, acceso a servicios y comunicaciones, producto de intensos flujos migratorios y/o de movilidad poblacional.

Este proceso de cambio mundial está íntimamente relacionado con una novedosa transformación de las sociedades agrarias. Junto con la reestructuración económica y los reacomodos políticos, las sociedades rurales están sujetas más que nunca a procesos de urbanización, a la disminución de actividades primarias (agricultura) e incremento en actividades secundarias (industriales) y/o terciarias (servicios, comercio). Esto ha generado nuevos patrones de consumo, cambio en la dieta mundial, incorporación de agroindustria a cargo de empresas transnacionales, nuevas relaciones de género, y de forma importante, nuevas perspectivas de las generaciones jóvenes.

Si se toma en cuenta los cambios producidos a través de la historia por las diferentes sociedades que han instituido formas y contenidos para marcar el paso de la infancia a la vida adulta, como menciona Bevilaqua (2009), la idea de juventud rural no corresponde con una referencia biológica sino como constructo sociocultural, de la misma forma comenzó a constituirse en las últimas décadas del siglo XIX y se consolidó apenas en el siglo XX bajo las sociedades industrializadas.

Bevilaqua (2009), argumenta que con la industrialización de los países en América Latina y la progresiva modernización de la agricultura, la idea de juventud

rural se insertó en los discursos y prácticas de las instituciones desarrollistas. La construcción social de la juventud rural integrada en los planes de desarrollo de diferentes países, así como la educación y los medios de comunicación se volvieron en el espacio rural, instituciones fundamentales en la definición del papel social y de la identidad que la juventud debía asumir, en pos de la entrada a la sociedad industrial. Esto no quiere decir que antes de la industrialización no hubiera jóvenes rurales, sino que la juventud en las sociedades agrícolas o campesinas, no integraba una fase distinta y definida del ciclo de la vida de los individuos (Bevilaqua, 2009: 622).

Aunque las actividades agrícolas mantienen importancia en el caso del espacio por algunos jóvenes rurales, ha tomado mayor relevancia la posibilidad de su inserción en ocupaciones en otras esferas productivas, como los servicios, el comercio, la cultura y la industria, En especial en los contextos contemporáneos marcados por la intensa integración socioeconómica entre los diversos segmentos del capital urbano-rural. Esto no ha terminado con las condiciones de exclusión social preexistentes, las cuales en sobrados casos se han agudizado, estos cambios han permitido una apertura, en los estudios, al observar a las juventudes rurales no sólo como sujetos generadores de continuidad o “tradición”, sino como constructores e impulsores de nuevas formas de articulación del espacio rural.

Wanderley (2007) ha mencionado que, en el actual contexto, el estudio de los jóvenes en el medio rural supone una comprensión dual de la dinámica social. Por un lado, una dinámica espacial que se relaciona con el hogar (la familia), el barrio (comunidad local) y la ciudad (el urbano mundial-industrial); espacios distintos que se superponen y entrelazan, los cuales son esencialmente espacios de vida que dan contenido a la experiencia de los jóvenes, así como su integración en la sociedad. Por otro lado, en estos espacios, la vida cotidiana y las perspectivas para el futuro están infundidas de una dinámica temporal, representadas en el pasado y en tradiciones de la familia que inspira la práctica y las estrategias del presente y del futuro, y que se reflejan en la vida cotidiana, en la sociabilidad, en el trabajo y en la educación.

Estas prácticas se expresan especialmente a través de opciones profesionales, así como en costumbres matrimoniales y en la creación de activos, de herencia y/o de prácticas de sucesión, además en las estrategias de migración temporal o permanente. Las relaciones sociales se construyen, en la actualidad, inspiradas en una combinación de tradiciones familiares y locales en las cuales tiene lugar su socialización y educación inicial, con un conjunto de “innovaciones” sociales y globales. “Estas dinámicas están interconectadas y a través de ellas emerge un actor social multifacético, que puede ser el portador al mismo tiempo y paradójicamente, de un ideal de ruptura y de continuidad en las zonas rurales” (Wanderley, 2007: 24).

Los jóvenes rurales actuales, por tanto, se expresan en nuevas formas de organización de otras actividades sociales y económicas, como una alternativa para el éxodo rural, el desempleo urbano y el patrón de desarrollo agrícola dominante. Es así que la pluriactividad “adquiere nuevas dimensiones en el campo, llamando la atención la posibilidad de nuevas formas de organización de producción y por su parte hay prácticas viejas que adquieren nuevos significados” (Carneiro, 2007: 53).

Hoy es claro un cambio en el perfil de la población dentro del espacio rural, lo que ha generado nuevas identidades sociales, la población que se relaciona con este nuevo espacio tiende a ajustarse más a la forma de vida urbana, especialmente bajo la influencia del consumo que se observa cada vez de forma generalizada. “Esto lleva a pensar en un proceso dinámico de la reestructuración de los elementos constantes de la cultura local, basada en la incorporación de nuevos valores, hábitos y técnicas” (Carneiro, 200: 61).

Bajo este escenario y en respuesta a otras condiciones de vida, los jóvenes han transformado la forma de existencia “tradicional” de las poblaciones rurales, que, de la mano de los medios de comunicación, del acceso a nuevas tecnologías, del acceso a mayor escolarización y nuevos patrones de consumo, generan dinámicas y perspectivas diferentes. Estos jóvenes distan mucho de las concepciones clásicas dadas por la antropología de lo campesino y ya no

corresponden a la clásica definición de lo rural como oposición a lo urbano. Al contrario, se trata de una generación que articula ambos espacios.

La juventud, como concepto analítico, tiene en su construcción la característica de transitoriedad dentro de un espacio y tiempo determinado, sin embargo, la categoría está inmersa en una compleja configuración social. En consecuencia, su estudio como categoría debe apuntar hacia sujetos que, en su proceso de vida, desde la infancia, han internalizado inconscientemente una serie de nociones que se van convirtiendo en hábitos, en esquemas básicos de percepción, pensamiento y acción, los cuales funcionan como estructuras que estructuran las prácticas posteriores del individuo (Bourdieu, 2007: 94-96).

Esta internalización de estructuras es resultado de la socialización del individuo, tal como señalamos en un estudio previo (Salas, González de la Fuente y Hernández, 2017) y de su relación y experiencia cotidiana en la familia, en el grupo de pertenencia y de clase. Para el caso de los jóvenes en el espacio rural, la socialización particular de un contexto en transformación es importante, ya que a través de asimilar estas nuevas condiciones crean parámetros de lo que para estos jóvenes es posible, a lo que pueden acceder, o de lo que quedan excluidos. Por ello hablar de juventud como una categoría social, requiere de reconocerla como un espacio simbólico que la distinga del resto de la sociedad, implica reconocer su carácter histórico, asociado a ciertas condicionantes del desarrollo de las relaciones sociales y de producción.

Aun en las zonas más empobrecidas, los jóvenes de hoy tienen características socioculturales y demográficas diferentes a sus padres, las cuales en determinados contextos se pueden convertir en ventajas respecto de la generación anterior. Entre ellas, mayores niveles de escolaridad, diversificación del empleo, cambios en la estructura familiar, acceso a medios de comunicación y sentido de pertenencia a una sociedad global. Sin embargo, el encarecimiento actual de las actividades agrícolas, el limitado acceso a mejores niveles y espacios de educación, empleos precarios locales y regionales, que derivan en subcontratación, tercerización y flexibilización del trabajo, son factores que han

llevado también a la exclusión y marginación social, así como a la proliferación de problemas sociales similares a los que experimentan jóvenes en lugares más urbanizados, tales como la violencia, drogadicción, alcoholismo y la influencia del crimen organizado. La importancia de la reflexión sobre las realidades de los jóvenes puede mostrar otra forma y sentido de vivir en el espacio rural, lo que lleva a pensar, por tanto, en un proceso dinámico en el que se conjugan valores, significados, hábitos y técnicas, como la síntesis de una nueva forma de pensar el mundo rural actual y la expresión cultural de una nueva realidad social.

2.3. Características de los jóvenes rurales en México

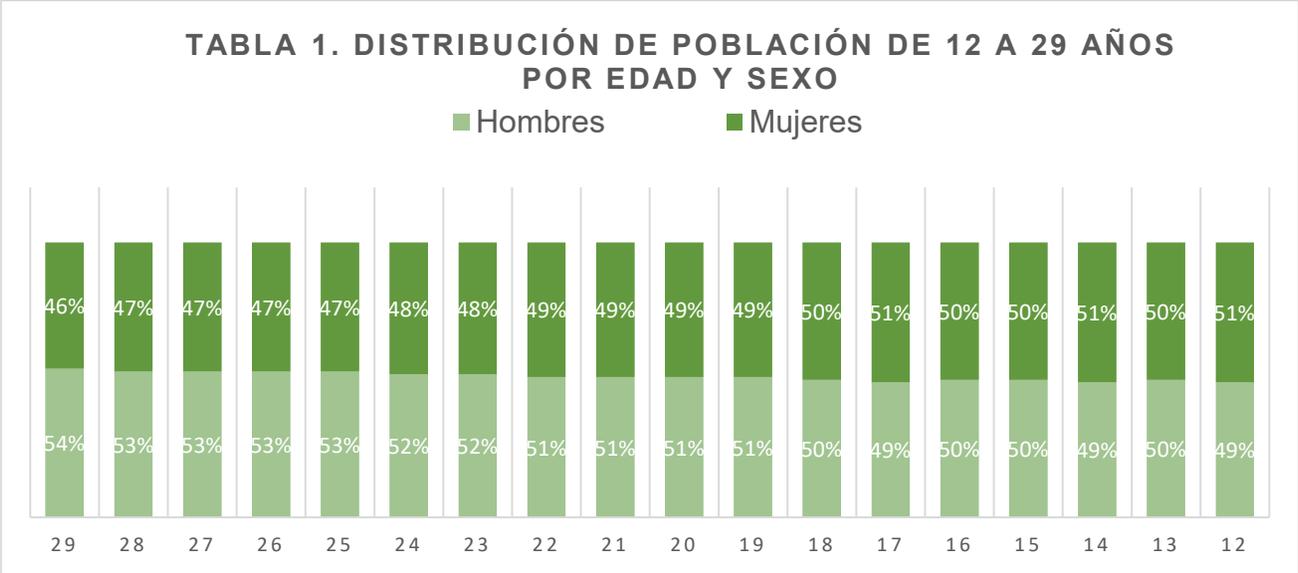
Una de las problemáticas expresada anteriormente con respecto de las juventudes rurales, es la falta de estudios precisos y datos concretos sobre sus características y dinámicas cotidianas. Como se ha mencionado en este trabajo, la mayor parte de las investigaciones sobre el tema de juventud se han concentraron en espacios urbanos, y aquellas que se realizaron en espacios rurales se han concentrado en describir cambios experimentados en comunidades indígenas o campesinas, esto a través del contacto de sus miembros más jóvenes con una cultura global, así como por las transformaciones socioproductivas de las últimas décadas.

En México, en los últimos años, existen algunos programas políticos dirigidos a las juventudes rurales, si bien los datos con los que se cuenta siguen sin ser específicos, pues muchos de ellos se desprenden de una generalización estadística de la juventud mexicana. En ese sentido la juventud rural en México se encuentra como un segmento de la población determinada espacialmente y biológicamente. Su medición, o el estudio de sus dinámicas cotidianas, se obtienen por tanto como parte de la normativa aplicada a la población joven que vive en espacios rurales, pero no como producto del estudio de un grupo específico.

Con base en los últimos Censos nacionales y a estudios como el realizado por el Centro Latinoamericano para el Desarrollo Rural en México (RIMISIP, 2017), podemos considerar que, de la población total de 119.5 millones en 2015, 37.5

millones son jóvenes de entre 12 y 29 años. Bajo los criterios demográficos que se utilizan normativamente para determinar localidades urbanas y rurales, 23 millones de jóvenes (62% del total) viven en áreas urbanas y 14.4 millones habitan en localidades de menos de 15 mil habitantes (38% del total), en áreas rurales. Si se consideran localidades de menos de 2,500 habitantes, 27.5 millones de personas viven en estos espacios rurales, 8.5 millones son jóvenes entre 12 y 29 años. Por su parte si se considera localidades de menos de 15,000 habitantes, como son la mayoría de localidades del centro de México, 45 millones de personas viven en este tipo de espacios y 14 millones de ellos son jóvenes. En ambos criterios se observa coincidentemente que el porcentaje de la población rural considerada joven se encuentra entre el 30% del total de población rural.

De la población total de 37.5 millones de jóvenes del país, 49.3% son hombres y 51.7% mujeres. Este porcentaje se mantiene en las localidades rurales. Pero se destaca que después de los 29 años la composición cambia, dando un aumento importante en el porcentaje de mujeres, probablemente debido a las dinámicas de migración y movilidad de la población rural de hombres jóvenes (Díaz y Fernández, 2017: 12).



Fuente: (RIMISIP, 2017))

La distribución de la juventud rural no es homogénea a lo largo del territorio nacional. Si bien en términos de la propia distribución de la población en ciudades,

la población total entre 12 y 29 años, que vive en espacios rurales en México, representa el 50% de la población en 12 estados. Hay que destacar que los mayores porcentajes de estos jóvenes rurales de población se concentran en los principales estados del centro del país (Puebla, Tlaxcala, Hidalgo y Estado de México) y hacia el sur de la república.

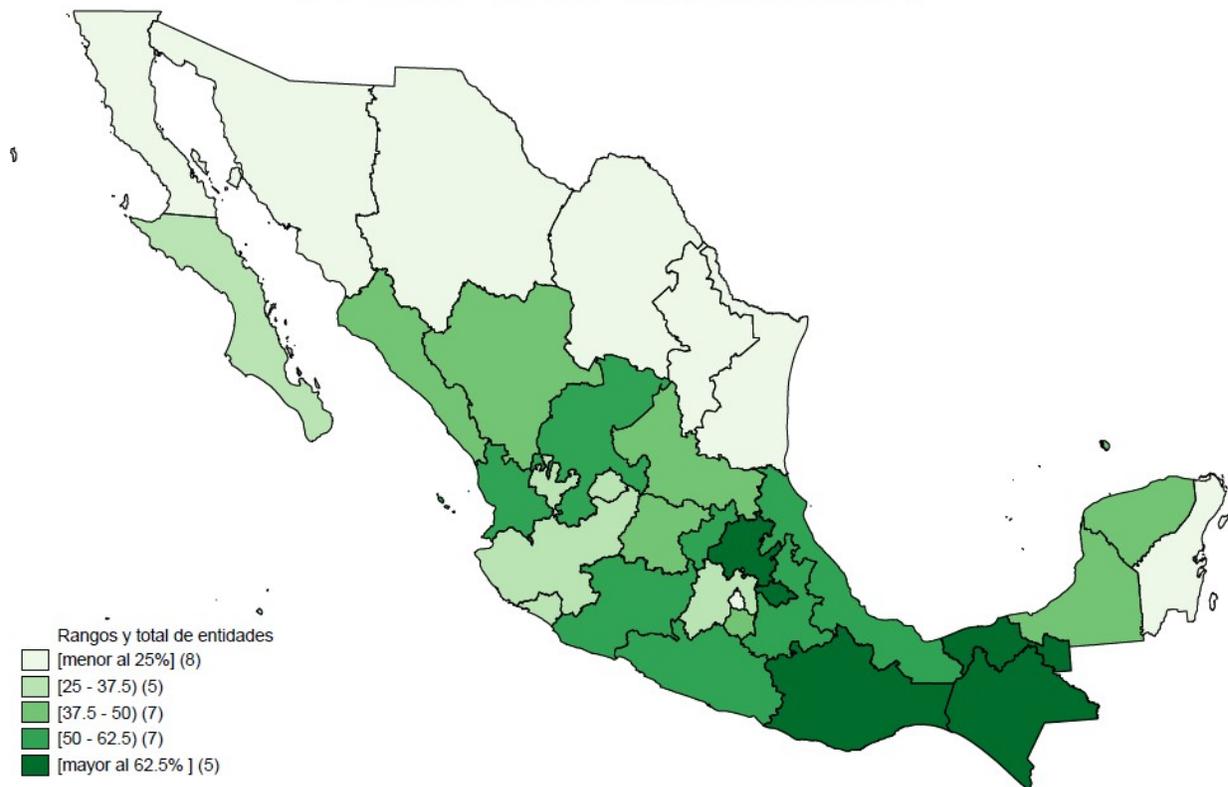
Tabla 2. Porcentaje de jóvenes rurales por entidades del país.

Entidad	Porcentaje de población entre 12 y 29 años que viven en localidades de menos de 15000 habitantes.
Ciudad de México	2%
Coahuila de Zaragoza	13%
Nuevo León	13%
Tamaulipas	16%
Baja California	17%
Chihuahua	20%
Quintana Roo	20%
Sonora	22%
Colima	25%
Jalisco	27%
Baja California Sur	28%
Aguascalientes	29%
México	32%
Sinaloa	38%
Guanajuato	39%
Yucatán	39%
Durango	40%
Campeche	44%
Morelos	44%
San Luis Potosí	46%
Nayarit	52%
Querétaro	52%
Puebla	53%
Michoacán de Ocampo	54%
Zacatecas	57%
Guerrero	58%
Veracruz de Ignacio de la Llave	59%
Chiapas	66%
Tabasco	66%
Tlaxcala	66%
Hidalgo	71%
Oaxaca	74%
Total país	38%

Fuente: (INEGI, 2015)

De los poco más de 14 millones de jóvenes que viven en espacio rurales, 53% es Población Económicamente Activa y 95% se encuentran como población ocupada. El 43% de los jóvenes ocupados que vive en localidades rurales, principalmente se tiene registrado que se dedican a actividades primarias. Algo que se debe destacar que, si bien existe una proporción importante de población joven en el medio rural en edad de trabajar, gran parte de ésta lo hace dentro de empleos informales.

Porcentaje de la población joven rural, 2015



Fuente: (RIMISIP, 2017)

Esto es reflejo de la realidad laboral de las juventudes del país en general. En México, de la Población Ocupada entre 12 y 29 años 60% se encuentran dentro de la economía informal. De este rango de población ocupada, los que viven en espacios rurales tiene un porcentaje de informalidad similar que corresponde a 62%. Sin embargo, de los jóvenes rurales que tienen empleos “formales”, al menos 20%

de estas ocupaciones son empleos precarios con ingresos de menos de \$100 al día. Por tanto, en este balance de la juventud rural, más del 60% se encuentran en condiciones de informalidad y casi el 20% en pobreza extrema (INEGI, 2015).

Los niveles de precariedad de la juventud rural duplican e incluso triplican la proporción de jóvenes urbanos en esa situación. Las encuestas de hogares (ENIGH 2012, 2014 y 2016), han estimado que los niveles de pobreza multidimensional (por debajo de la línea de bienestar y con al menos una carencia social) son del 60% para la población joven que vive en espacios rurales, mientras que el mismo porcentaje es 34% en espacios urbanos; por su parte la pobreza extrema (por debajo de la línea de bienestar mínimo y con 3 carencias o más) en espacios rurales es de casi 17%, en tanto que en espacios urbanos es casi 4%. De acuerdo a estas cifras, en México, 4 de cada 10 jóvenes viven en localidades rurales, de estos jóvenes rurales, 6 de cada 10 viven en situación de pobreza y 2 de cada 10 en pobreza extrema.

Tabla 3. Porcentaje de pobreza multidimensional y extrema de jóvenes en México

Tipo de localidades	Situación de pobreza	Jóvenes de entre 12 y 29 años
Rurales	No pobre	40%
Rurales	En pobreza Multidimensional	60%
Urbanas	No pobre	64%
Urbanas	En pobreza Multidimensional	36%
Total País	No pobre	55%
	En pobreza Multidimensional	45%
Rurales	No pobre	83.1%
Rurales	En pobreza extrema	16.9%
Urbanas	No pobre	96.1%
Urbanas	En pobreza extrema	3.9%
Total País	No pobre	91%
	En pobreza Extrema	9%

Fuente: ENIGH (2016)

En la última encuesta ENIGH (2016), se muestra que la estructura ocupacional es notoriamente diferente entre localidades urbanas y rurales, así como en las relaciones de género. Los hombres jóvenes, que no asisten a la escuela y que

declaran no tener una ocupación remunerada es mayor en áreas rurales con 28%, que en áreas urbanas con 20%. Lo anterior, para las mujeres jóvenes es exponencialmente diferente, ya que las jóvenes rurales que no asisten a la escuela y declaran no tener remuneración es 45%, por 29% de las jóvenes urbanas. Aquí las mediciones recaen en la falta del registro entre ocupaciones remuneradas no declaradas, así como en la falta de tipificación de ciertas actividades no remuneradas, como es el trabajo en casa, el cual en localidades rurales se mantiene como una condicionante de desigualdad para la mayoría de mujeres jóvenes dentro sus familias.

En ese sentido e históricamente, tanto hombres y mujeres jóvenes en espacios rurales suelen integrarse a trayectorias ocupacionales y laborales a más temprana edad. En localidades con menos de 2500 habitantes, se registra que los jóvenes entre 15 y 19 años tienden a abandonar los estudios y se incorporan al trabajo no remunerado (0.9%) o a trabajar como peones o jornaleros (1.5%). En estas mismas localidades, las mujeres jóvenes dedican 5 horas más que las jóvenes urbanas a trabajos no remunerados y los hombres jóvenes dedican en promedio 3 horas más que los jóvenes de las ciudades.

Además de la inserción ocupacional temprana, algo que se destaca es el grado de ocupación de la juventud rural. Si bien la información no es específica y no hace diferencias entre el tamaño y las estructuras de las localidades, el porcentaje de jóvenes entre 12 y 29 años que ni estudian ni trabajan, en localidades rurales o de menos de 15000 habitantes, es muy bajo comparado con el registrado en ciudades y espacios más urbanos. Los datos generales, por entidad federativa, muestran algunas correlaciones y contradicciones demográficas, así en el Estado de México que cuenta con la mayor cantidad de población de jóvenes del país, tiene a su vez el mayor número de jóvenes desocupados de 1 millón 36 mil, por su parte la menor cantidad se registra en Baja California Sur con 37 mil. Esto son diferencias importantes a considerar, pues la proporción de jóvenes desocupados en 18 estados es superior al promedio nacional (21.6%) y en 14 entidades es menor. Algo que llama la atención es que entidades con los porcentajes más bajos del país

destacan las que poseen una importante población rural, como Tlaxcala (10.7%), Puebla (11.1%) e Hidalgo (12.6%) (ENIGH, 2016).

En cuanto a la escolaridad y las expectativas de avance de los jóvenes, estas se ven mediadas por el ingreso laboral temprano, así como por la capacidad de movilidad o residencia más próxima a la ciudad. En general, el promedio de años de escolaridad de las mujeres es más alto que hombres. En zonas rurales de menos de 2 500 habitantes, la expectativa es que los jóvenes terminen por lo menos la primaria. En localidades con menos de 15000 habitantes se espera que terminen también la secundaria. De igual forma se observa que los niveles de calidad educativa son bajos. El sector rural está rezagado en la producción de alumnos de excelencia. En comunidades con menos de 2500 habitantes, el porcentaje de jóvenes con resultados de excelencia en la prueba ENLACE es de 4% en español y 11.1% en matemáticas, y para poblaciones con menos de 15 mil habitantes, los datos son de 4.7% y 9.8%, respectivamente. Ello contrasta con 6.1% y 15.1% en el medio urbano. Si bien el analfabetismo está acentuado en el medio rural, se debe aclarar que no es específico de la juventud rural, la cual en las últimas décadas ha aumentado su promedio de escolaridad comparado con generaciones anteriores en localidades rurales.

De manera general, los datos presentados son algunos indicadores de las brechas de desigualdad observadas en diferentes características y dinámicas entre jóvenes rurales y urbanos. Como consecuencia, los jóvenes rurales enfrentan dinámicas de vida diferentes tanto de generaciones anteriores como de sus contemporáneos urbanos y se establecen diferencias construidas en principio por el tipo de relaciones familiares y una socialización socioeconómica particular, la cual tiene que ver con una inserción laboral más temprana en un contexto de pluriactividad laboral amplio, el abandono del sistema educativo, la falta de apoyos institucionales y la carencia de servicios. También apunta a una heterogeneidad de trayectorias, las cuales muestran un tipo de construcción de sujetos diferentes, quienes se relacionan hoy con una realidad multifactorial, en donde lo único que subyace de forma concreta es la reproducción de un sistema de auto-explotación y

de dinámicas que pueden ser comparadas con la experiencia del modelo neoliberal actual.

2.4. La construcción social de un sujeto multifacético y neoliberal

Si bien las generaciones de jóvenes rurales actuales han tenido la oportunidad de experimentar trayectorias diferentes a las de sus antecesores, la agudización de condiciones precarias y/o de pobreza, la falta de opciones laborales, con tránsitos educativos acotados, enfrentados a escenarios de mayor violencia y procesos de desterritorialización, son sólo algunos ejemplos de su experiencia cotidiana. Estos escenarios, de manera general, para jóvenes tanto de espacios rurales como urbanos, se experimentan como parte de las desigualdades a las que se enfrentan y señalan un futuro incierto.

En un contexto de abandono de políticas públicas y de imposición de modelos económicos neoliberales en diversas regiones, se han profundizado las condiciones de desigualdad, debilitando los soportes que alguna vez conformaron certezas en la definición de los proyectos de vida de las personas, y en las condiciones sociales objetivas de existencia. A esto se suma la desigualdad que históricamente se ha desarrollado en diversas regiones rurales, que tiene como consecuencia brechas sociales importantes, las que hoy en día son asumidas por el grueso de la población más joven.

Algo que no se debe dejar pasar, es que las perspectivas antropológicas se han concentrado más en dar cuenta de las diferencias culturales que de las desigualdades imperantes dentro de la sociedad. Basta recordar los inicios y el desarrollo de la disciplina, la cual se estableció desde una perspectiva que se debatía entre describir, explicar y comprender a aquellos “otros” grupos humanos, que eran periféricos al desarrollo del mundo occidental. En ese sentido, las desigualdades aparecían como un signo del “atraso”, propio de modelos culturales diferentes, los cuales en su mayoría debían ser estudiados y analizados con el propósito de ayudar a la integración de estos “otros” grupos dentro de sociedades

“modernas”. Las desigualdades se han abordado por tanto como una manera de buscar características compartidas por determinados grupos humanos, pero en realidad han correspondido a las diferencias basadas en raza, clase social, género y edad (Gootenberg, 2004).

Como plantea García Canclini (2007), otras disciplinas como la economía política, dentro del pensamiento de Marx, destacaron la desigualdad a partir de la división de la sociedad en clases, pero estas únicamente se limitaban a ser analizada dentro de las relaciones productivas. Es hasta la perspectiva sociológica de Weber, la que retoma de manera importante a la desigualdad, dentro de los márgenes de las diferencias culturales o simbólicas. En esa dirección se inscriben las investigaciones socioantropológicas de Bourdieu, quien expuso que las inequidades socioeconómicas serían insuficientes para entender a las sociedades, si al mismo tiempo esa desigualdad básica no se articulaba estructuralmente con las distinciones que se construyen a través de la escuela, el consumo, los gustos y las opciones estéticas. “Debido a que las sociedades se reproducen y se diferencian por el modo en que organizan el acceso desigual tanto de los medios de producción como de los bienes simbólicos” (García Canclini, 2007: 104).

Es por ello que, desde una perspectiva más relacional, Charles Tilly (2000) ha considerado que la desigualdad debe analizarse dentro de las profundidades de las categorías persistentes y de las relaciones que se generan entre grupos de personas, las cuales son el mecanismo por el que los individuos organizan la distribución y control de recursos productores de valor. Es decir, que la desigualdad es un mecanismo funcional y eficiente que en los sistemas sociales reproducen permanentemente la explotación, el acaparamiento de oportunidades, así como la emulación y adaptación. Estos son elementos básicos difundidos a través de las sociedades, convirtiendo al proceso en inevitable y capaz de adaptarse a la vida cotidiana de los individuos, asegurando que las desigualdades sean habituales y esenciales, tanto para explotadores como explotados de manera semejante. Así, las desigualdades, en la propuesta de Tilly (2000), poseen un despliegue desconcertante de dimensiones concretas, como son bienes, ingreso y oportunidad,

género, raza, edad, región y etnicidad. Pues cabe recordar que todos los individuos, grupos y naciones se encuentran atravesados por dimensiones del poder, educación, tecnología, lenguaje, cultura, honor y creencias, y que éstas son de mayor intensidad en el actual periodo histórico (Gootenberg, 2004).

Por lo anterior es que considero válido observar las trayectorias de vida de los jóvenes bajo el actual momento histórico enmarcado en el proyecto neoliberal. Éste modelo se ha expuesto, generalmente, como aquel que trata de políticas nacionales y con las medidas económicas implementadas a nivel global, como parte de un proyecto de clase diseñado para imponer un determinado sistema en la sociedad a través del liberalismo. En este aspecto, me interesa observar, las prácticas cotidianas de las poblaciones, pues al hablar sobre el proyecto neoliberal, se incluye como éste se ha interiorizado en muchos aspectos de la vida cotidiana. Esto puede ser observado desde cómo se han generado las formas actuales de trabajo, la subsunción al consumo, las movilidades producidas y en la manera en que se construyen ahora las relaciones sociales. No es gratuito que el ritmo de existencia de diversas poblaciones ha sido sometido a un cambio importante en las últimas décadas, a tal punto que incluso se puede afirmar que, para el caso de México, desde la Revolución mexicana ningún otro acontecimiento había trastocado tantos sentidos de vida (Montalvo, 2013: 16).

En los últimos años diversos estudios coinciden en que el éxito del proyecto neoliberal radica en que ha conseguido producir una cultura e impactar en el sentido común de la población construyendo una cantidad básica de prácticas sociales comunes a todo el mundo, que generan una forma de ser y de relacionarse, las que han penetrado en diversos aspectos de nuestras vidas, pensamientos y emociones (Harvey, 2006). Las consecuencias observadas de esta realidad son que los vínculos sociales se han fragmentado del sentido, y así han transformado las poblaciones que asumen las desigualdades de sus sociedades como consecuencias estrictamente individuales.

El neoliberalismo ha tenido la habilidad de convertir en hegemónico el discurso por el cual los problemas políticos y los derechos sociales son

transformados en problemas individuales con soluciones de mercado (Macleavy 2010: 137). Por lo tanto, se valora al ciudadano “empleable”, emprendedor y consumidor, con iniciativa individual y actitudes “extras” que le permitan asumir “riesgos” (Formichella y London 2013: 86). En este contexto, conseguir un empleo no depende de las decisiones macroeconómicas, sino que la responsabilidad del bienestar de las personas depende de que ellas mismas lleguen a ser empleables, es decir, que adquieran las habilidades que necesitan las empresas, o que sean emprendedoras, lo cual significa que se doten a sí mismas de una fuente de ingreso a partir del aprovechamiento de las oportunidades que da el mercado (Harvey, 2006: 151).

En este esquema, el neoliberalismo genera la autopercepción de que los sujetos son responsables, de manera individual y a partir de sus propias decisiones, de sus condiciones de vida (Bauman, 2001). La alteración de las condiciones objetivas de vida es traspasada de facto, como riesgos asumidos por los mismos sujetos, producto del aparente desvanecimiento del Estado social y la entrada obligada al mercado, que en la mayor parte se observa vinculada a una necesidad de consumo. Esto no termina con el desarrollo capitalista, sino que lo expande, pues los bienes de consumo, ingresos y riquezas se reparten en tanto que son recursos escasos que generan una brecha de desigualdades entre los diferentes grupos sociales (Beck, 2006).

Es por ello que el neoliberalismo no puede ser entendido únicamente como una serie de medidas o políticas externas al estado, sino como el aparato conceptual, institucional y político del mismo en las sociedades. Como se han planteado en estudios de caso compilados en México por Ricardo Macip (2009), donde se deben rechazar las nociones liberales de agente y actor como apropiadas, puesto que suponen una autonomía vis a vis con el estado. Pues se debe considerar al neoliberalismo como un proceso que se entiende mejor desde el estudio de los sujetos que produce. Como menciona Macip, mientras que la noción de agente y actor derivan de supuestos de libre albedrío del individuo y de la fe en la acción social de la sociedad civil; la de sujeto permite entender cómo es que estos

participan en la transformación del mundo, pero no a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido heredadas (Macip, 2009: 9-10).

De igual forma como ha sido trabajado por Christian Laval y Pierre Dardot (2013), el capitalismo es algo más que un simple modo de producción de bienes, es un proceso de subjetivación tanto como un proceso de producción. De tal forma que no se puede entender al sujeto sin considerar las consecuencias del contexto de sus desigualdades y las dinámicas producidas por el sistema económico. Al considerar a un sujeto multifacético y neoliberal, este se puede describir como un ser requerido a responder lo más rápidamente posible como consumidor a los cambios en los mercados y a las modas, sometido en tanto que trabajador al ritmo de la mercancía y las finanzas.

A este sujeto neoliberal, autores como Lipovetsky (2007) y Byung-Chul Han (2017) coinciden en llamarlo individuo híper-moderno, un ser híper-activo y ultra-reactivo, que está sometido a la orden de dedicarse sin restricción al trabajo y, al mismo tiempo a un proceso de híper-consumo como la forma de encontrar placer y desbordarse tanto como se pueda. Esta presión permanente tendría, de alguna manera, su recompensa y su complemento en una orden de gozar lo más que pueda, pasarlo genial y exhibirlo como espectáculo de un éxito total. De lo contrario, sería considerado por él mismo y los demás como un fracasado, o peor aún, como un desecho. Es decir, un individuo que subjetiva su existencia cotidiana, cómo un sujeto que no se considera “alienado”, ni convertido en un “extraño para sí mismo”, sino cómo alguien que participa en su propia construcción.

El neoliberalismo por tanto produce nuevas formas subjetivas, al mismo tiempo que genera nuevas desigualdades y relaciones sociales. Esto genera en el sentido planteado por Foucault (2007), un proceso de valorización de la “empresa de sí mismo” que tiene varios aspectos, ya que no tiene límites temporales ni sociales, de manera que se existe todo el tiempo en una estructura de movilidad, en un universo fluctuante, donde las estimaciones de valor cambian constantemente.

Nada está fijo, ni dado; todo debe hacerse y rehacerse, en un universo de riesgo en donde el sujeto se convierte en un emprendedor de sí mismo.

En este contexto, el sujeto neoliberal, acepta la desigualdad como parte del mismo riesgo, pues se trata de una exhortación constante a ir de aquí para allá asumiendo en la propia cotidianidad un desequilibrio permanente, su premisa es no descansar o parar jamás, pues en esa práctica busca superar cualquier obstáculo y encontrar el disfrute en esa misma superación. La lógica de acumulación indefinida del capital se convierte en una modalidad subjetiva (Laval y Dardot, 2013), donde lo social se aprende a través de la socialización cotidiana en la vida, en el trabajo, en la escuela, en el consumo. Así, se ha convertido una ideología en una doctrina, lo cual refuerza la inculcación al racionalizarla, al convertirla en un conjunto sistemático de razonamientos, de argumentaciones, de principios, repetidos insistentemente hasta configurarlos como la única realidad posible (Díez-Gutiérrez, 2015: 159).

Byung-Chul Han (2012) explica cómo en la sociedad del cansancio, en lugar de la alienación y explotación ajena, vivimos una autoexplotación voluntaria. En esta sociedad del rendimiento neoliberal, el hombre se ha convertido en un *animal laborans*, “verdugo y víctima de sí mismo”, lanzado a un horizonte terrible: el fracaso. La explotación por otros, queda interiorizada: “la explotación de sí mismo es más eficiente que la ajena porque va unida a la idea de libertad”. El énfasis actual sobre el emprendimiento hace que los sujetos se “autoexploten” y a la vez puedan pensarse como “libres”. De este modo, esta forma de explotación resulta, asimismo, mucho más eficiente y productiva debido a que el individuo decide voluntariamente explotarse a sí mismo hasta la extenuación (Díez-Gutiérrez, 2015: 166). Aquí se está expuesto a una elección constante, en donde el consumo suple a las instituciones debilitadas, y la movilidad es una de las principales cualidades esperadas del individuo contemporáneo, por lo que se puede afirmar que el gran logro del neoliberalismo ha sido la producción del sujeto neoliberal.

Hoy los sujetos, como anteriormente han expuesto Fittoussi y Rosanvallon (1997), ya no existen dentro de estructuras cerradas sino más bien en espacios

flexibles, es decir en trayectorias. Las modificaciones, sobre todo en el mundo del trabajo y del consumo, requieren por tanto un examen más exhaustivo, y así es como la actual cuestión social reclama otro tipo de conceptualizaciones. En este sentido, Fittoussi y Rosanvallon señalan que es necesario recurrir cada vez más a la historia individual de los sujetos, a sus familias, a sus trayectorias y a los procesos que los afectan, considerando para ello, que en lugar de disponer de recetas generales, aplicables a todos los casos, resulta indispensable desarrollar la capacidad para gestionar abordajes relacionales ante situaciones que son particulares, situadas en el marco de procesos estructurales, sociales, culturales, en los que se comparten condiciones objetivas de vida.

A continuación, se presentan tres capítulos correspondientes a la etnografía multisituada que se explica en un primer momento al inicio de esta tesis. Se trata de capítulos que vinculan el eje de la movilidad con las dinámicas de educación, trabajo y consumo, las cuales como he expuesto son fundamentales para entender la construcción de la subjetividad vinculada a la desigualdad de las y los jóvenes en espacios rurales contemporáneos, lo que considero fundamental para comprender la propia reproducción cotidiana del proceso neoliberal. Como he relacionado en este cierre del capítulo, la movilidad no puede ser entendida sin tener en cuenta la polarización y fragmentación social dentro de un espacio rural/urbano. En ese sentido, cada una de estas tres trayectorias elegidas, muestran a su vez la heterogeneidad de experiencias, estrategias y acciones concretas de las y los jóvenes en este espacio transitado.

En cada uno de estos casos, realizo un ejercicio a modo de narración de mi acompañamiento de un día o momento en estas trayectorias cotidianas. Posteriormente realizo una pequeña descripción monográfica del contexto de sus localidades de residencia y describo resumidamente la estructura familiar de cada uno de ellos. En cada ejercicio realizo una reflexión sobre este tipo de experiencias cotidianas, que pueden ser heterogéneas pero que se vinculan a las trayectorias propuestas sobre la socialización de lo que considero un proceso de interiorización de las relaciones de desigualdad de las y los jóvenes rurales, y que construyen a

sujetos neoliberales. En ese sentido, mi interés no es presentar los casos de manera tradicional, en donde se introduce en principio los conceptos teóricos y sobre estos apenas se describen o se transcriben las entrevistas de los casos. Pues considero que la escritura etnográfica también permite por lo menos en el seguimiento de lo redactado, posicionarnos dentro de la propia experiencia del sujeto para su mayor comprensión. Es este sentido de representación de la movilidad, la identificación con esa cotidianidad y la reflexión sobre esas experiencias de vida lo que me interesa de esta forma de presentación de los casos.

Finalmente debo apuntar que los nombres de las y los jóvenes entrevistados han sido cambiados para proteger su identidad. Dichas entrevistas se realizaron en las fechas y partiendo de los lugares siguientes:

(3.1) 18 de enero de 2017, San Sebastián Xolalpa, Municipio de San Juan Teotihuacán

(3.2) 25 de enero de 2017, San Martín Ahuatepec, Municipio de Otumba

(3.3) 19 de julio de 2017, Natívitas, Municipio de Natívitas

(3.4) 13 de julio de 2017, Ex-hacienda Santa Elena, Municipio de Natívitas

(4.1) 10 de julio de 2017, San Vicente Xiloxochitla, Municipio de Natívitas

(4.2) 21 de enero de 2017, Santa María Tecuanulco, Municipio de Texcoco

(4.3) 25 de noviembre de 2015, Belén, Municipio de Otumba

(4.4) 18 de septiembre de 2017, San Miguel del Milagro, Municipio de Natívitas

(4.5) 23 de enero de 2017, Texcoco, Municipio de Texcoco

(5.1) 10 de septiembre de 2016, Santiago Michac, Municipio de Natívitas

(5.2) 16 de enero de 2017, Axapusco, Municipio de Axapusco

(5.3) 28 de junio de 2017, San Miguel del Milagro, Municipio de Natívitas

(5.4) 20 de julio de 2013, Cuautlancingo, Municipio de Otumba

(5.5) 17 de septiembre de 2016, Jesús Tepactepec, Municipio de Natívitas

Capítulo 3. Trayectorias por educación

3.1. “ir de aquí a allá, para estudiar todos los días”

A las 6:00 a.m. Diana aborda un taxi colectivo para salir de su localidad de origen, San Sebastián Xolalpa, para encontrarnos en el centro de San Juan Teotihuacan, donde nos reuniremos para ir al Centro Universitario UAEM en el municipio de Zumpango, donde estudia una licenciatura en derecho desde hace un año. Durante el semestre, ella tiene que entrar a las 8:00 a.m. lo cual requiere abordar una serie de transportes y realizar traslados para llegar a tiempo. Cotidianamente durante la semana su viaje empieza con un taxi colectivo o alguna de las camionetas (“combis”) que circulan desde la madrugada hacia el centro de San Juan Teotihuacan, ubicado a unos 15 minutos de su casa. En este lugar hay diferentes bases de rutas de transporte, que recorren una parte importante del Valle de Teotihuacan y que a su vez conectan con otras partes del noroeste y centro del Estado de México, así como aquellas conexiones de entrada a la Ciudad de México. Partimos de Teotihuacan hacia Tecamac en una camioneta en un viaje de unos 30 minutos. Durante el viaje, Diana al igual que muchos de los pasajeros, duerme un poco o desayuna algo que ha preparado en casa y lo lleva en un topper. Por lo menos 8 de los 14 pasajeros de la camioneta son jóvenes que se dirigen a estudiar, secundaria, bachillerato o alguno de los centros universitarios de la misma región. Ya en el centro de Tecamac, tomamos otro autobús hacia Zumpango de Ocampo, en otro recorrido de 40 minutos y antes de llegar a la laguna de Zumpango, volvemos a tomar otra camioneta para un recorrido final de 20 minutos hacia el Centro Universitario UAEM. Durante éste segundo recorrido, Diana termina de hacer un ejercicio pendiente de la primera clase y comienza a leer un poco para su segunda clase, y para el último tramo, se encarga de “arreglar” un poco su presentación personal, maquillándose e incluso antes de llegar se cambia tenis por unas zapatillas. 5 minutos antes de las 8 a.m. hemos llegado a su universidad. Este día Diana tiene tres clases (Teoría Constitucional, Inglés y Derecho de los Bienes y las Sucesiones), cerca de las 2:00 pm emprendemos el viaje de regreso hacia San Juan Teotihuacan, en un recorrido similar. Durante el traslado, en Tecamac, compramos algo para comer en el camino, pues hoy ya no le dará tiempo de llegar

directamente hasta su casa, pues además de estudiar tiempo completo, Diana trabaja 4 días a la semana, atendiendo una tienda de ropa en el centro de Teotihuacan de 4:00 pm. a 8:00 pm, por lo que estará regresando a su casa un poco antes de las 9:00 pm. En donde después de cenar con su familia, se dedicará a hacer alguna tarea o a leer algo para el día siguiente, aunque me comenta que normalmente estos deberes los realiza durante los trayectos de viaje, eso ya se ha vuelto costumbre.

Diana tiene 20 años y es originaria de San Sebastián Xolalpa, localidad de un poco más de 4000 habitantes, que pertenece al municipio de Teotihuacan. En los últimos años la localidad se ha conformado como parte de un núcleo de otras localidades o espacios “semi-rurales” o “semi-urbanos”, como San Lorenzo Tlalmimilolpan, San Francisco Mazapa o Santa María Cozotlán, los cuales rodean San Juan Teotihuacan y también el municipio vecino de San Martín de las Pirámides, principales centros neurálgicos de la actividad económica y social del Valle de Teotihuacan. En ese sentido, San Sebastián Xolalpa combina una urbanización incipiente, entre casas, diversas tiendas y comercios, con algunos ejidos dedicados a la producción de maíz, pero principalmente al cultivo de alfalfa verde, la cual es utilizada para la engorda de ganado ovino y porcino. En los últimos años destaca la combinación de esto último con la elaboración y venta de tacos (carnitas, barbacoa), que es una fuente de ingresos para muchas familias de la localidad. De tal forma que si bien existe cierta actividad agrícola que aún permanece, cada vez más la población de San Sebastián se emplea en el comercio y en servicios vinculados en servicios y actividades de comercio vinculadas en mayor escala al turismo, debido a la cercanía también del sitio arqueológico de Teotihuacan.

El padre de Diana trabaja actualmente en una fábrica de papel, aunque anteriormente cuando él era joven se dedicaba a la actividad agrícola en su localidad, sin embargo, hace más de veinte años la abandonó debido a los bajos ingresos que de ésta recibía. Por su parte su madre se dedica desde hace años al comercio de ropa por catálogo y a la venta de productos de belleza. Diana es la

mayor de tres hermanos, uno de 15 años y otra de 12 años, quienes también se encuentran estudiando. Al igual que muchos los jóvenes de la región, Diana comparte sus estudios universitarios con alguna actividad que le permita tener algunos ingresos, debido a que el acceso a mayores niveles educativos, requiere un mayor gasto, tanto para el material educativo, costos de inscripciones y practicas escolares, y los gastos de transporte y alimento, estos últimos son los más significativos.

“Hasta el bachillerato todo lo estudié aquí (San Sebastián Xolalpa), por lo que no necesitaba tomar algún transporte para llegar, pero cuando quería estudiar en la UAEMex aquí en Teotihuacan, tuve problemas en la inscripción y únicamente conseguí lugar en Zumpango [...] Entonces, mi familia dijo que me apoyaría con algunas cosas, pero si quería estudiar entonces tenía que trabajar en algo para sacar lo de los pasajes por lo menos [...] normalmente gasto unos \$100 pesos diarios entre pasajes y comidas, como estoy todo el día fuera, luego, pues apenas alcanza con lo que gano en la tienda. Además, que si bien mi familia se encarga de pagar las reinscripciones de la universidad (\$4000 a \$8000 anuales), pues luego no alcanza por otras cosas que piden para estudiar (guías de estudio, libros, materiales, etc.)”

Algo que se observa y que se ve reflejado en estadísticas obtenidas sobre movilidad y educación del Estado de México, es que sólo una pequeña parte de la población no debe trasladarse para asistir a los centros de estudio. Se ha encontrado que el 95.07% de mayores de 3 años que asiste a la escuela, deben trasladarse de manera cotidiana, sólo 0.58% no lo hace y 4.36% no especifica una condición de traslado, esto a grandes rasgos significa que 95 de cada 100 personas se desplazan cotidianamente para asistir a la escuela (COESPO, 2017). Algo que se ve reflejado también en el tiempo utilizado en el transporte, pues si bien existen una importante cantidad de centros de estudio en el centro de México, éstos en general se ubican en las cabeceras de las localidades, principalmente en aquellas localidades urbanizadas o pequeñas ciudades de la región. En ese sentido, Diana como muchos jóvenes ha desarrollado una movilidad vinculada a la necesidad de estudio y/o de

trabajo. La cual genera una experiencia cotidiana y la normalización de las condiciones a las que se enfrenta para poder estudiar.

“Al principio me costaba [esfuerzo], sobre todo cuando tenía que levantarme temprano para entrar a las 7:00 am., pero es algo a lo que te acostumbras [...] normalmente puedo hacer hora y media o casi dos hasta la universidad, pero puedo aprovechar ese tiempo de viaje para estudiar o terminar alguna tarea, o dormir un poco si me desvelo [...] en el trabajo casi no puedo estudiar, pues tengo que atender a las personas y casi no tengo tiempo, prefiero llegar a casa y estudiar ahí o incluso aprovechar el tiempo que utilizo para llegar allá (Universidad) para hacerlo en el camino [...] Espero el próximo semestre arreglar mi cambio, como entré recién pues no se pudo, aquí (CU Teotihuacan / UAEMex) también tienen Derecho, así ya no gastaría tanto e incluso podría no trabajar todos los días, además de [que] está muy peligroso cada vez más, luego se suben a asaltar por las mañanas, a mí ya me quitaron la otra vez el celular, y me fue bien, pero en fin, es parte de ir de aquí a allá, para estudiar todos los días”.

Precisamente los datos muestran que, para el Estado de México, más de la mitad de la población que estudia entre los 15 y 29 años utiliza algún tipo de transporte público para trasladarse de casa al centro educativo. La población que cursa la educación básica, entre los 3 y 15 años aproximadamente, son quienes invierten menos tiempo de traslado a la escuela. Sin embargo, esto cambia para los jóvenes mayores de 15 años, quienes usualmente cursan la educación media-superior y superior, como el caso de Diana muestra, estos jóvenes requieren una importante inversión de tiempo para el traslado a centros educativos (COESPO, 2017).

De tal forma, en México, para la gran mayoría de personas que viven en espacios rurales o zonas marginadas, sin acceso a vías importantes de transporte, se generan brechas importantes de desigualdad, debido a la inversión de tiempo en los traslados, pero de igual forma en el gasto necesario en los transportes utilizados. Tan sólo en la región del centro del país el promedio cotidiano de traslado entre espacios rurales y ciudades se encuentra en una media de 48 minutos, el cual tiende a aumentar cuando se trata de desplazamientos de un municipio a otro, que puede

llegar en promedio a 73 minutos (Encuesta Nacional de Movilidad y Transporte, 2015). Por su parte a nivel nacional, tan sólo el gasto utilizado para transporte representa el 19% del gasto total de los hogares, lo que equivale a un promedio de \$1,815 mensuales (IMCO, 2019). Algo que se debe destacar, que para las familias más pobres el gasto en transporte representa el 13.4% de sus ingresos, lo cual contrasta con las familias más ricas del país, las cuales únicamente gastan un 5.4% de sus ingresos (Encuesta Nacional de Movilidad y Transporte, 2015). Esto, sin sumar además los riesgos y peligros que enfrenta la población más pobre ante fenómenos como la delincuencia, algo que se ve reflejado en los constantes asaltos que sufren en las rutas de transporte de la región.

3.2. “la gente no sabe lo que tiene y ya no se les enseña sobre eso”

Hasta hace un par de años, la rutina de Gabriel consistía en levantarse durante casi todo el año antes de las 6 de la mañana, para dar un poco de agua y alimento a un caballo, al cual mientras tanto le colocaba un arnés, que posteriormente enganchaba a las portavaras de una vieja carreta. Cuerdas, un machete y un par de costales eran sus instrumentos de trabajo, un café y un pan dulce, el desayuno para el camino. Antes que los primeros rayos del sol iluminaran la localidad de San Martín Ahuatepec, Gabriel se encontraba ya camino a un pequeño ejido de su padre, donde tenía que trabajar, ya sea barriendo, desyerbando, sembrando, cortando o recolectando la cebada o pastura. Normalmente su día “terminaba” con su regreso a casa cerca de las 2 o 4 pm, en donde después de comer podría dedicarse a juntar y ordenar rollos y paquetes, que posteriormente su familia vendía entre los diversos ganaderos de localidades vecinas. Esto fue hasta hace 6 meses, dado que después de dos intentos, tuvo la oportunidad de continuar estudiando. Ahora Gabriel se levanta casi a la misma hora, meticulosamente prepara su backpack, con una libreta, plumas, lápices y marcadores, aun sin amanecer espera sobre la carretera alguno de los primeros taxis colectivos que transportan a los habitantes de Ahuatepec, hacia la cabecera de Otumba. Por lo general desayuna algo antes de salir de casa o compra algo en la base de combis que posteriormente le ha de llevar

en un viaje de un poco menos de una hora hacia la localidad de Evangelista, Teotihuacan, donde asistirá el día de hoy a clase de idioma inglés de 7 am a 9 am., Introducción a la ciencia de 9 am. a 11 am., Lenguaje y comunicación de 11 am a 1 pm., Asesoría y un breve espacio para comer algo entre la 1 pm y las 3 pm., y finalmente Taller de TIC de 3 pm. a 5 pm., su de manera que ahora su día “termina” normalmente regresa a casa a las 6 pm, aunque probablemente tenga que realizar alguna tarea para el día de mañana. Podría decirse que ahora tiene menos tiempo, pero para Gabriel está bien cambiar el azadón por los libros.

Gabriel tiene 23 años y es originario de San Martin Ahuatepec, al sur oriente del municipio de Otumba, Estado de México, una localidad que cuenta con menos de 1500 habitantes, y localizada a escasos 20 minutos de la cabecera y a pie de cuesta de un conjunto de cerros donde se ubica el parque ecológico Rincón Cerca del Cielo. En la localidad se observa una incipiente urbanización de construcciones aisladas, contiguas a la localidad vecina de San Marcos Tlaxuchilco, y que al igual que ésta, se han ido desarrollando en una larga curva de la vía férrea México-Jaltepec. Esta ubicación particular ha hecho que, a lo largo del año, con las lluvias la localidad suela anegarse, si bien esto genera problemas para algunas casas, también ha permitido, de alguna forma, que siga reproduciéndose una importante actividad agrícola, la cual está precisamente centrada en el cultivo de temporal como maíz y cebada, así como en ganadería ovina y vacuna. En los últimos años sin embargo ha ido decremento en este tipo de actividades agrícolas por cuestiones como la contaminación producida por un basurero abierto que fue instalado hace más de 10 años en una antigua mina de tepetate de la localidad, así como el tránsito constante de los camiones de basura. En ese sentido, también han proliferado distintos terrenos que funcionan como deshuesaderos de automóviles o de máquinas industriales, y a raíz de las obras de lo que iba ser el proyecto cancelado del nuevo Aeropuerto de Texcoco, muchos espacios de la localidad presentan grandes hendiduras y socavones debido a todo el material pétreo que fue extraído de diversas partes del municipio. Si bien muchas familias aún mantienen a la agricultura como una parte importante de sus ingresos, cada vez más se observa la

pluriactividad en el grueso de los habitantes del lugar, quienes se han enfocado principalmente en el comercio formal e informal a lo largo de la región.

Por mucho tiempo en la familia de Gabriel han sido ejidatarios, sin embargo, actualmente sólo su padre se dedica de forma exclusiva a la actividad agrícola. Su madre, hace años se deshizo de los animales que tenían en un traspatio y actualmente ella se dedica a preparar y vender comida los fines de semanas fuera de su casa. Gabriel es el menor de 4 hermanos, de los cuales únicamente una segunda hermana mayor terminó la educación media. Los padres de Gabriel nunca recibieron instrucción escolar y el resto de sus hermanos abandonaron sin terminar la secundaria, actualmente el mayor de es transportista, su hermana trabaja como encargada de una tienda de materiales y el tercer hermano es vendedor de tarjetas telefónicas o de celulares. Desde muy niño como la mayoría en la localidad, Gabriel ha ayudado a su padre en todas las faenas del campo y se esperaba que él continuara manteniendo el ejido, sin embargo, después de terminar el bachillerato se volvió su actividad principal ante las dificultades de continuar estudiando.

“Yo como todos aquí soy una persona de campo, con eso creces, es algo que te da orgullo sabes, yo veía a mi abuelo y a [mi] padre, me llevaban a laborar la tierra y es algo que se vuelve parte de tu identidad [...] Cuando iba a la secundaria ayudaba a mi padre, cuando podía, también lo hacía cuando iba al COBACH, un poco menos pero sí, al final no es algo que se te olvida, después de terminar estuve un tiempo trabajando las tierras de mi abuelo”.

Si bien la actividad agrícola se mantiene como parte de algo que le identifica, de igual forma Gabriel considera que él puede y quiere ser parte también de otra forma de vida, en la que la formación escolar es necesaria, además considera que con ello él puede ayudar más a su familia e incluso mejorar el atraso de su comunidad. Para esto comenzó a estudiar una licenciatura en Educación Primaria, Si bien hay una larga tradición de maestros rurales, menciona que incluso el perfil de lo que necesitan los jóvenes de su región han cambiado.

“Pues creo que siempre tienes que aspirar a ser mejor, además de que el campo ya no da, mi familia casi no gana nada con la venta de alimento de animales, por eso les agradezco que estén haciendo un esfuerzo para ayudarme con la escuela [...] Lo que falta aquí es que la gente se prepare, yo quiero ayudar por eso a mi pueblo y mi familia, muchos jóvenes como yo trabajamos el campo, pero casi todo lo gastamos porque justo por ignorancia, la gente regala su trabajo, hace falta eso mayor educación [...] antes había maestros y ahora casi todas las carreras son para fábricas o para tiendas, ya no se trabaja el campo, porque la gente no sabe lo que tiene y ya no se les enseña sobre eso”.

En el siglo XX la educación rural ha transitado de la escuela rural mexicana, a la educación y capacitación técnica agropecuaria, a la desaparición de la educación rural como proyecto cultural. Por lo que, para muchos de los jóvenes en posición de desigualdad, la educación representa una actividad más entre otras que conviven con el trabajo y con la ayuda a la familia. Las trayectorias educativas suelen ser por tanto intermitentes y poco lineales. Desplazamientos y cambios residenciales, problemas económicos o de desempleo, conflictos y reacomodos familiares, dificultades escolares y escasa motivación, o el interés por trabajar como una prioridad más urgente para obtener ingresos son algunos de los factores que suelen desencadenar interrupciones recurrentes que hacen de la trayectoria educativa un camino sinuoso, entrecortado y con frecuentes retrocesos, más que un recorrido lineal y progresivo.

Cabe apuntar que la educación en el espacio rural en el país, formaba parte integral de un proyecto de Estado, los fines ideológicos de la institución educativa contribuirían a la alteración o generación de conductas clave y a la construcción de ciertas relaciones de poder que abarcarían desde la relación entre sujeto y Estado, hasta áreas más concretas de género y edad. Si bien los jóvenes rurales tienen niveles más altos de escolaridad que generaciones anteriores, algunos estudios en la última década han observado también la continuación de un patrón cultural de menor acceso con respecto a jóvenes urbanos, esto en cuanto a la educación en niveles de secundaria, preparatoria y educación profesional.

Sin embargo, como se observa, se han generado en el espacio rural proyectos de vida diferentes y perspectivas alejadas de la función inicial que se le otorgó a los espacios rurales. De esta manera, las trayectorias educativas van construyéndose con una intensa movilidad, con cambios recurrentes de escuelas y saltos de una modalidad a otra, así como con cursos perdidos y nuevos intentos de reinicio. Interrupciones reiteradas y reacomodos permanentes para compatibilizar los estudios con otras ocupaciones, preocupaciones e imprevistos. Desde hace 30 años se han ido homogenizando las políticas educativas hacia una progresiva extensión de un modelo educativo único y a la ampliación de la cobertura en todos los niveles educativos. Sin embargo, esto se plantea y se propone desde abajo de la pirámide organizativa de los servicios educativos y desde los márgenes del sistema educativo, lo que configura percepciones de que los jóvenes en espacio rural, pueden acceder, finalmente a otra forma de vida.

3.3. “por acá la educación sí, es una buena inversión”

Durante la semana, Raúl se levanta a las 8:30 am., desayuna y lleva en auto a su pareja y a uno de sus dos hijos a una guardería cerca de su casa en Nativitas, Tlaxcala. Posteriormente se dirige a la ciudad de Tlaxcala, a 30 minutos, donde desde hace casi dos años tiene una oficina en la que actualmente constituyo una comercializadora dedicada a la compra y venta, importación y exportación de productos y mercancías para impresión, así como diferentes consumibles de oficina. Dependiendo de la actividad de su negocio, puede dirigirse durante el día a hablar u ofrecer sus servicios a algún cliente, o entregar alguno de los productos, principalmente algunas editoriales o periódicos, a lo largo del estado de Tlaxcala, y de Puebla. También cuando se requiere puede ir hasta Ciudad de México o Veracruz por alguno de los productos importados, principalmente de origen chino. Así un día como hoy, después de pasar por la oficina, se dirigirá a una “cita de negocios” a la ciudad de Puebla, regresará después de mediodía a entregar un par de ventas a Apizaco, para después volver a Tlaxcala a “supervisar” o “resolver” alguna necesidad de la comercializadora, normalmente regresa de noche de nuevo

a Nativitas, en donde convivirá con su familia antes de dormir y empezar otro día con la rutina.

Raúl tiene 28 años vive y es originario de Santa María Nativitas, la cabecera municipal de Nativitas, Tlaxcala. Si bien en la cabecera no habitan más de 1500 personas, ésta se ha urbanizado de forma importante, expandiéndose y colindando con otras localidades. En las cercanías de este núcleo urbano aún se encuentran algunos espacios dedicados al cultivo de maíz, y en algunas casas cuentan con traspatios con animales, principalmente gallinas y vacas, además de que en general se mantiene un fuerte arraigo comunitario. Sin embargo, la localidad se presenta como el centro neural del municipio, ya que es donde se encuentran la administración social, debido a la presidencia municipal, la parroquia de Santa María de Nativitas, los principales centros educativos de la población, así como bancos (Bancomer, Compartamos Banco), mercado, centro de atención del DIF, una biblioteca y una unidad deportiva cerca del edificio del Ayuntamiento. Al encontrarse en la parte central del municipio aquí llegan y salen las principales líneas de transporte que comunican a todo el municipio, por lo cual hay un tránsito constante, así como es el lugar donde se encuentran la mayoría de establecimientos comerciales y de servicios; tiendas de abarrotes, materias primas, de pintura, de semillas, de fotografía, de venta de ropa, zapaterías, venta de materiales para construcción, farmacias y clínicas, salones de eventos, estéticas, talleres de autos, talleres de bicicletas, talleres eléctricos, tiendas de empeño, restaurantes, pastelerías, panaderías, cafeterías, renta de internet, papelerías, carnicerías, etc.

Raúl es el mayor de cinco hermanos, estudió una licenciatura de Diseño Gráfico (UAT) y antes de asociarse para tener su negocio actual, trabajó en el área de corrección en los periódicos del Sol de Tlaxcala y Sol de Puebla. Su padre trabaja desde hace más de 10 años como transportista en una fábrica de Pepsico en Puebla y su madre es maestra normalista jubilada. Esta situación de sus padres de alguna forma ha sido determinante para tener cierta estabilidad económica a diferencia de muchas otras familias de la localidad. Algo que se ve reflejado en que todos los hermanos de Raúl se encuentran estudiando, por ejemplo, otro de ellos estudia

Ciencias de la Educación (UAT), otra hermana educación media y otros dos se encuentran en nivel secundaria. Si bien para algunas familias de la cabecera el trabajo agrícola es todavía una fuente de ingresos, Raúl representa ya la tercera generación, dentro su familia, que no tiene contacto directo con éste tipo de actividad. En ese sentido, para Raúl, el futuro de los jóvenes de la localidad, ya no pasa por la actividad agrícola, aunque aún ésta se realiza en otros lugares del municipio y resulta importante, sino en desarrollar una red de ventajas que se puedan tener por medio del sistema educativo y por las redes que se puedan tejer en el trayecto de la vida en el tránsito a la adultez.

“ Muchas personas aún se dedican al campo, pero ya son menos, sobre todo los chavos, ya los chavos pues como yo, ya pueden escoger otro trabajo, sobre todo si estudias, estudiando una profesión sabes que puedes tener algo mejor, incluso gente más grande, digamos cómo mis papás, ellos pues nacieron aquí, pero ya ellos no tuvieron que dedicarse al campo, y cada vez menos gente lo hace porque pues eso ya no da para comer la verdad, en cambio que te dediques a vender algo, trabajar por aquí cerca, poner un changarrito, eso te deja algo, poco igual pero más seguro [...] yo después de terminar la universidad pues me fui conectando, vi que podía dejar más tener un negocio y como ya me conocían por el tiempo que estuve trabajando en el periódico pues fue más fácil”.

Para muchos de los jóvenes entrevistados, la posibilidad de mejores ingresos va de la mano de acceder a mayores niveles de educación, sin embargo, como sucede en el resto del país, esto no es una posibilidad para todos. Hasta el 2010, el municipio de Nativitas contaba con 20 escuelas preescolares (2.3% T.E.19), 16 primarias (2% T.E.) y seis secundarias (1.7% T.E.), además de tres bachilleratos (1.9% T.E.) (CONEVAL, 2010). El grado promedio de escolaridad de la población de 15 años o más en el municipio fue de 8.4 años para el 2010, frente al grado promedio de escolaridad de 8.8 años en la entidad. En el caso de la cabecera el promedio fue mayor de 9.7 años, lo cual permite considerar que el grado máximo de estudios, cuando mucho, para la mayoría de jóvenes de la localidad será terminar la educación media. Como Raúl lo comenta, si bien hasta el momento ha podido

realizarse como profesionista y posteriormente constituir un negocio propio, esto forma parte del acceso a una mayor escolarización, vinculada a las posibilidades de apoyo que tuvo dentro de su familia, así como una red de relaciones y ventajas que no son accesibles para todos.

Yo estudié la primaria y la secundaria aquí en Nativitas, y como tampoco me alcanzó el promedio ni modo, tuve que estudiar en el COBAT / Nativitas [...] Si quieres estudiar lo mejor por acá es el CBTIS en Tlaxcala, pero es difícil casi, casi, tienes que ser de allá (ciudad de Tlaxcala), también está el CONALEP de Teacalco o los CECYTE(s) de Zacatelco o Tepetitla, todos son buenos, pero digamos que al ser técnicos, sólo consigues trabajo de obrero, por eso debes de estudiar algo más [...] pues entrar a la universidad por acá, digamos que no es difícil, siempre y cuando tengas “palancas”, por acá hay dos, la UAT y la BUAP que son así, las mejores a nivel estatal, para ambas tienes que llevar un buen promedio, de 9 o 10, así de excelencia para entrar directo, y aun así les dan prioridad a los de Puebla o Tlaxcala, mucha prioridad, yo digamos que tuve suerte, pues conocí a alguien de ahí (UAT), yo tenía buen promedio, hice el examen y pues no pase me quede a tres puntos, y pues ya, como no quería perder el año, estaba pensando en entrar mejor a una de paga [...] pero me llamaron después y me dijeron que había unos lugares, que estaba así y asado (sic), que me presentara al otro día y todo, yo entré porque luego los que quedan se van a mejores como la BUAP o la UPAEP, y los lugares que quedan, pues, hay que entrarle con algo de lana (dinero) [...] pues para estudiar, por lo menos acá si necesitas mucho de la familia, por lo menos para mi carrera que si requiere gastos digamos por el material, y además por las colegiaturas, al mes depende la carrera pero son entre \$400 y \$600 [...] si no tienes quien te ayude, digamos tu familia, está muy cabrón, por eso por acá la educación sí, sí es una buena inversión [...] Igual pasa con el negocio, muchas veces tienes que tener contactos, así es más fácil que agarres buenos contratos o en las licitaciones con el gobierno pues tu sabes, así es como funciona las cosas, una lana por aquí, otra lana por allá al final todos ganan.

El acceso a una trayectoria educativa “exitosa” de los jóvenes actuales, depende necesariamente de condiciones sociales preestablecidas. Como en el caso de Raúl

se muestra, para los jóvenes que quieran tener una profesión universitaria se debe interiorizar y reproducir todo un sistema de competencia de mercado establecidas por un principio de acceso privilegiado y establecido a través de recursos propios. Esto se observa como una inversión personal, que se convierte al final en un “capital humano”, ya que a través de esto se acumula una serie de “ventajas” para un mejor desarrollo a futuro. Esto es parte de una lógica neoliberal en donde todos aquellos esfuerzos y gastos que se realizan se consideran necesarios para el aumento de los recursos de las personas. En consecuencia, la educación también es vista como la acumulación de un capital cultural que les supone a los sujetos la necesidad de sacrificar recursos y satisfacciones del presente, a cambio de mayores recursos y satisfacciones en el futuro. Esta suposición ofrece un proceso conocido para la lógica del mercado, la perspectiva de la educación, como un gasto de inversión privada.

3.4. “estudiar para vivir mejor”

El día de hoy Gustavo se ha levantado más temprano de lo normal para salir de casa, pues tiene dos buenas razones para hacerlo, en los días pasados las lluvias han sido muy fuertes en el municipio de Natívitas, por lo que si bien normalmente su viaje en bicicleta al CONALEP de Zacualpan, le bastaría de 30 a 40 minutos, debido a como se encuentran hoy los caminos, mayormente inundados o llenos de lodo, le requerirá de ir caminando por lo menos 15 minutos hasta salir a alguna calle o carretera asfaltada. El otro motivo es que lleva dos días sin poder asistir al centro educativo, lo que se ha sumado a otros días más de la semana pasada. Gustavo ha tenido que apoyar a su padre recolectando pastura y alimentando a las dos vacas que tienen, ya que el jefe de la familia ha estado trabajando como albañil en una obra en Puebla. Mientras tanto Gustavo se ha quedado a cargo de esa tarea, principalmente porque él y una hermana menor, son los únicos que siguen estudiando y no trabajan, continuamente. A pesar de esto, Gustavo se ha informado sobre las tareas y ha enviado correos a los profesores para que no lo den de baja en sus cursos debido las reiteradas ausencias. El año pasado ya tuvo que repetir

un semestre debido a que su madre se enfermó durante algunos meses y él se tuvo que hacer cargo de su hermanita. Incluso este año, si bien su familia no ha dejado de alentarle para continuar, debido a los gastos de la casa y de la escuela, que superan los ingresos que obtienen, Gustavo ha tenido que trabajar en diversas actividades algunos fines de semana para cubrir lo necesario. Antes de las 9 am. Gustavo ha llegado a Zacualpan, en donde permanecerá hasta la 1 pm. o 2 pm., dependiendo si tiene que buscar alguna información, y si tiene suerte de encontrar equipo libre, puede quedarse en la sala de computación, de lo contrario, durante el camino de regreso pasará por algún cibercafé de San Jerónimo Zacualpan o buscara alguno en la cabecera municipal de Nativitas. De todas formas, Gustavo no acostumbra regresar a su casa, más allá de las 5 pm., debido a que por la tarde tiene que alimentar a los animales y si es necesario ayudar a su familia en algo más. Gustavo me ha comentado que no importa lo que sea necesario hacer, le gusta estudiar y siempre que recorre el camino de regreso se siente feliz por tener esa oportunidad.

Gustavo, nació y vive en lo que queda del casco de la ex hacienda de Santa Elena, y que se conoce hoy como colonia Santa Elena, una pequeña localidad de no más de 60 personas, perteneciente a la comunidad o pueblo de Santiago Michac, del municipio de Nativitas. En si se trata de un asentamiento irregular, que originariamente fue invadido hace cerca de 30 años por un grupo de familias provenientes en su mayoría de Santiago Michac. La ex hacienda y los terrenos que le rodean en la historia reciente, originalmente formaban parte de la Unidad de Producción Agropecuaria Santa Elena (UPASE), extensión de su Facultad de Veterinaria, de la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), pero que a partir de 1981 sufrió toda una serie de invasiones y negociaciones por diferentes grupos de familias campesinas de Nativitas y Teacalco.

La colonia Santa Elena se ubica en la parte suroeste del municipio de Nativitas, esta comunicada únicamente por dos brechas o caminos de terracería que se intersectan, una de ellas comunica directamente con la localidad de Santiago Michac y la otra, pasa al lado por el viejo camino de San Miguel del Milagro, a la

localidad de Santa Ana Xalmilmilulco, Puebla. Del casco de la ex-Hacienda se conserva únicamente parte de la troje o bodega, el patio de materiales y una pequeña capilla del siglo XVIII. Dentro de lo que se ha conservado se han instalado unas familias, compartiendo un espacio común, en una suerte de vecindad con un patio central, que además comparten con animales (vacas, cerdos, chivos, gallos, guajolotes, gansos y perros). Otras familias han construido pequeñas casas alrededor de estas estructuras. En el lugar se cuenta con servicios básicos de agua y luz, incluso existe una tienda, y un par de familias en los últimos años ya cuentan con algún servicio de televisión por paga e internet. Sin embargo, los derechos de propiedad sobre el lugar se encuentran dentro de un área gris de “ilegalidad”. A pesar de ello, han podido negociar con las autoridades del municipio y hacer uso de las tierras del lugar, con lo que también algunas familias han comprado o rentado tierras cercanas del ejido de Santiago Michac. En ese sentido la mayoría de las familias se dedican a labores agropecuarias, como la venta de leche, el cultivo de maíz y de algunas hortalizas, que se combina con actividades en fábricas, en albañilería, comercio y servicios de limpieza.

La familia de Gustavo llegó hace 25 años al lugar debido a la falta de vivienda y tierra para sembrar. Su padre se dedica principalmente a trabajar a medias un ejido, el cual le sirve para sembrar maíz y recoger pastura para alimentar algunos animales y de ahí vender también un poco de leche, de igual forma se emplea como jornalero en la región, ayudante general y albañil. Su madre por su parte se emplea ayudando a cocinar o hacer la limpieza de algunas familias en Nativitas o en el estado vecino de Puebla. Gustavo es el tercero de cuatro hijos, estudia actualmente un bachillerato técnico en Máquinas-Herramienta y al terminar desea poder trabajar en alguna fábrica de la región. Para él la educación es un medio para mejorar sus condiciones de vida.

“Mi sueño es trabajar como ingeniero o técnico al menos en una fábrica automotriz, creo que es una buena profesión y además es más fácil encontrar trabajo por aquí, en Puebla [...] no es que no nos guste el campo, nosotros vivimos aquí de eso, pero ellos mismos (sus padres) nos dicen que seamos

otra cosa, que debemos ser lo que queramos [...] por eso estudio, para poder ser mejor, pero sobre todo para poder vivir mejor (sic)”

Como se ha expresado anteriormente en este trabajo, de forma simple la educación se ha observado como aquella herramienta capaz de posibilitar a los jóvenes, obtener una mejor calidad de vida. Bajo esta idea la educación permite a una persona superar su situación de origen y llevar condiciones de vida mejores que las de su familia. Sin embargo, se ha comprobado que los sujetos históricamente marginados, como aquellos que pertenecen a comunidades rurales o indígenas, con padres sin escolaridad y además con bajos ingresos o en situación de precarización; tienen un cúmulo de dificultades de acceso o falta de oportunidades, altos niveles de abandono escolar y difícilmente consiguen una movilidad social. En la expectativa de las personas la educación es un mecanismo de superación, pero en los hechos, la tendencia general es a una reproducción de la desigualdad social y económica.

En ese sentido, si bien Gustavo presenta aún la voluntad para seguir estudiando y a través de eso, mantiene una perspectiva alta de lograr cambiar sus condiciones de vida y con ello también la de su familia, las desventajas para continuar estudiando siguen siendo amplias. Algo que en su familia ya se ha visto reflejado con sus dos hermanos mayores; su hermana mayor de 22 años, que había iniciado una carrera técnica en administración y posteriormente abandono la escuela para trabajar de como secretaria de tiempo completo en Puebla y posteriormente contrajo matrimonio. Y su otro hermano de 20 años, que se encontraba estudiando la misma carrera técnica que Gustavo, pero que debido a las dificultades económicas de la familia tuvo que abandonar en el último año, actualmente es repartidor de una empresa de agua en una localidad vecina.

“Yo no quiero que me pase lo que, a mis hermanos, que iban bien, pero pues ya no pudieron [...] Además de que sé que puedo ayudar más si consigo un buen empleo, y para eso uno necesita prepararse y seguir estudiando, para estar preparado y así donde te presentes te den trabajo o algo [...] Nuestros padres, hacen lo que pueden y entonces, yo debo hacerlo también, quieren que estudiemos para ser diferentes, no como ellos que son gente de campo

[...] no es que no nos guste el campo, nosotros vivimos aquí de eso, pero ellos mismos nos dicen que seamos otra cosa, que debemos ser lo que queramos (sic)".

En México, de acuerdo al último informe de Desigualdades 2018, elaborado por El Colegio de México, los jóvenes provenientes de familias con ingresos más altos (\$51 042.68 mensuales) tienen un 23% más de posibilidades de acceso que los jóvenes de ingresos más bajos (\$992.84 mensuales). Por otra parte, jóvenes de localidades urbanas tienen 18% más posibilidades de acceso que los jóvenes de localidades rurales y 38% más que los jóvenes pertenecientes a una comunidad indígena. En el sentido del aprendizaje de calidad para los mayores de 15 años, se registró que los jóvenes de ingresos más altos, tienen entre 400% y 500% más probabilidad de acceder a mejores niveles educativos que los de más bajos ingresos. Un joven estudiante de una localidad urbana tiene entre 300% y 400% más probabilidad de alcanzar el nivel universitario que un joven de una localidad rural. Y en el sentido de las ventajas que tiene un grupo sobre otro para terminar la educación media superior, el informe reporta que los jóvenes de más altos ingresos tienen 260% más probabilidad que los de menos ingresos. Los estudiantes de escuelas urbanas tienen dos veces más probabilidad que los de escuelas rurales y 180% más de los jóvenes que hablan una lengua indígena (COLMEX, 2018: 33-41).

Capítulo 4. Trayectorias por trabajo

4.1. “Nuestro empleo ya no es aquí”

Gerardo y su familia se han levantado desde muy temprano a preparar todo lo necesario para elaborar tacos de canasta. Es el último día de la semana y quiere regresar lo más pronto posible de hacer la venta. Antes de que su familia termine de recalentar, elaborar salsas y picar los demás ingredientes que hacen falta. Para eso Gerardo ya ha preparado una canasta de mimbre de aproximadamente 80 centímetros de diámetro, para ello envuelve las paredes interiores con plástico, tela y papel; y de igual forma ha regresado de comprar tortillas, en una de las tortillerías de San Vicente Xiloxochitla, que trabajan de lunes a viernes desde las 5 de la

mañana. Los tacos de canasta son preparados de guisados sencillos hechos por su madre y su padre por la noche anterior, normalmente los tacos son de frijol, papa, chicharrón o pipián, además que se encargan de la mayor parte del proceso de preparación final de los tacos, que consiste en rellenar las tortillas que remojan ligeramente en una preparación de manteca y chile guajillo, así como de distribuirlos intercalados con cebollas rebanadas dentro de las canastas. Mientras tanto, Gerardo y Elías, otro de sus hermanos de 17 años, recortan papeles, envuelven algunos platos de plástico con bolsas y rellenan frascos con salsa de tomate verde. El proceso finaliza al vaciar una cantidad importante de aceite caliente sobre el contenido de las canastas de aproximadamente 15 a 20 kilogramos, las cuales se envuelven inmediatamente con tela y plástico. Es el momento de salida de parte de Gerardo y Elías hermano, el primero en motocicleta a la Ciudad de México, el segundo en bicicleta a algunas localidades de Tlaxcala y Puebla. Gerardo sale de San Vicente Xiloxochitla aproximadamente a las 7 a.m. recorrerá sin parar más de 240 km de ida y regreso, atravesando el municipio de Nativitas, por la autopista México-Puebla. Al entrar a la Ciudad de México, recorrerá algunas avenidas, hasta llegar a las cercanías de Ciudad Universitaria. Si bien, no tiene un lugar fijo de venta, ha organizado una “ruta” a lo largo de este último tramo, en lo que, de manera itinerante, permanece en promedio de 20 a 40 minutos, en alguno de los lugares que ha ido seleccionando desde hace dos años, como son: salidas de escuelas, oficinas, fabricas, paraderos de autobuses, estaciones del metro; y dependiendo del día, cerca de mercados y tianguis. En cada lugar, espera con calma a que se acerque la gente, si bien ya ha ido conociendo a algunos “clientes”, por lo general no tiene una mayor interacción que la establecida por la venta de los tacos. Debido a que es un trabajo “informal”, tiene que estar en constante movimiento, pues no cuenta con permiso de salubridad y de manejo de alimentos, y en más de una ocasión lo han detenido y le han quitado dinero o toda su mercancía con pretexto de llevarle con alguna “autoridad” de la ciudad. Es por ello, que pocas veces extiende su tiempo en la ciudad en un sólo punto, más allá del usado para la venta o comprar algo de manera ocasional, generalmente una torta o de igual forma alguna comida en la calle, aunque prefiere evitar el tráfico de regreso y comer hasta

llegar a casa. Antes de las 2 p.m. después de recorrer y detenerse en 15 lugares, Gerardo ha vendido todos los tacos que llevaba. La venta no siempre es exitosa, en un mal día Gerardo puede regresar con \$300, pero en un buen día de venta la ganancia en promedio podría ser de \$1200. Generalmente, con el descuento de los gastos de elaboración, la gasolina y/o refacciones, “sueldos” de la familia, él recibe o se queda con un “pago” de \$800 a \$1200 a la semana, por 10 o 12 horas de trabajo diario. Los días viernes, antes de las 5 p.m. Gerardo ya se encuentra en casa. Por lo que para los jóvenes de ésta comunidad el recorrido de un lugar a otro en diferentes espacios del centro de México no representa un problema, si bien no es un trabajo fácil, es cada vez más parte de una cotidianidad laboral que se comparte de manera general.

Gerardo tiene 21 años y es originario de San Vicente Xiloxochitla, uno de los primeros pueblos de Nativitas, que al igual que otras localidades tiene su origen en la conformación de barrios indígenas. San Vicente Xiloxochitla fue de algunos de los pueblos que lograron conservar sus tierras a la llegada de la población hispana en el siglo XVI, aunque de forma reducida y tampoco fueron incorporadas por las haciendas (Tyrakowski, 2003: 169-170). Lo anterior, en parte se debe a que la localidad está asentada principalmente sobre colinas y en las partes bajas, que hasta hace 70 años se mantenían anegadas durante casi todo el año. Y en época de lluvias el nivel de agua subía aún más, lo que hacía imposible la producción al menos de que se utilizaran diques artificiales de arena. Si bien durante un tiempo las características del lugar no impidieron el desarrollo más o menos exitoso de cultivos para la alimentación de la población, y en la actualidad, en los ejidos de San Vicente se puede encontrar una producción importante de forrajes, maíz y amaranto. En voz de sus pobladores, desde hace 50 años se comenzó con un trabajo, el cual hoy es la principal característica y actividad económica del lugar, que ha dado un reconocimiento a nivel nacional y que consiste en la elaboración y venta de tacos de canasta.

San Vicente Xiloxochitla se ubica en el extremo norte del municipio de Nativitas, comparte límites con la localidad de San Francisco Tenexyecac y con los

municipios de Santa Ana Nopalucan y San Damián Texoloc, Tlaxcala. La localidad se ha ido acomodando y gradualmente se ha urbanizado de forma importante a lo largo de la carretera San Vicente Xiloxochitla–San Miguel del Milagro, la cual es su principal vía comunicación tanto al centro del municipio como con la ciudad de Tlaxcala. Se destaca por la diversidad de negocios que hay en el lugar, como tiendas de abarrotes, farmacias, papelerías, herrerías, carpinterías, recauderías, fruterías, pollerías, carnicerías, materias primas, cibercafés, estéticas, venta de ropa y zapaterías, pero sobre todo porque debido a la venta de tacos de canasta, hay una cantidad muy importante de tortillerías y molinos de nixtamal, así como negocios de cestería. Se ha destacado, en los últimos años, el abandono de las tierras ejidales, que ya no son trabajados por las familias y muchas de ellos se han vendido o rentado sus tierras a otras personas de localidades vecinas como Santa Apolonia Teacalco o Santiago Michac.

Al visitar la localidad es evidente que una buena mayoría de la población se dedica precisamente a la elaboración y venta de tacos de canasta. Esto fue corroborado en entrevistas con el presidente de localidad, el cual afirmó que más del 60% de los habitantes se dedica a dicha actividad. Todas las mañanas a partir de las 5 am se ven salir decenas de taqueros en bicicletas, motocicletas y autos a diversos puntos de Tlaxcala e incluso muchas familias se han trasladado a lugares más lejanos dentro de Puebla, CDMX e Hidalgo. Al respecto, entrevistas con la población y cuestionarios realizados en el lugar muestran que los jóvenes dejan de estudiar muy temprano, para dedicarse al negocio de los tacos.

Debemos recordar que, en las últimas décadas, a partir del proceso de globalización neoliberal, se han producido importantes cambios en diferentes campos de trabajo, producción y consumo. La implicación compleja, de ida y vuelta, entre lo global y lo local, ha provocado diferentes niveles y posiciones heterogéneas en cuanto al papel productivo de las ciudades y las diversas regiones consideradas aun rurales. Esto ha acelerado la transformación de diversos territorios, así como se han introducido cambios en las dinámicas y prácticas de quienes habitan estos

espacios. Por tanto, se puede señalar que las bases en que se concebía tradicionalmente lo rural se han fragmentado.

En México investigaciones sobre los mercados de trabajo rural, en los últimos 40 años, se han enfocado precisamente en cómo los asalariados agrícolas han modificado dichos mercados, a partir de los cambios en el patrón de cultivos, la incorporación de las mujeres, los tipos de ocupaciones que se encuentran y sus condiciones de vida. El mercado de trabajo rural que hacía referencia a las actividades agropecuarias, que daban el sustento económico a los habitantes del campo inevitablemente ha cambiado. Si en los años setenta y ochenta, la reproducción social de la población rural descansaba en la agricultura, en las últimas décadas, esta actividad disminuyó como principal forma de ingresos, y se ha observado la plena introducción de la población rural en actividades de servicios e industriales, así como el crecimiento de comercio formal e informal (Chong-González et al., 2015: 158).

Como ha sido abordado ampliamente por diversos estudios, para México y el resto de países latinoamericanos, el trabajo rural se ha modificado profundamente. Ha pasado de ser un empleo esencialmente agrícola a uno predominantemente desempeñado en los sectores secundarios y terciarios en espacios urbanos y rurales. Las razones principales: un incremento de la pluriactividad en los hogares de los pequeños productores agropecuarios, como resultado de estrategias familiares de sobrevivencia para contrarrestar los efectos negativos de la crisis agrícola; y por el aumento en el espacio rural de hogares que no trabajan en la agricultura, ni como productores ni como asalariados, pero que, por las nuevas condiciones de los mercados de trabajo precarios, se mantienen en el campo, aunque trabajen en actividades no agrícolas. Estos hogares rurales no agrícolas, son el resultado tanto del decrecimiento demográfico en el campo como de la acelerada descampesinización debido a la aplicación de políticas neoliberales durante las dos últimas décadas; como han sido el desmantelamiento y/o la desaparición de las agencias y programas estatales de apoyo y subvención para los productores agropecuarios (CONASUPO, BANRURAL, IMCAFE, entre otros), la

reforma al artículo 27 constitucional, que termino con el reparto agrario y permitió la privatización de las tierras ejidales y comunales, muchos de estos cambios vinculados al TLCAN. Estos dos procesos dieron lugar a la desagrarización del campo, entendida como la disminución del empleo y por lo tanto del ingreso en actividades agrícolas.

Tal es el caso de Gerardo y su familia, quien es el segundo de cinco hermanos. Sus padres se dedican a la elaboración y venta de tacos de canasta desde hace ya más de 30 años, y si bien cuentan con una pequeña porción ejidal y otra de propiedad privada, estas las suelen rentar para el cultivo de amaranto. Gerardo estudió únicamente hasta la primaria, empezó a ayudar en esa actividad a los 11 años, actualmente es su principal trabajo, aunque también se ha empleado como jornalero agrícola, albañil, mesero, vendedor de zapatos y empleado de tienda en algunas etapas de su temprana juventud.

“Aquí la mayoría se dedica al mismo negocio, y la verdad, ya casi nadie quiere trabajar el campo, porque pues no paga, ni se gana lo mismo [...] yo también trabajé en eso, incluso trabajé como albañil, en tiendas, incluso estuve unos meses trabajando de mesero en Puebla, pero pues mucho de esas chambitas o del empleo de nosotros no se hace aquí [...] antes sí se hacía pesado, pero te acostumbras, a mí me gusta estar aquí y allá, a veces pienso que podría conseguir una casa allá en México, pero aquí es más bonito y más barato [...] en la casa todos trabajan, y de ahí se reparte, mis jefes pues ellos para sus cosas y nosotros para las nuestras [...] por eso me gustan y aquí todos trabajamos en eso gracias a dios, por cada quien trabaja lo suyo y cada quien se compra sus cosas sin que haya envidia, bueno, en otros pueblos nos tienen envidia, pues los chavos de ahí no tienen para buenas cosas, buena ropa, buenas motos, buena lana, buenas pantallas, tu sabes, lo bueno, gracias a dios acá si (sic)”

En el pasado reciente, el trabajo agropecuario familiar, suponía la coincidencia del lugar de trabajo y de residencia; en tanto que, en el trabajo industrial-asalariado, se expresaba una separación y un mayor distanciamiento entre ambos espacios. En

consecuencia, la movilidad espacial cotidiana de las ciudades se generaba de forma constante. Sin embargo, el comportamiento espacio-temporal de la población rural-campesina se ha encontrado también a lo largo de la historia, que no se ajusta exclusivamente a una u otra forma de trabajo y movilidad espacial.

“Al principio llegaba sólo a Santa Anita o a Panotla, pero luego te van moviendo, después a San Martín y así, te vas buscando ahí la venta, o te van diciendo por donde y así [...] pues algunos les gusta nomás ir aquí a Texoloc o Michac o más lejos, pero entre más lejos vas, puedes vender más, yo puedo ir y venir sin problema [...] la chamba es así y uno se acostumbra, además vas por algo seguro y generalmente antes de mediodía terminas todo [...] pues se vende bien y vale la pena, rara vez te regresas con todo, a mí sólo me paso una vez y los remate en San Martín, te digo es algo seguro (sic)”

Se debe recordar que tal comportamiento laboral que se observaba anteriormente y de movilidad geográfica, se refería en términos del campesino-obrero, el cual trabajaba como agricultor y obrero, y residía en forma temporal en el campo y la ciudad. Como se observa, este patrón de movilidad ha cambiado con la transformación del trabajo. De tal forma el aumento de pluriactividad, diversificación o especialización ocupacional, se ha acompañado de mayores movilidades espaciales. Lo que a su vez ha generado mercados de trabajo altamente cambiantes y heterogéneos, pero que en la mayoría de los casos son altamente precarizados. Esto a pesar de que, con una marcada diferencia respecto a generaciones anteriores, las poblaciones jóvenes tienen mayor preparación educativa, mayor acceso a tecnología y medios de comunicación (Arias, 1992). Finalmente, lo que se interpreta y percibe hoy como ruralidad, se conforma como un espacio flexible que integra múltiples actividades, entre las cuales la producción agrícola es importante, pero ya no es la principal actividad de las poblaciones rurales como es observado en las trayectorias actuales de trabajo.

4.2. “de allá para acá cansa, pero vas vendiendo y se te hace todo más fácil”

Desde las 5 am., Damián y su madre se han levantado a acomodar en pequeños manojos las flores que consiguieron la noche anterior en la localidad. Agrupan un total de 30 pequeños rollos de rosas rojas y blancas, que al final envuelven en un sólo paquete de papel cartón y es amarrado firmemente con pedazos de mecate. Normalmente un familiar los lleva a diferentes lugares por el noroeste del Estado de México. Sin embargo, en esta ocasión, la camioneta se encuentra averiada y, por tanto, como también suelen hacerlo si no se encuentra con esa posibilidad, el viaje será por transporte público. Partimos de Santa María Tecuanulco a las 6:30 am. Tomamos una camioneta hacia el centro de Texcoco a 15 km., en un viaje de 40 minutos y de ahí otra camioneta que recorre 30 km a Otumba en un viaje de más de una hora. Durante el recorrido Damián escucha música a través de su celular, mientras su madre duerme un poco. Antes de llegar a Otumba, su madre ha dividido en dos paquetes de 15 manojos de rosas cada uno, los cuales tienen un precio de \$30, ella desciende un par de localidades antes. En Otumba, Damián ha pensado ir primero a Ciudad Sahagún, Hidalgo que se ubica a 15 km del lugar y para lo cual se debe utilizar otro autobús. El día de hoy hay tianguis (mercados sobre ruedas) en estas dos localidades, por lo que Damián piensa recorrerlos para vender sus rosas. Siendo casi las 11 am, Damián ha vendido dos manojos y con ello va a una tienda a recargar su celular (\$30). Todo el tiempo ha revisado sus redes sociales y escucha canciones. Antes de la 1 pm estamos de regreso en Otumba. Apenas ha podido vender 6 manojos en total. En el tianguis de Otumba tampoco tiene tanta suerte, por lo que después de un par de horas decide recorrer las calles, ofreciendo casa por casa las rosas. Siendo casi las 5 pm, ha conseguido vender casi todos los manojos de rosas, para ello ha empezado a bajar el precio de \$30 a \$25 e incluso los últimos dos manojos son vendidos a \$20 camino al autobús. Hasta ese momento únicamente hemos comido un par de quesadillas y un refresco (\$30). De regreso vamos a San Martín de las Pirámides a encontrar a la madre de Damián, la cual no ha tenido tanta suerte y le quedan 5 manojos. Damián decide ayudarla y después de recorrer un par de calles consigue venderlos todos. Su madre me comenta mientras tanto que tiene suerte de contar con él, es un buen “joven”, además de que

es un gran comerciante. Son casi las 7 pm y hemos regresado a Santa María Tecuanulco, aproximadamente han conseguido \$900 pesos por la venta de las rosas, de los cuales tendrán que pagar \$300, ya que las rosas las consiguieron en consignación. De los \$600 restantes, la madre le da \$100 a Damián, a lo restante hay que descontar las comidas y pasajes. Damián está contento al final del día, me dice que una semana más, y ya casi junta para comprarse una sudadera que vio en una tienda de Texcoco hace tres semanas (el precio es de \$300).

Damián tiene 14 años y es originario de Santa María Tecuanulco, localidad del municipio de Texcoco, Estado de México, ubicada entre la sierra de Tlaloc y el ex lago de Texcoco. Se trata de una zona alta caracterizada de bosques de encino y de coníferas. Debido a esto, la actividad agrícola a través del cultivo de alimentos como maíz y haba, siempre ha sido marginal, pues el clima suele ser templado con grandes heladas a lo largo del año. Esto ha generado que las familias se dediquen desde hace muchos años al corte de leña, a la crianza de ganado ovino, al trabajo en jornales en otras regiones, así como cada vez más al empleo en servicios y comercio informal, pero principalmente al cultivo y venta de flores.

Al igual que muchas localidades de Texcoco, Santa María ha tenido un proceso paulatino de urbanización. Sin embargo, aún se observan amplias zonas dedicadas al cultivo de flores, que se ubican cercanas a dos manantiales conocidos como Tepitzoc y el Chorrito, los cuales son aprovechados por las familias tanto para las necesidades de las viviendas como para el riego de parcelas e invernaderos. En ese sentido, se ha generado una especialización hacia el comercio de flor, ellos mencionan que más de la mitad de la población se dedica a esta actividad, tanto de comercio al mayoreo como al menudeo, siendo uno de los principales centros de distribución, el Mercado Jamaica de la Ciudad de México.

Damián es el mayor de tres hermanos (12 y 8 años), ha estudiado únicamente hasta segundo de Secundaria y desde temprana edad ayuda a su mamá con algunos gastos de la casa. Debido a que su padre migró a los Estados Unidos, a los 8 años tuvo que comenzar a trabajar ayudando a algunos vecinos limpiando y recogiendo desechos de los invernaderos, a los 10 años empezó a

vender dulces y cigarros, a los 12 años como ayudante de albañil y a partir de los 13 años se ha dedicado a la venta de flores durante cuatro o cinco días a la semana en diversas localidades de la región.

“Comencé ayudar porque era el más grande, pero siempre me gustó ayudar a mamá, antes empecé así a vender cigarros también y cosas para la gente [...] no dejaba tanto, así que mejor nos dedicamos a esto, además como todo el pueblo tiene flor es muy barato conseguirla y siempre hay para vender [...] me gusta caminar y se vende luego rápido, sobre todo aquí (Otumba) que pasa mucha gente y las compra. [...] Podría trabajar menos, pero me gusta tener siempre algo para mí, para gastar y poder comprarme cosas [...] (sic)”.

Una cualidad importante cuando se hablaba de las trayectorias etarias en los espacios rurales, es la que tiene que ver por una inserción laboral temprana, la cual, muchas veces se consideraba parte de una dinámica de socialización reproductiva de la familia. Se asumía que la inserción laboral de los niños no era parte de un proceso de explotación de la familia, sino la forma en que la unidad campesina asumía roles como parte de una estrategia de subsistencia. En ese sentido, lo que se observa de manera general en acompañamientos como los realizados con Damián, es la continuidad de ese tipo de inserción, sin embargo, las características ya no están en el trabajo agrícola sino en mercados informales, precarios y flexibles. Esto no cambia la constitución de explotación de los sujetos rurales desde la infancia, sino permite la misma reproducción de las condiciones precarias y su aceptación.

“Una parte sí es para la comida, pero una buena parte me la puedo quedar yo [...] Antes como albañil, me cansaba mucho, y si bien luego por el viaje de allá para acá sobre todo cuando el sol está fuerte cansa, pero vas vendiendo y se te va haciendo más simple, porque pues ya no cargas tanto ¿no? [...] pues me lo gasto en comida sobre todo dulces, chocolates o algún antojo [...] también he ahorrado para comprarme ropa que me gusta y también así me compré mi celular, así puedo oír música o tener amigos en el Facebook [...] pues estoy haciendo un guardadito, para comprarme una

moto para poder moverme más fácil, ayudar a mi mama y tener más tiempo para hacer otras cosas con amigos y así (sic)".

Como se ha mencionado anteriormente, ante la transformación de los espacios agrícolas de México, las condiciones objetivas de vida han deteriorado los mercados de empleo en la mayoría de las regiones del país. Esto se ve reflejado por la alta informalidad, flexibilización y tercerización de las economías de los espacios rurales. Ante esto los jóvenes han interiorizado históricamente las condiciones de marginalidad y de autoexplotación, por lo que asumen de manera natural las condiciones de precarización. Es por ello que en relatos como el de Damián, si bien se puede observar un trabajo totalmente pauperizado por la ganancia, para él resulta suficiente, pues de esa forma puede acceder a consumir artículos o mercancías que imagina y/o desea, y así pertenecer de alguna forma a la sociedad, a pesar de que sea, objetivamente, de una forma marginal.

4.3. “poco o mucho eso me sirve, soy pobre como todos, pero muy feliz”

Antes de las 8 de la mañana, Itzel ya se encuentra esperando enfrente de la parroquia de la comunidad de Belén, al igual que una veintena de personas, las camionetas de transporte que llevan hacia la cabecera municipal de Otumba, ubicada a 15 km de la localidad. Al llegar, camina otros 20 minutos por la carretera hacia San Marcos Tlaxuchilco, en donde estudia de 9 am a 1 pm. en el plantel 11 del Colegio de Bachilleres del Estado de México. Después de clases, vuelve a la cabecera para tomar otra camioneta de transporte y viajar 20 km., para trabajar en el centro de San Juan Teotihuacan. Normalmente Itzel primero va al mercado, en donde un locatario ya le tiene apartado una bolsa con 3 o 5 kg. de papas. Posteriormente, ella va hacia una accesoria cercana a la plaza principal de Teotihuacan, en donde además de cambiarse el uniforme por ropa de calle, saca un pequeño carro de metal, en el cual prepara y vende papas fritas tres o cuatro veces a la semana. Si no tiene demasiada tarea o alguna práctica escolar, se instala en alguna calle cercana a la plaza principal, en donde su familia paga un “permiso” para vender. Si bien este es su “empleo” principal, dos días a la semana también

ayuda a su madre en otro puesto de la calle de venta de alimentos (quesadillas, gorditas, sopos y tacos), además estas actividades las combina con la venta de libretas, mochilas, playeras, tenis y gorras, entre sus compañeros de escuela. Una vez instalada en la calle, coloca algunas papas dentro de una cubeta con agua y sal, posteriormente acomoda una pequeña estructura dentro del carro que le sirve de “mostrador”, y empieza a prender una hornilla conectada a un pequeño tanque de gas de 10 kg. Dentro de una olla metálica de aproximadamente 60 cm, vacía posteriormente 4 o 5 litros de aceite y en lo que se calienta, comienza a rayar algunas papas. Es una actividad que a ella le gusta realizar, pues, aunque no se gana mucho (de \$150 a \$400 por día), es algo más o menos seguro, lo único que le molesta son las cicatrices que se ha hecho con las cortadas y las quemaduras del aceite, y que a veces tiene que estar de pie por mucho tiempo bajo los rayos del sol. Normalmente Itzel permanece en el lugar entre 5 a 6 horas, entre semana se retira aproximadamente a las 7 pm si ha vendido lo suficiente, si la venta no fue buena puede que espere un par de horas. Como el sábado es el día de más asistencia de visitantes a Teotihuacan, así que puede trabajar de 1 pm hasta las 9 pm y el domingo desde las 10 am hasta cerca de las 2 pm. Hoy no vendió mucho, pero tiene aún que llegar a terminar una tarea para mañana, así que antes de las 8 pm ya recogió todo y se dirige a guardar el carro. De ahí, toma de nuevo una camioneta a Otumba, o si hay suerte, alguna de las pocas camionetas que sale directo a Belén.

Itzel tiene 17 años y es originaria de la comunidad de Belén, en el municipio de Otumba, Estado de México, una localidad con algo más de 2000 habitantes. La comunidad de Belén comenzó siendo un barrio indígena organizado alrededor del convento de San Nicolás de Bari, construido a principios del siglo XVI, ubicado en la actualidad a la localidad de San Nicolás Oxtotipac. A principios del Siglo XIX con la constitución de los ejidos, al igual que los barrios de San Francisco y Santiago, se volvieron pueblos independientes de Oxtotipac. Esto ha generado una identidad definida de los habitantes de Belén con respecto a Oxtotipac a pesar de que la distancia entre ambas localidades es mínima, y de que muchas de las actividades sociales y económicas son casi las mismas.

Ubicada en el sur del municipio de Otumba, Belén se caracteriza por una urbanización incipiente, en donde se conserva un ejido importante dedicado a la agricultura de temporal principalmente y a la ganadería. Esto se debe a que, a diferencia de otras partes del municipio, la localidad cuenta con un afluyente natural de agua subterránea. La mayoría de la población se dedica al cultivo tradicional de maíz, cebada, agave pulquero, y a la cría de ganado bovino y ovino que se ha destacado en la población en las últimas décadas.

Si bien el paisaje de Belén se ha conservado de alguna forma por estas características, también en los últimos años experimento una transformación producto de los trabajos que se realizaron por la construcción del fracasado proyecto del Nuevo Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México (NAICM) en Texcoco, pues desde el 2015 se comenzó a extraer material pétreo de la zona. Si Belén se caracterizaba por amplios espacios verdes, ahora son espacios fragmentados de color rojo producto de esta extracción de tierra y piedra. Por lo que se pasó de un lugar tranquilo, que era descrito por los habitantes en forma general, a un espacio caótico por donde circulaban hasta hace unos meses, diariamente, docenas de tráileres.

Itzel es la menor de tres hermanos, estudia el segundo semestre de educación preparatoria. Su padre se dedica a la albañilería y cuenta con propiedad ejidal dedicada al cultivo de cebada y su madre se dedica a vender comida. Itzel al igual que muchos de los jóvenes de la comunidad, comenzó su trayectoria laboral ayudando a su familia, y fue hasta que entro a la preparatoria que empezó a recibir un pago como compensación.

"ya antes trabajaba, bueno me ponían a hacer cosas, pero no me pagaban [...] empecé con mis padres, ayudaba a mi mama ahí en el puesto (venta de comida) y mi padre luego me pedía que alimentara a los animales y así [...] Entre al bachillerato y ya mi mama me dijo que para ayudarme con mis cosas me iba a dar algo de lo que le ayudara [...] lo primero que use con lo que me pagaron, fue pagar unas libretas y cosillas que llevaba una amiga en la escuela (secundaria), mi mama me dijo que esa era una buena idea (vender

libretas en la escuela), así que me presto para que comprara unas y así empecé (sic)”

Si concebimos la socialización como un proceso que permite ubicar y posicionar a los sujetos dentro de una estructura social, el papel que juegan las prácticas cotidianas permite entender la reproducción de trayectorias laborales precarias. La socialización cotidiana es fundamental, pues se puede concebir a esta como aquellas interacciones o mecanismos, mediante los cuales un sujeto pasa a formar parte de un grupo, asumiendo códigos, caracteres y pautas de comportamiento.

“Mi familia, siempre ha sido pobre pero muy trabajadora, al igual que todos por aquí en Bélen [...] a mí no me ofende trabajar en lo que trabajo, las cosas no son gratis en esta vida y debemos trabajar para vivir mejor [...] yo le aprendí a mis papas a ser trabajadora, ellos han trabajado mucho por nosotros y creo que nos han enseñado a que debemos ser iguales [...] poco o mucho que gano eso me sirve para algo, soy pobre como todos aquí, pero muy feliz (sic)”

En el caso de las y los jóvenes, éstos se socializan laboralmente a partir de mensajes que reciben tanto en las condiciones de los mercados laborales actuales, como a partir de las propias estrategias familiares de reproducción social. Por ejemplo, para Dubet (1987), la importancia del significado que tiene la pertenencia a una clase social, en la orientación de los jóvenes, parte de las estrategias de oposición a una situación de precariedad laboral. La clase social aparece aquí definida como actor colectivo, portador de subculturas cuyas referencias se construyen fundamentalmente en función de una representación de la situación laboral y social en términos de clase: dominación / explotación.

4.4. “quisiera un poco más, irme a otra parte, aún estoy joven y lo puedo hacer”

Juan ha llegado al santuario de San Miguel el Milagro, Tlaxcala, por la tarde del día 15 de septiembre, después de estar viajando más de un mes desde su lugar de origen en Tlacotalpan, Veracruz. Su primera escala fue durante la primera semana

de agosto en la ciudad de Puebla, después de un viaje de más de 350 km en autobús de casi 5 horas. En Puebla ha estado tres días recorriendo las principales iglesias de la ciudad, para posteriormente dirigirse 90 km hacia Huamantla Tlaxcala, para las celebraciones de la “Huamantlada” del 15 al 20 de agosto. De ahí, Juan recorrió, paulatinamente a través de camionetas o camiones de transporte, algunas localidades y parroquias entre Puebla y Tlaxcala, para estar el día 28 de agosto en la Feria de San Agustín Tlaxco, Puebla (a 36 km de distancia de Huamantla). En San Agustín Tlaxco normalmente se encuentra con un amigo comerciante, el cual le permite quedarse hasta el día 2 de septiembre, en donde se encamina para alcanzar a los peregrinos de San Baltasar Campeche, Puebla (24 km desde San Agustín Tlaxco) e iniciar un viaje a pie de cerca de 8 horas a Nativitas, Tlaxcala (32 km desde San Baltasar Campeche). Al igual que peregrinos y comerciantes, Juan recorrerá el municipio durante las diversas celebraciones y ferias realizadas en los pueblos de Nativitas, esperando hasta la principal celebración patronal del Santuario de San Miguel del Milagro el día 29 de septiembre, una de los eventos más importantes y con más asistencia de personas de la región. Juan es vendedor ambulante, ha llevado cargando entre 15 a 20 kilos de estampas, velas y relicarios, los cuales vende en todos los lugares por los que va pasando. Normalmente camina entre las ferias un promedio de 12 a 16 horas diarias y durante sus viajes suele dormir entre los puestos de los comerciantes, a los cuales ha conocido a lo largo de tres años o con alguno de los peregrinos que suelen quedarse en los portales de iglesias y santuarios, o simplemente donde le caiga la noche. Normalmente las estampas que vende tienen un precio de \$10, las velas \$25 y los escapularios \$35 cada uno. En promedio, en un buen día, puede ganar entre \$300 y \$500, pero hay veces cuando llueve o no hay mucha gente como en los últimos años, que puede terminar únicamente el día con menos de \$100. Juan debe pagar por poder vender en todos estos lugares, ya que las ferias cuentan con organizaciones que se encargan de cobrar cuotas a todos los comerciantes. El pago por estar vendiendo en lugares como el Santuario de San Miguel del Milagro este año fue de \$75 por día. La esperanza de Juan es vender todo para el día 29, ya que eso le permitirá

regresar a su casa, de lo contrario, buscará otros lugares y otras fiestas hasta terminar.

“Me gusta ser mi propio jefe, yo sé lo que hacer para ganarme unos pesos y a nadie le debo nada, no se si bien, pero se hace, mi familia es de campo, al igual que mi abuelo, mi padre, me enseñó a trabajar la tierra, los animalitos y vivir así, la gente piensa que no tenemos nada, pero si trabajas duro, tienes para comer [...] yo quisiera ganar un poco más y poner una tienda, tal vez vivir en un lugar más bonito, tener pues una camioneta, irme a otra parte donde gane más, aún estoy joven y creo que por eso lo puedo hacer (sic)”.

En México la población ocupada en el 2015, entre 12 y 29 años es de 37.5 millones, de los cuales, 60% se encuentran dentro de la informalidad. De este rango de edad de población ocupada, algo más de 18 millones viven en zonas rurales y su porcentaje de informalidad es 62%. De 38% de los jóvenes rurales que tienen empleos “formales”, al menos 20% de estas ocupaciones se trata de empleos precarios con ingresos de menos de \$100 al día. Por tanto, en un balance de la juventud rural, 60% se encuentran en condiciones de informalidad y 20% en pobreza extrema (INEGI, 2018). Los niveles de precariedad de la juventud rural duplican e incluso triplican la proporción de jóvenes urbanos en esa situación.

“Al final es trabajo y me da para vivir, yo no pude estudiar pero esto fue lo que se me dio hacer y me gusta (...) a veces es cansado, pero bueno me gusta viajar y conocer lugares, no lo siento como algo malo, desde chiquito en mi casa me han enseñado a trabajar para hacer algo de provecho de mi vida, lo que gano es para ayudar a mi familia y también para que en el pueblo pueda hacer algo [...] Normalmente cuando no salgo ayudo a mi familia ahí en el campo, pero a ultimas como no se vende mucho lo que se da, o ya ni se da, prefiero ser comerciante”.

En el presente, las estadísticas en México muestran también que 75% de la población ocupada en localidades rurales, se encuentran realizando actividades no agrícolas, es decir, ya no se centran en trabajar el campo, lo cual es muestra innegablemente de una transformación socioeconómica (INEGI, 2018). Esto debe llamar la atención, pues además del alejamiento o reducción de las actividades

primarias, se ha generado una importancia esencial en la movilidad, la cual se expresa principalmente en las trayectorias de empleo, acceso a educación y prácticas de consumo. Esta movilidad puede darse entre localidades rurales, ciudades y áreas metropolitanas. La ruralidad contemporánea conlleva por tanto trayectorias de vida que se conforman en una movilidad cotidiana de personas de un lugar a otro, dada la importante tasa de ocupación, en los sectores secundario y terciario, y así como un grado de informalidad que se extiende en todo el país a lo largo de diferentes espacios. En ese sentido se debe considerar a la movilidad como un factor determinante de reproducción social de los sujetos rurales actuales.

4.5. “Yo no me veo como pobre, pobres son los que no tienen en que trabajar”

Es domingo y son las 10 de la mañana en la estación de autobuses de Texcoco. Espero a Ángel con su hermana de 12 y su padre de 34 años, quienes vienen desde Acuitlapilco, en el municipio de Chimalhuacán, Estado de México. Ellos salieron un poco antes de las 9 de la mañana de su casa, en donde se han trasladado por medio de dos camionetas de transporte en un viaje de 20 km. De Texcoco nos dirigiremos otros 24 km hacia la localidad de San Juan Teotihuacán, en donde primero caminaremos a pie a la localidad de San Martín de las Pirámides, a los alrededores de la zona arqueológica de Teotihuacán, para regresar de nuevo al centro de San Juan Teotihuacán hacia la tarde. Ángel y su familia, desde hace un año, se dedican a recorrer los fines de semana diferentes partes del Estado de México y la Ciudad de México, cargando un organillo de cerca de 40 kilos, deteniéndose para tocar y pedir dinero a las personas que caminan o se encuentran comiendo en algún mercado, fonda o puesto de comida. En la zona arqueológica de Teotihuacán, nos detenemos únicamente para que el padre de Ángel descanse o comience a tocar ante la mínima presencia de turistas extranjeros. La hermana de Ángel se dedica a dibujar en un pequeño cuaderno con un crayón, le gustan los perros y durante todo el tiempo va jugando y sonriendo. Ángel, por su parte escucha música por su celular, aunque siempre está atento a la llamada de su padre para ayudarlo a pedir dinero

o extender la mano a las personas que pasan mientras él toca. De igual forma cuando su padre se agota, él es quien se encarga de darle cuerda al organillo y en un par de ocasiones el mismo es quien lo transporta. Su padre trabajaba en una bodega de refacciones en Ecatepec, pero quedó desempleado desde hace un par de meses. El organillo lo obtuvo como pago de un préstamo, dice que le costó \$800 pesos, pero que en un principio estaba descompuesto por lo que ha tenido que invertirle más de lo doble para hacerlo funcionar. Si bien antes tenía un trabajo más “seguro”, el sueldo no le alcanzaba para pagar la renta (\$1800), ni otras necesidades de la casa, por lo que también desde hace años ha combinado toda una serie de actividades para conseguir más ingresos, como ayudante de albañil o dentro del trabajo como jornalero en regiones del centro de México. Ángel terminó únicamente la primaria, y debido a la situación de su familia comenzó a trabajar de igual forma en las mismas actividades que su padre. Hemos recorrido de un lugar a otro de la zona arqueológica de Teotihuacán, desde las 11 de la mañana, un día despejado en general con un sol intenso, caminado por más de 5 horas de un lugar a otro, haciendo un recorrido a pie de aproximadamente 15 kilómetros. Durante ese recorrido nos hemos detenido 22 veces. Finalmente estamos de regreso en el centro de San Juan Teotihuacan cerca de las 5 de la tarde, en donde al llegar pasamos a un puesto de tacos que es la única comida del día que se ha tenido hasta ese momento. De la cuenta que dividimos fueron \$180 pesos, calculo que, de lo recibido en las paradas anteriores, no se ha ganado más de \$300. En San Juan permanecemos hasta las 7 de la noche, desde donde regresaran a su casa. Ángel me ha contado que su sueño es ser futbolista, pero que últimamente no ha podido entrenar o jugar porque la liga son los fines de semana, que es cuando acompaña a su padre con el organillo, además de que necesita comprarse ahora otros tenis, ya que los que lleva puestos ya se encuentran rotos.

Sí, es algo duro el trabajo, pero yo espero si dios lo quiere conseguir otra cosa después [...] Mi sueño es ser futbolista, es algo que me gusta mucho y siento que soy bueno, me dicen que podría hacerla de esa forma, los profesionales ganan hartos varos y si la hiciera, las cosas serían diferentes, ayudaría a mis padres y a mi hermanita le compraría muchos juguetes

La cotidianidad de las dinámicas de los jóvenes rurales, implica no sólo presentar la posición que guardan en un momento determinado, sino analizar el tipo de acciones que van construyendo toda una serie de prácticas que les dotan de sentido. Para ello es necesario entender que dinámicas son estrategias que permiten la reproducción social de los sujetos y sus familias. Como ha sido señalado por Bourdieu (1990), existen todo un sistema de estrategias a través de las cuales la familia busca reproducirse biológicamente y socialmente, es decir, reproducir y maximizar las propiedades que le permiten conservar una posición social (Bourdieu, 1990: 87). Dentro de esta lógica, las maneras en que se reproduce la vida social son a su vez los diferentes mecanismos de dominación y/o dependencia, es decir, a través de esto se expresan también las dinámicas de las clases sociales y de la reproducción del espacio social.

Cuando la precariedad se convierte en parte del contexto familiar y de las condiciones objetivas de vida, las familias configuran una serie de acciones con el fin de poner en juego sus recursos y capacidades como estrategias para sobrevivir. Las generaciones más jóvenes viven el proceso de la toma de decisiones y la creación de alianzas familiares y sociales para conformar estas estrategias, con el fin de salir de determinados problemas de pobreza o sobrellevar las situaciones difíciles. Y las dificultades las asumen como propias cuando llega el momento de crear a su propia familia, ya que son estas las respuestas que han mantenido a flote a la unidad doméstica, por lo que tienen un valor importante para la subsistencia de la familia. En todo esto hay un proceso de socialización al interior y al exterior de la familia, sobre las pautas de relacionarse y de creación de soluciones para enfrentar determinados momentos y situaciones de pobreza.

Como se ha mostrado en el trabajo clásico de Larissa Adler de Lomnitz (1975), a pesar de los cambios sociodemográficos, la inestabilidad económica de la estructura social marginada no ha hecho que la familia se debilitara como institución. La familia es el centro de cualquier ayuda mutua de la unidad doméstica. Es un grupo fuerte que, a veces, no deja crear la independencia suficiente de sus miembros cuando hay obstáculos; sin embargo, los sustenta cuando hay

necesidades y crea un entorno en el que ante situaciones de pobreza los provee de seguridad. La familia y sus relaciones siguen siendo claves para amortiguar las situaciones de pobreza. La ayuda mutua y la reciprocidad son la base de algunos tipos de intercambio, para la subsistencia entre las unidades domésticas que abarcan y conviven en un mismo espacio sociocultural. La producción doméstica para la subsistencia y las redes de relaciones son las fuentes más importantes de ingresos que, sumadas a los salarios, hacen posible por otra parte el consumo. La reciprocidad, el intercambio y el sistema de favores entre amigos y vecinos han sido la base para la creación de una red de economía de los grupos domésticos más pobres, en que se apoyan cuando el mercado laboral los excluye (Adler, 1975).

[...] Yo no me veo como pobre, pobres son los que no tienen en que trabajar, hoy no nos fue tan bien, pero luego hay turistas o incluso gente que da buena lana, no sólo pesos sino billetes [...] Tengo amigos que no tienen familia y yo creo que están peor, yo tengo a mi familia y mientras estemos juntos nada nos hace falta (sic)

Algo que debo enfatizar, que el concepto de “estrategias familiares” puede llevar a algunas confusiones, en el sentido de que el término “estrategias”, conlleva la idea de una planificación, discernimiento de alternativas y opción consiente y explícita entre ellas. En otras palabras, acciones racionalizadas y objetivadas con un fin determinado. Sin embargo, la concepción de sujetos/agentes racionales que llevan adelante acciones coherentes según objetivos establecidos de antemano por ellos, no es la propuesta sugerida por Bourdieu (1990). La noción de estrategia, en el sentido propuesto por este autor, da cuenta sobre la existencia de una sistematicidad a lo largo del tiempo en un conjunto de prácticas que tienen una dirección o intencionalidad objetiva sin ser conscientemente asumida. Esto no lleva a descartar la intencionalidad de los sujetos/agentes en sus prácticas, sino plantea que el habitus orienta objetivamente a las prácticas porque actúa identificando las oportunidades y restricciones que les son impuestas a los sujetos/agentes. En este sentido, el habitus “gestiona” las estrategias de los agentes porque establece “las potencialidades objetivas inmediatamente dadas en el presente inmediato”. La complicidad ontológica entre el habitus y el mundo social posibilita que el éxito de

las estrategias esté dado por el ajuste entre el sentido práctico y el sentido objetivo, entre las exigencias de las posiciones sociales y las disposiciones adquiridas para actuar conforme a ellas.

Es así que, dentro de las trayectorias de vida, lo “posible” e “imposible” está suscrito a las condiciones objetivas e incorporadas por el habitus, lo que guían las expectativas subjetivas de los sujetos/agentes que reconocen de inmediato, sin que sea necesario tomar conciencia “lo que se debe hacer”. Este ajuste, si bien es habitual a lo largo del tiempo y moderado por las condiciones que impone el habitus, no significa que excluya la creatividad de los agentes, los cuales siempre serán capaces de improvisar de forma limitada ante condiciones nuevas. Este sentido de estrategia permite entonces analizar cómo se (re)producen diferencialmente según su trayectoria y posición social.

Pues algo importante de entender sobre las estrategias de reproducción de esta forma, es que éstas se explican sólo relacionamente en un doble sentido: dentro del contexto del sistema que constituyen, en una familia o en un grupo de familias pertenecientes a una clase o fracción de clase, y dentro del espacio social global; el actual sistema socioeconómico neoliberal. En donde las prácticas que forman parte de ese sistema se relacionan con las prácticas constitutivas de lo demás, articulando modos de reproducción desiguales y diferentes.

Capítulo 5. Trayectorias por consumo

5.1. “eso no significa que te niegues a cosas que te gusten”

Por la mañana he alcanzado a Alexis en un ejido de San Miguel Xochitecatitla, en donde se emplea como jornalero en el cultivo de brócoli. El día de hoy le toca trasplantar, por lo que durante un poco menos de cuatro horas, le observo y ayudo en algunos momentos a colocar pequeñas macetas, que previamente han sido cultivadas en charolas dentro de un invernadero, éstas se colocan directamente a lo largo de surcos hechos en la tierra. Antes de la 1:00 pm, terminamos y viajamos en su bicicleta de regreso a su casa, ubicada en la localidad de Santiago Michac. Al

llegar a casa de Alexis, ayuda a limpiar y alimentar a un par de vacas de su familia. Santiago Michac es una de las localidades más pobladas del municipio de Nativitas con cerca de 3600 habitantes. Si bien es considerada una localidad urbana, se destaca por tener una de las más importantes dinámicas agrícolas del municipio, principalmente centrada en la producción tradicional de maíz, hortalizas, frijol, amaranto y alfalfa, así como en la engorda de ganado porcino, ovino y vacuno, de este último enfocado principalmente en la extracción y venta de leche. La casa de Alexis, se encuentra a menos de 500 metros del río Atoyac, está rodeado de los ejidos de Santiago Michac, se trata de una pequeña y humilde vivienda semiconstruida de un solo piso, con un patio central en donde en una parte se localizan las habitaciones de la familia, en otra parte cuentan con un traspatio con algunos animales (vacas y gallinas), además de un pequeño granero donde almacenan la pastura y semillas de temporada (maíz, frijol, haba). Después de que Alexis se cambia de ropa, comemos un poco de huevo con frijoles y chorizo que su madre ha preparado, posteriormente salimos a comprar un par de refrescos y un poco de papas, ya que este día, él me ha invitado a pasar la tarde jugando videojuegos en una pantalla de 39 pulgadas que recién ha comprado.

Alexis tiene 18 años Rafael es el menor de cinco hermanos. Su papá es ejidatario, cuenta con dos hectáreas en las cuales cultiva normalmente maíz, calabaza y epazote, además de tener otra media hectárea rentada para el cultivo de cebada, la cual utiliza para alimentar dos vacas lecheras, un par de becerros y una yegua. La mamá de Rafael, generalmente trabaja en casa, alimentando a los animales, al igual que unas cuantas aves (pollos, totoles y gallinas), que ocasionalmente vende. Rafael estuvo estudiando una carrera técnica en mecánica automotriz (CEDIG / Puebla), pero la dejó inconclusa por trabajo. Anteriormente estuvo trabajando en un taller, aunque en la actualidad trabaja como peón o jornalero en los diversos ejidos del municipio de Nativitas. Al igual que muchos de los jóvenes de la localidad, Rafael ha socializado la actividad agrícola como parte de su cotidianidad, sin embargo, considera que esta actividad no le limita para no a ser pertenecer a un mundo más amplio o globalizado.

Pues si eso parece, aquí mucha gente se dedica al campo ¿no? muchos amigos o chavos pues somos de aquí, por lo que nos gusta el campo y a eso nos dedicamos muchos (sic) [...] pues mi jefe es campesino ¿no?, a mí no me molesta, ni me siento menos, algunos de mis amigos aquí o en Puebla, sus jefes son vendedores, ingenieros, no sé, maestros o trabajan en otras cosas, mi papá igual, así gana para mantenernos y no tiene nada de malo, yo lo haría [...] luego muchos creen que somos burros, o que vivimos así, ya sabes, como en cavernas, pero pues también vivimos lo que los demás, sabemos lo que pasa afuera, vemos y probamos lo que hay casi en todos lados, yo por ejemplo si quiero ver una película o alguna serie lo veo en internet.

Las perspectivas que se tienen de los espacios rurales, y que observan la falta de infraestructuras, comunicación y/o urbanización de ciertas localidades, harían pensar que el nivel de consumo de las poblaciones o de los mismos jóvenes suele ser del todo marginal, destinado únicamente para el mantenimiento del hogar. Bajo las mismas interpretaciones anteriores en antropológica sobre la formación de unidades familiares, nucleares o extensas, el consumo era descrito como parte integral de una estrategia de producción para la subsistencia.

Desde la perspectiva, propuesta por Eric Wolf (1975) y que fue importante para la teoría del campesinado, este definía al consumo dentro de una lógica de producción de mínimos calóricos y excedentes. En ese sentido lo más inmediato a producir y consumir, por cada miembro de la unidad familiar, es el mínimo calórico que cada organismo vivo necesita para estar en movimiento y existir. Para lograr este consumo calórico se requería, que el campesino, al ser su propio productor de alimentos, tuviera las herramientas, tierras, semillas, fuerza de trabajo y medios de producción. También se observaban otro tipo de consumos, bajo formas de abastecimiento como el fondo de reemplazo, que era aquel consumo usado para sustituir las herramientas o artículos necesarios para el trabajo y producción; el fondo ceremonial, el cual era el consumo utilizado en la socialización comunitaria (fiestas anuales, ceremonias religiosas, rituales, etc.); y un fondo de renta, aquel que era el pago hacia el compromiso que se adquiría con el uso de la tierra, que en

algunos casos se basaba en que el campesino tenía que producir una parte para él y otra parte para los dueños de la propiedad. Estos últimos fondos eran importantes, pues representaban imperativos sociales. En ese sentido, la economía del campesino recaía en torno a la familia y en toda la organización de ésta, con lo que se determinaba el número de integrantes, así como las funciones de cada uno (Wolf, 1975: 13-18).

Bajo esta interpretación, la unidad de producción en el mundo rural, era a su vez la unidad de consumo. Pues a través de un régimen patriarcal las familias campesinas formaban una comunidad básicamente “autosuficiente”. Esto marcaba una división elemental y “autónoma” del trabajo que garantizaba el autoabastecimiento de los alimentos y productos básicos. La comunidad productora era a su vez y asimismo la comunidad consumidora de sus cosechas y de la producción industrial casera. Esto hacía considerar que la producción y el consumo tenía como principal objetivo la subsistencia, lo que les “distinguía” de la lógica del mercado capitalista, en un sentido más amplio (Calva, 1998: 366).

La justificación de la unidad económica campesina por tanto se constituía en función a la producción y reproducción, social y económica. La cual partía desde el interior del grupo familiar, y que el objetivo esencial de dicha producción y reproducción, era la satisfacción de sus necesidades de consumo y no de lucro. Es por ello que para Chayanov (1974), uno de los autores más influyentes para los estudios de campesinado, el grupo familiar empleaba sus propios recursos laborales, nunca como trabajo, hasta que conseguía un ingreso anual viable que asegurara su sobrevivencia. Esto ha llevado a concebir a las familias campesinas, como una empresa de trabajo doméstico, abocadas únicamente a la reproducción familiar, a diferencia de la empresa capitalista, que ocupaba empleo asalariado, para la reproducción de capital.

Sin embargo, junto con la reestructuración económica y los reacomodos políticos, las poblaciones localidades rurales están sujetas a importantes procesos de globalización y expansión del consumo. Esto ha generado nuevas necesidades y cambios en la dieta mundial de las familias, pero de forma importante, nuevas

perspectivas y formas de relacionarse con el consumo de las generaciones más jóvenes. Esto ha provocado que los jóvenes rurales se enfrenten a una transformación de las dinámicas sociales y estilos de vida tradicionales, configurándose valores e identidades relacionados también al estilo de vida urbano. En ese sentido Alexis, como lo muestra en su cotidianidad, acompaña dinámicas de reproducción marginal, con consumos que no difieren del todo a otros jóvenes más “urbanizados”.

Pues depende, igual no vivo, precisamente en una casota o bueno, pero eso no significa que te niegues a cosas que te gusten [...] a mí me gustan los videojuegos, soy todo un gamer, desde morrito me latieron los juegos al igual que muchos de mis amigos de aquí, luego jugamos toda la tarde o toda la noche [...] pues antes jugaba en las maquinitas de aquí o cuando iba a Zacatelco en la secundaria, ya después junté con algunos trabajitos que hice con lo de los coches, ahorré y junté un poco y mi jefe me completó para comprarme un Xbox, [...] tengo ese (Xbox 360), además ya me compré hace tiempo un Play (Playstation 3), ese esta bueno porque no pagas línea, y pues nomas que mi hermano termine de pagar algo, para que me preste su tarjeta para sacar un Play 4 en Coppel [...] pues depende, luego los nuevos sí salen en un varo, \$600 o \$800, yo luego mejor los compro de segunda o los cambio (juegos), y salen pues en unos \$200 o \$300, podría instalarle el chip, pero con eso ya no puedes luego jugar en línea, y pues eso es lo chido porque todos mis amigos están ahí [...] si, bueno yo tengo internet en plan (celular), y en casa mi jefe paga internet para que estudiemos, pero bueno yo lo uso pa' jugar la verdad.

5.2. “por eso trabajas, para poder tener eso que tienen todos los demás”

Espero una mañana a Javier en el centro de Axapusco, hoy tiene el día libre y quiere ir a Ciudad Sahagún, Hidalgo a pasear un poco y ver si puede comprar una playera para su novia. Antes de ir a Ciudad Sahagún, nos dirigimos en un taxi a la cabecera municipal de Otumba, la cual se ubica a 10 minutos (8 km), desde Axapusco y a 20 minutos desde su localidad de origen, Santo Domingo Aztacameca (20 km), ya que

antes debe realizar un pago a la tienda Elektra sobre un crédito que tramitó para una pantalla de 43 pulgadas (LG). De los \$7000 pesos que la pantalla le ha costado a crédito, Javier me comenta que ha pagado un poco más de la mitad, para ello lleva cerca de un año pagando la cantidad de \$130 a la semana, lo cual en ese tiempo probablemente ya habría cubierto el costo original del precio de contado (\$5200). No es lo primero que Javier ha conseguido a crédito, en esta tienda en particular, desde hace un par de años ya ha adquirido de esa misma forma una bicicleta (Bimex, costo original \$2000 a crédito de 9 meses \$2800 aprox.), además de una consola de juegos (Xbox One, costo original \$5000 a crédito de 12 meses \$8600 aprox.). Al llegar a la tienda, nos dirigimos inmediatamente a realizar el pago en alguna de las tres cajas con las que cuenta esa sucursal, en el camino una empleada nos ofrece adquirir un celular y el trámite para ello, además de entregarnos volantes con otras ofertas de la tienda, incluida una publicidad sobre otra tienda de empeño (Prendamex), la cual también se ubica en la cabecera, cruzando la plaza a menos de 400 metros. En tanto, para llegar a Ciudad Sahagún, debemos recorrer un poco más de 20 km., donde abordamos un autobús en un viaje de algo más de 30 min. Durante el viaje Javier se comunica con su novia, a través de un Smartphone (Xiaomi) que está pagando dentro del sistema de financiación o plan Telcel a 24 meses (haciendo pagos de \$300 al mes). Al llegar a Ciudad Sahagún nos dirigimos a una tienda de deportes en donde busca y se prueba unos tenis (Adidas), además de buscar la playera para su novia. Finalmente, al no encontrar una buena oferta nos dirigimos a un tianguis, en donde después de recorrerlo un poco, Javier decide mejor comprar un pequeño peluche (\$150) que posteriormente regalara a su novia en la noche. En algún momento me comenta, que lo triste, es que, si bien le gusta comprar cosas en los tianguis, casi no hay cosas que ahí vendan a crédito, y eso le hace pensar si lo que compre vale la pena, sobre todo porque no tiene mucho dinero en efectivo para el regreso a casa.

Javier es originario de Santo Domingo Aztacameca, una localidad de no más de 3000 habitantes en el municipio de Axapusco, Estado de México. Como una buena mayoría de localidades rurales del centro del país, Santo Domingo Aztacameca presenta una urbanización irregular, por lo que en el lugar se observan

construcciones importantes cercanas al área de la plaza central y de la carretera Otumba-Tizayuca que divide a la localidad, pero que a medida que uno se aleja de estos lugares, las viviendas empiezan a ser difusas, acompañadas de grandes nopaleras o milpas, para posteriormente dar paso a los campos ejidales que les rodean. En ese sentido, si bien en los últimos años la población de Santo Domingo Aztatameca se ha dedicado al comercio, principalmente a través de negocios de comida, una de las características que se mantiene es la importancia de actividades agropecuarias para muchas familias. Donde se destaca el cultivo de nopal, tuna y maíz, así como la cría de animales de traspatio como vacas, borregos y cerdos.

Javier es el segundo de tres hermanos, únicamente estudio hasta la educación media, que no concluyo. Su papá es ejidatario y se dedica al cultivo de tuna y a la albañilería, su madre por su parte trabaja como comerciante de productos de limpieza, en un pequeño local que construyeron en la entrada de su casa. Javier trabaja 6 días a la semana en un centro de atención y venta telefónica (Call Center) ubicado en Ecatepec. El sueldo base que Javier recibe es de \$2000 al mes, que dependiendo de las ventas que pueda realizar llega hasta \$4500. Si Javier descuenta gastos y comida, el sueldo que percibe puede ser insuficiente o incluso precario, con respecto al nivel de consumo que acostumbra practicar.

Algo que se observa en diversos casos estudiados, es el aumento de las poblaciones rurales para acceder a mercados informales o de bajo costo que permite reproducir el proceso de consumo. Un ejemplo claro es observado en los jóvenes, en México, quienes acceden al consumo cultural a partir de comprar música, ropa y películas en mercados ilegales o informales. Aquí los mercados populares y los puestos de venta de copias o “piratería”, proveen los bienes necesarios o deseados en porcentajes más altos que las tiendas formales y los centros comerciales. Sin embargo, algo que sin lugar a dudas a aumentado el consumo en las localidades rurales, es el acceso al crédito.

Poco a poco uno te vas haciendo de cosas, muchas tiendas ya si trabajas te dan crédito o incluso sin trabajar solo te piden un par de referencias [...] A mí me gusta, pues me permite comprar cosas, luego uno no tiene mucho

para comprar así de primera y si puedes conseguirlo antes y pagar después esta chingón [...] lo primero que compre así, fue creo que unos tenis o una sudadera con una vecina que vendía por catálogo, y hacia tandas [...] pues por ejemplo de todos mis amigos la mayoría como yo sacamos un celular en plan (Plan tarifario), es la forma más fácil.

Si bien las poblaciones rurales, de manera general cuentan con pocas posibilidades de acceso al ahorro y a instituciones financieras de crédito, se han desarrollado instrumentos financieros informales y cada vez más algunas empresas formales que han flexibilizado sus “requisitos”, con la finalidad de “permitir” y facilitar el consumo en estos espacios. Que, a pesar del aumento del precio final de los productos, se convierten en una posibilidad alcanzable, para obtener bienes, servicios y consumos que el mercado ofrece pero que les niega simultáneamente.

Al final puede que salga más caro comprar así, pero también si no, igual nunca lo comprarías [...] Luego pues a mí no me gusta ver cosas y pensar que yo no las puedo tener, yo creo que, si puedo, basta con ir pagando poco a poco y no se hace pesado [...] Pues yo creo que por eso trabajas, para poder tener eso que tienen todos los demás, basta con ir pagando, luego ya ni lo notas que lo estas pagando y eso está bien.

Entre muchas otras estrategias de sobrevivencia, es indiscutible la presencia de los sujetos en una infinidad de prácticas de endeudamientos como los mecanismos más socorridos para enfrenta la precariedad y la escasez en la vida cotidiana. Estas otras formas de interactuar, se conjuga con medios de comunicación y ofertas del mercado, que constituyen prácticas sobre los actuales grupos sociales, etnias y regiones que ante este proceso han adquirido significados diferentes para su vida cotidiana. En ese sentido tampoco se debe pasar por alto, que la posibilidad de acceso al consumo hoy, está limitado a la capacidad de acumular capital. Si bien hay una apertura hacia un proceso global de consumo para las poblaciones rurales, este es notoriamente inferior, dado que una de las características históricas de estos espacios ha sido la marginación y la pobreza estructural. Como también lo ha mencionado Bauman, “los pobres no habitan una cultura aparte de la de los ricos, deben vivir en el mismo mundo, ideado para beneficio de quienes tienen dinero”

(Bauman, 2003: 68). Por lo que sus necesidades y perspectivas de vida quedan subsumidas a los ingresos atribuidos de diversas formas en el trabajo, pero también a las diversas posibilidades que se tengan de consumir. Lo cual no limita del todo la posibilidad de consumir, sin embargo, si excluye de la misma capacidad de relacionarse o integrarse de otros grupos y clases sociales con más capital.

5.3. “soy pobre pero amable, dinero no tengo, pero mala vida no me doy”

Nos desplazamos de San Miguel del Milagro a las 11:00 am., hacía un viaje de 25 kilómetros y aproximadamente una hora y media de duración. Primero abordamos un autobús hacia San Miguel Xoxtla y posteriormente una camioneta de transporte hacia Galerías Serdán, un centro comercial ubicado en el norte de la ciudad de Puebla. Sara está impaciente pues hoy es su día libre y hace días recibió una notificación en su celular sobre el inicio de rebajas de la tienda *Pull & Bear*. Durante todo el trayecto, Sara se comunica con amigas y amigos para reunirnos con ellos más tarde. Han acordado pasear un poco e ir posiblemente al cine y/o comer algo. Antes de la 1:00 pm nos encontramos recorriendo los pasillos de Galerías Serdán. Si bien Sara me ha dicho qué quiere comprar, recorreremos una por una las tiendas para mirar ropa. El centro comercial tiene las mismas características de espacios similares dentro de la Ciudad de México y grandes capitales del país. Se construyó en el 2013 en una zona popular, en un inicio para competir con la zona financiera, residencial, comercial y de negocios de la Angelópolis de Puebla, pero el desarrollo inmobiliario no se logró impulsar del todo. Como fue originalmente planeado. Aun así, la oferta en servicios y consumo del centro comercial es importante y, en algunos casos, va más allá del poder adquisitivo de la población de las localidades cercanas. En una construcción de tres plantas se ubican las principales tiendas de ropa y calzado (como: Adidas, American Eagle, Berskha, Pull & Bear, C&A, GAP, H&M, Scappino, Vans, Sketchers, Zara, etc.); tecnología y telefonía (iShop, Steren, Samsung, Telcel, Movistar, AT&T, Game Planet, etc.), comida rápida y entrenamiento (Burger King, Carls Jr., Chilli's, Domino's Pizza, Starbucks, Cinepolis, etc.); así como bancos, joyerías y otros servicios reconocidos en México. Después de dos horas en las que se han integrado de a uno a uno tres amigos de

Sara: Jazmín y Noé (19 años), Lorena (20 años), Y se ha entrado a 10 tiendas para observar e intentar compra algo, finalmente nos dirigimos a Pull & Bear. Entonces Sara busca la prenda que le interesa y, después de probarse, decide no comprarla, pues esta pieza no cuenta con descuento y no tiene el dinero suficiente para adquirirla (el costo era de \$400). En su lugar deciden ir al cine. Sin embargo, sus amigos Noé y Lorena se han quedado también sin el dinero necesario, pues en el transcurso del paseo fueron gastando en algunas cosas (recargas de celular, dulces, una playera) y, si bien podrían pagar la entrada (\$50), Sara me dice que no alcanzaría para comprar palomitas, bebidas o algo más (\$60 por persona) y, en ese sentido, ellos mencionan que “no tiene caso entrar”. Al final, Sara prefiere invitar a todos a un helado (\$120) y, después de recorrer el lugar un poco más, Sara y sus amigos se sientan en una jardinera a observar a las personas pasar con sus compras y sus bolsas. Platican entonces sobre qué se podría comprar y de qué lugar es mejor para hacerlo, de cómo visten las personas y de cómo se verían ellos con ciertas ropas, qué marcas son mejor y de cuáles nunca comprarían. Salimos de Galerías Serdán a las 7:00 pm., el regreso es más complicado pues hay que pasar por la zona conurbada San Martín Texmelucan, así que se hacen un poco más de dos horas de vuelta hasta San Miguel del Milagro. Al final, Sara se lamenta por no comprar lo que quería y porque mañana tiene que levantarse temprano a trabajar, pero me dice que el próximo mes o antes, ahorrará lo suficiente para conseguir la blusa que desea comprar

Sara tiene 19 años y es originaria de San Miguel del Milagro, una de las localidades con mayor reconocimiento del municipio de Nativitas en el Estado de Tlaxcala, debido al santuario que lleva el mismo nombre y los sitios arqueológicos de Cacaxtla y Xochitecatl. La localidad tiene una geografía particular al ubicarse en la parte alta de un cerro desde donde se aprecian los volcanes Popocatepetl e Iztaccíhuatl, así como el de La Malinche. En la actualidad, San Miguel del Milagro tiene cierto nivel de urbanización y una importante dinámica de comercio debido a que el Santuario, construido en el Siglo XVI, ha sido atractivo históricamente para el peregrinaje y, actualmente, gracias al aumento del turismo religioso de la región.

Es por ello que se han expandido algunos negocios como tiendas de abarrotes y comercios de comida. Sara es la menor de tres hermanos, su padre es ejidatario y, al igual que muchas familias de San Miguel, se dedica al cultivo de amaranto, mismo que vende una parte de la producción y la otra la usa para elaborar dulces. La madre por su parte, se dedica a la venta de comida casera (tacos, quesadillas, gorditas, caldos, etcétera). Sara terminó la preparatoria, pero ya no quiso seguir estudiando pues comenta que se aburría. Comenzó a “ayudar” desde los 12 años en el negocio de su madre, lo que le confirió cierta autonomía en el sentido de tener algunos ingresos propios. Sara se emplea con su madre seis días a la semana y algunas veces trabaja como demostradora o ayudante en general de tiendas comerciales. En promedio puede ganar por todos esos trabajos entre \$900 o \$1200 al mes.

Si bien se podría considerar que el grado de trabajo y socialización de Sara se suscribe directamente a las características alguna vez mostradas del trabajo de una unidad familiar tradicional, donde todos los miembros del grupo ayudan para el mantenimiento de la casa, se observa que, muy por el contrario, al igual que otros jóvenes, los espacios de experiencia cotidiana se han ampliado y el destino de los ingresos, así como la percepción que se tiene de la cotidianidad, es muy diferente.

“Pues sí mi familia es de pueblo, pero yo no me considero tan así [...] antes la gente de aquí no salía más que a la plaza, hoy nosotros podemos ir a otros lugares además de que ya no somos iguales a los papás [...] yo empecé a ayudar y a ganar algo de dinero desde niña, así me empecé hacer de cosas, me compré mi primer celular a los 15 (años), aún aunque mi mamá no quisiera, ahí empecé a ver que a diferencia de ella yo podía tener y querer otras cosas [...] Yo tengo redes sociales como todos (jóvenes), si no tienes pues como que no existes, o no puedes luego hacer amigos [...] yo soy muy amiguera en ese sentido, en el Facebook, he de tener como 900 o casi 1000 amigos, algunos son de por aquí y otros amigos que he conocido de otros lugares o países [...] me gusta ver las fotos, ver videos y subir mis fotos, luego si me fijo en como visten o cómo visto yo y eso, cosas como nuevas, luego ves lo que está de moda y pues lo buscas (sic)”.

En ese sentido, los medios de comunicación, en especial el acceso a internet que es experimentado por la mayoría de jóvenes de las localidades, se han convertido en importantes referentes tanto de distinción como de identidad. Se puede coincidir que la tecnología ha permitido el acceso a un consumo global, generando referentes hacia nuevas dinámicas y posibilidades de integración a una sociedad mayor como parte de las juventudes rurales contemporáneas.

“Mi celular lo compre a crédito, aun me falta un año pero me ha funcionado bien [...] Trabajaba entonces en Zacatelco, un día pasé (por la tienda Elektra) y me lo ofrecieron, ya lo había visto antes pero hasta esa vez me animé, fue muy fácil y no tuve que dar mucho [...] no recuerdo cuanto costaba así de contado, a crédito pues subió un poco más (El costo al contado del celular de Sara era de \$2700, a crédito ella estará pagando al final \$4000, en cuotas semanales durante 24 meses) [...] A mí me gusta mucho la ropa, incluso mis amigos me dicen que soy presumida, pero no, simplemente me gusta verme bien [...] pues ya mucha (ropa) de la que me gusta la encuentro en la ciudad (Tlaxcala / Puebla), o incluso por aquí hay una vecina que vende por catálogo, está buena, la da a pagos y es de la que anuncian en tele o de la que sale en internet [...] pues yo ya no veo así como de pueblo, aquí hay algunas familias, pero incluso es diferente no, aquí ya podemos tener cosas como en otros lados [...] puedo decir que soy pobre pero muy amable, dinero no tengo, pero mala vida no me doy (sic)”.

Sin embargo, esta integración no deja de ser parcial y limitada a las posibilidades reales de consumo, dando paso a espacios rurales segmentados por consumos precarios, para economías y trabajos de igual forma precarios. Como también se ha observado en otras investigaciones, podemos encontrar que se produce un consumo supeditado a la deuda, en el cual las instituciones de crédito juegan un papel “apropiado” dentro de tiendas departamentales “accesibles” para la compra de teléfonos celulares, computadoras, tablets, ropa, electrodomésticos, autos, etc. Finalmente, pese al aumento del precio final de los productos, este tipo de “facilidades” se convierten en la única posibilidad de acceso real al consumo, aunque en el fondo esto genere mayor precarización y endeudamiento continuo.

5.4. “si se vive al día, por lo menos hay que disfrutarlo o ¿no?”

Nos levantamos a las 4 de la mañana para empezar a segar y recolectar tuna. Antes de las 6 de la mañana hemos llenado 10 cajas de 15 kilos, las cuales son cargadas en una camioneta que alquila un vecino. En ella, se juntan cajas de otros dos ejidatarios del lugar y se hace un recorrido de 40 kilómetros desde Cuautlancingo, Otumba hasta la Central de Abastos de Ecatepec, Estado de México, donde se va dos o tres veces a la semana durante la temporada de cosecha que es de julio a septiembre, y es uno de los tres lugares que frecuentemente se vende el producto. Salimos de la localidad a las 6:30 am. El trayecto es de una hora aproximadamente. Nos acompañan además del conductor (35 años), otros dos jóvenes de la localidad (19 y 23 años) que, al igual que Oscar, van en busca de vender sus cajas de tunas. Duermen un poco en el camino antes de llegar a la central de abastos, al llegar Oscar descarga y busca al locatario que le ofrezca mayor precio, una vez que coloca la mercancía con el mejor postor, hace una espera de dos a tres horas en lo que recibe el pago de 10 cajas (\$1000). Durante ese tiempo Oscar desayuna algo ligero (\$20) y recarga crédito en su celular (\$50). Mientras tanto, esperamos, Oscar revisa sus redes sociales y hace un par de llamadas, los demás aprovechan para comprar algunas cosas y convivir con los locatarios de la central. Antes de regresar, Oscar pide pasar a un lugar cerca de ahí a comprar «algo». Regresamos a Cuautlancingo antes del mediodía. Cada uno de los jóvenes ha pagado \$100 al conductor por el alquiler, Oscar entrega \$600 a su padre y se queda con \$300 por el trabajo realizado de cortar, recolectar y vender las cajas. Después nos dirigimos a la tortillería de su madre en donde, mientras ella va a preparar la comida, Oscar se encarga del negocio y de realizar algunos encargos. La madre de Oscar regresa a las 2:00 p.m. y él sale a repartir tortillas a 5 lugares diferentes, aunque por esta actividad no recibe dinero. Después de comer en casa de Oscar, salimos a encontrarnos, en la plaza principal, con otros jóvenes de la localidad a eso de las 6:00 pm. La expareja de Oscar lo encuentra ahí y él le da \$200 para su hijo. Después de las 7:00 pm algunos se retiran y otros van llegando con bebidas (refrescos y cervezas). La mayoría viene de trabajar como ayudantes generales, auxiliares en comercio y como jornaleros agrícolas. Antes de las 10:00 pm., Oscar ha comprado un par de cervezas de lata

(\$40) y han acordado ir a un jagüey (pozo de agua natural) desecado a las afueras de la localidad. Alrededor de este, algunos jóvenes beben, otros fuman tabaco o marihuana, y alguno que otro, como Oscar, se ha tomado la cerveza, aplasta la lata, hace un orificio y saca de sus bolsillos un par de “piedras” que ha comprado anteriormente para inhalar: Estas le costaron \$200. Oscar va a dormir a las 1:00 am., antes coloca el despertador de su celular a las 4:00 am., pues mañana habrá de hacer la misma jornada.

Oscar tiene 22 años y vive en la localidad de Cuautlacingo, dentro del municipio de Otumba, Estado de México. Es el segundo de tres hermanos, su familia cuenta con un ejido que dedica en su totalidad al cultivo de nopal y tuna. Además, desde hace 10 años la familia se hizo de una pequeña tortillería que administra la madre. Oscar estudió únicamente la primaria, y hace cinco años tuvo un hijo con una mujer de la que se encuentra separado. Desde los 8 años Oscar comenzó a trabajar con su padre cortando y limpiando nopal. En la actualidad, ayuda a su familia por la tarde haciendo algunos repartos de la tortillería, sus fuentes de ingresos se encuentran en la venta de nopal y tuna durante la temporada, así como en diversos empleos el resto del año como albañil, ayudante general, comerciante, mesero, jornalero, etc.

“Luego pues no es que no me guste el nopal o la tuna, luego sí sale pero pues ahí vas al día, te sale para tus gastos y ahí es una corta, yo siembro aparte unas melgas, tú sabes, te vas metiendo para tener más, pero no siento que sea campesino como algunos dicen, que nomás trabajo para comer y así [...] pero aquí los que pueden hacer son los productores, que pueden ir al mercado, aquí hay mucha gente que son productores, la mayoría son productores, pero muy pocos tienen mercado [...] así que para que te salga debes ser aparte coyote (se les dice a los acaparadores de productos), entiendes pues, vender tus mismas cajas, así sí sale, una caja de tuna de la aguacatera (tuna grande) ahorita está en \$100, como coyote ya nomás te dedicas tempranito venir por 100 o 200 cajas, las subes, las llevas aquí y ya a medio día estas de regreso con un cambio (dinero) (sic)”.

Algo que se observa en la perspectiva de los jóvenes que viven en espacios rurales que siguen empleándose y a la vez permanece en contacto con la agricultura, es el cambio en el sentido que se le otorga a esta actividad, si bien se sigue trabajando el campo, ya no se consideran campesinos. Ahora la finalidad de esta actividad es obtener no sólo un sustento económico sino en lo posible una mayor acumulación, así como la posibilidad de tener otro tipo de consumos.

“Pues aquí todo mundo se mete cosas (alcohol y/o drogas) igual está mal, pero bueno si todos lo hacen porque yo no, además cada quien es responsable de su vicio [...] claro si fuera rico, me metería hartas líneas (cocaína) y chuparía puro Azteca de Oro o Don Julio (marcas de bebidas alcohólicas reconocidas por su alto costo comercial) [...] pues qué nos queda, aquí los de Cuautla estamos bien jodidos, a veces hay algo, a veces no hay nada, por lo que, si se vive al día, por lo menos hay que disfrutarlo o ¿no? (sic)”.

Por tanto, el cambio se observa no sólo se da en el sentido de la percepción económica, sino en el mismo propósito de los ingresos y del consumo. Bajo la idea clásica del consumo, la posibilidad de propio ingreso era destinado a la reproducción de la familia. Sin embargo, como se observa en la mayoría de los relatos, los consumos cada vez son más individualizados. Si bien algunos estudios han mencionado el alcoholismo como un problema tradicional de consumo de las sociedades campesinas de México (Caetano, 1982; Natera, 1987), cada vez más otros tipos de adicciones se han hecho presentes (Saviano, 2015). Estos consumos, si bien pueden ser diferentes al de las poblaciones en espacios urbanos, cada vez más aparecen en la cotidianidad de los jóvenes rurales. No podemos parar por alto que el consumo no puede abstraerse de las relaciones sociales que le producen. Las cosas, físicas o materias, poseen significado y pueden expresar relaciones sociales y luchas por el poder porque éstas cristalizan justo en los objetos y su consumo (Narotzky, 2004: 161).

5.5. “Tienes que tener dinero pues los mejores bailes se hacen lejos de aquí”

He quedado con Aurora a las 5 pm., en la iglesia de la localidad de Jesús Tepactepec. Hoy hay “baile” en San Mateo Ozolco, localidad ubicada a 42 km del lugar, en las faldas del Volcán Popocatepetl, dentro del estado de Puebla. Juan (23 años), un amigo de la localidad que toca en un grupo de música de banda, se presentará esta noche, nos ha invitado y nos llevará en su auto. Vamos acompañados además de otras dos amigas de Aurora (19 y 21 años). A San Mateo se hace aproximadamente una hora de viaje desde Jesús Tepactepec. En el auto las conversaciones tratan sobre los lugares que vamos dejando atrás, sobre amigos y fiestas pasadas, además de los familiares que se podrían encontrar y la gente que preferirían no ver, aunque la mayor parte del tiempo, incluso Juan que va manejando, van comunicándose o mirando sus celulares. Todos han tenido cuidado con su aspecto personal, de tal forma que Aurora y sus amigas llevan ropa recién comprada o con poco uso para tal ocasión. Específicamente, consiste en jeans de mezclilla con aplicaciones de color o incrustaciones, blusas o camisetas vaqueras ceñidas, maquillaje y accesorios (aretes, cadenas, pulseras la mayoría de bisutería). Incluso Aurora y Juan llevan texanas (sombreros). Ellas llevan tacones altos y Juan botas de piel. En su conjunto, cada “*outfit*” (vestimenta) tiene un costo promedio de \$1000 a \$1500. En el camino vamos escuchando música (principalmente de Banda Sinaloense), y bebiendo cerveza de lata (\$150), además de que, en el camino, se ha comprado también una botella de ron (\$200). Antes de las 7 pm hemos llegado a San Mateo Ozolco, en donde se celebrará un rodeo con motivo de las fiestas patronales. Hay mucha gente esperando a entrar en una carpa que se ha puesto casi a la entrada de la presidencia municipal. Aurora y sus acompañantes, debido a que vamos con Juan que tocará como integrante de un grupo de Banda, dentro de unas horas, se autonombren VIP. Por tanto, podemos pasar a una parte acordonada del escenario más exclusiva, en donde hay mesas preparadas para los músicos, autoridades, organizadores y sus familias. Desde ahí, Aurora y sus amigos, además de socializar, escucharán música y bailarán al igual que la mayoría de los asistentes. El contraste que se observa es interesante, pues San Mateo Ozolco es una pequeña

localidad de origen nahua que se ha caracterizado por su tradición agraria, en donde destaca la producción de pulque, elaborada por casi la mitad de las familias de la comunidad, lo que les ha llevado a realizar desde cada año una fiesta dedicada a dicha producción. Sin embargo, también desde hace tiempo, una de las principales fuentes de ingreso son las remesas de los migrantes jóvenes y adultos de la localidad que se encuentran en Estados Unidos. Así, en el baile se encuentran personas que son productores campesinos; otros, principalmente los más jóvenes, visten ropa de marca americanas e interactúan todo el tiempo con celulares de gama media y alta; algunos toman apenas una cerveza o tienen envases de plástico con destilados de baja calidad y otros consumen botellas de alto costo, generando en el lugar una mezcla entre precariedad y exceso de consumo. En ese sentido, Aurora manifiesta por lo menos en su presentación y ciertas acciones, privilegios y distinciones diferentes. Esto es algo que sale a relucir por momentos durante la presentación de Juan, pues Aurora y sus amigas durante todo ese tiempo se dedican a criticar a aquellos que no “visten” bien y que no pueden estar dentro de la zona VIP.

Aurora tiene 19 años y es originaria de Jesús Tepactepec, una de las localidades más representativas dentro del municipio de Nativitas porque mantiene una importante economía agrícola. En la actualidad, la localidad presenta un desarrollo urbano importante, pues se ha ido colindando con las localidades de Santo Tomas La Concordia, así como con la cabecera municipal de Santa María de Nativitas, Tlaxcala. Se observa una estructura urbana más como de una colonia que de un pueblo, misma que ha crecido entre dos importantes vías de acceso del municipio, que van desde la cabecera municipal hasta Tlaltenango, Puebla, y que anteriormente era la salida natural hacia los ejidos.

Desde hace más de 10 años la población de Jesús Tepactepec ha diversificado sus actividades económicas; aunque muchas de las familias aún mantienen cierta producción agrícola centrada en el cultivo para forrajes, engorda de ganado vacuno y venta de leche, también ha ido ganado importancia el comercio formal e informal, así como el trabajo en sector servicio. Al igual que muchas de las

localidades de la región, aun imperan autoridades tradicionales y los sistemas de cargos, una cotidianidad que se complementa con celebraciones comunitarias y religiosas, como son carnavales y fiestas patronales.

Aurora es la tercera de cuatro hermanos. Su familia cuenta con un par de terrenos ejidales dentro de la localidad. Su padre se dedica al cultivo de maíz forrajero, además de contar con algunas cabezas de ganado vacuno que utiliza para la producción de traspatio (venta de leche y queso principalmente). Su madre, por su parte, cuenta con una pequeña tienda de abarrotes. Para Aurora la actividad agrícola ha sido siempre parte de su vida, pues desde pequeña ha ayudado a su familia con algunas actividades dentro del ejido o del traspatio. Sin embargo, en este momento ella está también estudiando una licenciatura en derecho en la Universidad Autónoma de Tlaxcala, además de tiene un empleo los fines de semana en una tienda departamental en la localidad de Zacatelco, Tlaxcala.

Todos los días Aurora se levanta a las 5 am para limpiar y recoger los desechos de las vacas que tienen en su traspatio, sale de su casa a las 7 para viajar 18 km hacia la capital del estado, en donde tiene clases en la Universidad de 8 am a 2 pm de la tarde. Regresa a su casa a ayudar con algo del mantenimiento de la casa o en la tienda de su mamá. Los fines de semana, realiza otro recorrido de 16 km, para trabajar en una tienda de electrónicos en Zacatelco. Al respecto, considera que para los jóvenes de Jesús Tepacteppec, si bien las actividades y el trabajo agrícola son parte también de una forma de vida, cada vez más ellos deben emplearse en otras cosas que les permitan tener mejores ingresos. Y si bien algunas de las familias como la suya cuentan con un ingreso importante a través de la misma actividad agrícola, considera que mucho de eso alcanza para algunas necesidades de las familias, pero no cubre la de los jóvenes hoy en día.

“Aquí todos somos gente de campo, como mis padres y mis primos, aunque pues también estudiamos para poder hacer otras cosas [...] A mi familia le va bien con el negocio y lo de los animales, pero por ejemplo si yo quiero algo, más allá de lo que me dan para la universidad tengo que conseguirlo de otra forma [...] Trabajo por eso los fines de semana, así ya me puedo comprar mis cosas [...] pues tú sabes, lo que nos gusta a nosotras las chicas,

ropa, lociones, cosas para el pelo, uno que otro detalle así como para vernos bien, yo en la carrera luego debo ir bien arreglada pues es importante que en la universidad te vean que tienes cosas y que no soy pobre nomás porque mi familia tiene animales [...] pues te digo, sí alcanza pero pues no para todo, hay muchos chavos como mis primos que tuvieron que dejarlo ya que no les salía para comprar o salir de fiesta, y no porque no sea bonito vivir del campo, pero igual luego no deja, por lo que muchos por eso lo dejan y mejor se consiguen un trabajo en otro lado (sic)".

Si consideramos al consumo como un proceso social en el que se integran formas de producción de subjetividad y de reproducción objetivas de existencia, podemos entender la generación también de las diferencias entre identidades y clases sociales. De tal forma, la interacción entre medios de comunicación y ofertas del mercado, constituyen prácticas de consumo que a los jóvenes les constituye significados diferentes para su forma de actuar en la cotidianidad.

"Aquí es todo aburrido, sí es divertido luego salir con la gente a la iglesia o la feria que se hace, pero tampoco hay mucho [...] A mí me gustan muchos los bailes, pero para asistir a ellos pues tienes que tener dinero pues los mejores se hacen lejos de aquí, por eso si trabajas pues es más fácil que vayas y pues también, no es que una vaya nomas a ver que se encuentra, también pues puedes comprarte una botella o tan sólo si quieres que un chico guapo te preste atención, te tienes que ver bien ¿no?, no que así toda pobre ni te ven (sic)".

Como es propuesto por Saraví (2015), el consumo no solo refleja las desigualdades de clase, sino que las establece y construye. Así, en cuanto a las especificidades y contrastes entre los estilos de vida de los sectores más privilegiados y los menos favorecidos, el consumo supone posibilidades y oportunidades para los primeros, y restricciones y limitantes para los segundos. Como se ha mencionado en este trabajo, estas distinciones son el sistema por el cual las identidades personales y colectivas se negocian en la práctica, donde la atribución de la identidad contribuye a reproducir, a través de un sistema de representación, los mecanismos de su propia dominación y fragmentación de clase.

Conclusiones: Una etnografía de sujetos de allá para acá.

Las discusiones en torno del sistema económico neoliberal en la última década han puesto de manifiesto que gran parte de su “éxito” ha sido convertir en hegemónico el discurso por el cual los problemas políticos y los derechos sociales son transformados en problemas individuales, cuyas soluciones se hallan en el mercado. Esto se manifiesta en realidades cotidianas, en las que los vínculos sociales se han fragmentado de sentido y han transformado las poblaciones, quienes asumen las desigualdades de sus sociedades como naturales y estrictamente individuales. Es por ello que la capacidad de existir no depende directamente de imposiciones macroeconómicas, no se visualiza que se trata del deber que tiene el Estado, sino que la responsabilidad pasa por las prácticas, dinámicas y trayectorias que articulan los sujetos para poder vivir y reproducirse socialmente todos los días.

El neoliberalismo ha asignado a los sujetos formas de existencia que implican forzosamente desarrollar una gran capacidad de movilidad y flexibilidad. Es por ello que David Harvey ha afirmado que las prácticas espaciales y temporales nunca son neutras, partiendo de que todas las dinámicas cotidianas siempre expresan algún tipo de relación social basada en intercambios desiguales. El actual sistema de acumulación flexible o neoliberal, ha forzado a los sujetos a la incorporación productiva subordinada a mercados de trabajo cada vez más precarizados, bajo una dialéctica socioespacial de movilidad (Harvey, 2008: 248). Dicha movilidad forma parte de la organización espacial de la producción y resulta ampliamente rentable pues se articulan condiciones desiguales constituidas social e históricamente, como pueden ser la de edad, género y clase social.

En este trabajo puedo llegar a concluir que la movilidad, al menos la contemporánea, constituye un aspecto inherente al ser humano, pues es resultado de las diferentes estrategias de reproducción social a lo largo de la historia, constituidas a partir de diferentes desplazamientos en torno a procesos del desarrollo económico y tecnológico de las sociedades. En ese sentido la desigualdad es consustancial al sistema neoliberal actual, el cual necesita de

sujetos que han interiorizado y subjetivado socialmente los regímenes de movilidad y de precarización de la vida. Esto se debe a que, desde un principio, las dinámicas de movilidad están íntimamente ligadas con los espacios en donde se desarrollan. He observado en este estudio que la ruralidad y exclusión socio-espacial se han convertido en factores constitutivos de las experiencias de movilidad de las poblaciones rurales y de todos aquellos que participan de la movilidad.

Las historias y relatos que son producto de la etnografía multisituada de los sujetos, reflejan la existencia de espacios rurales que reproducen las condiciones estructurales de vida de la población rural del centro de México, en especial de las y los jóvenes. En estas condiciones la desigualdad social se encuentra en innumerables situaciones cotidianas. Así, la movilidad no se aleja de esta realidad, y permite comprender que los deseos individuales están modelados por factores sociales que reproducen diversas desventajas. Entre estos factores, las diferencias de clase social juegan un papel preponderante en la experiencia de movilidad, en la búsqueda de mercados heterogéneos de trabajo, de espacios de consumo y de trayectorias educativas. Las desigualdades socioespaciales se relacionan con el acceso espacio-temporal diferenciado, pero también con la experiencia de la exclusión o explotación dentro de la propia movilidad.

La precariedad en las trayectorias de movilidad queda reflejada en diversas realidades que originan el desplazamiento, en donde se articulan las condiciones de trabajo, la capacidad de consumo y el desarrollo educativo. Los trayectos permiten observar elementos que van más allá del tiempo de viaje, pues la organización del viaje y la llegada al destino son parte de la experiencia de movilidad. En este contexto, el análisis de las trayectorias permite concluir, como señala Harvey (2015), que las desigualdades materiales están ligadas al espacio construido y vivido de manera diferencial.

No es casualidad que las transformaciones dentro de la ruralidad contemporánea han constituido precisamente los factores diferenciadores de la población más joven. Es por esto que, lo que considero como juventud rural está lejos de caracterizarse por su homogeneidad, como lo han hecho estudios

anteriores que encasillaban a la población de manera general en categorías determinadas, como campesino o indígena, invisibilizando el papel de distintos sujetos dentro de la estructura tradicional de las poblaciones rurales. Hoy más que nunca, como se observa en los casos y en las estadísticas mostradas, se ha generado una mayor desarticulación e interés de la actividad agrícola por parte de las y los jóvenes. Por tanto, la juventud de los espacios rurales se enfrenta a la disminución de prácticas agrícolas, que se vincula al incremento de la pobreza, el desempleo, informalidad y precarización laboral, a una disminución o falta de acceso a servicios de salud, la atenuación y/o mercantilización del sistema educativo. Al mismo tiempo, se halla expuesta cada vez más a los ambientes de violencia, inseguridad y a relaciones delictivas.

La juventud ha sido mayormente retratada y estudiada desde una mirada urbana, existiendo pocos ejercicios que la abordan desde la especificidad del contexto rural y que la consideren como una categoría socialmente construida y, como tal, dependiente de los contextos socio-históricos y culturales en los que esta se sitúe. En tanto, este trabajo, por tanto, considera concluir que no existe una única forma de ser joven en el espacio rural, muy por el contrario, se ha mostrado y se observa una multiplicidad de formas de vivir. Su inserción laboral como responsabilidad en la reproducción social de las familias, hace que la juventud rural pierda el reconocimiento explícito y conciencia determinada sobre esta etapa, de manera que resulta difícil identificar, con cierto grado de universalidad, un período de juventud con las características que se le suelen asignar a quienes definimos como jóvenes. Sin embargo, justo estas transformaciones del espacio rural han permitido la emergencia de sujetos con rasgos propios y que permiten diferenciarla de otras etapas, como la niñez y la adultez.

Dentro de la heterogeneidad de estos sujetos rurales, la juventud se asocia a edades que podrían identificarse más con la niñez, pero contrario a los derechos que habitualmente se asocian con la infancia, en los espacios rurales estudiados el inicio de la juventud se considera cuando el sujeto asume nuevas responsabilidades y obligaciones. Dada la importancia que tiene la reproducción social de todos las y

los miembros que constituyen las familias, las y los jóvenes consideran el desarrollo de actividades claramente diferenciadas, proceso que tiene una significación estructural dentro de un sistema socio-económico que los asimila a través de las trayectorias de trabajo.

La familia juega un papel importante en la socialización del trabajo y en la manera de asimilar al mismo tiempo su precariedad y flexibilidad. De tal forma que las y los jóvenes aceptan como legítimas las condiciones precarias en un contexto en el que se combinan, tanto la necesidad de ganarse la vida, como la entrada en el mundo de las decisiones en “libertad” que supone el consumo, aunque este sea de baja intensidad y lleve al endeudamiento y, con ello, a la necesidad de seguir trabajando (Salas, González de la Fuente y Hernández: 2017: 571). Esto, como he trabajado anteriormente y se observa en los casos estudiados en esta investigación, genera esquemas de percepción que incorporan disposiciones laborales precarizadas, en las prácticas cotidianas que dan lugar a un sujeto neoliberal, es decir un joven que lúdicamente aprende a ser explotado mientras se desplaza a lo largo de diversos espacios del centro de México en búsqueda de trabajo y consumo y, a su vez, se asimila a las posibilidades de ser joven.

Si se considera que la propia categoría de juventud, desde un principio se ha asociado al surgimiento del capitalismo, en la actualidad, bajo el proceso neoliberal, se ha vuelto necesaria como una categoría de la fuerza de trabajo, renovable y desechable, bajo condiciones de precariedad laboral y flexibilidad y, además, como muestran los casos presentados en esta investigación, por su participación en trayectorias propias de consumo. En ese sentido, no se debe pasar por alto que la posibilidad de acceso al consumo, que de igual forma se socializa entre los amigos y sus pares en diferentes espacios de convivencia cotidiana, hoy en día está limitada a la capacidad de poder acumular capital. Consecuentemente, las necesidades y perspectivas de vida quedan subsumidas a la capacidad de generar ingresos atribuidos a las diversas formas de trabajo, el cual es particularmente flexible, terciarizado y precario en el caso de las y los trabajadores jóvenes.

Lo anterior no limita del todo la posibilidad de consumir. Hemos registrado que el consumo es una de las principales motivaciones para insertarse a temprana edad al trabajo remunerado, sin embargo, excluye la posibilidad de relacionarse o integrarse a otros grupos y clases sociales con más capital. Si bien hay una apertura hacia un proceso global de consumo, para sujetos como las y los jóvenes rurales, este es notoriamente inferior al de la sociedad en general, dado que una de las características históricas de estos espacios ha sido la marginación y la pobreza estructural. De hecho, como también es mencionado por Bauman (2003: 68), los pobres no habitan una cultura aparte de la de los ricos, deben vivir en el mismo mundo, ideado para beneficio de quienes tienen dinero.

El consumo observado en la subsistencia, basado en la homogeneidad y solidaridad, ha dado lugar a prácticas en contextos de mercados de trabajo segmentados y de procesos productivos flexibles e informales (Narotzky, 2007). No se debe olvidar, como se ha revisado previamente, que el consumo también es una expresión de la posición en la estructura social. En una sociedad capitalista de mercado, lo que se compra, cómo se compra y dónde se compra tiene una relación directa con la capacidad económica de las personas (Saraví, 2015: 193) y, puedo agregar, que también con la posición de clase. De esta manera, las y los jóvenes en espacios rurales, en su consumo precario, reflejan las desigualdades sociales, porque expresan las diferentes formas de usar y apropiarse de diferentes bienes materiales y simbólicos, así como también las relaciones que experimentan y reproducen para poder participar del consumo.

No se debe pasar por alto que las actuales formas de interactuar con los medios de comunicación y ofertas del mercado, como se observa con el uso del teléfono celular o smartphone, constituyen prácticas de consumo que invitan a reflexionar sobre los actuales grupos sociales, etnias y regiones que frente a estas prácticas han desarrollado significados diferentes para su vida cotidiana. Esto conlleva a concluir, como se observa en los relatos, que existe una movilidad, interacción y uso de tiempo libre diferente, que en los espacios rurales no existía o no era visible. Cabe destacar entonces que la apertura ante este proceso de

consumo, ha sido acompañada de la reducción del trabajo agrario. Así, la lógica de reproducción que en el pasado era observada en las familias rurales, ha sido transformada por las propias dinámicas del mercado de trabajo del capitalismo neoliberal.

También se puede concluir que hoy la participación en el consumo ha llevado a la precarización, flexibilización, terciarización e informalidad de las familias. Al igual que las urbanas, las poblaciones rurales se enfrentan a la articulación de novedosas formas de consumo, las cuales ya no están ligadas a las necesidades básicas de subsistencia, sino al producto de actuales procesos sociales de mercantilización y de adscripciones creadas por el acceso cada vez mayor a tendencias impulsadas de forma global, con intereses de mercado claramente impulsados por diferentes industrias. En este estudio se ha observado cómo las y los jóvenes de espacios rurales se han integrado a trayectorias tempranas de flexibilidad y precarización, necesarias para consumos parciales y también precarizados, necesarios para generar las posibilidades de adscripción y pertenencia a este mundo que se les presenta de forma desigual.

Otro hallazgo relevante que constituye el punto de reconocimiento de esta etapa de juventud es la posibilidad de trayectorias educativas, en particular las expectativas en relación con la expansión de la escolarización a nivel básico y medio-superior entre las poblaciones rurales. Al analizar las diferencias en el acceso entre jóvenes urbanos y rurales, no se debe pasar por alto que, si bien la brecha educativa ha disminuido, en términos generales se mantiene un marcado diferenciador a partir de la clase social y los recursos económicos, culturales y sociales con los que cuentan las familias para que las y los jóvenes rurales puedan acceder a mejores niveles de educación.

Con base en esta investigación se muestran desigualdades estructurales entre el espacio urbano y rural. Históricamente, las tasas de ingreso y egreso educativas son reducidas, pero en los territorios rurales son más escasos los accesos a la educación. Este acceso, para ser “exitoso”, requiere de condiciones sociales preestablecidas, de manera que un joven que pretenda continuar una

formación universitaria, debe interiorizar y reproducir un sistema de competencia de mercado establecido por un principio de acceso privilegiado a través de recursos propios. Diversas estrategias profundizan la desigualdad, dependiendo de qué familia cuenta con los recursos necesarios para proporcionar a los hijos las posibilidades de continuar en un centro educativo.

Como he mencionado antes, se percibe la educación como una inversión personal, que se convierte al final en un “capital humano” a través del que se acumula una serie de “ventajas” para un desarrollo futuro. Esto es inevitablemente parte de una lógica neoliberal en donde todos aquellos esfuerzos y gastos que se realizan se consideran necesarios para el aumento de los recursos personales. En consecuencia, la educación también es vista como la acumulación de un capital que le supone a los sujetos la necesidad de sacrificar recursos y satisfacciones del presente, a cambio de aumentar recursos y satisfacciones en el futuro.

Este proceso es conocido en la lógica del mercado: la educación como un gasto de inversión privada. El neoliberalismo, al final de todo, es también productora de cierto tipo de maneras de vivir y de relaciones sociales, de formas de comprensión del mundo y de un imaginario social, de un tipo, en definitiva, de subjetividad determinada (Foucault, 2007). Esta formulación de la subjetividad “obliga” a cada persona a vivir en un universo de competencia generalizada y una vez teniendo acceso a un proceso educativo, organizando las relaciones sociales según el modelo del mercado y transformando incluso a la propia persona, que en adelante es llamada a concebirse y a conducirse como un emprendedor de sí mismo. Quienes tienen posibilidades de acceso a la educación, entonces, socializan de forma cotidiana las prácticas y rutinas necesarias para mantenerse en la escuela, aunque las instituciones educativas se declaran al margen de toda esta socialización, se puede observar cómo los contenidos, la currícula, la organización, metodología, prácticas y las políticas educativas que las enmarcan, construyen una red en sintonía con el sistema.

Finalmente, considero que la Antropología es útil para mostrar cómo viven los sujetos en el espacio rural, y de esta manera comprender entonces al

neoliberalismo como un proceso que se entiende mejor desde el estudio de los sujetos que produce y la cotidianidad que experimentan en trayectorias de movilidad. En ese sentido, como se observa en los casos estudiados, se trata de analizar cómo las y los jóvenes rurales han interiorizado lo que Byung-Han (2012) llama la “explotación de sí mismo”, lo cual supone que el cálculo individual penetra en la lógica del sentido común, en la definición del modelo vital de actuar, incluso en el diseño del futuro que cada persona imagina.

Esta subjetivación establece que la única regla lógica del juego de la vida está regida por reglas del mercado. De esta forma, cada sujeto asume la necesidad de hacer un cálculo de interés individual, si quiere sobrevivir en una realidad en donde la acumulación parece ser la ley generalizada de la existencia y de la posibilidad de emplearse y supervivir. Esta lógica es el horizonte de las estrategias neoliberales de promoción de la “libertad de elegir”: en lugar de la alienación y explotación ajena, vivimos una autoexplotación voluntaria (Diez-Gutierrez, 2015: 167). En esta sociedad, el hombre y la mujer se han convertido en *animal laborans*, “verdugo y víctima de sí mismo”. La explotación por otros, queda interiorizada: “la explotación de sí mismo es más eficiente que la ajena porque va unida a la idea de libertad” (Byung-Han, 2012: 72). De este modo, esta forma de explotación resulta, asimismo, mucho más eficiente y productiva debido a que los sujetos deciden voluntariamente explotarse a sí mismo hasta dejar de ser jóvenes. Desde luego que no se trata de una decisión consciente, informada, calculada ni deseada, son las circunstancias de vida las que conducen las trayectorias individuales.

La erosión de los vínculos sociales se traduce en el cuestionamiento de la generosidad, de las fidelidades, las lealtades, las solidaridades, de todo aquello que participa de la reciprocidad social y simbólica en los lugares de trabajo, siendo la movilidad una de las principales cualidades esperadas del sujeto actual (Sennett, 2000). Es por eso, que se puede concluir que el gran logro del neoliberalismo ha sido la producción del sujeto neoliberal o multifacético; pues es más fácil evadirse de una prisión que salir de una racionalidad, ya que esto supone liberarse de un sistema de normas instauradas mediante un trabajo de interiorización.

Referencias

- Adler de Lomnitz, Larissa (1975). *Cómo sobreviven los marginados*. México: Siglo XXI Editores.
- Aguilar, Adrián (2003). *Urbanización, cambio tecnológico y costo social: El caso de la región del centro de México*. México: Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto de Geografía / Miguel Ángel Porrúa.
- Álvaro, Daniel (2010). "Los conceptos de "comunidad" y "sociedad" de Ferdinand Tönnies". *Papeles del CEIC, 2010/1* (52), pp. 1-24.
- Appadurai, Arjun (1991). *La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías*. México: Editorial Grijalbo.
- Appadurai, Arjun (2015). *El futuro como hecho cultural: ensayos sobre la condición global*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Appendini, Kirsten, y Torres-Mazuera, Gabriela (2008). *¿Ruralidad sin agricultura?: Perspectivas multidisciplinarias de una realidad fragmentada*. México: El Colegio de México.
- Arias, Patricia (1992). *Nueva rusticidad mexicana*. México: Consejo Nacional Para la Cultura y las Artes.
- Arias, Patricia (2009). *Del arraigo a la diáspora. Dilemas de la familia rural*. México: Universidad de Guadalajara / Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades / Miguel Ángel Porrúa.
- Bataillon, Claude (1995). *Espacios mexicanos contemporáneos*. México: Fondo de Cultura Económica / El Colegio de México.
- Baudrillard, Jean (1974). *Crítica de la economía política del signo*. México: Siglo XXI.
- Bauman, Zygmunt (2001). *La sociedad individualizada*. México: Cátedra.
- Bauman, Zygmunt (2003a). *Modernidad líquida*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Zygmunt (2003b). *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Barcelona: Gedisa.
- Beck, Ulrich (2006). *La sociedad del riesgo*. Barcelona: Paidós.
- Bernstein, Basil (1990). *Class, codes and control: the structuring of pedagogic discourse* (Vol. 4). London: Routledge.
- Bevilacqua Marin, Joel Orlando (2009). "Juventud rural: una invención de capitalismo industrial". *Estudios sociológicos*, 27 (80), pp. 619-653.
- Blanco, Emilio (2011). *Los límites de la escuela: educación, desigualdad y aprendizajes en México*. México: El Colegio de México.

- Bonfil, Paloma (2001). "¿Estudiar para qué? Mercados de trabajo y opciones de bienestar para los jóvenes del medio rural. La educación como desventaja acumulada". En E. Pieck (Editor), *Los jóvenes y el trabajo. La educación frente a la exclusión social* (pp. 527-550). México: UIA / IMJ / UNICEF / RET / CONALEP
- Bourdieu, Pierre (1988). *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.
- Bourdieu, Pierre (2007). *El sentido práctico*. Argentina: Siglo Veintiuno Editores.
- Bourdieu, Pierre (2010). *El sentido social del gusto: elementos para una sociología de la cultura*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Bourdieu, Pierre y Passeron, Jean-Claude (2006). *Los herederos. Los estudiantes y la cultura*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Braudel, Fernand (1986). *La dinámica del capitalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Brito Lemus, Roberto (1998). "Hacia una sociología de la juventud. Algunos Elementos para la construcción de un nuevo paradigma de la juventud". *Última Década* (9), pp. 1-7.
- Calva, José Luis (1998). *Los Campesinos y su Devenir en las Economías de Mercado*. México: Siglo XXI Editores.
- Caetano, Raul (1982). "The epidemiology of alcohol problems in three countries of America; Chile, Costa Rica and Mexico". *The American Public Health Association*. (14), pp. 1-32.
- Carneiro, Maria Jose. y Guaraná de Castro, Elisa (2007). *Juventude rural em perspectiva*. Río de Janeiro: Mauad X
- Carnoy, Martín (2001). *El trabajo flexible en la era de la información*. Madrid: Alianza editorial.
- Carton de Grammont, Hubert (2004). "La nueva ruralidad en América Latina". *Revista Mexicana de Sociología* (66), pp. 279-300.
- Carton de Grammont, Hubert (2009). "La nueva estructura ocupacional en los hogares rurales mexicanos". En H. Carton de Grammont y L. Martínez Valle (Editores), *La pluriactividad en el campo latinoamericano* (pp. 273-307). Quito: FLACSO
- Cohen, Daniel (2001). *Nuestros tiempos modernos. Un análisis del capitalismo y sus tendencias: ¿estamos ante el final del trabajo?*. Madrid: Tusquets.
- Cortés Samper, Carlos (2009). *Población y economía rural en la "Montaña de Alicante"*. Alicante: Universidad de Alicante.
- Cresswell, Tim (2006). *On the move. Mobility in the modern western world*. New York: Routledge.

- Chávez, Ana y Guadarrama, Julio (2004). "La región central de México en transición: tendencias económicas y migratorias a finales del milenio". En A. Aguilar (Ed.), *Procesos metropolitanos y grandes ciudades. Dinámicas recientes en México y otros países* (pp. 147-187). México: H. Cámara de Diputados, LIX Legislatura / Instituto de Geografía CRIM-PUEC-UNAM-Conacyt / Miguel Ángel Porrúa
- Chayanov, Alexander (1974). *La organización de la unidad económica campesina*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Chong-González, Elizabeth; Herrera, Francisco; Chávez, Cristina y Sánchez, Fabiana (2015). Mercado de trabajo rural y precarización: nuevas condiciones socioeconómicas en el sur del Estado de México. *Región y sociedad*, 27 (63), pp. 155-179.
- De La Garza, Enrique (2010). *Hacia un concepto ampliado de trabajo. Del concepto clásico al no clásico*. México: Anthropos / Universidad Autónoma Metropolitana.
- De Oliveira, Francisco (1981). *A Economia Brasileira: Crítica à Razão Dualista*. São Paulo: Cebrap Vozes.
- Díaz, Vivian y Fernández, Juan (2017). *¿Qué sabemos de los jóvenes rurales? Síntesis de la situación de los jóvenes rurales en Colombia, Ecuador, México y Perú*. Santiago de Chile: RIMISP.
- Díez-Gutiérrez, Enrique Javier (2015). La educación de la nueva subjetividad neoliberal. *Revista Iberoamericana De Educación*, 68 (2), pp. 157-172
- Dubet, François (2012). Los límites de la igualdad de oportunidades. *Nueva Sociedad* (239), pp. 42-50.
- Duhau, Emilio, y Giglia, Angela (2007). Nuevas Centralidades y prácticas de consumo en la ciudad de México: del microcomercio al hipermercado. *EURE. Pontificia Universidad Católica de Chile* (98), pp. 77-95.
- Erikson, Erick H. y Sarro Maluquer, Ramón (2000). *El ciclo vital completado*. Barcelona: Paidós.
- Fábregas Puig, Andrés (1997). El concepto de región en la literatura antropológica *Ensayos antropológicos. 1990-1997* (pp. 123-149). México: Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas
- Feixa Pàmols, Carles (1998). *El reloj de arena. Culturas Juveniles en México*. México: SEP / Centro de Investigación y Estudios sobre Juventud.
- Fittoussi, Jean-Paul y Rosanvallon, Pierre (1997). *La nueva era de las desigualdades*. Buenos Aires: Manantial.
- Formichella, Maria. y London, Silvia (2013). Empleabilidad, educación y equidad social. *Revista de Estudios Sociales*, 47, pp. 79-91.

- Foucault, Michel (2007). *El Nacimiento de la biopolítica*. Buenos Aires: Fondo de cultura Económica.
- Fraga, Eugenia (2017). Territorio e identidad. El lado oscuro y violento de los Estados. *Miríada*, 9 (13), pp. 251-269.
- Garay Villegas, Sagrario (2008). *Trabajo rural femenino en México: tendencias recientes*. (Tesis de Doctorado en Estudios de Población), El Colegio de México, México.
- García Canclini, Nestor (2007). *Las nuevas desigualdades y su futuro*. Revisado el 6 de junio, 2018, desde <https://ceas.files.wordpress.com/2007/03/1-canclini.pdf>
- Garrido, Álvaro (2012). Significados de una trayectoria educativa. Evaluación del “éxito” y el “fracaso” educativo desde la reconstrucción subjetiva de adultos de la V Región. <http://www.slideshare.net/alvaroleongarrido/significados-de-una-trayectoria-educativa?utm_source=slideshow02&utm_medium=ssemail&utm_campaign=share_slideshow_loggedout#> Revisado el 25 de enero de 2016.
- Glick Schiller, Nina y Salazar, Noel B. (2013). Regimes of Mobility Across the Globe. *Journal of Ethnic and Migration Studies*, 39 (2), pp. 183-200
- Gómez Echenique, Sergio (2002). *La "Nueva Ruralidad" ¿Qué tan nueva? Revisión de la bibliografía, un intento por definir sus límites y una propuesta conceptual para realizar investigaciones*. Chile: Universidad Austral de Chile, Facultad de Filosofía y Humanidades.
- Gómez Echenique, Sergio. (2008). “Nueva Ruralidad. Fundamentos teóricos y necesidad de avances empíricos”. En M. A. Edelmira Pérez y H. Carton de Grammont (Editores), *La nueva ruralidad en América Latina: avances teóricos y evidencias empíricas* (pp. 45-77). Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana / Facultad de Estudios ambientales y Rurales / CLACSO
- González Cangas, Yanko (2003). “Juventud rural: trayectorias teóricas y dilemas identitarios”. *Nueva Antropología. Revista de Ciencias Sociales*, XIX (63), pp. 153-175.
- González Casanova, Pablo (2006). *Sociología de la explotación*. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).
- Gootenberg, Paul (2004). Desigualdades persistentes en América Latina: historia y cultura. *Alteridades*, 14 (28), pp. 9-19.
- Graham, Steve, y Marvin, Simon (2001). *Splintering Urbanism*. London: Routledge.
- Gutiérrez-Gutiérrez, Eduardo (2018). Georg Simmel: una antropología filosófica. *Contrastes. Revista Internacional de Filosofía*, XXIII (2), pp. 7-23.
- Han, Byung-Chul (2012). *La sociedad del cansancio*. Barcelona: Herder.
- Han, Byung-Chul (2017). *La expulsión de lo distinto*. Barcelona: Herder.

- Hannerz, Ulf (2003). Being there... and there... and there! Reflections on Multi-Site Ethnography. *Ethnography*, 4 (2), pp. 201-216.
- Harvey, David (1990). *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Harvey, David (2004). *El nuevo imperialismo*. Madrid: Akal.
- Harvey, David (2006). "Neo-liberalism as Creative Destruction". *Annals of the American Academy of Political and Social Science* (610), pp. 24-44.
- Harvey, David (2016). "Estamos volviendo a las condiciones de trabajo del siglo XIX, que es a lo que apunta el proyecto neoliberal". Revisado el 5 de septiembre, 2018, desde: <https://marxismocritico.com/2016/09/06/estamos-volviendo-a-las-condiciones-de-trabajo-del-siglo-xix-que-es-a-lo-que-apunta-el-proyecto-neoliberal-2/>
- Hernández-González, Mario y Meza-Huacuja, Ivonne (2003). *Nueva ruralidad. Enfoques y propuestas para América Latina*. México: Centro de Estudios para el Desarrollo Rural Sustentable y la Soberanía Alimentaria / Cámara de Diputados LX Legislatura / Congreso de la Unión.
- Hewitt de Alcántara, Cynthia (1982). *La modernización de la agricultura mexicana 1940-1970*. México: Siglo XXI.
- Heynig, Klaus (1982). Principales enfoques sobre la economía campesina. *Revista de la Cepal* (16).
- Instituto Nacional de Estadística Geografía e Informática (2020). Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares 2016. Revisado el 20 de junio de 2020, desde: <https://www.inegi.org.mx/programas/enigh/nc/2016/>
- Instituto Nacional de Estadística Geografía e Informática (2018). Anuario estadístico y geográfico de los Estados Unidos Mexicanos 2017. Revisado el 12 de octubre de 2018, desde: <http://www.beta.inegi.org.mx/app/biblioteca/ficha.html?upc=702825097912>
- Instituto Nacional de Estadística Geografía e Informática (2016). Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo 2010. Revisado el 18 de junio de 2018, desde: https://www.inegi.org.mx/sistemas/olap/proyectos/bd/encuestas/hogares/enoe/2010_pe_ed15/po.asp?s=est&proy=enoe_pe_ed15_po&p=enoe_pe_ed15
- Instituto Nacional de Estadística Geografía e Informática (2010). Tabulados Básicos. Estados Unidos Mexicanos. XIII Censo General de Población y Vivienda 2010. Revisado el 12 de enero de 2017, desde <http://www3.inegi.org.mx/sistemas/tabuladosbasicos/default.aspx?c=27302&s=est>
- Instituto Nacional de Estadística Geografía e Informática (2015). Archivo Histórico de Localidades. Revisado el 26 de octubre de 2017, from http://www.inegi.org.mx/geo/contenidos/geoestadistica/consulta_localidades.aspx

- Kay, Cristobal (2007). Algunas reflexiones sobre los estudios rurales en América Latina. *Iconos. Revista de Ciencias Sociales* (29), pp. 31-50.
- Kearney, Michael (1996). *Reconceptualizing the peasantry. Anthropology in global perspective*. United States of America: Westview Press.
- Kroeber, Alfred Louis (1948). *Anthropology: race, language, culture, psychology, prehistory*. New York: Harcourt, Brace and Company.
- Lara Flores, Sara (1998). *Nuevas experiencias productivas y nuevas formas de organización flexible del trabajo en la agricultura mexicana*. México: Procuraduría agraria /Juan Pablos.
- Larralde Corona, Adriana Helia (2008). *Trabajo rural en la región centro de México*. (Tesis de Doctorado en Sociología), El Colegio de México, México.
- Laval, Christian y Dardot, Pierre (2013). *La nueva razón del mundo: Ensayo sobre la sociedad neoliberal*. Barcelona: Gedisa.
- Lefebvre, Henry (2013). *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing Libros.
- Lipovetsky, Gilles (2007). *La felicidad paradójica. Ensayo sobre la sociedad de hiperconsumo*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Lukes. Steven (1984). *Émile Durkheim, su vida y su obra*. Madrid: CIS.
- Macleavy, Julie (2010). Remaking the Welfare State: from Safety Net to Trampoline. En K. Birch y V. Mykhnenko (Eds.), *The Rise and Fall of Neoliberalism. The Collapse of an Economic Order?* (pp. 133-150). London: Zed Books
- Macip, Ricardo (2009). *Sujetos neoliberales en México*. México: BUAP
- Mandel, Ernest (1969). *Tratado de economía marxista* (Vol. 2). México: Ediciones ERA.
- Malverde, Melvin (2004). Un vistazo hacia la antropología del consumo. *Cuadernos de Antropología*. No. 14, pp. 107-114.
- Marcus, George E. (1995). Ethnography in/of the World System: The emergence of Multi-Sited Ethnography. *Annual Review of Anthropology* (24), pp. 95-117.
- Margulis, Mario (2008). *La juventud es más que una palabra. Ensayos sobre cultura y juventud*. Buenos Aires: Editorial Biblos
- Martínez de Ita, Maria Eugenia (2006). *La situación de los trabajadores en la sociedad flexible*. Paper presented at the X Jornadas de Economía Crítica. ¿Alternativas al capitalismo?, Barcelona.
- Martinez, Maria Jose (2010). "Nueva Ruralidad. la "remake" del término pluriactividad". *Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales y jurídicas* (26), pp. 213-228.
- Miller, Daniel (2005). *Materiality*. Durham: Duke University Press.

- Montalvo, Enrique (2013). *Neoliberalismo. La dictadura (realmente) perfecta*. México: Ariel / INAH
- Narotzky, Susana (2004). *Antropología Económica. Nuevas Tendencias*. Barcelona: Melusina.
- Narotzky, Susana y Smith, Gavin (2010). *Luchas inmediatas. Gente, poder y espacio en la España rural*. Valencia: Universitat de València.
- Natera, Guillermina (1987). El consumo de alcohol en zonas rurales de México. *Salud Mental*, 10(4), pp. 59-66.
- Nateras Dominguez, Alfredo (2002). *Jóvenes, culturas e identidades urbanas*. México: Universidad Autónoma Metropolitana / Miguel Ángel Porrúa.
- Pacheco Ladrón de Guevara, Lourdes (2002). "Juventudes rurales en México". En *Jóvenes Mexicanos del Siglo XXI. Encuesta Nacional de la Juventud* (pp. 416-452). México: CIEJUV
- Pacheco Ladrón de Guevara, Lourdes, Román, Ricardo y Urteaga-Castro, Maritza. (2013). *Jóvenes Rurales Viejos dilemas, nuevas realidades*. México: Universidad Autónoma de Nayarit / Juan Pablos Editor.
- Park, Robert E. y Burgess, Ernests W. (1925). *The City*. Chicago: University of Chicago Press.
- Quesnel, André (2010). El concepto de archipiélago: una aproximación al estudio de la movilidad de la población y a la construcción de lugares y espacios de vida. En S. Lara Flores (Editora), *Migraciones de trabajo y movilidad territorial* (pp. 19-46). México: Porrúa
- Quintana, Victor (2011). Algunas reflexiones sobre el estar y el quehacer de los jóvenes en el campo. *La Jornada del Campo*, (45).
- Quiroz, Haydée (2013). *Contextos de las juventudes neorrurales de la Costa Chica de Guerrero*. México: UAEM / Juan Pablos Editor.
- Rajchenberg, Enrique (2000). ¿Milpas o chimeneas? La polémica en torno a la industrialización a mediados del siglo. *Chiapas* (10), pp. 159-174.
- Ramírez Velázquez, Blanca (1995). *La región en su diferencia: Los valles centrales de Querétaro 1940-1990*. México: Programa Editorial Red Nacional de Investigación Urbana / UAM Unidad Xochimilco / Universidad Autónoma de Querétaro.
- Ramírez Velázquez, Blanca (2003). *Modernidad, posmodernidad, globalización y territorio: un recorrido por los campos de las teorías*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, Xochimilco / Miguel Ángel Porrúa.
- Ramírez Velázquez, Blanca (2009). "Alcances y dimensiones de la movilidad: aclarando conceptos". *Revista Ciudades* (82), pp. 1-18.

- Ramírez Velázquez, Blanca (2015). *Debates y estudios de la movilidad laboral en la región centro del país: alcances y dimensiones desde México*. México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Redfield, Robert (1956). *Peasant and Society and Culture*. Chicago: Chicago University Press.
- Reguillo Cruz, Rossana (2000). "Las culturas juveniles: un campo de estudio. Breve agenda para la discusión". En G. Medina Carrasco (Editor), *Aproximaciones a la diversidad juvenil*. México: El Colegio de México
- Rodríguez-Nicholls, Mariángela. (2010). *Esclavitud posmoderna: flexibilización, migración y cambio cultural*. México: CIESAS.
- Romero, Juan (2012). Lo rural y la ruralidad en América Latina: Categorías conceptuales en debate. *Psicoperspectivas. Individuo y sociedad*, 11 (1), pp. 8-31.
- Romero Polanco, Emilio (2002). *Un siglo de agricultura en México*. México: UNAM / IIEC / Porrúa.
- Rosas-Baños, Mara (2013). Nueva Ruralidad desde dos visiones de progreso rural y sustentabilidad: Economía Ambiental y Economía Ecológica. *Polis*, 12 (34), pp. 225-241.
- Sahlins, Marshall (1977). *Economía de la edad de piedra*. Madrid: Akal Editor.
- Salas, Hernán (2006). "Territorialización e identidades en el espacio rural". Paper presentado en Viejas y nuevas alianzas entre América latina y España : XII Encuentro de Latino Americanistas españoles, Santander.
- Salas, Hernán, Rivermar-Perez, María Leticia, y Velasco Santos, Paola (2011). *Nuevas ruralidades. Expresiones de la transformación social en México* México: UNAM / IIA / Juan Pablos.
- Salas, Hernán y Luna Castillo, Ruben (2014). "El ejido en Nativitas: pasado, presente y futuro". En H. Salas y M. L. Rivermar Perez (Editores), *Nativitas, Tlaxcala. La construcción en el tiempo de un territorio rural* (pp. 95-114). México: Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto de Investigaciones Antropológicas
- Salas, Hernán; González De la Fuente, Iñigo y Hernández-Flores. H. Daniel (2018). "Jóvenes rurales y empleo en Tlaxcala, México: trayectorias inciertas". *Revista Mexicana de Sociología*, No. 80. (julio-septiembre), pp. 549-575.
- Salazar, Noel B. (2018). Theorizing mobility through concept and figures. *Tempo Social*, 30 (2), pp. 153-168.
- Saraví, Gonzalo A. (2009). *Transiciones vulnerables. Juventud y exclusión en México*. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.

- Saraví, Gonzalo A. (2015). *Juventudes fragmentadas: socialización, clase y culturas en la construcción de la desigualdad*. Ciudad de México: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) / Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS).
- Sassen, Saskia (1998). "Ciudades en la economía global: enfoques teóricos y metodológicos". *EURE*, XXIV (71).
- Saviano, Roberto (2015). *Cero Cero Cero: Como la cocaína gobierna el mundo*. México: Anagrama
- Schneider, Sergio (2009). "La pluriactividad en el medio rural brasileño: características y perspectivas para la investigación". En H. Carton de Grammont y L. Martínez Valle (Editores), *La pluriactividad en el campo latinoamericano* (pp. 132-161). Quito: FLACSO
- Sennett, Richard. (2000). *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Sheller, Mimi (2017). "From spatial turn to mobilities turn". *Current Sociology*, 65 (4), pp. 623-639.
- Sheller, Mimi y Urry, John (2006). "The new mobilities paradigm". *Environment and Planning*, 38, pp. 207-226.
- Simmel, Georg (1988). *Sobre la aventura*. Barcelona: Península.
- Stavenhagen, Rodolfo (1990). *Problemas étnicos y campesinos: ensayos*. México: Instituto Nacional Indigenista / Consejo Nacional de Cultura y las Artes.
- Steward, Julian H. (2019). *El concepto y el método de la ecología cultural*. Revisado el 25 de octubre de 2018 desde; <http://www.ciesas.edu.mx/Publicaciones/Clasicos/Index.html>
- Suárez Lastra, Manuel y Delgado Campos, Javier (2015). *Entre mi casa y mi destino. Movilidad y transporte en México. Encuesta Nacional de Movilidad y Transporte*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Tarrius, Alain (2007). *La mundialización por abajo. El capitalismo nómada en el arco mediterráneo*. Barcelona: Hacer.
- Tavares dos Santos, Jose Vicente (1984). *Colonos do vinho: estudo sobre a subordinação do trabalho camponês ao capital*. Sao Paulo: Hucitec.
- Tilly, Charles (2000). *La desigualdad persistente*. Argentina: Manantial.
- Urteaga Castro-Pozo, Maritza (2004). *Historias de los jóvenes en México: su presencia en el siglo XX*. México: Instituto Mexicano de la Juventud.
- Valenzuela, José Manuel (2006). *El futuro ya fue: socioantropología de l@s jóvenes en la modernidad*. México: El Colegio de la Frontera Norte / Juan Pablos.

- Van Der Ploeg, Jan Douwe (1992). "El proceso de trabajo agrícola y la mercantilización". En E. Guzmán y M. González De Molida (Editores), *Ecología, campesinado e historia*. Madrid: La Piqueta
- Velasco Santos, Paola (2017). *Ríos de contradicción. Contaminación, ecología política y sujetos rurales en Nativitas, Tlaxcala*. México: Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto de Investigaciones Antropológicas.
- Wallerstein, Immanuel (1996). *Abrir las ciencias sociales: informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales*. México: Siglo XXI.
- Wentzel, Kathrin (2007). Socialization in School Settings. En J. Grusec (Editor), *Handbook of socialization: Theory and research*. USA: Guilford Press
- Wolf, Eric (1975). *Los campesinos*. España: Editorial Labor.
- Wolf, Eric (2005). *Europa y la gente sin historia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Wanderley, Maria de Nazareth Baudel (2007). "Jovens rurais de pequenos municípios de Pernambuco: que sonhos para o futuro". En Maria José Carneiro y Elisa Guaraná de Castro (Eds.), *Juventude rural em perspectiva* (pp. 21-55). Río de Janeiro: Mauad X.
- Williams, Raymond (2003). *La larga revolución*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Zamudio-Sánchez, Francisco, López-Becerril, Iraís, y Romo-Lozano, José (2009). Ruralidad de la región Centro-Este de México. *Secuencia. Revista de historia y ciencias sociales* (75), pp. 97-116.